Canciones de un soñador muerto

La agónica resurrección de Victor Frankenstein y otros relatos góticos

THOMAS LIGOTTI

Lectulandia

De la excelsa trinidad que reina en los infiernos de la literatura de terror moderna y contemporánea, Poe, Lovecraft y Ligotti, el primero revolucionó el relato gótico introduciendo el terror que anida en la mente humana y en la locura, H.P. Lovecraft nos hizo sentir el horror cósmico que provenía del espacio exterior encarnado en sus impías deidades ancestrales, y Thomas Ligotti, considerado como un escritor de ficción oscura y extraña, ha vuelto el foco del horror hacia nosotros mismos, mostrándonos una visión lúcida de la condición humana, de su cruda "realidad" más allá de las apariencias, despojada de interpretaciones indulgentes e ilusorios eufemismos, en toda su lamentable "hiperrealidad".

Tras el horror cósmico, podríamos decir, sobrevino el horror vacui. Por este motivo, sus historias resultan a veces absurdas y kafkianas, sus personajes, seres perdidos y patéticos, y sus atmósferas impregnadas del inconfundible sabor de nuestras peores pesadillas. Pero, a diferencia de sus predecesores, Ligotti alberga en su obra, según confesión propia, una intención didáctica, moral, más allá del goce estético de aquellos. Este trasfondo ha quedado de manifiesto recientemente con la publicación de su "breviario nihilista" La conspiración contra la especie humana (2007) (Valdemar, 2015).

El presente volumen reúne dos colecciones: Canciones de un soñador muerto (1985, rev. 1989), su primera obra, y La agónica resurrección de Victor Frankenstein, y otros relatos góticos (1994), una suerte de breve revisión y recreación de los mitos universales de la literatura gótica.

«La emoción más intensa que jamás he sentido es el miedo», revelaba Ligotti en una entrevista reciente, «pero su causa es un misterio, es como una experiencia espiritual, y el mejor modo de explicar este misterio tan terrible es escribir historias que provoquen esta experiencia en el lector». Al final, «todos estamos condenados a inventar nuestros propios infiernos».

«La vida es en esencia una pesadilla que termina solo cuando morimos».

Thomas Ligotti

Canciones de un soñador muerto

La agónica resurrección de Victor Frankenstein y otros relatos góticos

Valdemar: Gótica - 118

ePub r1.0
orhi 12.07.2022

Título original: *Songs of a Dead Dreamer, The Agonizing Resurrection of Victor Frankenstein and Other Gothic Tales*
Thomas Ligotti, 2016
Traducción: Marta Lila Murillo
Ilustración de cubierta: José Hernández: Ejercicio espiritual, 1964

Editor digital: orhi
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Canciones de un soñador muerto
CANCIONES DE UN SOÑADOR MUERTO
SUEÑOS PARA SONÁMBULOS
EL RETOZO
LES FLEURS
LA ÚLTIMA AVENTURA DE ALICIA
EL SUEÑO DE UN MANIQUÍ
LA TRILOGÍA DEL NICTÁLOPE
I. EL ALQUIMISTA
II. BEBE A MI SALUD SOLO CON OJOS LABERÍNTICOS
III. EL OJO DEL LINCE
ANOTACIONES SOBRE LA NARRATIVA DE TERROR: UN RELATO
SUEÑOS PARA INSOMNES
LAS NOCHEBUENAS DE TÍA ELISE
EL OLVIDADO ARTE DEL CREPÚSCULO
LOS PROBLEMAS DEL DOCTOR THOSS
LA MASCARADA DE UNA ESPADA MUERTA: UNA TRAGEDIA
I: EL RESCATE DE FALIOL
II: LA HISTORIA DE LOS ANTEOJOS
III: ANIMA MUNDI
EL DOCTOR VOKE Y EL SEÑOR VEECH
BREVES LECCIONES DEL PROFESOR NADIE SOBRE EL HORROR SOBRENATURAL
SUEÑOS PARA MUERTOS
EL MANICOMIO DEL DOCTOR LOCRIAN
LA SECTA DEL IDIOTA
EL MAYOR FESTIVAL DE MÁSCARAS
LA MÚSICA DE LA LUNA
EL DIARIO DE J. P. DRAPEAU
VASTARIEN
LA AGÓNICA RESURRECCIÓN DE VICTOR FRANKENSTEIN Y OTROS RELATOS GÓTICOS
Prefacio
TRES CIENTÍFICOS
MIL VARIACIONES DOLOROSAS EN DIVERSAS CRIATURAS SOMETIDAS AL TRATAMIENTO DEL DOCTOR MOREAU, HUMANISTA

LOS INSOPORTABLES DÍAS FINALES DEL DOCTOR HENRY JEKYLL, CABALLERO INGLÉS
LA AGÓNICA RESURRECCIÓN DE VICTOR FRANKENSTEIN, CIUDADANO DE GINEBRA
DOS INMORTALES
EL CORAZÓN DEL CONDE DRÁCULA, DESCENDIENTE DE ATILA, AZOTE DE DIOS
LA INSOPORTABLE SALVACIÓN DE LAWRENCE TALBOT, EL HOMBRE LOBO
LÍDERES
LA INTOLERABLE LECCIÓN DEL FANTASMA DE LA ÓPERA
EL INEXPLICABLE RENACIMIENTO DEL FANTASMA DEL MUSEO DE CERA
HEROÍNAS GÓTICAS
LA PELIGROSA HERENCIA DE EMILY ST. AUBERT, HEREDERA DE UDOLFO
LA IRREPROCHABLE DECLARACIÓN DE LA INSTITUTRIZ SOBRE EL CASO DE BLY
SOLITARIOS
LA PERSECUCIÓN SOBRENATURAL DEL SEÑOR JACOB J. POR UN VAMPIRO
EL MAGNÍFICO COMPAÑERO DE ANDRÉ DE V., ANTIPIGMALIÓN
CONFINADOS
LOS GUARDIANES SIEMPRE VIGILANTES DE LOS ESTADOS AISLADOS
EL GRITO: DESDE 1800 HASTA EL PRESENTE
ANTOLOGÍA DE POE
EL ALIAS TRANSPARENTE DE WILLIAM WILSON, DEPORTISTA Y CANALLA
EL DIGNO RECLUSO DEL TESTAMENTO DE LA DAMA LIGEIA
LA INTERMINABLE ESTANCIA DE LOS AMIGOS DE LA CASA USHER
OBRA Y MUERTE DE H. P. LOVECRAFT
LA INCREÍBLE ALIENACIÓN DEL FORASTERO, SIN DOMICILIO FIJO
LA BLASFEMA REVELACIÓN DEL PROFESOR FRANCIS WAYLAND THURSTON DE BOSTON, PROVIDENCE, Y LA ESPECIE HUMANA
LA MUERTE PREMATURA DE H. P. LOVECRAFT, EL HOMBRE MÁS VIEJO DE NUEVA INGLATERRA
Notas

CANCIONES
DE UN SOÑADOR MUERTO

Para, mis padres, Gasper y Dolores Ligotti

SUEÑOS PARA SONÁMBULOS

EL RETOZO[1]

En una bonita casa de una bonita parte de la ciudad (la ciudad de Nolgate, donde se encuentra la prisión estatal), el doctor Munck examinaba el periódico vespertino mientras su joven esposa descansaba en un sofá cerca de él, hojeando perezosamente la colorida cabalgata de una revista de moda. Su hija Norleen estaba arriba durmiendo, o quizás estaba disfrutando ilícitamente de una sesión a altas horas de la noche con la nueva televisión que le habían regalado para su cumpleaños hacía una semana. Si era así, su transgresión pasó inadvertida a sus padres en el salón, donde todo estaba en silencio. El vecindario fuera de la casa estaba en silencio, también, como solía estar de día y de noche. Todo Nolgate estaba en silencio, porque no era un lugar que tuviera mucha vida nocturna, a excepción quizás del bar donde se reunían los funcionarios de la prisión. Un silencio tan persistente ponía nerviosa a la mujer del doctor, por no hablar de su existencia en un lugar que parecía a años luz de la metrópoli más cercana. Pero hasta el momento Leslie no se había quejado del letargo de sus vidas. Sabía que su esposo estaba muy comprometido con sus deberes profesionales en este nuevo destino. Pero quizás esa noche él mostraría alguno más de esos síntomas de desencanto con su trabajo que ella había estado observando meticulosamente en él en los últimos tiempos.

—¿Qué tal ha ido hoy, David? —le preguntó mientras miraba con ojos radiantes por encima la cubierta de la revista, donde otro par de ojos irradiaban una mirada brillante—. Has estado muy silencioso durante la cena.

—Ha ido como siempre —dijo el doctor Munck sin bajar el periódico de ciudad de provincias para mirar a su esposa.

—¿Quiere eso decir que no te apetece hablar de ello?

Dobló el periódico hacia atrás y apareció la parte superior de su cuerpo.

—Ha sonado así, ¿verdad?

—Sí, definitivamente ha sonado así. ¿Estás bien? -preguntó Leslie dejando a un lado la revista sobre la mesa de café y prestándole toda su atención.

—Tengo serias dudas, así es como me siento —dijo él con una especie de ensimismamiento distante. Leslie vio entonces la ocasión de ahondar un poco más.

—¿Dudas de algo en particular?

—Dudo de todo -respondió él.

—¿Te apetece que sirva unas copas?

—Te lo agradecería muchísimo.

Leslie se desplazó al otro extremo del salón y sacó unas botellas y unos vasos de un aparador. De la cocina llevó unos hielos en una cubitera de plástico marrón. Los sonidos de sorbos eran la única intrusión en el gran silencio que reinaba en el salón. Las cortinas estaban echadas en todas las ventanas excepto en la del rincón, donde posaba una escultura de Afrodita. Al otro lado de la ventana se veía una calle alumbrada por farolas, aunque desierta, y un trozo de luna sobre el abundante follaje primaveral de los árboles.

—Ahí tienes. Una copichuela para mi querido maridito que tanto trabaja -dijo ella al tiempo que le pasaba un vaso de cristal muy grueso por la base y tan fino por el borde que parecía desaparecer.

—Gracias, realmente me hace falta un trago.

—¿Por qué? ¿Problemas en el hospital?

—Ojalá dejaras de llamarlo hospital. Es una prisión, como bien sabes.

—Sí, por supuesto.

—Podrías pronunciar la palabra *prisión* de vez en cuando.

—De acuerdo. ¿Qué tal van las cosas por la prisión, querido? ¿Te ha echado la bronca el jefe? ¿Los internos se portan mal? —Leslie se contuvo antes de que la conversación derivara en una discusión. Dio un buen trago a su bebida y se calmó—. Disculpa el sarcasmo, David.

—No, me lo merezco. Proyecto mi ira en ti. Creo que sospechas desde hace tiempo lo que no soy capaz de admitir por mí mismo.

—¿Y qué es eso? —preguntó Leslie.

—Que, tal vez, no fue la decisión más inteligente mudarnos aquí, y que acepté cargar con esta maldita misión sobre mis hombros de psicólogo.

La afirmación de su esposo indicaba un estado de desmoralización incluso más agudo que el que Leslie había esperado encontrar. Pero, de alguna manera, las palabras de su esposo no la alegraron de la manera que pensó que la alegrarían. Pudo oír en la distancia el camión de mudanzas frenando cerca de la casa, pero el sonido ya no le resultaba tan agradable como antes.

—Dijiste que te apetecía curar algo más que neurosis urbanas. Algo más importante, un reto mayor.

—Lo que quería, de un modo masoquista, era un trabajo ingrato, un trabajo imposible. Y eso me dieron.

—¿De verdad es tan malo? —preguntó Leslie, sin creerse del todo que hubiera formulado la pregunta con un escepticismo tan optimista sobre la verdadera gravedad de la situación. Se felicitó a sí misma por situar la autoestima de David por encima de su propio deseo de cambiar de aires, por muy importante que este le pareciera.

—Mucho me temo que sí. Cuando visité por primera vez la sala de psiquiatría y conocí al resto de los médicos, juré que jamás me volvería tan cínico como ellos. Las cosas serían distintas para mí. Pero me sobrevaloré por un amplio margen. Hoy, uno de los celadores recibió una vez más una paliza por parte de dos prisioneros, perdona, «pacientes». La semana pasada fue el doctor Valdman. Por eso estaba tan irascible durante el cumpleaños de Norleen. Hasta el momento he tenido suerte. Lo único que hacen es escupirme. Bueno, por lo que a mí respecta, pueden pudrirse todos en ese agujero infernal.

David sintió que sus propias palabras permanecían flotando en la atmósfera del salón, alterando la serenidad del hogar. Hasta entonces la casa había sido un refugio aislado y no contaminado por la prisión, una estructura imponente a las afueras de la ciudad. Ahora, la imposición psíquica de esta traspasaba los límites de la distancia física. La distancia interior se constriñó y David sintió que los enormes muros de la prisión ensombrecían el acogedor vecindario del exterior.

—¿Sabes por qué he llegado tan tarde esta noche? —le preguntó a su esposa.

—No, ¿por qué?

—Porque tuve una conversación que se prolongó demasiado con un tipo que todavía no tiene nombre.

—¿Aquel del que me hablaste que no decía a nadie de dónde era o cuál era su nombre verdadero?

—El mismo. Es el perfecto ejemplo de la perniciosa monstruosidad de aquel lugar. Una perla, el individuo. Un caso de libro. Una demencia total acompañada de un ingenio afilado. Debido a su encantador jueguecito del nombre, fue clasificado como no apto para compartir espacio con la población general de la prisión, de modo que los de la sección de psiquiatría terminamos cargando con él. Pero, según él mismo, posee muchos nombres, no menos de mil, ninguno de los cuales se digna a pronunciar en presencia de nadie. Es difícil imaginar que tenga un nombre como cualquier otro ser humano. Y ahí estamos atascados con él, sin nombre ni nada.

—¿Le llamáis así, «sin nombre»?

—Tal vez deberíamos, pero no.

—¿Y cómo lo llamáis entonces?

—Bueno, fue condenado bajo el nombre de John Doe, y desde entonces todo el mundo se refiere a él con ese nombre. Todavía están buscando alguna documentación oficial suya. Es como si hubiera caído del cielo. Sus huellas no coinciden con ninguna ficha de condenas previas. Lo encomiaron dentro de un coche robado delante de un colegio. Un vecino atento denunció que un individuo sospechoso solía rondar por la zona. Todo el mundo estaba sobre aviso, supongo, después de las primeras desapariciones en la escuela, así que la policía lo estaba vigilando cuando se llevaba a otra de sus víctimas a su coche. Fue entonces cuando lo atraparon. Pero su versión de la historia es un poco distinta. Dice que era totalmente consciente de sus perseguidores y esperaba, incluso deseaba, que lo apresaran, lo condenaran y lo encerraran en la penitenciaría.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Quién sabe? Cuando le pides a un psicópata que se explique, solo consigues que se vuelva todo más caótico. Y John Doe es la personificación del caos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Leslie.

Su esposo dejó escapar una breve explosión de risa y luego se quedó en silencio, como si rebuscara en su mente las palabras adecuadas.

—De acuerdo, te describiré una pequeña escena durante una entrevista que he tenido hoy con él. Le pregunté si sabía por qué estaba en prisión.

»—Por retozar —respondió.

»—¿Qué significa eso? —le pregunté.

»—Malo, malo, malo. Eres malo, eso es lo que eres.

»Esa ha sido su respuesta.

»Esas palabras infantiles de alguna manera me sonaron como si estuviera imitando a sus víctimas. Realmente sentí que ya había tenido suficiente, pero me arriesgué a continuar con la entrevista.

»-¿Sabe por qué no puede salir de aquí? -le pregunté con calma en una variación poco brillante de la pregunta original.

»-¿Y quién dice que no puedo? Me iré cuando quiera. Pero todavía no quiero irme.

»—¿Por qué no? —le pregunté, como es natural.

»-Acabo de llegar -respondió-. Pensé que me vendrían bien unas vacaciones. Retozar como yo retozo puede llegar a ser agotador en ocasiones.

Quiero estar dentro con todos los demás. Un ambiente muy estimulante, espero. ¿Cuándo puedo ir con ellos? ¿Cuándo?

»¿Puedes creértelo? Sin embargo, sería cruel ponerlo junto al resto de reclusos, aunque no quiero decir que no merezca tal crueldad. El interno medio no ve con buenos ojos el tipo de delito cometido por Doe. Lo ven como algo que perjudica la imagen de ellos mismos, teniendo en cuenta que ellos son tan solo delincuentes comunes, atracadores, asesinos y demás. Todo el mundo necesita sentir que es mejor que otros. Realmente no se podría predecir lo que ocurriría si lo pusiéramos allí dentro y los otros averiguaran por qué ha sido condenado.

—¿Así que tiene que permanecer en la sección de psiquiatría durante toda su condena? —preguntó Leslie.

—Él no lo cree. Estar interno en un correccional de máxima seguridad es su idea de pasar unas vacaciones, ¿recuerdas? Cree que puede marcharse cuando lo desee.

—¿Y puede? —preguntó Leslie con una clara ausencia de sorna en su voz. Este había sido uno de sus peores temores de vivir en una ciudad penitenciaria: que no muy lejos de su propio patio había una horda de demonios planeando escapar a través de lo que se imaginaba paredes bastante finas. Criar a una niña en tal entorno era la principal objeción que le planteaba el trabajo de su marido.

—Ya te lo he dicho antes, Leslie, ha habido muy pocas fugas con éxito de esta prisión. Si un convicto logra salir de esos muros, su primer impulso siempre es el de una supervivencia práctica. Así que intenta escapar lo más lejos posible de esta ciudad, que probablemente sea el lugar más seguro en caso de que se produzca una fuga. De todas formas, la mayoría de los fugados son apresados a las pocas horas de la fuga.

—¿Y un prisionero como John Doe? ¿Tiene también él ese sentido de «supervivencia práctica» o prefiere simplemente merodear y hacer lo que hace en algún lugar convenientemente situado?

—Los prisioneros como él no escapan en situaciones normales. Simplemente se golpean contra las paredes, no las saltan. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Leslie dijo que lo entendía, pero esto no rebajó en lo más mínimo la fuerza de sus miedos, que tenían su origen en una prisión imaginaria de una ciudad imaginaria, donde cualquier cosa podía pasar siempre que bordeara lo más espantoso. La morbosidad nunca había sido su punto inerte y le repugnaba la intromisión de esta en su carácter. Y a pesar de su firme

confianza acerca de la eficaz seguridad de la prisión, David también pareció sentirse profundamente intranquilo. Estaba ahora sentado muy quieto, sujetando la copa entre las rodillas y aparentemente atento a algo.

—¿Qué ocurre, David? —preguntó Leslie.

—Me pareció escuchar… un sonido.

—¿Qué sonido?

—No lo podría describir exactamente. Un sonido lejano.

Se levantó y miró a su alrededor, como si quisiera comprobar si el sonido había dejado alguna pista delatora en la quietud que envolvía la casa, tal vez un rastro sonoro en algún lugar.

—Voy a ver cómo está Norleen —dijo, al tiempo que dejaba la copa sobre la mesilla junto a su sillón. Después cruzó el salón, subió tres tramos de la escalera y avanzó por el vestíbulo del piso superior. Al echar un vistazo al interior del cuarto de su hija, vio su pequeño cuerpo descansando confortablemente abrazado en sueños a la forma de un Bambi de peluche. De vez en cuando, la niña dormía con un compañero inanimado, a pesar de que ya se estaba haciendo un poco mayor para eso. Pero su padre psicólogo tuvo sumo cuidado en no cuestionar su derecho a ese alivio infantil. Antes de salir de la habitación, el doctor Munck bajó la ventana que estaba entreabierta aquella cálida noche de primavera.

Cuando volvió al salón transmitió el mensaje maravillosamente cotidiano de que Norleen estaba apaciblemente dormida. Con un gesto que contenía un cierto sabor a celebración de alivio, Leslie sirvió dos nuevas copas y a continuación dijo:

—David, has dicho que has mantenido una «charla prolongada» con el tal John Doe. No es que sienta curiosidad morbosa ni nada parecido, pero ¿lograste que te revelara algo de sí mismo? ¿Alguna cosa?

—Oh, claro -replicó el doctor Munck al tiempo que hacía rodar un cubito de hielo en la boca. Su voz sonaba ahora más relajada.

—Se podría decir que me contó todo sobre sí mismo, pero era un sinsentido… los desvaríos de un maníaco. Le pregunté sin mostrar mucho interés que de dónde era.

»-De ningún lugar -respondió como un idiota psicótico.

»—¿De ningún lugar? —insistí.

»—Sí, de allí precisamente, Herr Doktor. No soy uno de esos esnobs que se da muchos aires y se pavonea de ser de algún rincón altisonante de la geografía. Ge-o-gra-fía. Extraña palabra. Me gustan todos los idiomas que tienen ustedes.

»—¿Dónde naciste? —le pregunté como alternativa brillante a la pregunta original.

»-¿A qué época se refiere, niño malo? —me respondió, y así continuó.

»Podría seguir con este diálogo…

—Reconozco que la imitación de John Doe te sale de maravilla.

—Gracias, pero no podría seguir imitándolo mucho más tiempo. No me resultaría nada fácil imitar sus distintas voces, acentos y grados de fluidez. Puede que sea un tipo de personalidad múltiple, no estoy seguro. Tengo que revisar las cintas de grabación de mis entrevistas con él para ver si se aprecia algún patrón de coherencia, posiblemente algo que los detectives podrían usar para determinar quién es este tipo en realidad. Lo más trágico de todo esto es que conocer la identidad legal de Doe es un mero formalismo en estos momentos, simplemente se nata de atar cabos sueltos. Sus víctimas están muertas y murieron de tina manera horrible. Eso es lo único que importa ahora. Sin duda, en algún tiempo fue el hijo pequeño de alguien. Pero no puedo fingir que me preocupen ya sus datos biográficos: el nombre que aparece en su certificado de nacimiento, dónde creció, qué lo convirtió en lo que es hoy. No soy un esteta de las patologías. Jamás he tenido la ambición de estudiar una enfermedad mental sin que esto suponga algún tipo de mejora. Así que, ¿por qué perder mi tiempo intentando ayudar a alguien como John Doe, que no vive en el mismo mundo que nosotros, desde un punto de vista psicológico? Antes creía en la rehabilitación y en un enfoque que no fuera puramente punitivo del comportamiento delictivo. Pero esa gente, esos seres encerrados en la prisión no son más que una fea mancha en nuestro mundo. Al infierno con ellos. Que los entierren a todos para que sirvan de fertilizante.

El doctor Munck apuró la bebida hasta que los cubitos de hielo repicaron en el vaso.

—¿Quieres otra copa? —le preguntó Leslie con un tono de voz suave y terapéutico.

David sonrió, una vez pasado aquel estallido de intolerancia que había vaciado su ira.

—Emborrachémonos y pasemos un buen rato, ¿te apetece?

Leslie cogió el vaso de su esposo para rellenarlo. Ahora sí tenía un motivo de celebración, pensó. David no iba a dejar su puesto de trabajo por una sensación de fracaso inútil, sino por un sentimiento de ira, una ira que ahora se diluía en indiferencia. Todo volvería a ser como antes; podrían abandonar aquella ciudad penitenciaria y regresar a casa. De hecho, podían mudarse a cualquier otro sitio que les gustara, tal vez disfrutar de unas largas vacaciones

al principio y llevar a Norleen a algún lugar soleado. Leslie pensaba en todas estas cosas mientras servía dos copas más en la tranquilidad de aquella hermosa habitación. Esta tranquilidad ya no era una señal de silencioso estancamiento, sino un delicioso y arrullador preludio a los prometedores tiempos venideros. La vaga felicidad futura resplandecía en su interior junto al alcohol; le embargaban placenteras profecías. Quizás había llegado el momento de tener otro hijo, un hermanito o hermanita para Norleen. Pero eso podía esperar un poco más… toda una vida de posibilidades se abría ante ellos. Un geniecillo amistoso parecía estar esperando. Solo tenían que pedir un deseo y este se lo concedería.

Antes de regresar con las bebidas, Leslie entró en la cocina. Tenía algo que quería darle a su esposo y le pareció que ese era el momento perfecto para hacerlo. Un pequeño regalo para mostrarle a David que, a pesar de que su trabajo había resultado una triste pérdida de tiempo que no mereció sus valiosos esfuerzos, ella le había apoyado en su trabajo a su propia manera. Con una copa en cada mano, sujetaba bajo el codo izquierdo la pequeña caja que había guardado en la cocina.

—¿Qué es eso? —preguntó David mientras cogía su copa.

—Solo un pequeño regalo para el amante del arte que tienes dentro. Lo compré en esa pequeña tienda donde venden cosas que fabrican los presos. Algunos de los objetos son productos de calidad… cinturones, joyas, ceniceros, ya sabes.

—Sí, lo sé —dijo David con un tono de voz que distaba mucho del entusiasmo de Leslie—. Creía que nadie compraba esas cosas.

—Bueno, pues yo sí. Pensé que ayudaría a apoyar a esos prisioneros que al menos realizan algo *creativo*, en lugar de… bueno, en lugar de destruir cosas.

—La creatividad no es siempre un indicativo de la belleza, Leslie advirtió David a su esposa.

Espera a verlo antes de juzgarlo —le dijo, al tiempo que retiraba la tapa de la caja-. Mira… ¿no te parece una artesanía preciosa?

Colocó el objeto en la mesilla de café.

El doctor Munck se sumergió ahora en esa profunda sobriedad que solo se puede alcanzar cayendo desde una previa altura alcohólica. Miró el objeto. Por supuesto, lo había visto antes, había observado antes cómo era moldeado amorosamente y acariciado por unas manos creativas, hasta que se sintió enfermo y no pudo seguir mirando. Era la cabeza de un joven, una obra maravillosa moldeada con arcilla gris y lacada en azul. La obra radiaba una

belleza extraordinaria e intensa, y el rostro del sujeto expresaba una especie de éxtasis sereno, la simplicidad laberíntica de la mirada de un visionario.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Leslie.

David miró a su esposa y dijo con gravedad:

—Por favor, vuelve a meterlo en la caja. Y deshazte de eso.

—¿Que me deshaga de esto? ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque sé qué preso ha hecho esta obra. Estaba muy orgulloso de ella, e incluso me obligué a farfullar unas felicitaciones por sus habilidades con el modelado. Pero entonces me dijo cuál era el origen de su modelo. Esa expresión de beatífica paz no estaba en el rostro del chico asesinado cuando lo encontraron tirado en el campo hace ya seis meses.

—No, David… dijo Leslie, como si quisiera negar prematuramente lo que temía que su marido estaba a punto de revelarle.

—Este es su último… y, según él, más memorable… retozo.

—Oh, Dios mío —murmuró Leslie en voz baja con la mano derecha sobre la frente. Luego, con ambas manos volvió a meter al chico de azul en la caja —. Lo devolveré a la tienda —dijo en voz baja.

—Hazlo pronto, Leslie. No sé durante cuánto tiempo más viviremos en este domicilio.

En el malhumorado silencio que siguió, Leslie reflexionó sobre el abandono, ahora abiertamente confirmado, de la ciudad de Nolgate, su salida de allí. A continuación, dijo:

—David, ¿contó realmente las cosas que había hecho? Quiero decir, sobre…

—Sí, ya sé a lo que te refieres. Sí, lo hizo —respondió el doctor Munck con una expresión de seriedad profesional.

—Pobre David —se compadeció Leslie, amorosamente comprensiva ahora que ya no serían necesarias más maquinaciones para lograr su objetivo.

—De hecho, no fue una situación tan difícil, aunque suene extraño. La conversación que mantuvimos podría incluso ser considerada como estimulante desde un punto de vista clínico. Describió su «retozo» de una manera muy imaginativa y que resultaba bastante absorbente. La extraña belleza de esa pieza que hay dentro de la caja, a pesar de lo inquietante que puede ser, en cierta manera iguala las palabras que usaba al hablar de aquellos pobres niños. En ciertos momentos, no podía evitar sentirme fascinado, aunque tal vez ocultaba mis verdaderas sensaciones con el distanciamiento del psicólogo. A veces hay que mantener cierta distancia entre uno mismo y

la realidad, a pesar de que eso suponga convertirse en alguien un poco menos humano.

»De todas formas, nada de lo que dijo era repugnantemente gráfico, de la manera en que podrías estar pensando. Cuando me habló de su "retozo más memorable", lo hizo con un fuerte sentimiento de asombro y nostalgia, por muy espantoso que ahora me suene. Parecía sentir una especie de nostalgia por el hogar, aunque su "hogar" sea una ruina destartalada de su mente putrefacta. Es evidente que su psicosis ha alimentado un atroz mundo de cuento que existe de forma verdaderamente vivida para él. Y, a pesar de la demencial grandeza de sus mil nombres, en realidad se ve a sí mismo como un personaje menor en este mundo… un cortesano mediocre en un reino ruinoso de milagros y horrores. Esta modestia es muy interesante cuando se tiene en cuenta la magnificencia ególatra que muchos psicópatas se atribuyen, dando por sentada una órbita ficticia infinita donde poder jugar cualquier papel imaginario. Pero no John Doe. En comparación a los otros, él es un medio-demonio perezoso procedente de una Tierra de Nunca Jamás donde el caos vertiginoso es la norma, una situación en la que él prospera insaciablemente. Lo cual es una buena descripción de la simplicidad metafísica de un universo psicótico.

»De hecho, tal como la describe, su tierra de ensueño interior es una geografía bastante poética. Hablaba de un lugar que sonaba como un cosmos de casas combadas y callejones llenos de basura, un suburbio entre las estrellas. Lo cual podría ser su visión distorsionada de una vida en un vecindario humilde… un intento por su parte de volver a moldear los traumáticos recuerdos de su niñez en un reino que combina una realidad callejera con un mundo de fantasía de su propia imaginación, una mezcla fantasmagórica del cielo y el infierno. Ahí es donde realiza sus "retozos", con lo que denomina como su "sobrecogida compañía". El lugar donde llevó a sus víctimas podría haber sido un edificio abandonado, o incluso unas cloacas convenientemente situadas. Digo esto basándome en sus numerosas referencias al "alegre río de desperdicios" y "los irregulares montones en las sombras", que sin duda podrían ser dementes transmutaciones de un vertedero real, algún entorno mugroso y apartado que su mente ha convertido en un parque de atracciones de extrañas maravillas. Menos comprensibles son sus recuerdos de un pasillo iluminado por la luna donde los espejos gritan y ríen, oscuros picos tic algún tipo que no paran quietos, una escalera que está "rota" de una forma muy extraña, aunque esta última concuerda con el entorno de

suburbios ruinosos. Siempre hay una mezcla paradójica de topografías abandonadas y luminosos santuarios en su mente, casi una autohipnosis…

El doctor Munck se contuvo antes de continuar en este fono de reticente admiración por aquel hombre.

—Pero a pesar de todos estos escenarios fantásticos de la imaginación de Doe, las evidencias mundanas de sus retozos siguen apuntando a un tipo de delitos muy reconocible y realista. Atrocidades corrientes y molientes, si es que se pueden considerar así hechos tales como los cometidos. Doe niega que hubiera nada prosaico en sus mutilaciones. Dice que hizo que las pruebas señalaran en esa dirección para las masas aburridas, que lo que realmente quiere decir cuando habla de «retozar» es un tipo de actividad bastante distinta e incluso opuesta a los delitos por los que fue condenado. Este término probablemente posea algunas asociaciones de significado privadas originadas en el pasado.

El doctor Munck hizo una pausa y meneó los cubitos de hielo en el vaso vacío. Leslie parecía haberse abstraído mientras él hablaba. Había encendido un cigarrillo y ahora estaba apoyada en el brazo del sofá con las piernas sobre los cojines, de manera que sus rodillas apuntaban hacia su marido.

—Deberías dejar de fumar en algún momento —dijo él.

Leslie bajó la mirada como una niña a la que han regañado un poco.

—Te prometo que lo haré en cuanto nos mudemos… lo dejaré. ¿Trato hecho?

—Trato hecho -dijo David-, Y tengo otra proposición que hacerte. Primero deja que te diga que he decidido comunicar por fin mi dimisión.

—¿No es un poco pronto? —preguntó Leslie, esperando que no lo fuera.

—Créeme, nadie se sorprenderá. No creo ni siquiera que a nadie le importe. De todas formas, mi proposición es que mañana nos llevemos a Norleen y alquilar una casa en el norte para pasar unos días allí. Podríamos ir a cabalgar. ¿Recuerdas cuánto le gustó el verano pasado? ¿Qué me dices?

—Suena bien —concedió Leslie con un temblor de entusiasmo en la voz —. Muy bien, de hecho.

—Y en el camino de vuelta podemos dejar a Norleen en casa de tus padres. Puede quedarse allí mientras nosotros nos ocupamos de desalojar la casa y quizás encontrar un apartamento provisional. No creo que les importe ocuparse de Norleen durante una semana o así, ¿verdad?

—No, por supuesto que no, estarán encantados. Pero ¿por qué tanta prisa? Norleen todavía va al colegio, ya sabes. Quizás podríamos esperar hasta que termine el curso. Solo le queda un mes.

David se quedó sentado en silencio durante unos segundos, aparentemente ordenando sus ideas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leslie con un ligero temblor de ansiedad en la voz.

—En realidad no ocurre nada, nada en absoluto. Pero…

—Pero ¿qué?

—Bueno, tiene que ver con la prisión. Sé que sonó algo presuntuoso cuando te conté lo seguros que estamos aquí de cualquier fuga de la prisión, y sigo manteniendo que así es. Pero este personaje, John Doe, del que te he hablado, es muy extraño, como estoy seguro que habrás embargo… Realmente no se me ocurre nada que decir que tenga sentido.

Leslie interrogó a su esposo con la mirada.

—Creo que dijiste que los internos como él solo se golpean contra las paredes, que no…

—Sí, la mayor parte del tiempo él es así. Pero en ocasiones…

—¿Qué intentas decir, David? —preguntó Leslie, que estaba comenzando a contagiarse de la inquietud que su esposo intentaba ocultarle.

—Es algo que dijo Doe cuando hablamos hoy. Nada concreto en realidad Pero me sentiría mucho más tranquilo con todo este asunto si Norleen se quedara con tus padres hasta que podamos organizamos.

Leslie encendió otro cigarrillo.

—Dime qué te dijo para que te preocupe tanto —dijo ella con firmeza—. Yo también debería saberlo.

—Cuando te lo diga, probablemente pensarás que yo mismo estoy un poco loco. Pero tú no hablaste con él y yo sí. La manera de hablar, o más bien las muchas maneras de hablar. Las expresiones cambiantes de aquel rostro enjuto. Gran parte del tiempo que estuve hablando con él tuve la sensación de que aquel individuo estaba jugando a alguna clase de juego que yo no llegaba a comprender, aunque estoy seguro de que tan solo era una impresión. Esta es una táctica bastante común de los psicópatas… enredar y confundir al doctor. Les proporciona una sensación de poder.

—Cuéntame lo que dijo —insistió Leslie.

—De acuerdo, te lo diré. Pero creo que sería un error que le des muchas vueltas y veas demasiadas cosas en sus palabras. Hacia el final de la entrevista de hoy, cuando hablábamos sobre aquellos niños, Doe dijo algo que no me gustó nada. Pronunció esas palabras con uno de sus acentos afectados, escocés en esta ocasión, con cierto deje alemán. Lo que dijo y que ahora cito

literalmente, fue esto: «No tendrá usted un chico travieso ni una pequeña muchachita, ¿verdad, profesor von Munck?» Luego me sonrió en silencio.

»Bueno, estoy seguro de que estaba intentando ponerme nervioso deliberadamente. Nada más que eso.

—Pero lo que dijo, David: «ni una pequeña muchachita».

—Gramaticalmente, por supuesto, debería haber dicho «o», no «ni», pero estoy seguro de que no fue nada más que un caso de error gramatical.

—No le mencionaste nada sobre Norleen, ¿verdad?

—Por supuesto que no. No es precisamente la clase de cosas de las que hablaría con esa gente.

—Entonces, ¿por qué lo dijo así?

—No tengo ni idea. Posee una extraña clase de agudeza mental, y la mayor parte del tiempo habla con vagas sugerencias y bromas sutiles. Quizás ha oído algo sobre mí a alguno de los funcionarios, supongo. Pero también podría ser simplemente una coincidencia inocente.

Miró a su esposa para que lo comentara.

—Probablemente tengas razón -dijo Leslie con un entusiasmo ambivalente por creer en esta conclusión-. En todo caso, creo que entiendo por qué quieres que Norleen se quede con mis padres. No es que vaya a ocurrir nada…

—En absoluto. No hay ningún motivo para pensar que pueda suceder algo. Sin duda, es el típico caso del doctor psicoanalizado por su paciente, pero ya me da igual. Cualquier persona razonable estaría un poco asustada después de enfrentarse un día tras otro con el caos y el peligro físico de ese lugar. Asesinos, violadores y los desechos de los desechos. Es imposible llevar una vida familiar normal mientras se trabaja en esas condiciones. Tú viste cómo estaba en el cumpleaños de Norleen.

—Lo sé. No es que sea el mejor vecindario para criar a un hijo.

David asintió lentamente.

—Hace un rato, cuando fui a ver cómo estaba la niña, me sentí, no sé, vulnerable en cierta manera. Estaba abrazada a una de esas mantitas de seguridad de peluche. —Dio un sorbo a su copa—. Me di cuenta de que era nueva. ¿La compraste cuando saliste de compras hoy?

Leslie le miró inexpresivamente.

—Lo único que compré fue eso —dijo ella señalando la caja sobre la mesita de café. ¿De qué mantita «nueva» me hablas?

—El Bambi de peluche. Tal vez ya lo tenía, pero no me había fijado antes dijo él, zanjando así parcialmente el tema.

—Bueno, si lo tenía antes, desde luego que yo no se lo di —dijo Leslie con rotundidad.

—Ni yo.

—No recuerdo que lo tuviera cuando la metí en la cama —dijo Leslie. —Bueno, pues lo tenía con ella cuando fui a verla después de oír…

David hizo una pausa. Por la expresión de su rostro parecía estar barajando mil pensamientos al mismo tiempo, como si estuviera inmerso en la búsqueda frenética de algo en cada célula de su cerebro.

—¿Qué ocurre, David? -preguntó Leslie con un tono de voz cada vez más débil.

—No lo sé exactamente. Es como si supiera algo y no lo supiera al mismo tiempo.

Pero el doctor Munck estaba comenzando a saber. Con la mano izquierda se cubrió la nuca, calentándola. ¿Había una corriente de aire procedente del otro extremo de la casa? La suya no era una casa con corrientes de aire, ni un agujero destartalado con boquetes en el que el viento penetrara a través de las viejas maderas del ático y los marcos combados de las ventanas. De hecho, soplaba un fuerte viento en esos momentos, podía oírlo acechando allí fuera, y podía ver por la ventana los árboles inquietos detrás de la escultura de Afrodita. La diosa posaba con aire lánguido, con la cabeza inmaculada echada hacia atrás, mientras aquellos ojos ciegos contemplaban el techo y más allá. Pero ¿más allá del techo? ¿Más allá del hueco zumbido del viento, frío y muerto? ¿Y la corriente de aire?

¿Qué?

—David, ¿notas una corriente de aire? —preguntó su esposa.

—Sí —respondió él, como si un pensamiento sombrío acabara de atravesar su mente—. Sí —repitió mientras se levantaba de la silla y cruzaba el salón cada vez más rápido hasta llegar a los pies de la escalera, saltaba los tres tramos y corría por el pasillo del segundo piso. «Norleen, Norleen», tarareaba antes de llegar a la puerta entreabierta de la habitación de la niña. Pudo sentir la brisa que salía de allí.

Lo sabía y no lo sabía.

Buscó a tientas el interruptor. Estaba instalado bajo, a la altura de un niño. Encendió la luz. La niña había desaparecido. Al otro lado del cuarto la ventana estaba abierta de par en par y las cortinas translúcidas ondeaban hacia arriba dejando entrar el viento invasor. En la cama estaba solo el animal de peluche, destrozado y con sus entrañas mullidas esparcidas por el colchón. Ahora, metido dentro del muñeco, sobresaliendo como una flor, había un

trozo de papel arrugado. Y el doctor Munck pudo distinguir entre los pliegues de esa hoja un fragmento del membrete de la prisión. Pero la nota no era un mensaje oficial mecanografiado: la letra a mano variaba desde una escritura pulcra en cursiva hasta los garabatos de un niño. Desesperado, examinó las palabras durante lo que le pareció un intervalo eterno sin comprender el mensaje. Entonces, por fin, el significado de la nota le golpeó con dureza.

Doctor Monk, se leía en la nota del interior del peluche, *le dejamos esto aquí en sus competentes manos, porque en las cloacas de espumas negras y los callejones del paraíso, en la húmeda penumbra sin ventanas de algún sótano intergaláctico, en las huecas y nacaradas espirales que se hallan en mares como sumideros, en las ciudades sin estrellas de la locura y en sus suburbios… mi atemorizado pequeño cervatillo y yo nos hemos ido a retozar. Nos vemos en breve, Jonathan Doe.*

—¿David? —escuchó que preguntaba la voz de su esposa desde el pie de la escalera—. ¿Va todo bien?

Entonces, la hermosa casa dejó de estar en silencio, porque resonó allí dentro un nítido y gélido estallido de risa, el sonido perfecto para acompañar una anécdota pasajera de algún infierno oscuro.

LES FLEURS[2]

17 de abril. Flores enviadas a primera hora de la mañana.

1 de mayo. Hoy, y pensé que no volvería a pasar, he conocido a alguien en quien, creo, puedo albergar esperanzas. Su nombre es Daisy. ¡Trabaja en una floristería! La Floristería, debo añadir, que visité para comprar unas cuantas tristes flores para Clare, que para el resto del mundo sigue siendo una persona desaparecida. Al principio, por supuesto, Daisy se mostró educadamente .reservada cuando le pedí un ramo de capullos para el funeral de un ser querido. Sin embargo, pronto hice que dejara a un lado esa actitud tan comedida. Con mi tono de voz profundamente tímido y amigable, le pregunté acerca de algunas otras flores de la tienda, flores que no tuvieran ninguna connotación fúnebre. Se alegró bastante de poder enseñarme el iridiscente inventario de la tienda. Le confesé que no sabía prácticamente nada sobre plantas y ese tipo de cosas, y observé el entusiasmo que le ponía a su trabajo con la esperanza de que al menos parte de ese entusiasmo se lo hubiera inspirado yo. «Oh, me encanta trabajar con flores —dijo ella—. Me parecen realmente interesantes». Entonces me preguntó si sabía que había plantas con flores que solo se abrían de noche y que ciertos tipos de violetas solo florecían en el oscuro subsuelo. La corriente interna de mis pensamientos y sensaciones de repente se aceleró. Aunque ya había advertido que era una joven con una imaginación especial, este era el primer atisbo que experimentaba de lo especial que era. Consideré que mis esfuerzos para conocerla mejor no caerían en saco roto, como había ocurrido con otras. «Eso que dices de las flores es muy interesante», dije con una sonrisa en mi rostro, cálida como un invernadero. Se hizo una pausa que rellené con mi nombre. Entonces ella me dijo el suyo. «Veamos, ¿qué clase de flores le gustaría?», preguntó. Con gesto serio le pedí un arreglo de llores apropiado para la tumba de una abuela fallecida. Antes de abandonar la tienda le dije a Daisy que quizás tuviera que pasar de nuevo para satisfacer algunas necesidades florales futuras. Ella no pareció tener ninguna objeción al respecto. Acunando el ramo vegetal, salí muy animado de la tienda. Después me dirigí directamente al cementerio de Chapel Gardens. Durante un rato hice un esfuerzo sincero para encontrar una lápida que pudiera por casualidad mostrar el nombre de mi ser querido. Y cualquier fecha tendría que valer. Pensé que Daisy merecía esto al

menos. Sin embargo, tal como se sucedieron las cosas, el destinatario de mi ramo conmemorativo tuvo que ser alguien llamado Clarence.

16 de mayo. Day, como ahora la llamo en la intimidad, visitó mi apartamento por primera vez y se enamoró de su pintoresco mobiliario. «Adoro los lugares viejos bien conservados», dijo. Y me pareció que así era en realidad, como yo había supuesto. Comentó que unas cuantas plantas podían obrar maravillas en la decoración de mis viejas habitaciones. Obviamente era consciente de la ausencia de adornos naturales en mis aposentos de soltero. «¿Cactus cereus que florecen de noche?», pregunté, intentando no dar a entender demasiado con esto y delatarme. Una leve sonrisa apareció en su rostro, pero no era un asunto en el que pensara poder profundizar de momento. Incluso ahora, en estas páginas de un libro de recuerdos, profundizo en él con sumo tacto.

Day se paseó por el apartamento durante un rato. Yo la observaba como si fuera algún tipo de animal exótico… un lustroso ocelote, quizás. Entonces, de repente, me di cuenta de que lamentablemente había pasado algo por alto. Ella miró hacia allí. El objeto estaba colocado sobre una mesa baja junto a una ventana alta, entre sus voluminosas cortinas. Me pareció llamativamente vulgar entonces, especialmente porque no había tenido intención de dejar que ella viera nada de eso en un estadio tan temprano de nuestra relación. «¿Qué es eso?», preguntó, y en su voz advertí un tono de indignada curiosidad que bordeaba la obvia y abierta indignación. «Es solo una escultura. Ya te dije que hago cosas de estas. No es muy buena. Un poco tosca». Ella examinó la obra con más atención. «Cuidado», le advertí. Ella dejó escapar un leve «Oh». «Se supone que es alguna especie de cactus?», preguntó. Durante unos segundos pareció mostrar un interés genuino en aquel oscuro objeto de arte. «Tiene pequeños dientes —comentó— en esas cosas como grandes lenguas». En efecto, parecen lenguas; jamás lo había visto de esa manera. Y es una comparación bastante ingeniosa, considerando las circunstancias. Esperaba que su imaginación hubiera hallado tierra fértil en la que crecer, pero, por el contrario, reveló una repugnancia agónica. «Puede que tengas más fortuna haciéndolo pasar por un animal en lugar de una planta, o la escultura de una planta, o lo que sea. Tiene una especie de capa de pelo sedoso y da la impresión de que en cualquier momento va a salir corriendo». En ese instante yo mismo sentí ganas de salir corriendo. Le pregunté como una botánica en ciernes si no existían plantas que parecieran pájaros u otro tipo de vida animal. Era un fútil intento por mi parte de exculpar mi creación de cualquier acusación de anormalidad. Es extraño cómo en ocasiones uno se ve forzado a asumir una visión de uno mismo poco halagüeña a través de una mirada

ajena. Finalmente, mezclé algunas bebidas y continuamos hablando sobre otros asuntos. Puse un poco de música.

Pero poco después la anodina armonía de la música quedó minada por una desafortunada disonancia. Aquel detective (Briceberg, creo) se presentó para repetir el interrogatorio sobre el Asunto Clare. Afortunadamente, fui capaz de mantenerlo a él y sus preguntas en el vestíbulo durante todo el tiempo. Revisamos la conversación que mantuvimos con anterioridad. Le repetí que Clare era solo alguien con quien había trabajado y con quien mantenía una amistad profesional. Parece ser que algunos de mis compañeros de trabajo, sin identificar, sospechaban que Clare y yo manteníamos una relación romántica. «Chismorreo de oficina», repliqué, sabiendo que ella era una mujer que sabía guardar ciertos secretos, aunque no fuera muy de fiar con otros. Lo sentía, dije, no tenía ni idea de dónde podría haber desaparecido. Sin embargo, logré dejar caer subrepticiamente que no me sorprendería si en una huida repentina de neurótica desesperación ella hubiera escapado impulsivamente a una tierra por la que su corazón albergara deseos. Yo mismo me había desesperado al descubrir que dentro de los oscuros y prometedoramente variables límites de Clare había un decepcionante mundo ideal de blancas vallas de madera y cortinas con flores estampadas. No, no le dije eso al detective. Además, argumenté, era bien sabido en la oficina que Clare había empezado a salir con alguien unos siete o diez días (mi cálculo personal del periodo de su traición) antes de su desaparición. Así que, ¿por qué molestarme ahora? Descubrí entonces que esa era precisamente la razón; me dijo que también le habían informado de que yo pertenecía a una extraña organización. Le contesté que no había nada extraño en un estudio filosófico serio. Además, yo era artista, como bien sabía, y, como todo el mundo sabe, las personalidades artísticas tienen una tendencia natural hacia tales cosas. Creí que él lo entendería mejor si lo describía de esa manera. Y así fue. El hombre pareció convencido de la veracidad de mis declaraciones. En efecto, parecía excesivamente empeñado en descartarme como testigo de interés en el caso, sin duda para crear en mí un falso sentido de seguridad y hacerme admitir inadvertidamente hasta el acto más atroz. «¿Era sobre esa chica de tu trabajo que desapareció?», me preguntó Daisy después. «Mm-hm», rezongué. Me quedé reflexionando y en silencio durante un rato, con la esperanza de que ella lo atribuyera a mi lamento interior por aquella chica extraña de la oficina y no a la velada lamentablemente imperfecta que habíamos tenido. «Quizás será mejor que me vaya», dijo, y poco después se marchó. De todas formas, ya no se podía rescatar mucho de aquella cita. Después de que ella se fuera, me emborraché

bastante con un licor que sabía a flores del campo, o eso me pareció. También aproveché para releer una historia sobre unos hombres que visitan las blancas y yermas regiones de las maravillosas tierras polares. No espero soñar esta noche, después de haberme saciado ya con esta fantasía ártica. ¡La Hermandad del Paraíso excéntrica, sin duda!

21 de septiembre. Day llegó a las frías y limpias oficinas de G. R. Glacy, la compañía publicitaria para la que yo trabajaba, para reunirse conmigo y comer juntos. Le enseñé mi cubículo de arte comercial y dirigí su atención hacia mi último proyecto. «Oh, es precioso», dijo cuando señalé el dibujo de una ninfa con flores en su cabello recién lavado con champú. «Es realmente bonito». Ese "bonito" casi me echó a perder el día. Le pedí que mirara con más atención las flores que se entremezclaban con los mechones del ser mítico. Apenas se advertía que uno de los tallos de las flores crecía de, o tal vez hacia dentro, de la cabeza de la criatura. Day no pareció apreciar mucho la maestría de mi arte. Y yo que pensaba que estábamos progresando tanto por caminos "excéntricos" (¡maldito sea el tal Briceberg!) Quizás debería esperar a que regresemos de nuestro viaje para enseñarle cualquiera de los cuadros que he escondido en mi casa. Quiero que esté preparada. Al menos, ya está dispuesto todo para nuestras vacaciones. Day por fin encontró a alguien que cuidara a su gato.

10 de octubre. Adiós diario. Nos vemos cuando regrese.

1 de noviembre. Tras un periodo de silencio reflexivo sobre el tema, procederé ahora a narrar brevemente nuestra estancia tropical. No estoy seguro de si los sucesos que voy a describir representan un tiempo muerto o un punto decisivo en nuestra relación. Quizás hay algún detalle que se me ha pasado por alto. Hasta el momento, sigo en la oscuridad. He estado aquí antes con Clare y esperaba que mi breve escapada con Day fuera definitiva, o casi definitiva, y no plagada de dudas. Sin embargo, sigo pensando que el episodio que sigue merece documentación.

Un paraíso hawaiano a medianoche. En realidad, estábamos simplemente contemplando la exuberancia de la playa desde nuestro balcón del hotel. Day estaba achispada después de haber bebido varias copas en las que flotaban flores sobre espumosas superficies. Yo estaba en un estado similar al suyo. Pasaron unos segundos de silencio ebrio, subrayados por algún que otro suspiro de Day. Escuchamos el aleteo de unas das invisibles que batían el cálido aire en la oscuridad. Estuvimos atentos a los sonidos de unas orquídeas

negras creciendo, a pesar de que no había ninguna («hum», susurró Day). Estábamos listos para un antojo. Yo tenía uno, aunque no estaba seguro de si podría funcionar. «¿Puedes oler los misteriosos cereus?», pregunté al tiempo que posaba una mano en su hombro más alejado de mí y pasaba la otra mano por delante dibujando en el aire un arco horizontal ante la jungla que se extendía más allá. «¿Puedes?», repetí hipnóticamente. «Puedo», dijo una Day juguetona. «Pero ¿podemos encontrarlos, Day, y contemplarlos abiertos a la luz de la luna?» «Podemos, podemos», canturreó ella frívolamente. Y pudimos. De repente, las hojas de piel suave del jardín nocturno se rozaban contra nuestros cuerpos de piel suave. Day se detuvo para tocar una flor que era naranja o roja, pero que olía intensamente a violeta. La animé para que continuara avanzando por la tierra cubierta de flores. Nos adentramos más profundamente en el jardín de ensueño. Más y más rápido, los sonidos y los olores pasaban junto a nosotros rozándonos. Fue más fácil de lo que imaginé. En un momento concreto, casi sin esfuerzo alguno, logré que nos apartáramos por completo de cualquier punto geográfico conocido. «Day, Day -gritaba—. Estamos aquí, jamás he enseñado este lugar a nadie, y qué tortura me ha resultado ocultártelo hasta ahora. No, no hables. Mira, mira». Oh, la emoción de llevar a una pareja romántica a aquel oscuro paraíso. Cómo deseaba mostrarle ese mundo resplandeciente en plena floración y que ella lo contemplara con extasiado placer. Estaba cerca de mí en la oscuridad. Esperé, viéndola en mil diferentes imágenes mentales antes de mirar realmente a la verdadera Day. La miré. «¿Qué les ocurre al cielo y a las estrellas?», fue lo único que dijo. Estaba temblando.

Al día siguiente, durante el desayuno, la sondeé sutilmente en busca de sus impresiones y opiniones sobre la noche pasada. Pero tenía una resaca terrible y solo recordaba de forma caótica lo que experimentó. Bueno, al menos no le había entrado un ataque de histeria, como le ocurrió a mi viejo amor Clare.

Desde nuestro regreso he estado trabajando en un cuadro titulado “Sanctum Obscurum”. Aunque ya he hecho este tipo de trabajo en muchas ocasiones, voy a incluir en este un elemento que espero despierte los recuerdos de Day y provoque un recuerdo consciente no solo de una noche concreta en las islas, sino también de todos los mensajes sutiles y no tan sutiles que he intentado comunicarle. Tan solo rezo para que lo entienda.

14 de noviembre. ¡Estrellas del desastre! Asteres terrenales, no sobrenaturales, son los que ansía el corazón de Day. Ama demasiado la flora natural para amar cualquier otra cosa. Ahora lo sé. Le mostré el cuadro e

incluso pensé que se entusiasmaba al contemplarlo. Pero creo que simplemente estaba esperando a ver lo idiota que podía a llegar a ser. Se quedó sentada en el sofá, rascándose el labio inferior con un nervioso dedo índice. Dejé caer un trozo de terciopelo delante de ella. Levantó la mirada como si le hubiera sobresaltado un ruido. Yo mismo no estaba del todo satisfecho con el cuadro, pero esa exhibición estaba diseñada con un objetivo que iba más allá de lo estético. Escudriñé su mirada en busca de un brillo de comprensión, de una agitación de entendimiento empático. «¿Y bien?», pregunté, con un tono de necesidad en la voz que presagiaba la perdición. Su mirada me dijo todo lo que necesitaba saber y la claridad letal del mensaje me recordó a otra chica a la que conocí hace tiempo. Day me otorgó una segunda oportunidad y miró el cuadro estudiándolo con gesto teatral. ¿Y el cuadro? Era un interior muy parecido a mi propio apartamento… un refugio abarrotado alrededor de una ventana de una amplitud desproporcionada, de manera que la visión del espectador es dirigida telescópicamente hacia el exterior. Al otro lado de la ventana hay unas vistas totalmente ajenas a la naturaleza terrestre y quizás a todo lo que consideramos humano. Fuera hay un maravilloso reino de colores brillantes y formas de jungla aterciopeladas, una esfera de arcoíris contorsionados y auroras retorcidas. Los colores hiperradiantes son matizados por el cristal, de manera que su extraña intensidad no amenaza la integridad cromática del mundo en el interior. Algunas estrellas, de colores procedentes de la parte más espectral del espectro cromático, florecen en la alta oscuridad. El mundo exterior brilla bajo una luz estelar y se refleja en haces de luz de cada una de las formas laberínticas. Y sobre la superficie de la ventana se ve el reflejo acuoso de una figura solitaria mirando fuera hacia ese paraíso de otro mundo.

«Por supuesto, es muy bueno —comentó ella—. Muy realista».

En absoluto, Daisy Day. No es realista ni en la forma ni en el fondo.

Unos incómodos segundos más tarde, Day me dijo que tenía un compromiso previo y que llegaba tarde. Por lo visto había hecho planes con una amiga para hacer esas cosas que hacen las chicas cuando se juntan con otras de su clase. Le dije que lo entendía, y así era. No tengo duda alguna de cuál es el sexo del acompañante de Day esta noche, y tal vez otras noches de las que yo no sabía nada. Pero fue otro el motivo que me afligió al verla marchar. Algo que podía leer en cada uno de los gestos y expresiones de su rostro, algo que ya había visto antes, delataron las sospechas que ella albergaba sobre mí y sobre mi vida privada. Por supuesto, ella ya era conocedora de las reuniones a las que yo asisto y todo lo demás. Le parafraseé

y cité las discusiones que se dan en estas reuniones, siempre cubriendo su verdadero significado bajo velos cada vez más transparentes, con la esperanza de que algún día pudiera mostrarle la verdad sin ambages. Como Clare, Day ha averiguado muy pronto demasiado de la verdad sobre mí y sobre los otros. Y temo que pueda confiar esa información interna a la gente equivocada. Al testarudo detective Briceberg, por ejemplo.

16 de noviembre. Esta noche hemos celebrado una reunión de emergencia, nuestra asamblea de crisis. Los otros piensan que hay un problema y, por supuesto, sé que tienen razón. Desde que conocí a mi último amor he podido notar la creciente inquietud de todos ellos, y están en su derecho. Ahora, sin embargo, todo ha cambiado; mi erróneo juicio romántico lo ha provocado. Todos expresaron un profundo horror por el hecho de que una persona ajena supiera tanto. Yo mismo lo siento. Day ahora es una extraña y me pregunto qué podría revelar su lado más locuaz sobre su antiguo amigo, no digamos ya sobre los amigos actuales de él. Un maravilloso arcano se encuentra en riesgo de quedar expuesto. La discreción que necesitamos para nuestras vidas podría esfumarse, y con ella se esfumarían las llaves que dan acceso a un extraño reino.

Ya antes nos hemos enfrentado a situaciones similares. No soy el único en haber puesto en peligro nuestro secreto. Por supuesto, no tenemos secretos entre nosotros. Ellos lo saben todo sobre mí y yo sobre ellos. Conocieron cada paso de mi progreso en la relación con Daisy. Algunos de ellos incluso predijeron el desenlace. Y aunque creí que estaba haciendo lo correcto al apostar que estaban equivocados, ahora debo reconocer que se cumplió su profecía. ¡Esas almas solitarias, *mes frères*! «¿Quieres que nos ocupemos de ello?», me propusieron con pocas palabras. Finalmente, mostré mi acuerdo en una veintena de formas ambiguas y vacilantes. Entonces me enviaron de regreso a mi santuario sin flores.

Jamás volveré a involucrarme en otra situación de este cariz, me lo he prometido a mí mismo, aunque ya haya tomado esta decisión antes. Examiné con atención los afilados dientes de mi peluda escultura durante un rato peligrosamente prolongado. Lo que aquella pobre chica veía como apéndices florales con forma de lenguas estaban en silencio; preservar tal silencio, por supuesto, es su principal objetivo. Recuerdo que Daisy en una ocasión me preguntó medio en broma qué inspiraba mi arte.

17 de noviembre.

Al Edén conmigo no vendrás

Para vivir en una casita de locos y retorcidos aleros.

En tu feliz hogar te cuidas estas noches;

Cuando dejes entrar al gatito, ¡por favor, enciende las luces!

Algo corretea siguiéndolo y encuentra un lugar acogedor para observar

Algo para ti procedente del paraíso, con serpientes de sobra:

Lenguas florecientes; se agitan hacia arriba riéndose, girando. ¡Desaparece!

Hago esto para pasar el rato. Solo para pasar el rato.

17 de noviembre. 12:00 a.m. Flores.

LA ÚLTIMA AVENTURA DE ALICIA[3]

—Preston, deja de reírte. Se han comido todo el patio trasero. ¡Se han comido las flores favoritas de tu madre! No tiene gracia, Preston.

—Aaaa je-je-je-je-je. Aaaa je-je-je-je-je.

-PRESTON Y LAS SOMBRAS HAMBRIENTAS

Hace mucho tiempo, Preston Penn decidió ignorar el paso de los años y unirse a las filas de aquellos que permanecen eternamente en una especie de mundo intermedio entre la niñez y la adolescencia. No quería renunciar a la cruda satisfacción de comer insectos (las crujientes moscas son sus favoritas), ni a esa peculiar borrachera del cerebro de un niño, irrepetible una vez que la sobriedad del adulto se ha asentado. El resultado fue que Preston logró sortear con éxito varias décadas sin alejarse demasiado de su pubertad. En este estado de retraso en el desarrollo, vivió de forma desafiante muchas aventuras perversas. Y todavía vive en las páginas de esos libros que escribí sobre él, aunque dejé de escribirlos hace ya algunos años.

¿Tenía un prototipo? Claro que sí. Uno no puede simplemente *inventarse* un personaje como Preston valiéndose tan solo los limitados poderes de la imaginación. Era en igual medida una amalgama de la realidad, más tarde adaptada para mi serie popular de cuentos infantiles. El estatus de Preston tanto en la realidad como en la imaginación siempre me ha producido una gran fascinación. Sin embargo, el último año ese tema ha demandado especialmente mi atención, no sin causarme cierto malestar personal e incluso ansiedad. Pero tal vez sea que estoy volviéndome senil.

Mi edad no es ningún secreto, porque puede consultarse en un buen número de fuentes de referencias literarias. Hace unos veinte años, cuando se editó el último libro de relatos de Preston *(Preston y el Rostro al Revés),* un crítico se refirió a mí con un tono bastante presuntuoso como «la Gran Maldita de una clase concreta de literatura infantil». Qué clase ya se la pueden imaginar si no la conocen de otra forma, si no se criaron, o no crecieron, leyendo las aventuras de Preston con la Máscara Muerta, las Sombras Hambrientas o el Espejo Solitario.

Incluso de pequeña siempre quise ser autora, y también sabía qué clase de cuentos me proponía contar. Que otros proporcionaran a los preadolescentes

sus introducciones literarias a la vida y el amor, guiándoles por esos años explosivos, cuando *cualquier cosa* puede ir mal, y haciéndoles arribar seguros a las orillas de una incipiente madurez. Ese nunca fue mi destino. En lugar de eso, escribía sobre un personajillo juguetón basado en un compañero de juegos de la niñez de la vida real, cuyas travesuras eran legendarias en la pequeña ciudad donde nací y me crie. Como Preston Penn, mi antiguo compañero podía liberarse de los grilletes de la existencia material y explorar los misterios de un universo al revés, dado la vuelta como un calcetín, levemente siniestro y siempre torcido. Preston era la personificación de una tierra invertida y ganó una reputación de campeón del mal comportamiento y de aventúrelo que observaba por debajo de la superficie de las cosas cotidianas (charcos de agua de lluvia, espejos deslustrados, ventanas iluminadas por la luna) para descubrir un deslumbrante sortilegio, generalmente con el objetivo de deslumbrar a su vez a su eterno enemigo: el mundo dictatorial de los adultos. Conjurador de elegantes pesadillas, provocaba en sus adversarios adultos ataques y noches en vela. No era un simple aficionado a lo extraordinario, sino su personificación. Tal es la biografía espiritual de Preston Penn.

Pero al César lo que es del César; fue mi padre, en la misma medida que el Preston original, quien proporcionó la inspiración para los relatos que he escrito. En resumen, Padre tenía la sangre de un niño corriéndole por las venas de su enorme cuerpo adulto, inundando de caprichos el cerebro excesivamente sofisticado de un profesor asociado de filosofía de la Universidad de Foxborough. Un rasgo de su carácter era su amor por los libros de Lewis Carroll, y de ahí el origen de mi nombre. Cuando fui lo suficientemente mayor para entender ese tipo de cosas, mi madre me dijo que mientras estaba embarazada mi padre deseó que fuera una pequeña Alicia. Sonaba a algo que él podría haber dicho.

Recuerdo en una ocasión cuando Padre me estaba leyendo *A través del Espejo* por enésima vez. De repente paró, cerró el libro y me dijo, como en absoluta confidencialidad, que había más en los libros de Alicia que lo que la gente sabía. Pero que *él* lo sabía y algún día me lo contaría. Para Padre, el creador de Alicia, como más tarde comprendí, era un símbolo de supremacía psíquica, el ideal dorado de una mente desestructurada que manipulaba la realidad a su antojo y que lograba ganar una especie de fuerza objetiva a través de las mentes de otros. Y era muy importante para Padre que yo compartiera los libros de «El Maestro» con el mismo espíritu.

—Lo ves, cariño —me decía mientras releía *A través del Espejo* para mí —, ves cómo la pequeña y lista Alicia advierte de inmediato que la habitación al otro lado del espejo no está tan «arreglada» como la que acaba de dejar. No tan *arreglada* -repetía con énfasis didáctico, pero riendo como un niño, una extraña risilla que yo heredé de él—. No está arreglada. Ya sabemos lo que *eso* significa, ¿verdad?

Yo levantaba la mirada y asentía con toda la solemnidad que mis seis, siete u ocho años me permitían.

Y en efecto sabía lo que *eso* significaba. Sentía la presencia de mil maravillas deformes… de cosas que enloquecían de formas curiosas, del borde del mundo donde una cinta interminable de carretera ascendía sola hacia el espacio, de un universo entregado a nuevos dioses.

La imaginación de Padre parecía estar constantemente en funcionamiento. Mirando de reojo mi redondo rostro infantil, diciendo: «¡Oooh, mita cuánto brilla!», solía llamarme «Carita de Luna».

—*Tú* eres una carita de luna —le respondía juguetonamente.

—No, *tú* eres —replicaba él.

—No lo soy.

—Tú también.

Y seguíamos contestando y replicando hasta que los dos estallábamos en risas. Cuando me hice mayor, mis rasgos se hicieron más angulosos, una traición involuntaria a la concepción que mi padre tenía de su pequeña Alicia. Supongo que fue una bendición que no viviera para verme sucumbir a los estragos del tiempo, le ahorré un corazón roto gracias a una repentina explosión en su cerebro mientras daba clase en la universidad. Así que Padre jamás tuvo la oportunidad de revelarme lo que sabía sobre los libros de Alicia que nadie más sabía.

Pero tal vez habría notado que mi madurez solo estaba en la piel, que tan solo había adoptado superficialmente las conductas convencionales de un alma que envejecía (crisis nerviosa, divorcio, nuevo matrimonio, alcoholismo, viudedad, tolerancia estoica a una realidad de segunda categoría) sin destruir a la Alicia que amaba. Ella *debía* haber seguido viva, o eso me gustaría creer, porque era ella quien escribió iodos esos libros sobre su alma gemela, Preston, aunque no haya escrito ni uno más durante tantos años. Oh, esos años, esos años.

Pero ya está bien del pasado.

De momento me gustaría ocuparme solamente de un año, el que va a acabar hoy mismo… dentro de una hora, a juzgar por el reloj que acaba de dar

las once de la noche desde las sombras de la pared opuesta de este estudio. Durante los últimos trescientos sesenta y cinco días he advertido, en ocasiones muy levemente, una sucesión de episodios cada vez más curiosos en mi vida. Una falta de orden, se podría decir, que en parte puede deberse al hecho de que he estado bebiendo demasiado otra vez.

Algunos de los episodios previamente mencionados son tan ambiguos e insustanciales que sería una ardua tarea hablar de ellos, a menos que los refiriera basándome en las sensaciones y estados de ánimo que dejan a su paso, como huellas dactilares, y que he aprendido a interpretar como signos adivinatorios. Mi tarea será menos agotadora si me limito en su mayor parte a los incidentes más flagrantes que debo relatar, con lo que resultará más fácil darle un mínimo de sentido y estructura, que en la situación actual me vendría bien. Arreglarlo de alguna forma… limpio como una patena, recto y firme como las líneas verdes en la página amarilla frente a mí.

Debería comenzar identificando esta noche como esa fiesta ineludible que Preston siempre cumplía devotamente y que celebró con mayor intensidad en *Preston y el Fantasma de la Calabaza* (aunque ya casi se ha agotado el tiempo de esta festividad, según el reloj que marca las horas a mi espalda; aunque por lo que se ve las manillas parecen atascadas en la hora que indiqué hace ya un par de párrafos. Quizás lo haya oído mal antes). Durante años he acudido esta noche a la biblioteca suburbana local para hacer una lectura de uno de mis libros como el evento principal de una fiesta de Halloween anual. Esta noche logré aparecer una vez más para la lectura, a pesar de que no podría decir que todo fue *como siempre.* Sin embargo, el año pasado no me presenté a la fiesta de disfraces. Esto me lleva a lo que *creo* que es la primera de una serie de alteraciones inquietantes a lo largo de un año en una biografía previamente marcada tan solo por algún que otro episodio de caos convencional. Mis disculpas por dar dos pasos atrás antes de dar un paso adelante. Teniendo ya larga experiencia con la narración de historias, soy consciente de que este enfoque siempre es arriesgado cuando se intenta captar la atención de un lector. Pero allá vamos.

Hoy hace un año que cancelé mi lectura en la biblioteca para asistir fuera de la ciudad al funeral de una persona de mi pasado. Se trataba ni más ni menos que de ese duende de especial ingenio cuyas proezas sirvieron de *materia prima* para mis relatos de Preston Penn. Sin embargo, la excursión fue un viaje de pura nostalgia, porque no había visto a esa persona desde la fiesta de mi decimosegundo cumpleaños. Poco después mi padre murió y mi madre y yo abandonamos nuestro hogar en North Sable, Massachusetts (véase

Hogares de niñez de los autores de libros para niños para ver una foto del viejo edificio de dos plantas), y nos trasladamos a la gran ciudad, lejos de aquellos tristes recuerdos. Un maestro local que sabía de mi obra, y de los comienzos en North Sable, me envió un recorte de periódico del *Sable Sentinel* donde se informaba del fallecimiento de mi antiguo compañero de juegos, e incluso se refería a su fama literaria de segunda mano.

Llegué a la ciudad en silencio y me sentí inmediatamente abrumada por la ausencia de cambio en aquel lugar, como si hubiera existido todos esos años en un estado de constantes vitales mínimas y hubiera sido reanimado recientemente solo para mi disfrute. Tenía la impresión de que podría cruzarme con mis viejos vecinos, compañeros de escuela e incluso con el señor Tal y Cual, de la tienda de helados, que me sorprendió ver aún en funcionamiento. Al otro lado del escaparate, un hombre enorme con bigote de morsa escarbaba helado del interior de grandes cilindros de cartón, mientras dos niños regordetes apretaban las barrigas contra el mostrador. El hombre no había cambiado ni un ápice durante todos estos años. Levantó la mirada y me vio mirando la tienda y realmente me pareció ver un brillo de reconocimiento en sus ojos hinchados. Pero eso era imposible. Jamás podría haber detectado bajo mi máscara anciana aquel rostro infantil que conoció en el pasado, aunque hubiera sido el Señor Tal y Cual en persona y no su ¿hijo?, ¿nieto? de enorme parecido. Y allí estábamos: dos completos desconocidos mirándose, ambos actores que actuaban en el mismo escenario, pero que representaban dramas diferentes. Me recordó uno de mis primeros libros, *Preston y el reloj de dos esferas,* donde el tiempo pasa tan rápido que se queda parado.

Me sacudí de la mente la comedia negra de errores de la heladería y proseguí hacia mi destino, pero entonces descubrí que otra farsa de identidad equivocada me esperaba allí. Durante unos segundos me paré y levanté la mirada para leer las palabras escritas en el dintel sobre las puertas dobles de aquel frío edificio colonial: G. V. Ness e Hijos, Directores Funerarios. Y eso hablando del tiempo que pasa tan rápido que termina parándose, o lo parece. Durante los años que viví en North Sable solo entré en este establecimiento en una ocasión («Adiós, papá»). Pero este tipo de lugares siempre resultan familiares y poseen esa atmósfera perfectamente vacía y neutral de todos los edificios funerarios, el mismo en mi ciudad natal y en los suburbios de las afueras de Nueva York («Ahí le pudras, maridito») donde ahora estoy retirada.

Entré en la sala correcta sin ser delectada, otra invitada anónima un tanto tímida que se acerca al ataúd. Aunque atraje un par de miradas pueblerinas, la

anciana y elegante autora procedente de la gran ciudad no destacaba tanto como pensó que destacaría. Pero con o sin notoriedad, seguía siendo mi intención presentarme a la viuda como una amiga de la niñez de su marido fallecido. Sin embargo, esta intención se fue al infierno por culpa de dos hombres fuertes como bueyes que se levantaron de sus asientos a ambos lados de la dama afligida y avanzaron lentamente hacia mí. Por algún motivo, entré en pánico.

—Usted debe de ser la prima de papá, Winnie, de Boston. La familia ha oído hablar tanto de usted durante todos estos años… —dijeron.

Les sonreí abiertamente y tragué saliva, lo cual debió parecerles un signo afirmativo por mi parte. En cualquier caso, me condujeron junto a «Mamá» y me presentaron con mi involuntario pseudónimo a la anciana de ojos enrojecidos y medio delirante (¿por qué, me pregunto, permití que esta farsa continuara?)

—Me alegro de conocerla por fin, y gracias por esa maravillosa tarjeta que nos envió —dijo la mujer, inspirando ruidosamente aire y enjugándose los ojos con un pañuelo grotescamente manchado—. Soy Elsie.

Elsie Chester, pensé inmediatamente, aunque no estaba del todo segura de que aquella fuera la misma persona de la que se rumoreaba que había vendido besos y otro tipo de cosas a los chicos en la Escuela Elemental de North Sable. Así que terminó casándose con *ella*, ¿quién se lo iba a imaginar? Posiblemente *tuvieron* que casarse, especulé maliciosamente. Al menos uno de sus hijos parecía ser lo suficientemente mayor para haber sido la consecuencia de la impaciencia adolescente. Oh, bueno. Dónde quedó aquella promesa de Preston de casarse con nada más ni nada menos que la Reina de las Pesadillas.

Pero me esperaba una desilusión aún mayor. Tras mantener una conversación superficial con la viuda durante unos segundos más, me disculpé para presentar mis respetos por el lateral del ataúd del fallecido. Hasta entonces había evitado a propósito mirar aquella zona abarrotada de flores en la parte delantera de la habitación, donde un ataúd brillante y de color gris perla contenía a su ocupante en la misma posición que en el coche de carreras «La Tumba Viajera» que él mismo había construido. Esta parte del ritual funerario siempre me hace pensar en esas sesiones de observación de cadáveres a la que los niños del siglo diecinueve eran sometidos para familiarizarlos con su propia mortalidad. A mi edad esto ya resultaba innecesario, así que permítanme que revise rápidamente esta escena con unas cuantas palabras inevitables y trágicas…

Calvo y enrojecido, eso era de esperar. *Completamente* desconocido, eso no lo era. El niño con cara de mosquito que conocí en el pasado ahora se veía repulsivamente abotargado y deforme, hinchado y con los labios protuberantes como un cadáver sin identificar que la policía podría haber encontrado en un río. Era obvio que se había estado sobrealimentando en el copioso banquete de la vida, apartándose aletargadamente de la mesa justo antes de explotar. La cosa que tenía delante de mí era el vivo retrato de todo lo que estaba muerto, agotado… el adulto definitivo. (Pero, tal vez muerto, me consolé a mí misma, su yo infantil incluso ahora afloraba bajo el falso rostro del adulto que tenía frente a mí).

Tras presentar mis respetos a los restos de un recuerdo, me escabullí del cuarto con un sigilo que hubiera enorgullecido a mi Preston. Había dejado allí un sobre con una modesta contribución para los fondos de la viuda. Había barajado la idea de enviar un ramo de orquídeas negras abiertas al tanatorio con una nota firmada por Laetitia Simpson, la novia enana de Preston. Pero esto era algo que la otra Alicia habría hecho… la que escribió aquellas historias escalofriantes.

En cuanto a mí, me metí en el coche y salí de la ciudad, hasta que llegué al hotel de lujo más cercano, donde encontré una bonita suite (caprichos de una carrera literaria de éxito) y un bar. Y al final, esta parada nocturna nos debe llevar a otra carretera secundaria (o campestre, si lo desean) de mi narración. Por favor, esperen.

Una muchedumbre de clientes de última hora de la tarde llenaba el salón de cócteles del hotel, librándome así de tener que beber en soledad. Después de un par de whiskies con hielo, advertí que un joven me miraba desde el otro extremo del salón. Al menos me pareció joven desde esa distancia. Envalentonada por la bebida, me acentué para sentarme a su mesa. Y a cada paso que daba me parecía que aquel hombre iba ganando años. Ahora era solo relativamente joven… desde el punto de vista de una viuda, quiero decir. Su nombre era Hank De Vere y trabajaba para un distribuidor de herramientas de jardín y productos similares. Pero no finjamos que nos interesan los detalles. Más tarde cenamos juntos y después le invité a mi suite.

Por cierto, fue a la mañana siguiente cuando se inició esa sucesión de experiencias a lo largo de un año que ahora intento aclarar metódicamente con unos cuantos ejemplos seleccionados. Medio paso hacia delante próximamente: peón tres rey.

Me desperté en esa oscuridad tan propia de las habitaciones de hotel, unas cortinas anormalmente pesadas bloqueaban la entrada del sol matinal. De

inmediato me di cuenta de que estaba sola. Mi nuevo amigo parecía tener un sentido del tacto y de la oportunidad más desarrollado que el que le había otorgado a priori. Al menos eso es lo que pensé en un principio. Pero entonces miré por el vano de la puerta al interior de la otra estancia, donde veía un espejo convexo en un marco de madera colgado en la pared.

El ojo de buey del espejo reflejaba la habitación contigua y advertí que algo se movía. Una figura pequeña y deforme parecía estar girando, saltando y retorciéndose de una forma disparatada que yo debería haber oído. Pero no lo oía.

Pronuncié un nombre que apenas recordaba de la noche anterior. No me llegó ninguna respuesta desde la otra habitación, pero el movimiento en el espejo cesó y la figura diminuta (fuera lo que fuese) desapareció. Con mucha cautela, me levanté de la cama, me cubrí con una bata y eché un vistazo por el vano de la puerta como una niña curiosa la mañana de Navidad. Una extraña mezcla de alivio y confusión me embargó cuando vi que no había nadie más en la suite.

Me acerqué al espejo, quizás para examinar la superficie en busca de esa pequeña *cosa* que podría haber causado aquella ilusión. Mis recuerdos se tornan vagos en este punto, pues en ese momento sufría una pequeña resaca. Pero recuerdo con una viveza tremenda lo que finalmente vi después de observar el espejo durante unos segundos. De repente, el cristal abombado que tenía frente a mí se nubló con una bruma misteriosa, y de las profundidades de esta apareció el rostro céreo de un cadáver. Era el semblante de ese viejo cadáver que había visto en el tanatorio, pero ahora tenía los ojos muy abiertos y me miraba fijamente. O eso me pareció durante unos segundos antes de ponerme las gafas. Y cuando lo hice, lo único que vi fue mi propia cara… una jeta cadavérica donde las haya. *Preston y el Ghoul del Espejo*, pensé, sintiéndome casi inspirada para volver a tomar la pluma una vez más.

Y esta inspiración volvió a brotar un poco después, cuando estaba pagando la cuenta del hotel en la recepción. Mientras el recepcionista calculaba la factura, se me ocurrió mirar por una ventana cercana y, a través de esta, vi a dos niños regordetes retozando en el césped del hotel. Unos segundos más tarde los niños me sorprendieron mirándolos. Pararon y devolvieron la mirada a su audiencia, ambos de pie y totalmente inmóviles, uno al lado del otro. Entonces, me sacaron la lengua antes de salir corriendo (y cuánto se parecían a los odiosos gemelos Hatley que aparecen en *Preston y la Tumba Parlante).* La habitación dio un giro que tan solo yo parecí percibir, mientras que el resto siguió apaciblemente con sus quehaceres. Es posible que

esta experiencia esté relacionada con el hecho de que no pude administrarme ningún remedio postdepravación esa mañana. Mis viejos nervios estaban crispados y el estómago no me daba tregua. Sin embargo, he tenido una salud bastante buena a lo largo de los años y conduje hasta casa sin ningún otro incidente.

Eso ocurrió hace un año. Ahora prepárense para un gigantesco paso adelante: la vieja reina entra ahora en escena.

En los siguientes doce meses he advertido un número de sucesos similares, aunque ocurrieron con distintos grados de claridad. La mayoría se aproximaban a la fugaz naturaleza de un fenómeno de déjà-vu. Unos cuantos podrían ser considerados de facturación propia, mientras que otros carecían de una causa definida. Podía ver una frase o el fragmento de una imagen que provocaban que mi corazón diera un vuelco (algo no muy saludable a mi edad), mientras que mi mente buscaba alguna conexión que hubiera producido esa poderosa sensación de familiaridad: el sonido de un eco retardado y de origen indirecto. Ahondé en los sueños, en percepciones medio conscientes y en las distorsiones de los recuerdos, pero lo único que sacaba en claro era una cadena de sucesos con eslabones tan débiles como aros de humo.

Pero hoy, cuando las calabazas hacen muecas desde los porches y fantasmas con fundas de almohadas se balancean colgando de las ramas de los árboles, este tenue acoso ha adquirido una consistencia más sustancial. Comenzó esta mañana y continuó durante todo el día con manifestaciones cada vez más definidas y evocadoras. De nuevo, albergo la esperanza de que pueda organizar mi psique documentando estos episodios, comenzando con uno que ahora parece una prefiguración de todos los que iban a ocurrir posteriormente. Una exposición lúcida, eso es lo que se necesita. Así pues:

Lugar: el baño. Hora: un poco después de las ocho de la mañana.

El agua caía del grifo para darme mi baño matinal, derramándose en cascada en la bañera un poco ruidosamente para mis sensibles oídos. La noche anterior sufrí un grave caso de insomnio que ni tan siquiera una dosis extra de mi amado Guardsman’s Reserve Stock logró vencer. Me alegró ver llegar una soleada mañana de otoño a mi rescate. Sin embargo, el espejo del baño no me permitió olvidar la noche en vela que había pasado y me peiné y me puse crema sin lograr ninguna mejora visible. Chessie estaba conmigo, tumbado sobre la cisterna del inodoro, escudriñando el agua del retrete desde arriba. De hecho, estaba mirando muy atenta y prolongadamente algo en concreto.

—¿Qué es, Chessie? -pregunté con el tono de voz condescendiente de los amos de mascotas. Su cola poseía vida propia; entonces se enderezó y bufó, luego aulló con ese horrible falsete demoniaco de los felinos amenazados. Finalmente salió corriendo del cuarto de baño cediendo el terreno por primera vez desde que era pequeña.

Yo había estado holgazaneando en el otro extremo del cuarto, un espectador tambaleante y mareado contemplando un incidente inesperado. Con un cepillo de plástico grande en la mano izquierda, fui a investigar. Miré en las mismas aguas. Y, aunque al principio me parecieron suficientemente claras, pronto apareció algo en el interior del cuenco de porcelana del retrete. Sin embargo, retrocedió demasiado rápido por el desagüe para que pudiera saber de qué se trataba. Lo único que quedaba era una enmarañada huella en mi memoria. Pero no lograba centrarme en ello mentalmente. Era como si hubiera visto aquella cosa y, al mismo tiempo, no la hubiera visto. En todo caso, fuera lo que fuera, había provocado un torbellino de impresiones en mí, como si estuviera soñando una confusa pesadilla que tan solo deja a su paso una punzada de horror en el que sueña. No habría mencionado este capítulo de mi historia si no creyera que está relacionado con otro que tuvo lugar después.

Esta tarde comencé a prepararme para la lectura que tenía que hacer en la biblioteca, una preparación principalmente alcohólica. Nunca me ha gustado esta terrible experiencia anual, y solo la soporto por un cierto sentido del deber, la vanidad y otros motivos aún más incomprensibles. Tal vez por eso recibí con agrado la excusa de evitarlo el año pasado. Y deseaba evitarlo este año también, si al menos se me hubiera ocurrido algún motivo que convenciera al resto de las personas involucradas… y, sobre todo, a mí misma. No queríamos decepcionar a los niños, ¿verdad? Por supuesto que no, aunque solo sabe Dios por qué. Los niños me ponen nerviosa desde que dejé de ser uno de ellos. Quizás por eso nunca tuve hijos, quiero decir, no adopté ningún hijo, los médicos me dijeron hace ya mucho tiempo que era tan fértil como los mares de la luna.

La otra Alicia es la que realmente se encuentra a gusto con los niños y las cosas de niños. ¿Cómo si no podría haber escrito *Preston y el alegre Tal* o *Preston y el tembloroso Cual*? Así que, cada año, cuando llega el momento de esta lectura, intento que aparezca en el escenario lo máximo posible, algo que se me va haciendo más difícil con el paso del tiempo. Extrañamente, es mi debilidad de adulta por los licores lo que me permite hacerlo de forma más

efectiva. A cada sorbo de whisky que pasó por mis labios hoy, me iba sintiendo más cómoda.

El sol se estaba poniendo con un brillo de color naranja calabaza cuando llegué a la pequeña biblioteca de una planta. Algunos niños disfrazados esperaban fuera: un hombre lobo, un gato negro con una cola larga y rizada, un extraterrestre con menos dedos que los humanos y más ojos. Por el camino llegaba Campanilla escoltada por un pirata. A mi pesar, no pude evitar sonreír al contemplar la escena. Por primera vez desde hacía bastante tiempo esta fiesta de máscaras me trajo a la memoria mi propia infancia, cuando mi padre me llevaba por las puertas de las casas para ofrecer truco o trato (su amor por esa noche era probablemente tan ávido como el de Preston). Una vez imbuida del espíritu de esta festividad, me sentía bastante segura cuando entré en la biblioteca y me enfrenté a un rebaño de jóvenes. Pero el hechizo quedó malvadamente roto cuando un listillo gritó en voz alta: «¡Eh, mirad la máscara que lleva puesta!» Después de eso, salí disparada por varios pasillos de suelo de linóleo en busca de algún rostro adulto amigo.

Por fin, crucé la puerta abierta de una pequeña habitación ordenada donde un grupo de damas y el director de la biblioteca, el señor Grosz, sorbían café. El señor Grosz dijo en voz alta cuánto se alegraba de volver a verme y me presentó a las mamás que estaban ayudando con la fiesta.

—Mi William se ha leído todos sus libros —dijo una tal señora Harley de figura rotunda-. Me resulta imposible apartarlo de ellos.

No será porque no lo intente, pensé, a juzgar por su tono de voz quedamente iracundo. Mi única respuesta fue una digna sonrisa.

El señor Grosz me ofreció café, pero rehusé la oferta, no le sienta bien a mi estómago. Entonces, de forma juguetona, sugirió que, como estaba anocheciendo fuera, parecía el momento adecuado para que dieran comienzo las celebraciones. Mi lectura iniciaría la diversión de la velada, una buena historia de miedo «para que todos se contagien del clima». Pero, primero, yo debía contagiarme del clima, así que me disculpé para usar el baño de mujeres, donde pudiera fortalecer mis nervios crispados con una petaca que llevaba guardada en el monedero. Con una extraña y embarazosa cortesía social, el señor Grosz se ofreció para esperarme justo fuera del lavabo hasta que hubiera acabado.

Ya estoy lo suficientemente preparada, señor Grosz -dije lanzando una mirada de desdén al hombrecillo desde la altura de un par de tacones de jovenzuela. El hombre se aclaró la garganta y pensé que iba a alargar un brazo doblado para ofrecérmelo. Pero simplemente lo extendió para indicar, de una

forma típicamente caballerosa, hacia dónde debíamos ir. Creo que incluso hizo una leve reverencia.

Me condujo por el vestíbulo hacia la sección infantil de la biblioteca, donde supuse que tendría lugar la lectura, como siempre se hizo en el pasado. Sin embargo, cruzamos esa zona, que estaba a oscuras y vacía, y continuamos bajando un tramo de escaleras que conducía al sótano de la biblioteca.

—Nuestras nuevas dependencias -se pavoneó el señor Grosz-. Hemos convertido uno de los trasteros en una especie de pequeño auditorio.

Ahora nos encontrábamos frente a una gran puerta metálica pintada de un verde institucional. A cualquiera le habría parecido que conducía al pabellón trasero de un manicomio. Podía oír gritos al otro lado que me sonaban a gritos de locos más que al clamor de niños alborotados.

—¿Cuál nos leerá esta noche? -preguntó el señor Grosz mientras observaba mi mano izquierda.

—*Presión y las Sombras Hambrientas* -respondí, mostrándole al mismo tiempo el libro que sujetaba en las manos. Él sonrió y me confió que era uno de sus relatos favoritos. Luego me abrió la puerta, utilizando el peso de su cuerpo sobre ambas manos y entramos en una cámara de los horrores desconocida para mí.

Alrededor de unos cincuenta niños estaban sentados o de pie o saltando de sus asientos. Gritando sobre la tribuna en la parte delantera de la sala larga y estrecha, una bruja tocada con un sombrero en punta informaba sobre las actividades festivas de la velada, y cuando vio que el señor Grosz y yo llegábamos, comenzó a hablarles a los niños de un «regalo especial para todos nosotros», queriendo decir que la dama autora medio borracha estaba a punto de pronunciar un discurso a medio cocinar.

—Recibámosla con un gran aplauso —dijo la bruja, aplaudiendo mientras yo subía a una plataforma que me pareció un tanto tambalea me. Agradecí a todo el mundo por invitarme a su fiesta y coloqué el libro sobre el atril iluminado y decorado con unos tallos de maíz marchitos. Después hice lo que pude para animar a la audiencia con un discursito sobre la historia que iban a oír a continuación. Cuando mencioné el nombre de Preston Penn, unos cuantos niños vitorearon o, al menos, uno de ellos lo hizo al fondo del auditorio. Supuse que se trataba de William Harley.

Justo cuando me disponía a comenzar la lectura, ocurrió algo que no esperaba que fuera a suceder… las luces se apagaron («se me olvidó totalmente», se disculpó más tarde el señor Grosz). En la oscuridad, advertí que, mirándose unas a otras desde paredes opuestas de la estancia, había dos

hileras de calabazas de Halloween iluminadas y que irradiaban un resplandor naranja y amarillo desde arriba. Todas tenían rostros idénticos, y unas parecían reflejos de espejo de otras, con ojos y narices triangulares y bocas como grandes oes gimientes (de niña, estaba convencida de que las calabazas crecían así de forma natural, con sus rasgos faciales y sus interiores fosforescentes). Además, parecían estar suspendidas en el aire, los soportes quedaban ocultos por la oscuridad, que también ocultaba los rostros de los niños. Y, de esta manera, esas calabazas de Halloween se convirtieron en mi audiencia.

Pero mientras leía, la verdadera audiencia se reafirmaba arrastrando los pies por el suelo, susurrando y haciendo algunos sonidos bastante ingeniosos con las sillas plegables de madera donde estaban sentados. También escuché una «risilla maligna» en mis propias palabras para describir la risa burlona del mismísimo diablillo cuya historia recitaba. Hacia el final de la lectura se escuchó un gemido profundo procedente de algún lugar en la parte trasera de la sala, y sonó como si una silla se hubiera volcado con quienquiera que estuviera sentado en ella.

—No pasa nada —escuché que decía una voz adulta. La puerta de atrás se abrió, permitiendo que unos segundos de luz rompieran el hechizo aterrador, y algunas sombras salieron. Cuando volvieron a encenderse las luces al final de la historia, advertí que el ocupante de uno de los asientos de la última fila había desaparecido.

—De acuerdo, chicos —dijo la madre bruja tras un aplauso menor para Preston—, que todo el mundo mueva su asiento contra la pared, así tendremos suficiente espacio para los juegos y demás cosas.

Los juegos y demás cosas provocaron un leve alboroto en la habitación. Los niños disfrazados dirigían la noche, saciando su apetito de cosas dulces de comer y beber, del desorden por el puro desorden, y un caos fogoso. Yo permanecí en la periferia de toda aquella conmoción y conversé con el señor Grosz.

—¿Qué ha sido esa interrupción exactamente? -le pregunté-. ¿Es que algún niño sufrió algún tipo de ataque?

Dio un sorbo de un vaso de plástico lleno de sidra y se relamió los labios de forma muy poco cortés.

—Oh, no ha sido nada. ¿Ve a esa niña allí con el disfraz de gato negro? Por lo visto, se ha desmayado. Pero en cuanto la sacamos, se puso bien. Llevaba la máscara de gatito durante toda la lectura y creo que la pobrecilla hiperventiló o algo parecido. Se quejaba de que vio algo en su máscara y se

quedó muy asustada durante un rato. En cualquier caso, puede ver que se encuentra bien, y vuelve a llevar puesta la máscara. Es asombroso que los niños logren olvidar y recuperarse tan rápido.

Respondí que, en efecto, era asombroso, y luego le pregunté más concretamente qué era lo que la niña había creído ver en su máscara. No pude evitar acordarme de otra gata, mucho antes ese mismo día, que también vio algo que la asustó.

—En realidad no supo explicarlo —respondió el señor Grosz—, Fue solo algo que llegó y se marchó. Ya sabe cómo son los niños. Sí, me atrevería a decir que *sin duda* lo sabe, teniendo en cuenta que ha pasado toda su vida escribiendo sobre ellos.

Acepté el cumplido por saber cómo son los niños, pero a sabiendas de que el señor Grosz en realidad hablaba de otra persona, de *ella.* No es por exagerar esta extraña idea de una división entre mi yo profesional y mi yo privado, pero en esos momentos ya estaba bastante cohibida por el asunto. Mientras estaba leyendo el libro de Preston a los niños, había pasado por la extraña experiencia de no reconocer apenas mis propias palabras. Por supuesto, este es un cliché entre los escritores, y me ha ocurrido muchas veces durante mi larga carrera. Pero jamás de forma tan intensa. Eran palabras de alguien totalmente ajeno a mí. Estaban escritas por alguna otra Alicia. Y yo no soy ella, al menos ya no.

—Confío —le dije al señor Grosz— en que no fue la historia lo que asustó a la niña. Ya tengo bastantes padres enfadados.

—Oh, estoy seguro de que no. No digo que no fuera una buena historia infantil de miedo. Por supuesto, no he querido decir eso. Pero, ya sabe, es esta época del año. Las cosas imaginarias parecen ser más reales. Como su Preston. Siempre fue un gran personaje para Halloween, ¿estoy en lo cierto?

Le dije que estaba en lo cierto con la esperanza de que no siguiera ahondando en el tema. «Cosas imaginarias» no era en absoluto el tema del que quería hablar en esos momentos. Intenté pasar de puntillas por el tema con una risa. Y, ¿sabes qué, Padre?, durante unos segundos sonó exactamente como tu misma risa y no mi imitación heredada de tu risa.

Todo el mundo lamentó que no me quedara mucho tiempo en la fiesta. La lectura me había dejado del todo sobria y mi nivel de tolerancia estaba bajo mínimos. Sí, señor Grosz, le prometo que volveré el año que viene, lo que quiera, pero déjeme volver a mi coche y a mi bar.

El regreso a casa por las calles suburbiales fue una mala experiencia, un trayecto enervante y peligroso por la cantidad de celebrantes del truco o trato

que iban a pie. Los disfraces no ayudaban en nada (veía el mismo fantasma por todas partes e imaginaba que un pequeño y flaco espectro me estaba siguiendo hasta casa). Las máscaras no ayudaban en nada. Y esas sombras de Preston agitándose sobre fachadas de dos plantas (¿por qué tuve que elegir precisamente ese cuento?), sin duda tampoco me ayudaban. Alicia, la otra, era capaz de enfrentarse a toda esa locura, a cualquier pesadilla que su creadora le lanzara. Ese horrible reverendo Dodgson. Me da igual si hay mucho más en sus libros que lo que la gente cree. No quiero saberlo. Ojalá nunca hubiera oído hablar de él… ese corruptor de pequeñas mentes. Solo quiero olvidarlo todo. *Alicia y el Pasado que Desaparece.* Doctor Guardsman, adminístreme su medicina en vasos altos… pero, por favor, ningún espejo.

Y ahora estoy a salvo en casa con uno de los vasos más altos lleno y fiel sobre mi escritorio mientras escribo. Una lámpara con una pantalla de Tiffany (hacia 1922) arroja una luz amable sobre las páginas que he llenado durante las últimas horas (aunque las manillas del reloj parecen atascadas en la misma posición en V que cuando comencé a escribir). La luz de la lámpara ilumina la ventana situada directamente frente a mi escritorio y me permite ver un reflejo relativamente favorecedor de mí misma en el espejo oscuro del cristal. La casa está en silencio y yo soy una rica escritora viuda ya retirada.

¿Sigue habiendo algún problema? No estoy segura.

Les recuerdo que llevo bebiendo de forma constante desde primeras horas de esta tarde. Les recuerdo que soy vieja y que los misterios de la neurosis geriátrica no me pillan de nuevas. Les recuerdo que una parte de mí ha escrito una serie de cuentos infantiles cuyo héroe es un discípulo de lo extraño. Les recuerdo qué noche es esta y qué áreas de la imaginación pueden volar en esta festividad de Halloween. Sin embargo, no necesito recordarles que este mundo es más extraño de lo que pensamos, o al menos el mío parece serlo, especialmente este año que ha pasado. Y ahora me doy cuenta de que es *muy* extraño… y, una vez más, desordenado.

Prueba número uno. Por mi ventana veo una luna de otoño colgando en la oscuridad. Bueno, debo confesar que no estoy al día con esto de las fases lunares («caras lunáticas», como podría haber dicho Preston), pero parece haber tenido lugar algún cambio desde la última vez que miré por la ventana… la cosa parece haberse dado la vuelta a sí misma. Donde antes era cóncava a la derecha, ahora es *convexa* en esa misma dirección, el cuarto menguante había cambiado a cuarto creciente, o algo de esa naturaleza. Pero dudo que la Naturaleza tenga nada que ver; lo más probable es que la explicación se encuentre en la Memoria. Así que no es la luna en sí misma lo

que me inquieta. El verdadero problema reside en todo lo demás, o al menos lo que alcanzo a ver del paisaje suburbano en la oscuridad iluminada por farolas. Como una escritura que solo puede ser leída en un espejo, las formas al otro lado de mi ventana, árboles, casas, pero gracias a Dios, ninguna persona, ahora parecen peligrosas y erróneas.

Prueba número dos. A la anterior lista de razones por mis mermadas capacidades, me gustaría añadir un próximo síndrome de abstinencia alcohólico. El último trago que tomé del vaso de mi escritorio sabía extrañamente repugnante y nocivo hasta el punto de que dudo que vaya a beber más. Casi escribí, y ahora lo haré, que la bebida sabía del revés. Por supuesto, hay ciertas afecciones que tienen la capacidad de transformar el sabor de la bebida favorita de uno en un mejunje infernal. Quizás, entonces, he sido presa de una de esas afecciones. Pero les recuerdo que, aunque mi mente pueda estar terminalmente ebria, siempre ha residido *in corpore sano.*

Prueba número tres (la última). Mi reflejo en la ventana frente a mí. Quizás algo imperfecto en el fundido del cristal. Mi rostro. Las sombras circundantes parecen estar superponiéndose sobre él poco a poco, como bichos atraídos a algo dulce. Pero lo único dulce en Alicia es su sangre, con un alto nivel de azúcar tras largos años de alcoholismo. Entonces, ¿de qué se trata? ¿Sombras de senilidad? ¿O esas criaturas hambrientas sobre las que leí un poco antes esta noche regresan para repetir la actuación? ¿Desde cuándo leer una historia constituye un encantamiento que invoca su imaginería ante los ojos del cuerpo y no los de la mente?

Hay algo del revés aquí. Hacia atrás en un rincón: *jaque mate.*

Ahora, quizás esto parezca simplemente el aullido de un lobo, por muy sincero que pueda ser. No puedo decir realmente que no lo sea. No puedo asegurar que lo que estoy oyendo ahora mismo no sea algún truco de Halloween de mi cerebro embrutecido.

Me refiero a las risillas en el pasillo. Esa risilla demoniaca que oí en la biblioteca. Incluso cuando me concentro, no soy capaz de decir si el sonido está dentro o fuera de mi cabeza. Es como mirar uno de esos dibujos que muestran dos escenas diferentes según se incline hacia uno u otro lado, pero que, desde un cierto ángulo, forman un amasijo borroso de ambas escenas. Sin embargo, la risa está ahí, en algún sitio. Y la voz me resulta tan familiar.

Aaaaa je-je-je-je-je.

Prueba número cuatro (las sombras, otra vez). Están por todo mi rostro en la ventana. Pelándolo, como en el cuento. Pero no hay nada bajo la vieja máscara; ningún rostro de niña… Presión. Eres tú, ¿verdad? Jamás oí tu risa,

solo en mi mente. Sin embargo, así es exactamente como me imaginé que sonaría. ¿O es que mi imaginación también te ha proporcionado una risa usada y heredada?

Mi único miedo es que no seas tú, sino algún impostor. La luna, el reloj, la bebida, la ventana. Es todo muy de tu estilo, aunque ahora no es divertido, ¿verdad? No es divertido en absoluto. Para, Preston, o quienquiera que seas. ¿Y quién puede ser? ¿Quién podría estar haciendo esto? He sido buena. Solo he envejecido, eso es todo. Por favor, para. Las sombras de la ventana están saliendo. No, no en mi rostro. No en mi carita de luna.

No puedo ver
nunca más
no puedo ver.

Ayúdame
Padre

EL SUEÑO DE UN MANIQUÍ[4]

En una ocasión, la tarde de un miércoles, una joven entró en mi oficina para su primera sesión. Su nombre era Amy Locher (y ¿no me contaste en una ocasión, hace ya mucho tiempo, que tuviste una muñeca con ese mismo nombre?) Bajo las actuales circunstancias, no creo que sea una violación demasiado burda de la ética profesional emplear el nombre real del sujeto al describir su caso. En efecto, hay algo más que simple ética entre nosotros, *ma chère amie.* Además, por lo que me dijo la señorita Locher, entendí que tú me recomendaste a ella. Esto no parecía necesariamente de mal agüero al principio; quizás, pensé, tu relación con la chica era tal que te resultaba incómodo aceptarla como tu propia paciente. De hecho, todavía no tengo claro, amor mío, hasta qué punto puedes estar implicada en toda la experiencia que tuve con la diminuta señorita L. Así que te ruego disculpes cualquier estupidez que pudiera aparecer burdamente en el cuerpo de esta correspondencia.

Mi primera impresión de la señorita Locher, cuando se sentó casi de costado en el sillón de piel frente a mí, fue la de una mujer joven tensa, aunque básicamente segura de sí misma. Advertí que iba vestida con un estilo clásico que tú sueles preferir (aunque podemos discutir estas y otras cuestiones durante la cena este sábado, si te apetece). Tras una breve charla, nos centramos en lo que la señorita Locher llamaba el «factor motivante» de su consulta. Este consistía, como tal vez ya sepas, en un sueño recurrente que ha estado experimentando durante aproximadamente un mes. Lo que sigue son los sucesos de ese sueño, que he compuesto a partir de las grabaciones de la sesión del 10 de septiembre con la señorita Locher.

En el sueño nuestro sujeto ha entrado en una nueva vida, al menos en cuanto a que desempeña un trabajo distinto al de su vida despierta. La señorita Locher ya me había informado de que durante tres años ha trabajado como agente de préstamos en una empresa financiera local. Sin embargo, durante su día de trabajo en el sueño descubre que está empleada desde hace años en una tienda de ropa de moda. Como esos testigos de la fiscalía que el gobierno quiere proteger con nuevas identidades, el sueño la ha equipado con lo que parece ser una biografía en su mayor parte tácita, pero de alguna manera completa; sin duda, un maravilloso truco de la mente. Por lo visto, una de sus tareas en el nuevo trabajo consiste en cambiar la ropa de los

maniquíes en los escaparates de la tienda. De hecho, siente que toda su existencia está servilmente dedicada a vestir y desvestir a aquellos muñecos. Está profundamente insatisfecha con su suerte y los maniquíes se convierten en el foco central de su odio.

Este es el contexto general que se presupone en el sueño, que ahora empieza realmente. Cuando nuestra *vestidora* de maniquíes se dirige a su trabajo se siente abrumada por una ansiedad amorfa, sin una causa específica. Acaba de llegar una carga de ropa nueva para adornar un escaparate de maniquíes. Le repele tocar los cuerpos desnudos de los maniquíes porque, según explicó la señorita Locher, no están ni calientes ni fríos, como solo los cuerpos artificiales pueden estar. (Advierte esta extraña consciencia de la temperatura en un sueño, aunque esta sea una temperatura neutra). Tras observar amargamente las filas de estas criaturas con caras de muñecos, ella dice: «Hora de dejar de bailar y vestirse, bellas durmientes». Estas palabras son pronunciadas sin ninguna espontaneidad, como si se dijeran ritualmente para iniciar cada sesión de vestuario. Pero el sueño cambia antes de que pueda poner ni una sola puntada en los maniquíes, que miran al vacío con ojos «ilusionados».

Ahora acaba el día de trabajo. Ha regresado a su pequeño apartamento, donde se retira a la cama… y tiene un sueño (¡este sueño es el de la vestidora de maniquíes, no el suyo, como ella señaló con gran énfasis!)

La vestidora de maniquíes sueña que está en su dormitorio. Pero lo que ahora cree que es su «dormitorio» es en realidad un salón con mobiliario anticuado y con las dimensiones de un teatro pequeño. La habitación está tenuemente iluminada por unas lámparas de cristal en las paredes, las luces iluminan una alfombra de diseño laberíntico y varios muebles viejos. Percibe los objetos de la escena más como ideas puras que como fenómenos materiales, porque los detalles están borrosos y hay muchas sombras. Sin embargo, hay algo que visualiza muy claramente: una de las paredes de esta amplia habitación ha desaparecido y más allá de ese gran agujero hay una vista de negritud plagada de estrellas.

La soñadora está colocada en el extremo de la habitación opuesto al abismo estrellado. Sentada en el borde de un diván de terciopelo, mira y espera «sin aliento ni latidos del corazón». Todo está en silencio, otra percepción extraña para un sueño. Este silencio de alguna forma «electrifica» el sueño con extrañas corrientes de fuerza que presagian una presencia demoniaca invisible.

Entonces una nueva sensación aparece en el sueño, una sensación ligeramente más tangible. Parece percibirse una gelidez que penetra desde el paisaje de estrellas al otro lado de la habitación (la temperatura, otra vez, ¡sin duda, es un sueño de lo más extraño!) Una vez más, nuestra soñadora experimenta un terror premonitorio de algo desconocido. Sin moverse del sitio en ese sillón incómodo, busca con la mirada por la habitación alguna señal del origen de su terror. Muchas zonas quedan fuera de su campo de visión, como un cuadro garabateado, pero no ve nada particularmente aterrador y se siente aliviada durante unos segundos. Entonces, vuelve a sentir un temor renovado cuando advierte por primera vez que no ha mirado a su espalda y, de hecho, parece incapaz de hacerlo.

Hay algo ahí detrás. Lo siente como una terrible verdad. Casi sabe qué es, pero, afectada por una especie de afasia onírica, no es capaz de encontrar la palabra de lo que teme. Solo puede esperar que un susto repentino la saque del sueño, porque ahora es consciente de que «ella está soñando», pensando en sí misma en tercera persona.

Las palabras «ella está soñando» de alguna manera forman un motivo omnipresente en la situación actual; como una leyenda escrita en algún lugar bajo el sueño, como voces resonantes que rebotan aquí y allá por toda la estancia, como un lema impreso en unas tiras de papel como las de las galletas de la fortuna y escondidas en cajones de escritorio, como un disco rayado repitiéndose en un antiguo gramófono en el interior de la cabeza de la soñadora. Entonces todas las palabras de este eslogan monótono se reúnen desde sus distintas procedencias, y como una bandada de pájaros aterrizando se posan en la zona detrás de la espalda de la soñadora. Allí pían durante unos segundos, como si sobrevolaran los hombros congelados de una estatua en un parque. Así es realmente como lo siente la soñadora, incluyendo la comparación con la estatua. Algo escultural se aproxima a ella. Irradia un campo de tensión dinámica que se hace más intensa a medida que se acerca, mientras su sombra se va alargando en el suelo. Sin embargo, ella no puede girarse para ver el horror a sus espaldas, porque en este punto no puede mover el cuerpo, que siente con las articulaciones rígidas. Quizás puede gritar, piensa, e intenta hacerlo. Pero fracasa, porque para entonces ya hay una mano firme y tibia que cubre su boca desde atrás. Nota unos dedos en los labios como gruesos y desnudos lápices de tiza. Entonces ve un brazo delgado y largo que se extiende sobre su hombro izquierdo y una mano que sujeta unos cuantos trapos sucios delante de sus ojos sacudiéndolos, «haciéndolos bailar».

Y en ese momento, una voz seca y silbante susurra en su oído: «Es hora de vestirse, muñequita».

La soñadora intenta apartar la mirada, sus ojos son la única parte del cuerpo que puede mover. Ahora, por primera vez, advierte que, por toda la habitación, en los rincones en sombra, hay personas vestidas como muñecos. Sus cuerpos están tirados, las bocas abiertas. No parecen seguir vivos. Algunos de ellos de hecho se han convertido en muñecos, su piel ya no es flexible y sus ojos han perdido la humedad de las lágrimas. Otros están en diferentes estadios intermedios entre la humanidad y la *muñequidad.* Alertada, la sonadora ahora es consciente de que su propia boca está abierta totalmente y que no puede cerrarla.

Pero, por fin, sacudiéndose con temblores por lo desconocido, es capaz de darse la vuelta y enfrentarse al agente amenazador. El sueño alcanza ahora un increíble crescendo y se despierta. Sin embargo, no se despierta en la cama de la vestidora de maniquíes del sueño dentro de un sueño, sino que se encuentra directamente transportada bajo las colchas revueltas, pero reales, de su propio yo agente de préstamos. Sin saber exactamente dónde o quién es durante unos segundos, su primer impulso al despertar es completar el movimiento que inició en el sueño; es decir, girarse para mirar a su espalda (la alucinación hipnopómpica que siguió le hizo sentir como si hubiera perdido la razón temporalmente). Lo que vio al girarse fue algo más que una simple pared desnuda. Proyectándose en esa superficie iluminada por la luz de la luna vio el rostro de un maniquí femenino. Y lo que la turbó en particular de esta ilusión óptica (y, de nuevo, nos adentramos en terrenos inciertos) fue que el rostro no se difuminó hasta desaparecer en el fondo de la pared de la manera que normalmente se difuminan las proyecciones posteriores al sueño. Más bien parece que este rostro que resaltaba en el fondo, con un leve y rápido movimiento, hubiera retrocedido hundiéndose en la pared. Sus gritos congregaron a más de una persona de los apartamentos contiguos. Fin del sueño y de las experiencias relatadas.

Y ahora, querida, probablemente puedes imaginar mi reacción al relato psíquico anteriormente descrito. Cada hilo suelto que seguí me llevaba a ti. El carácter del sueño de la señorita Locher recordaba tanto en el estado de ánimo como en el escenario a cuestiones que tú has estado explorando ya desde hace unos años. Por supuesto, me refiero al versátil ambiente astral del sueño de la señorita Locher y la sorprendente relación con ciertas ideas (muy bien, *teorías*) que en mi opinión forman parte central de tu *oeuvre*, así como de tu *vie.* Sobre todo, me refiero a esos «otros mundos» que dices que has detectado

a través de una combinación de estudios de lo oculto y un análisis profundo. En este punto, permíteme que me explaye con una breve lección a propósito de lo anteriormente expuesto.

No es que tenga ninguna objeción a que profundices en modelos especulativos de la realidad, cielo, pero ¿por qué este en concreto? ¿Por qué proponer estas «pequeñas zonas», como te he oído llamarlas, con unos atributos tan espantosos?, ¿o debería decir antiatributos (para seguir con tu jerga teórica)? Jugar tan frívolamente sobre tales misterios con frases como «foco de interferencia» y «estática cósmica» desluce tu talento como un serio miembro de nuestra profesión. Y todo lo demás: el hiperextrañamiento, los «juegos ontológicos», la sustancia cósmica general en estos lugares y todo el resto de los sinsentidos trascendentales. Soy consciente de que la psicología ha marcado algunas zonas extrañas en sus mapas de la mente humana, pero tú has ido tan lejos en las regiones interiores ultramentales de la metafísica que temo que no puedas regresar (al menos, no con tu reputación intacta).

Al hablar de tus ideas con relación al sueño de Locher, puedes observar las correlaciones especialmente en el argumento enrevesado de su narración. Pero te diré cuándo estas conexiones con tus hipótesis caprichosas realmente me golpearon con la fuerza de un martillo. Fue justo después de que ella me relatara el sueño. Añora, sentada en su asiento en posición normal, hizo algunos comentarios con la intención obvia de expresar el alcance de su inquietud. Estoy seguro de que ella pensaba que era *de rigueur* que me contara que, después del episodio del sueño, comenzó a tener dudas acerca de qué era en realidad. ¿Una agente de préstamos? ¿Una vestidora de maniquíes? ¿Otra? ¿Otra otra? Racionalmente, ella conocía su yo genuino y real. Sin embargo, una «nueva sensación de irrealidad» minó su completa seguridad emocional en este asunto.

Sin duda, puedes ver cómo los anteriores trucos existenciales se ajustan a esos «acosos del yo», tal como denominas tales fenómenos. ¿Y cuáles son los límites del yo? ¿Hay alguna secreta comunión entre cosas aparentemente diferentes? ¿Cómo se relaciona lo animado y lo inanimado? Menudo aburrimiento, querida… zzzzz.

Todo esto me recuerda esa manida fábula del filósofo chino (¿Chuang Tzu?) que sonó que era una mariposa, pero al despertar aparentaba no saber si él era un hombre que había sonado que era una mariposa o una mariposa que ahora soñaba… bueno, ya captas la idea. La pregunta es: «¿Las cosas como las mariposas sueñan?» Respuesta: un inequívoco «no», como ya sabrás gracias a las investigaciones realizadas en este campo. El tema queda zanjado.

Pero si dejamos a un lado los estudios acreditados, como sé que replicarías, supongamos que el soñador no es ni un hombre ni una mariposa, sino ambas cosas… o ninguna, sino algo del todo distinto. O supongamos… en realidad, podría seguir así eternamente, como ya hemos hecho. Posiblemente el concepto más abominable que has desarrollado es ese que llamas «masoquismo divino», o la doctrina de un Yo superior que aterroriza a sus pequeños yoes escindidos, precisamente ese Algo Totalmente Distinto que corroe al hombre-mariposa con sospechas de que hay algún tipo de juego que tiene lugar en su cabeza.

El problema con todo esto, querida, es la postura tan inflexible que adoptas sobre su realidad objetiva y cómo en ocasiones logras infectar a otros con tus convicciones descabelladas. Yo, por ejemplo. Tras escuchar el relato del sueño de boca de la señorita Locher, me sorprendí a mí mismo analizándolo inconscientemente de la misma forma que tú lo analizarías. La multiplicación de funciones (incluyendo esa inversión de papeles con el maniquí) realmente me trajo a la mente a un ser divino astillándose y desollándose para liberar su hastío cósmico, como en efecto unos cuantos dioses reputados de las religiones del mundo supuestamente hacen. También me acordé de tu «divinidad de los sueños», esa criatura todopoderosa en su propia esfera de existencia. Mientras contemplaba el paisaje del sueño de la señorita Locher, experimenté una fugaz sensación de aquella antigua elucubración sobre la existencia de una deidad solipsista de los sueños que gobierna todo lo que ve, todo lo cual es solo ella misma. E incluso se me ocurrió un corolario al solipsismo: si, en cualquier universo posible, uno *siempre* debe admitir que hay otros universos que podrían ser solo sueños, entonces el problema se convierte, como con nuestro dormilón chino, en saber cuándo uno está realmente soñando y qué forma podría tener el yo despierto. Y esto es algo que uno *nunca* puede saber. El hecho de que una abrumadora mayoría de pensadores rechace cualquier doctrina del solipsismo apunta firmemente a su no existencia. Y, después de todo, la sensación de disociación de la realidad tiene lugar solo en un estado consciente, y no en sueños, donde todo es absolutamente real.

¡Mira lo que me has hecho! Por razones que tú bien sabes, amor mío, intento reflexionar seriamente con todas mis fuerzas sobre tus investigaciones aberrantes. No puedo evitarlo. Pero no creo que sea correcto que ejerzas tu influencia sobre inocentes como la señorita Locher. Debo contarte que hipnoticé a la joven. Y su testimonio inconsciente parece incriminarte. Ella prácticamente me exigió la hipnosis porque creía que sería una manera

sencilla de revelar el origen de sus problemas. Debido a su frenética insistencia, accedí. Y lo que siguió fue un descubrimiento fortuito.

Ella era un sujeto superior. En la hipnosis, restringimos la tarea a penetrar en los misterios de su sueño. La exposición bajo los efectos de la hipnosis resultaba asombrosamente coherente con la versión dada despierta, a excepción de un importante punto que abordaré dentro de un momento. Le pedí que abundara en sus sentimientos durante el sueño y cualquier sensación significativa que experimentara. Sus respuestas a estas preguntas eran en ocasiones formuladas con el lenguaje incoherente del durmiente. Pronunció algunas cosas bastante terribles sobre la vida y las mentiras y «este sueño de carne». No creo que deba entrar en detalles de los escalofriantes sinsentidos que pronunció, porque te he oído decir cosas similares en uno de tus «estados» (en serio, es atroz la manera en la que habitas tanto sobre como dentro de tus zonas del yo metafísicamente despellejado).

Ese pequeño detalle que la señorita Locher mencionó solo bajo hipnosis, y del que he omitido antes sus detalles, era una serie de datos muy reveladores. Te acusaba a ti. Porque cuando mi paciente comenzó a describir las escenas de su drama onírico, ella se había olvidado, o simplemente olvidó señalar, la presencia de otro personaje escondido en la sombra. Este agente encubierto era el propietario de la tienda de ropa, un jefe dominante representado por una cierta dama psicoanalista. No es que tú aparecieras en escena, ni tan siquiera un pequeño cameo. Pero la hipnotizada señorita Locher sí habló de pasada sobre la identidad de esta figura imperiosa en el sueño del yo chica trabajadora, siendo esta información una de las muchas suposiciones subyacentes del sueño. Así que tú, querida, estabas presente en el relato hipnótico de la señorita Locher en algo más que en espíritu.

Esta revelación me resultó tremendamente útil al coordinar las distintas pruebas en tu contra. Sin embargo, la naturaleza de dichas pruebas era tal que no podía descartar la posibilidad de que existiera una conspiración entre tú y la señorita Locher. Así que me abstuve de preguntar a mi nueva paciente nada sobre su relación contigo y tampoco le informé de lo que ella había revelado bajo hipnosis. Yo asumía que ella era culpable hasta que se demostrara lo contrario.

Pero se me ocurrieron otras posibilidades, especialmente cuando me di cuenta de la extraordinaria susceptibilidad de la señorita Locher a la hipnosis. ¿Puede ser posible, dulce amor, que el sueño increíble de la señorita Locher fuera provocado por una de esas sugestiones posthipnóticas en las cuales tú eres tan versada? Sé que los experimentos de laboratorio en este campo en

ocasiones han tenido un éxito sorprendente, y sorprendente y misteriosa es, sin duda alguna, tu especialidad. Otra posibilidad se basa en el estudio de la telepatía onírica, por la cual tú has mostrado no poco interés. Así que, ¿qué estabas haciendo tú la noche en la que la señorita Locher sufrió aquella pesadilla? (¡Conmigo no estabas, de eso estoy seguro!) ¿Y cuántos de esos eidola en la pantalla mental de mi pobre paciente eran imágenes proyectadas desde una fuente exterior? Estas son solo algunas de las peculiares preguntas que por fin se hace necesario abordar.

Pero las respuestas a tales preguntas seguirían reafirmando tu mediación en este crimen. ¿Qué hay de tus motivaciones? En este punto, no me hace falta forzar demasiado mis recursos psíquicos. Por lo visto, no existe nada que no harías con tal de imponer tus ideas al resto de la humanidad… lamentablemente a tus pacientes, odiosamente a tus colegas de profesión y afectuosamente (espero) a mí. Sé que para una solitaria visionaria como tú debe resultar difícil permanecer en silencio e ignorada por todos, pero has elegido avanzar por un camino tan excéntrico que me temo que no haya espíritus lo suficientemente valientes como para acompañarte a esas zonas de calculado engaño, al menos, no por propia voluntad.

Lo cual nos lleva de nuevo a la señorita Locher. Hacia el final de nuestra primera y única sesión yo todavía no estaba seguro de si ella era un emisario tuyo voluntario o involuntario. Así pues, no solté prenda sobre tu papel en este cuento misterioso. Ni ella habló de ti de forma significativa, a excepción, por supuesto, de los momentos en los que habló inconscientemente bajo hipnosis. En cualquier caso, para ser una primera sesión, esta resultó más ardua y prolongada que las sesiones habituales, lo cual dejó a mi nueva paciente tan tensa como cuando empezamos. Me pidió, no sin razón, que le prescribiera algo. Al igual que el doctor Bovary intentaba aliviar los sueños opresivos de su esposa recetándole baños de valeriana y alcanfor, prescribí a la señorita Locher un programa de relajación que incluía Valium y compañía (esta última también la recomiendo para nosotros dos, muñeca). A continuación, la cité para el siguiente miércoles a la misma hora. La señorita Locher pareció agradecérmelo profundamente, aunque no lo suficiente, según mi secretaria, para pagar lo que debía. Y espera a oír adónde quería que le enviáramos la factura.

A la semana siguiente, la señorita Locher no apareció a su cita. Esto en realidad no me alarmó, porque como ya sabes muchos pacientes, armados con una receta de tranquilizantes y una sola sesión de terapia, deciden que ya no necesitan más ayuda. Pero a esas alturas el caso de la señorita Locher había

despertado en mí tal interés que me sentí bastante decepcionado ante la perspectiva de no poder seguir su desarrollo posterior.

Después de que transcurrieran quince minutos de impaciencia, pedí a mi secretaria que llamara a la señorita Locher al número de teléfono que nos había facilitado (con mi anterior secretaria, que descanse en paz, esto se habría hecho de forma automática; así que la chica nueva no es tan buena como dijiste que era, doctora. No debería haber dejado que me convencieras para darle el puesto… pero ese es mi error, ¿verdad?) Maggie entró en mi oficina unos minutos más tarde, supuestamente después de haber intentado localizar a la señorita Locher. Con un descaro bastante críptico, me sugirió que yo mismo marcara el número y, a continuación, me pasó el formulario con toda la información sobre nuestra nueva paciente. Luego se marchó de la oficina sin decir nada más. Qué descaro el de esa chica a punto de perder el empleo.

Marqué el número y se oyeron dos tonos antes de que alguien respondiera. Ese alguien era una mujer joven por el sonido de su voz, aunque no era nuestra señorita Locher. Y por la manera en la que respondió al teléfono deduje que tenía el número equivocado (el número correctamente equivocado). Sin embargo, le pregunté si Amy Locher tenía alguna relación con el lugar al que había llamado. Pero la voz que respondió expresó un total desconocimiento de la existencia de una persona con ese nombre. Le di las gracias y colgué.

Tendrás que perdonarme, querida, si a estas alturas comencé a sentirme como la víctima de una farsa. «Maggie —dije por el intercomunicador—, ¿cuántas citas más tengo esta tarde?» «Solo una—respondió ella, y a continuación, sin haber sido preguntada, dijo-: Pero puedo cancelarla si lo prefiere». Le dije que lo prefería y que tenía intención de estar fuera el resto de la tarde.

Mi intención era ir a buscar a la señorita Locher a la dirección probablemente también falsa que aparecía en el formulario de paciente. Tenía la sospecha de que aquella dirección me llevaría al mismo punto geográfico que el nexo electrónico del falso número de teléfono. Por supuesto, podría haber comprobado esto sin salir de mi oficina, pero conociéndote, querida, pensé que era necesaria una visita en persona. Y estaba en lo cierto.

La dirección se encontraba a una media hora en coche. Era un barrio de clase alta en la parte de la ciudad opuesta al barrio de clase alta donde yo tengo emplazada mi oficina (y ojalá trasladaras tu propio negocio de su ubicación actual, a menos que, por algún motivo, necesites estar cerca de

aquella madriguera de borrachos y drogadictos que radia en frecuencias de caos y miseria, que probablemente tú reclames). Aparqué mi enorme coche negro en un extremo de la calle donde se hallaba el domicilio que buscaba, que resultó estar situado en medio de distrito comercial del suburbio.

Esto ocurrió el miércoles pasado, que, si recuerdas, fue un día meteorológicamente pésimo (un logro que no incluyo en la lista de todos tus tejemanejes orquestados en mi aventura). Durante la mayor parte de la mañana el tiempo estuvo nublado e inestable y oscureció tan prematuramente a últimas horas de la tarde que parecían brillar estrellas en el cielo. Se avecinaba una tormenta, y en consecuencia el aire estaba plomizo, con esa atmósfera de suspense previa al diluvio. Los escaparates relucían suavemente y una joyería tintineaba en la amenazante penumbra cuando pasé de largo. Por supuesto, no es necesario que siga describiendo la atmósfera de ese día, amada mía. Solo quería mostrarte lo sensible que era a cierta clase de estado de ánimo portentoso que sé que adoras y lo preparado que estaba para la farsa orquestada que siguió.

En cuanto a la distancia, solo tuve que andar unos pocos pasos para llegar al supuesto hogar de nuestra señorita L. Para entonces ya tenía bastante claro lo que iba a encontrar. Hasta el momento, no había habido sorpresas. Cuando levanté la mirada al nombre en letras de neón de la tienda, escuché la voz telefónica de una mujer joven susurrando las palabras al oído: Mademoiselle Fashions. Y esta es la tienda *(n'est-ce pas?)* donde por lo visto tú compras tantos de tus propios encantadores conjuntos. Pero me estoy adelantando con mi pronóstico.

Lo que no esperaba eran las molestias que ibas a tomarte para provocar en mí esa sensación de extraña revelación. Dime, te lo suplico, ¿fue todo esto planeado para que nos acercáramos en los divinos límites de la irrealidad? De todas formas, en el escaparate de Mlle. Fashions vi lo que querías que viera o lo que yo creí que querías que viera. El maniquí llevaba el mismo modelo de falda plisada que la señorita Locher en su única visita a mi consulta. Y debo admitir que me desconcertó el rostro congelado del maniquí. Pero, de nuevo, tal vez estuviera buscando subliminalmente algún parecido entre la señorita Locher (tu cómplice en la conspiración, conocedora de esta o no) y la figura en el escaparate. Probablemente puedas adivinar qué advertí, o pensé que advertí, en aquellos ojos… lo que tú deseabas que percibiera como un brillo acuoso en su mirada fija. ¡Oh, la tristeza de los niños nacidos en miércoles!

Desafortunadamente, no pude quedarme el tiempo suficiente para confirmar la percepción arriba descrita, porque una lluvia de intensidad media

comenzó a caer en ese momento. La lluvia me obligó a correr a una cabina telefónica cercana, donde de todas formas tenía que resolver algunos asuntos. Recuperé el número de la tienda de ropa de mi memoria y les llamé por segunda vez esa tarde. Fue sencillo. Lo que no me resultó tan fácil fue imitar tu voz, mi amor de voz aguda, y preguntar si el departamento de contabilidad de la tienda me había enviado una factura ese mes por el cobro de mi, quiero decir, tu cuenta personal de gastos. Mi suplantación debió resultar convincente, porque la voz al otro lado de la línea telefónica me recordó que ya había abonado mis últimos gastos. Yo, es decir, tú, le agradeciste a la chica de ventas la información y te disculpaste por «nuestro» descuido; después te despediste. Quizás debería haber preguntado a la chica si era ella la que ayudó a vestir a aquel maniquí a semejanza de la señorita Locher, si en efecto la situación no fue la contraria, es decir, que la señorita Locher siguiera la moda de los maniquíes del escaparate. En cualquier caso, establecí un nexo definitivo entre la tienda de ropa y tú. Parecía que podías tener cómplices en todas partes y, para decirte la verdad, estaba empezando a sentirme un tanto paranoico allí de pie en aquella pequeña cabina.

La lluvia caía con más fuerza cuando salí corriendo como un loco hacia mi sedán negro. Un poco empapado, me senté en el coche durante unos segundos limpiándome las gafas salpicadas de agua con un pañuelo. Dije antes que sentí que pronto iba a sufrir un leve ataque de paranoia, y lo que sigue lo confirma. Mientras estaba sentado allí con las gafas puestas, me pareció ver que algo se movía en el espejo retrovisor. Mi vulnerabilidad visual, combinada con la sensación claustrofóbica de estar metido en un coche con ventanas ciegas por la lluvia, todo ello añadido a un pánico momentáneo pero muy definido por mi parte. Me puse las gafas rápidamente y descubrí que no había nadie, ni nada, en el asiento trasero. Pero la cuestión es que me vi forzado a verificar físicamente este hecho para poder aliviar ese espasmo de ansiedad. Amor mío, lograste que experimentara unos segundos de terror autoinducido. Y en ese momento también yo me convertí en cómplice de la conspiración mística de un universo traicionero. ¡Bravo!

No hay duda alguna de que has logrado (siempre que mis deducciones se confirmen) dominarme con unos hilos que sostienen tus delicados dedos. Tras haber confesado esto, ya puedo centrarme en lo importante, y «factor motivante» de la petición que te hago. Tiene mucho menos que ver con A. Locher que contigo, querida. Por favor intenta ser comprensiva y, sobre todo, paciente.

No he estado muy bien últimamente y tú sabes el porqué. Este asunto de la señorita Locher, en lugar de facilitar una mayor comprensión íntima entre nosotros, tan solo ha empeorado la situación. Unas pesadillas horribles me acosan ahora todas las noches. ¡Precisamente a mí! Y están directamente relacionadas con la bienintencionada (creo) influencia tuya y de la señorita L. Permíteme que describa una de estas pesadillas, y con este ejemplo estaré describiéndolas todas. Este será el último relato de sueños, te lo prometo.

En el sueño, me encuentro en mi dormitorio, sentado en una cama deshecha y vestido con pijama (oh, ¿es que jamás querrás verlo?)

La habitación está parcialmente iluminada con rayos que se filtran a través de la ventana desde la calle. Y también tengo la impresión de que una galaxia de constelaciones, aunque no se vean de primera mano, contribuye con su luz a la escena, un resplandor vaporoso que ilumina con una luz artificial todo el piso superior de la casa. Tengo que usar el baño y salgo adormilado al pasillo… donde me llevo el susto de mi vida.

En el pasillo emblanquecido (no puedo decir *iluminado,* porque es casi como si un polvo fluorescente lo cubriera todo) hay cosas que parecen personas vestidas de muñecos, o quizás muñecos vestidos para parecer personas. Recuerdo que me sentí confuso, sin poder decidirme por ninguna de las dos alternativas. Y están tirados en el suelo a un lado y otro del pasillo, en el descansillo superior de las escaleras e incluso en las propias escaleras, hasta desaparecer en las regiones más oscuras inferiores. Cuando salgo del dormitorio, veo sus ojos brillando en la blanca oscuridad, y sus cabezas están vueltas en todas las direcciones. Paralizado (¡sí!) por el terror, me limito a devolver una mirada fija, preguntándome si mis ojos brillan igual que los de ellos. Entonces, una de las personas muñeco, repantingada y con la espalda apoyada en la pared a mi izquierda, gira la cabeza con un movimiento vacilante sobre un pequeño cuello rígido y me mira directamente. Y lo que es peor, habla. Y su voz es una horrible parodia del habla humana. E incluso más horribles son sus palabras al decir: «Conviértete en lo mismo que nosotros, cielo. Muere *en* nosotros». De repente, me siento muy débil, como si la vida se me escapara. Reuniendo toda mi fuerza de voluntad, logré regresar corriendo a la cama, momento en el cual se acaba el sueño.

Después de despertarme, gritando, mi corazón late como un prisionero demente en mi interior y no cesa hasta la mañana. Esta situación es muy preocupante, porque son ciertos esos estudios que relacionan las pesadillas con los ataques cardíacos. Para algunas pobres almas, ese íncubo imaginario

que se acuclilla sobre sus cuerpos durmientes puede provocar un daño médico real. Y yo no quiero convertirme en uno de esos casos.

Puedes ayudarme, amada mía. Sé que no tenías la intención de que las cosas acabaran de esta manera, pero esa pequeña intriga que perpetraste con la ayuda de la señorita Locher me ha afectado gravemente. Por supuesto, mantengo conscientemente la crítica que ya expresé sobre el absurdo básico de tu trabajo. Sin embargo, inconscientemente parece que has hecho que me despierte en un estrato de un terror abyecto. Al menos debo admitir que tus ideas conforman una metáfora psíquica muy potente, aunque no es más que eso. Lo cual es más que suficiente, ¿verdad? Sin duda es más que suficiente para impulsar la escritura de esta carta en la que te suplico tu atención, ya que no he logrado atraerla de ninguna otra manera. ¡No puedo seguir así! Con tu terrible engaño has logrado poseer hasta mi yo más profundo. Por favor, libérame de este hechizo y comencemos un romance normal. Por muy desconocidos que puedan resultarnos sus mecanismos psíquicos, son solo las emociones lo que importan… no las zonas de lo irreal, ni una metafísica despojada de todo lo que es humano.

Creo que en la señorita Locher me enviaste una encarnación de tus convicciones más profundas. Pero ¿y si comienzo a admitir cosas extrañas en ella? Supongamos que doy por sentado que ella era de alguna manera tan solo un sueño. ¿Y si admito que no era una chica, sino un objeto sin yo, una irrealidad que, según tu visión de la existencia, soñaba que era un ser humano y no simplemente una representación inventada de nuestra carne? Tú querrías que yo albergara esos pensamientos. Tú querrías que yo pensara que hay alguna misteriosa afinidad entre las cosas de este mundo y de otros mundos. ¿Y qué si la hay? Ya me da igual.

Olvida otros yoes. Olvida la tercera (cuarta, enésima) visión personal de la vida en la que algún dios o demonio se ha individualizado en (tozos y partes de todo lo que existe. Solo las primeras y las segundas personas importan (yo y vos). Y, por lo que más quieras, olvida los sueños. Yo, para empezar, sé que no soy un sueño. Soy real, el doctor ---- (¿qué?, ¿cómo sienta ser un anónimo sin base en este o en ningún otro universo?) Así que, por favor, sé tan amable de reconocer la realidad de mi existencia.

Ya ha pasado la medianoche y me aterra ir a dormir y sufrir otra de esas pesadillas. Tú puedes salvarme de este infierno, si pudieras encontrar en tu corazón el deseo de hacerlo. Pero debes darte prisa. Nos estamos quedando sin tiempo, al igual que me estoy quedando sin estos últimos momentos lúcidos despierto. Dime si es demasiado tarde para nuestro amor. Por favor,

no destruyas todo lo nuestro. Solo conseguirás hacerte daño. Y a pesar de tu altisonante teoría sobre el masoquismo, en realidad no hay nada divino en ello. Así que ya basta de hacerte pasar por una visionaria inhumana. Sé sencilla, sé agradable. Oh, estoy tan cansado. Debo darte las buenas noches, entonces, pero no

adiós, mi loco amor. Escúchame ahora. Duerme tu sueño singular y sueña con los muchos, los otros. Ellos también son parte de ti, parte de nosotros. Muere en ellos y déjame en paz. Vendré a por ti más tarde, y además siempre puedes estar conmigo en un rincón especial solo tuyo, al igual que mi pequeña Amy lo estuvo. Esto es lo que siempre has querido y esto es lo que tendrás. Muere en ellos, alma sencilla, muñeco tontito. Muere con un hermoso y brillante fulgor en tus ojos.

LA TRILOGÍA DEL NICTÁLOPE

I. EL ALQUIMISTA[5]

Hola, señorita. Vaya, sí, de hecho, busco compañía para la velada. Mi nombre es Simon y tú eres… Rosemary. Qué divertido, estaba justamente ahora pensando en la clave de los Rosacruces. No importa. Por favor, siéntate, ten cuidado con las astillas del asiento y no vayas a desgarrarte el vestido. Por lo visto todo lo que hay por aquí está astillado o raído. Pero lo que le falta a este lugar de refinamiento en la decoración queda ampliamente compensado por su atmósfera, ¿no crees? Sí, como dices, supongo que cumple su función. Aunque un poco laxo en cuanto al servicio de mesas. Me temo que para las bebidas tendremos que ir a por ellas. Gracias, me alegro de que pienses que tengo una forma agradable de hablar. Veamos, ¿puedo traerte algo de la barra? De acuerdo, tomarás una cerveza. Y hazme un favor: antes de que regrese, sácate esa bola de chicle de la boca. Gracias, regresaré en breve con las bebidas.

Aquí tienes, Rosie, una cerveza de la barra. Mientras no eructes, nos llevaremos de maravilla. Me alegra ver que te has deshecho del chicle, aunque espero que no te lo tragaras. El vientre de una persona jamás debería pasar por el trago de tener que combinar una goma de mascar y la cerveza en una misma digestión. Sé que es tu vientre, pero me interesa todo lo referente a las funciones de cualquier recipiente humano. Así es… *recipiente.* ¿Quieres que te lo deletree? No, no me río de ti. Es solo que ciertas interacciones tienen lugar cuando el recipiente en cuestión es el delicado organismo del H. Sapiens, a diferencia de un cáliz en una iglesia o una ampolla de suero en un laboratorio. De igual manera, ese vaso no lo suficientemente esterilizado en tu mano inmaculada es un recipiente, ahora lo entiendes.

¿Mi vaso? Sí, puedes ver mucho rojo ahí dentro. Me gustan las bebidas rojas. Creé una yo mismo. Una Ginebra y Ron Rojos, la llamo. Ron blanco, ginebra, un pálido ginger ale y, preferiblemente, zumo de arándanos, aunque el camarero aquí tuvo que sustituirlo con marrasquino diluido, que no tiene ni el fuerte color rojo ni una milésima de la aspereza de tu sonrisa. Venga, da un sorbo. Si no te gusta, dímelo. Sí, diferente es la palabra adecuada, la causa de su interés. Incluso la más fiel adhesión a una fórmula combinatoria

establecida acarrea alguna diferencia que puede ser detectada hasta en los cócteles más banales, por no mencionar otros brebajes del formulario alcohólico. Solo tienes que cultivar la *sensibilidad* para advertir esa diferencia. Pregunta a cualquier catador de vinos. Y esa sensibilidad podría ser trasladada a cualquier otra experiencia de nuestra vida. Aunque pudiéramos pensar que estamos haciendo lo de siempre de la misma manera de siempre un día tras otro, las fluctuaciones a partir de la norma *son* la norma. No se puede atravesar el mismo río dos veces, como dijo el filósofo. Cada segundo que pasa se desvía para seguir su propio curso diferente al anterior, variando con frecuencia bastante extrañamente.

Tengo un gusto muy desarrollado por la *diversidad,* si se me permite señalarlo. Veo que sonríes por mi acento. Crees que sabes algo de mí, y quizás lo sepas. ¡Chica lista! Pero la *perversidad,* como sin duda has pensado, es solo una de las formas más ostentosas de lo diverso. Y esas diversidades son las que marcan el ritmo del baile de la vida, incluso a niveles subatómicos.

Caramba, te has tragado esa bebida espumosa vista y no vista. ¿Quieres otra? ¿O tal vez pueda ofrecerte algo de mi propia invención? Sí, he creado otras bebidas. Hay otra combinación roja que he creado que es en realidad tan solo una variación de un cóctel estándar. El Bloody Mary Agridulce, que se prepara con vodka de calidad, tónica, azúcar, una rodaja de limón y kétchup. Suena a comida dicho así. Resulta muy reconstituyente. No, lamento estropearte el chiste, mi afición por las bebidas de color escarlata no incluye el néctar extraído por el vampiro. Además, soy totalmente capaz de trabajar a la luz del día.

¿Dónde? Bueno, supongo que puedo decirte, en confianza, que trabajo en una empresa farmacéutica no muy lejos de aquí. Soy químico allí. Sí, en serio. Bueno, me gusta cómo has detectado a primera vista que no soy uno de esos tipos normales que solo busca un poco de diversión tras un duro día de trabajo. ¡Una chica muy observadora! Sin embargo, en realidad sí vine directamente aquí después de hacer unas cuantas horas extras en el trabajo. Advertí mientras estaba en la barra que me mirabas y empujabas con la punta del pie el maletín que he traído conmigo y lo has colocado discretamente bajo la mesa. Lo has adivinado, resulta que ahí llevo «cosas del trabajo», entre otras cosas. Correcto, querida… sería una tontería dejar algo importante en el coche en este barrio chino.

Bueno, no diría que esta parte de la ciudad es simplemente un *pozo.* Por supuesto, lo es. Pero tu expresión coloquial no llega ni siquiera a rozar las

distintas dimensiones de decrepitud de la geografía local. *Decrepitud,* Ro. Eso contiene tu *pozo,* y mucho más. Hablo por experiencia, más de lo que creerías. Toda esta ciudad es sin duda un lastimero cadáver, mientras que el vecindario que rodea las paredes de este bar tiene el honor de ser el corazón marchito del fallecido. Y yo soy un devoto estudiante de su anatomía… un patólogo, en cierta manera, con buen ojo para detectar necrosis que otros pasan por alto.

Por ejemplo, ¿has estado alguna vez en ese lugar llamado Speakeasy? Bueno, entonces estás familiarizada con una nostalgia corrupta… la podredumbre de las cosas del pasado. Sí, subiendo por unas escaleras en lo que antiguamente fue un local de cabaret hay una sala resonante de techo alto y el interior de estilo Decó con espejos con marcos arqueados y candelabros cromados. Y allí las siluetas gigantescas pintadas de flacas damas de vida alegre y enjutos Gatsbys bailando por los rincones de las paredes curvas del salón de baile, cerniéndose sobre la pista con tina elegancia fúnebre que parodia los torpes giros de los vivos. Un viejo sueño con una nueva pátina. ¿Sabes? Es fascinante cómo una locura obsoleta en ocasiones es adoptada y estilizada en un intento de preservarla macabramente. Estos son los días de las fantasías de segunda mano y las distracciones pasadas de moda.

Pero hay otras vistas en esta ciudad que me parecen mucho más interesantes. Y una de las más interesantes son los templos de escaparate de dudosa denominación. Hay uno en la Tercera con Dickerson llamado la Iglesia de la Verdadera Luz Divisoria, que no debe confundirse, supongo, con la falsa luz que ciega tantas miradas inquisitivas. Lo más extraño es que aún no he visto ni una sola luz brillando a través de las ventanas de ese edificio achaparrado y gris, y siempre miro a ver si hay alguna iluminación dentro cuando paso con el coche por allí.

Te lo aseguro, nadie adora tanto esta ciudad como yo. Especialmente las paradojas que surgen por proximidad, una cosa extraña junto a otra, que unidas conforman una extrañeza mayor. Uno de los ejemplos más grotescos de este fenómeno tiene lugar cuando uno observa que una pequeña tienda en cuyo escaparate se exhibe una fabulosa variedad de prótesis está justo al lado del Second Hand City de Marv. Luego están esos lugares (estoy seguro de que los habrás visto) que son extrañamente sugerentes de muy diversas maneras. Uno de ellos es esa caja a cuadros rosas y negros en Bender Boulevard que se hace llamar Bills Bender Lounge, donde una llamativa marquesina anuncia Entretenimiento Nocturno. Y si uno observa ese cartel el suficiente tiempo, la palabra «nocturno» comienza a connotar algo más que el

intervalo de tiempo entre el anochecer y el amanecer. Pronto esta inocente palabra se transforma en algo realmente evocador, como si fuera la clave del entretenimiento nocturno más exótico. Y hablando de entretenimiento, debería mencionar ese establecimiento cuyo propietario, sin duda un Epicuro de la comedia musical, bautizó como Guys and Dolls, Inc. Qué genio de la vulgaridad, teniendo en cuenta que ese comercio se dedica únicamente a la venta y reparación de maniquíes. ¿O es en realidad una tapadera para un burdel de monigotes? Sin intención de ofender, Rosalie.

Podría continuar… todavía no he mencionado las Pelucas de la Señorita Wanda, o ese viejo y sórdido hotel que se jacta de tener «Un baño en cada habitación»… pero quizás te estoy aburriendo. Sí, entiendo a lo que te refieres cuando dices que uno no nota ese tipo de cosas después de un tiempo. La mente se vuelve vaga y complaciente, lo sé. En ocasiones yo también me siento así. Pero tengo la impresión de que cuando estoy cómodamente sumido en esa complacencia, un buen respingo vuelve a despertarme.

Quizás estoy sentado en el coche, esperando a que cambie la luz del semáforo. Un indigente, borracho o trastornado mental, se acerca a mi vehículo indefenso y golpea las ventanillas, con ambos puños, y me pide un cigarrillo. Se toca los labios cortados con dos dedos en forma de tijera para comunicarse conmigo, habiendo dejado el habla atrás hace ya mucho tiempo. ¿Un cigarrillo? Soy químico, buen señor, no un estanquero. La luz del semáforo cambia y avanzo mientras observo la forma medio desmoronada del vagabundo menguando en el espejo retrovisor. Pero de alguna manera lo llevo de pasajero, una forma fantasmal sentada junto a mí con los ojos llorosos despotricando sobre todo tipo de cosas sin sentido y fascinantes, la autobiografía de la confusión. Y un poco después estoy de nuevo al acecho.

Una historia conmovedora, ¿no cre…? Sí, supongo que se está haciendo un poco tarde y todavía no hemos hecho ningún progreso. ¿Tu apartamento? Creo que estaría bien. No, no tengo ninguna otra cosa en mente en cuanto adónde podemos ir para ocuparnos de los negocios. Tu casa está bien. Pero ¿dónde está? ¿En serio? Eso es las Torres del viejo Templo con una nueva denominación. Excelente, de camino atravesaremos el vecindario a la sombra de la fábrica de cerveza. ¿En qué planta del edificio vives? Bien, un genuino ático de lujo, un nido urbano. Cuanto más alto mejor, esa es mi opinión.

¿Nos vamos, entonces? Mi coche está aparcado justo ahí fuera.

Espero que no se ponga a llover. No, es una noche hermosa. Pero mira, ese es mi coche, donde está ese policía. Solo mantén la calma. Por supuesto que no diré nada si tú no lo haces. No serás, por un casual, un agente

encubierto, ¿verdad, Rosiecrantz? No serías capaz de traicionar a este Hamlet desprevenido. Un simple «no» habría bastado. Si usas esa clase de lenguaje otra vez te entregaré a las autoridades de inmediato, y entonces podremos ver qué clase de antecedentes delictivos has acumulado a lo largo de tu brillante carrera. Silencio, está bien. Deja que hable yo. Ahí vamos.

Hola agente. Sí, es mi coche. Está aparcado correctamente, ¿verdad? Caramba, es un alivio. Durante un segundo pensé… ¿mi permiso de conducir y número de registro? Claro. Aquí tiene. ¿Disculpe? Sí, supongo que estoy un poco lejos de casa. Pero trabajo por aquí cerca. Soy corredor de bolsa, aquí tiene mi tarjeta. ¿Sabe? Llevo en el negocio hace tiempo y casi siempre adivino por el aspecto de un tipo si tiene alguna inversión en bolsa. Y me apuesto lo que sea a que usted la tiene. ¿Ve? Sabía que estaba en lo cierto. Da igual si es solo un inversor ocasional. Eh, ¿ha estado en contacto con un asesor de inversiones últimamente? Bueno, pues debería. Están ocurriendo muchas cosas. La gente habla de inflación, recesión, depresión. Olvídese. Si sabe dónde poner su dinero, si realmente lo sabe, da igual si es viernes trece y las calles están llenas de sangre de cadáveres corporativos.

Un consejo inteligente es lo que necesita. Es lo que todo el mundo necesita. Por ejemplo, y le informo sobre esto solo para demostrarle lo que digo, hay un negocio en esta ciudad a menos de media milla de aquí llamado de hecho Laboratorios Lochmyer. Han estado trabajando en un nuevo producto que están a punto de sacar al mercado. Por supuesto, no entiendo todo el aspecto técnico del asunto, pero estoy más que convencido de que va a revolucionar el campo de los… cómo se dice… los psicofármacos. Revolucionarlo de la misma manera que lo hicieron los antidepresivos. Será algo más importante que los antidepresivos. ¿Sabe lo que quiero decir? Esa es la clase de información que necesita saber.

Así es, agente, Laboratorios Lochmyer. Una buena empresa. Yo mismo he invertido en sus acciones. Buena información, ya lo creo. Eh, no tiene por qué agradecérmelo. ¿Disculpe? ¿Un consejo para mí? Bueno, ahora que lo menciona, seguramente hay mejores vecindarios para que los frecuente un hombre como yo. Tiene mi promesa de que no volverá a verme por aquí. Se lo agradezco, agente. Lo recordaré. Y usted recuerde los Laboratorios Loch De acuerdo, entonces. Buenas noches.

Espera a que su coche doble la esquina antes de meterte en el mío, Rosie. Dejaremos que el agente de la ley siga creyendo que su advertencia me ha puesto en guardia ante los peligros de esta zona sórdida y de tu propia persona sórdida. Te miró como si fuera un viejo amigo. Podría haber supuesto un

problema para los dos. Eres una chica lista al haber elegido sentarte en mi mesa esta noche. Creo que te impresionó mi cartera, ¿verdad? De acuerdo, ya podemos meternos en el coche.

Sí, he logrado que saliéramos airosos de la delicada situación con ese poli. Pero espero que cuando mencionaste mis *BS*[6] a propósito de esa escena con el policía, te estuvieras refiriendo a mi Licenciatura en Ciencias que recibí a los doce años. Esta es la última vez que te lo advierto, no emplees palabrotas. Ahora baja la ventanilla y deja que el aire se lleve volando las palabras del interior del coche mientras conducimos. Y en cuanto a si he engañado al simpático policía… en realidad, no le engañé. No, en realidad no soy un corredor de bolsa. Te dije la verdad, trabajo en una empresa farmacéutica. Y a ese patrullero con ojos de topo también le dije la verdad cuando le aconsejé que invirtiera en los Laboratorios Lochmyer, porque estamos *a punto* de sacar al mercado una nueva medicina mental que debería complacer a nuestros inversores tanto como una cafetería abierta toda la noche a unos adictos a la anfetamina. ¿Cómo supe, para empezar, que tenía acciones? Es extraño, ¿verdad? Supongo que fue simplemente suerte. Esta es mi noche de suerte… y la tuya también.

No te gusta mucho la *policía*[7], ¿verdad, Rrrosa? Sí, claro que estoy en desacuerdo. Sin ellos, ¿dónde estaríamos nosotros los proscritos? ¿Qué tendríamos? Solo un paraíso sin ley… y el paraíso es aburrido. La violencia sin violación es solo un ruido que nadie escucha, el sonido más horrendo del universo. No, soy consciente de que no tienes nada que ver con la violencia. No quise decir que tuvieras nada que ver. Sí, puedo llevarte de nuevo al bar cuando hayamos acabado en tu apartamento. Por supuesto.

Pero ahora mismo, disfrutemos del paseo. ¿Qué quieres decir con lo de «qué hay que disfrutar»? ¿No ves que ya estamos cerca de la fábrica de cerveza? Mira, ahí está el letrero dorado como la cerveza anunciando la gesta alquímica de transformar ingredientes básicos en oro líquido. *Alquímica*, Rosetta. Y no me estoy refiriendo a esa empresa chapucera de Allied Chem. Mira simplemente a tu alrededor, estas casas en ruinas, estas sórdidas tiendas, cada una de ellas un lugar sagrado de la ciudad, un altar, si lo prefieres. ¿No quieres? ¿Lo has visto todo un millón de veces? Un suburbio es un suburbio es un suburbio, ¿eh? Siempre lo mismo. *¿Siempre?*

Nunca.

¿Y qué me dices cuando llueve y los ladrillos marrones de todos estos viejos edificios comienzan a empaparse y oscurecerse? Y el cielo gris humo es el espejo humeante de tu alma. Echas un parpadeo de relámpago a una

hilera de edificios condenados, recortando totalmente su contorno. ¿Te devuelven ellos el parpadeo? ¿O solo ocurre en otro tipo de tormenta, cuando las ventanas están coquetamente adornadas con cejas de nieve manchada por toda la ciudad? ¿Fue en esas condiciones cuando pensaste por primera vez en todos los lugares fríos y oscuros del universo, todos los sótanos húmedos y los áticos en penumbra de la creación? Locales inhóspitos que preferirías olvidar, pero que en aquel tiempo no podías apartar de tu mente. En otro momento lo podrías haber hecho. Pero no hay dos veces iguales. Ni dos vidas iguales. Somos extraños los otros para los otros. Y cuando deambulas por estas calles con un extraño, tienes que enfrentarte a su visión de las cosas, de la misma manera que tienes que enfrentarte a mis visiones totales y yo a tu anodina miopía. ¿Son estas las mismas casas ruinosas que viste ayer noche, o incluso hace tan solo unos segundos? ¿O son iguales que las nubes que fluyen y se arremolinan sobre las chimeneas y los árboles y luego pasan?

Las transmutaciones alquímicas son infinitas y continuas, funcionando constantemente como esclavos en el Gran Laboratorio. Dime que no puedes percibir su labor, especialmente en esta parte de la ciudad. Especialmente donde el *glamur* y la cordura de tiempos pasados llevan puestas nuevas máscaras de ratas y podredumbre, donde el tiempo transforma un viejo estilo en una parodia de sí mismo que ningún hombre podría predecir, donde abismos cada vez mayores se desarrollan eternamente entre formas pasadas y futuras deformidades y, finalmente, donde la evolución hacia la diversidad definitiva puede ser atisbada como en un espejo mágico.

Esta es, por supuesto, la *verdadera* alquimia, como probablemente hayas adivinado, y no esa otra clase que se basa en la teoría de que toda materia tiende hacia una perfección áurica. Plomo en oro, materia inferior en espíritu superior. No, no es de esa manera. Justamente la contraria, de hecho. Por favor, no te metas ese trozo de chicle en la boca. Tíralo por la ventanilla, ¡ahora!

Como decía, todo no es más que variación sin un tema. Oh, tal vez existe algún ideal inmutable, algún absoluto sólido. Científicamente, supongo, deberíamos admitir esa improbabilidad. Pero alcanzar ese ideal implicaría un desesperado avance por el camino hacia mundos hipotéticamente más elevados. Y mientras tanto nuestras ideas se hacen más febriles y confusas. Lo que comienza como una verdad solitaria pronto prolifera como células malignas en el cuerpo de un sueño, un cuerpo cuyo verdadero contorno permanece oculto. Quizás, entonces, deberíamos estar agradecidos a los

caprichos de la química, los caprichos circunstanciales y los enigmas del gusto personal por tal diversidad de realidades y deseos estrictamente locales.

No, no siempre pensé que esto fuera algo raro, como tú dices. Pero puedo decirte casi exactamente cuándo comencé a ver la verdad de las cosas. Yo era un imberbe estudiante de primer año en la universidad, incluso más inocente que la mayoría, dado mi progreso precoz. Un día algo pareció cambiar en mi química, como me gusta creer. Fue bastante horrible durante un tiempo. Pero finalmente me di cuenta de que el cambio había sido de una falsa química a una verdadera. Sí, fue entonces cuando decidí ahondar en el tema con mis estudios, mi vocación. Pero esa es otra historia y ya estamos en la torre de tu apartamento.

Por favor, no cierres de golpe la portezuela del coche como estabas a punto de hacerlo. No es necesario que llamemos la atención sobre nuestra presencia. Tienes razón, en realidad no hay nadie cerca que pueda estar atento a nuestros movimientos. Las alimañas callejeras locales parecen haberse retirado a sus madrigueras. Caramba, casi me olvido el maletín. No sería muy buena idea dejarlo sin vigilancia en este vecindario, ¿verdad? Sonríes por mi maletín, ¿verdad, Maryrose? Otra vez parece como si supieras algo. Bueno, adelante y piensa eso si quieres. A todo el mundo le gusta pensar que posee información confidencial. Ese policía, por ejemplo. Ya viste lo contento que se sentía al convertirse instantáneamente en un hombre con conocimientos, aunque solo sea mediante información confidencial sobre algún valor en el mercado. Todo el mundo quiere saber qué es qué, *scientia arcana,* la verdadera droga.

Tal vez lleve alguna droga en el maletín. Pero quizás sea tan solo un objeto de atrezo vacío, un recipiente de piel con un interior vacío. Pero tú ya sabes que trabajo para una empresa de drogas. Estabas pensando en eso, ¿verdad? Bueno, subamos a tu piso y averigüémoslo.

Qué vestíbulo más pequeño y acogedor tienes. Pero me temo que el ambiente está provocando extraños efectos en ese macetero de helechos de allí. Por supuesto, ya sé que son artificiales. Lo cual solo significa que la Naturaleza, uno de los Grandes Químicos, las creó de lejos, nada más. Mira, este ascensor parece que funciona, aunque es un poco ruidoso. Pase usted, Lady R. La vigesimosegunda planta, si no me falla la memoria, y nunca me falla. Uh, creo que está prohibido fumar en este ascensor, si no te importa. Gracias. Ya estamos. Me apuesto lo que sea a que tu casa está por este pasillo. ¿Lo ves? Siempre acierto. ¿No es raro? Sí, voy, voy.

Bien, tu apartamento tiene una puerta muy bonita. No, te equivocas. No existe algo «exactamente como todos los demás». La tuya es bastante diferente, ¿no lo ves? Y esta noche tu puerta es obviamente diferente a cualquier otro momento en el que la has visto. No estoy solo siendo un engreído señalando mi singular presencia en el umbral de tu casa esta noche. ¿Comprendes lo que quiero decir? Bueno, siento que pienses que te he estado sermoneando toda la noche. Fui pedagogo en el pasado, lo cual supongo es bastante obvio. Pero es que hay algunas cosas importantes que debo enseñarte, mi pequeño capullo de rosa, antes de que acabemos. ¿De acuerdo? Veamos, entremos y veamos qué vistas tienes desde aquí arriba.

Deja apagada la luz del techo, por favor, así no tengo que contemplar un doble de esta sórdida habitación reflejado en tu ventana. Una de tus lámparas de luz indirecta nos iluminará lo suficiente. Eso, así está bien. Desde luego, tienes buenas vistas de la ciudad desde esta altura. Creo que es perfecto, no demasiado alto. Yo vivo en una humilde casa de dos plantas y estar aquí arriba me hace comprender vertiginosamente lo que me estoy perdiendo. Desde esta altura podría observar la ciudad por la noche y sus constantes mutaciones. Una ciudad distinta cada noche. Sí, Rosie, debo admitir que tienes razón, incluyendo tu tono sarcástico, la ciudad es en efecto también un recipiente. Un recipiente que adopta obedientemente la forma de contenidos muy extraños. Los Grandes Químicos están estudiando unas fórmulas insondables allá abajo. Mira esas luces que marcan el contorno de las distintas calles y avenidas allá abajo. Mira sus líneas e interconexiones. Son como el esqueleto de algo… el esqueleto de un sueño, el armazón oculto listo en cualquier momento para cambiar su estructura y sostener una nueva forma. Los Grandes Químicos siempre sueñan con cosas nuevas y se arriesgan a despertarse mientras lo hacen. Si eso ocurriera, puedes estar segura de que se desatará un infierno.

¿Mi imaginación? No, no creo en absoluto que sea *vivida.* Al contrario, no es lo suficientemente potente. Mis pobres facultades imaginativas siempre han precisado de… extensiones. Por eso estoy aquí contigo. Vuelves a sonreír, o más bien a hacer una *mueca*, de satisfacción. Extraña palabra, mueca. Es como un apellido extraterrestre. Simón Mueca. ¿Qué tal te suena?

Sí, tal vez estemos perdiendo demasiado tiempo. Pero, por supuesto, debemos sufrir un retraso más mientras hurgo en mi maletín y saco lo que has estado esperando. Así que confío en que sea una buena droga, ¿eh? Bueno, ahora tendrás ocasión de averiguarlo, ya que pareces tan ansiosa por convertirte en un recipiente de mis químicos. No, quédate sentada donde

estás, por favor. No hace falta que fisgonees todos los elixires que tengo ahí dentro. Lo único que podría interesarte está guardado en un pequeño contenedor cuadrado bien cerrado con un tapón negro… ¡y aquí está!

Sí, parece una botella de luz en polvo. Muy observadora. ¿Que qué es? Pensé que ya lo sabrías. Toma, pon la mano y lo miras de cerca. Solo un montoncito espolvoreado en medio de tu palma sudada, una dosis de cerebro para ser precisos. ¿A que parecen diamantes pulverizados? Brilla, sí señora. No me extraña que te parezca peligroso esnifarlo, o lo que sea que pienses que debes hacer con ello. Pero si observas mi polvo mágico muy atentamente verás que no tienes que hacer nada en absoluto.

¿Lo ves? Se ha disuelto en ti. Desaparece completamente, a excepción de unos cuantos granos sueltos. Pero no te preocupes por eso. Cálmate, el picor pronto desaparecerá. No sirve de nada que intentes quitarte la droga frotándote la mano. Ya está en tu organismo. Y sin duda no ayuda nada que te pongas nerviosa, ni tampoco te ayudan las amenazas. Por favor, permanece sentada en esa silla.

¿Sientes ya los efectos? Me refiero además del hecho de que no puedes mover los brazos ni las piernas. Eso es solo el principio de este entretenimiento nocturno. La sustancia opalescente que acabas de absorber ha hecho ahora posible una relación muy interesante entre nosotros, mi roja roja rosa. La droga te ha hecho fantásticamente sensible a la influencia de una cierta forma de energía, en concreto la que está siendo generada por mí, o más bien, *a través* de mí. Por decirlo de forma romántica, ahora yo te sueño. Esa es realmente la única manera en que puedo explicarlo para que puedas entenderme. No estoy soñando *sobre* ti, como dice alguna vieja canción de amor. Te estoy *soñando.* Tus brazos y piernas no responden a las órdenes de tu cerebro porque estoy soñando a alguien que está tan inmóvil como una estatua. Espero que sepas apreciar lo extraordinario que es esto.

¡Maldita sea! Supongo que ese ha sido un intento por tu parte de gritar. Estás realmente aterrada, ¿verdad? Solo para estar seguros, quizás será mejor que sueñe a alguien que no tiene nada con qué gritar. Ya está, eso servirá. Aunque se te ve extraña de esa manera. Pero este es solo el principio. Estos trucos menores son solo un juego de niños y estoy seguro de que no te impresionan de ninguna manera. Pero pronto te demostraré que realmente puedo impresionarte, en cuanto me concentre en ello.

¿Hay algo en tus ojos? Sí, veo que sí lo hay. Una pregunta. Ahora mismo te gustaría preguntarme, si tuvieras la manera de hacerlo, qué va a pasarle a la vieja Rosie.

Me parece justo que lo sepas.

Estamos ahora sintonizándonos perfectamente entre nosotros, mis sueños y mi chica de sueño. Estás a punto de convertirte en el caleidoscopio de carne y sangre de mi imaginación. En los últimos estadios de este procedimiento cualquier cosa puede ocurrir. Tu forma no conocerá ningún límite a la diversidad cuando los propios Grandes Químicos tomen el mando. Pronto dejaré mi sueño en manos de una prodigiosa insurrección de la entidad, y estoy seguro de que nos esperan sorpresas a los dos. Eso es algo que jamás cambia.

Sin embargo, sigue habiendo un problema en este proceso. No está perfeccionado del todo, desde luego no para sacarlo al mercado, como decimos en la industria de las píldoras. Pero ¿no sería un aburrimiento si fuera perfecto? Lo que quiero decir es que, bajo la presión de tan diversas metamorfosis, la estructura original del objeto de alguna forma se rompe. La consecuencia es sencilla: uno no puede volver a ser lo que fue en el pasado. Lo siento mucho. Tendrás que permanecer en cualquiera que sea la encarnación que hayas adoptado al final del sueño. Y dicha encarnación probablemente haga enloquecer al desafortunado que tenga la mala suerte de encontrarte. Pero no te preocupes, no vivirás mucho después de que te deje aquí. Y para entonces habrás experimentado poderes divinos de protección que ni yo mismo puedo aspirar a poseer, por mucho que lo intente.

Y ahora creo que podemos proceder con el que ha sido tu destino desde un principio. ¿Estás preparada? Yo estoy totalmente preparado y poco a poco me entrego a esas fuerzas que avanzan por su propio camino y nos llevan con ellas. ¿Sientes cómo esa tempestad de transfiguraciones nos arrastra a los dos? ¿Puedes sentir las fiebres de este químico? El poder de mi sueño, mi sueño, mi sueño, mi…

Ahora Rosa de la locura… ¡FLORECE!

LA TRILOGÍA DEL NICTÁlOPE

II. BEBE A MI SALUD SOLO CON OJOS LABERÍNTICOS[8]

Todo el mundo en la fiesta habla de ellos. Preguntan si me los he alterado de alguna manera, sugieren que me he injertado unas extrañas lentes cristalizadas bajo los párpados. Les digo que no, que nací con estos órganos ópticos tan singulares. No son producto del truco de algún optometrista, ni el resultado de algún desastre quirúrgico. Por supuesto, les resulta difícil creerme, especialmente cuando les digo que también nací con todos los poderes de un maestro hipnotizador… y desde mi niñez evolucioné rápidamente, introduciéndome en una jungla hipnótica jamás antes explorada, ni después, por ningún otro de mi vocación. No, no lo denominaría *negocio* o *profesión,* tendría que llamarlo *vocación.* ¿Cómo denominas si no el estar predestinado desde el nacimiento, marcado por el estigma del destino? En este punto, sonríen con educación, al tiempo que mencionan que han disfrutado el espectáculo y que sin duda soy bueno en lo que hago. Les digo que estoy tremendamente agradecido por la oportunidad de actuar para personas tan elegantes en una casa tan elegante. Inseguros de hasta qué punto estoy tomándoles el pelo, giran nerviosos los tallos de sus copas de champán, la bebida burbujea y el cristal titila bajo el fuerte haz de luz caleidoscópica de la araña. A pesar de la belleza, el poder y el prestigio que se han dado cita en este salón bastante barroco esta noche, creo que saben lo básicamente ordinarios que son todos. Están muy impresionados por mí y mi ayudante; nos han pedido que nos mezclemos con los invitados y los entretengamos de la manera que podamos. Un caballero con el rostro enrojecido mira directamente desde el otro lado del salón a mi ayudante con un magnetismo animal, tragando ávidamente su copa mientras lo hace. «¿Le gustaría conocerla?», le pregunto. «Y tanto que sí», responde él. A todos les gustaría. Todos quieren conocerte, ángel mío.

Un poco antes esa misma velada, presentamos nuestro espectáculo a toda esta encantadora gente. Le pedí al anfitrión de la fiesta que no sirviera alcohol antes de nuestra actuación y que colocara el mobiliario de aquel salón recargado de manera que todo el mundo disfrutara de una perfecta visión de nosotros dos sobre nuestro pequeño estrado. Por supuesto, el anfitrión cumplió obedientemente. También accedió a mi petición de realizar el pago por adelantado. Qué hombre tan agradable y dispuesto a someterse a la voluntad de otro tan rápido.

Al principio del espectáculo estoy solo ante una audiencia en silencio. Todas las luces están apagadas a excepción de un solo foco que he colocado en el suelo exactamente a dos metros del escenario. El foco ilumina un par de metrónomos, y las varillas de ambos oscilan de atrás adelante en perfecta sincronización como limpiacristales bajo la lluvia: suavemente hacia atrás y suavemente hacia delante, atrás y adelante, atrás y adelante. Y en la punta de cada varilla hay una réplica de cada uno de mis ojos oscilando a izquierda y derecha a plena vista de todo el mundo, mientras mi voz les habla desde un rincón en penumbra del escenario. Al principio doy una pequeña charla sobre la hipnosis, su nombre y su naturaleza. Después de eso, digo: «Damas y caballeros, por favor, presten atención a este armario negro lacado. En su interior espera la criatura más bella que jamás hayan contemplado. Desde el mismísimo Cielo ha descendido un serafín del más alto rango. Y para el disfrute de todos ustedes, ella ya se encuentra en el trance más profundo. La verán y quedarán asombrados». Hago una pausa dramática durante la cual clavo la mirada en el público congregado frente a mí, manteniendo el control sobre ellos. Cuando vuelvo a mirar al armario, la falsa puerta se abre, aparentemente por voluntad propia.

Como con una sola voz, la audiencia emite un suave gemido y durante unos segundos entro en pánico. Entonces escucho el aplauso, confirmándome que todo ha ido bien, que les gusta la figura que contemplan. Esta está de pie y erguida dentro del armario con los brazos delgados absolutamente inmóviles a ambos lados del cuerpo. Lleva puesto un escueto modelo de lentejuelas, un traje vulgar cuyo exuberante brillo de alguna manera trasciende el cliché, rejuveneciendo su alma de baratillo. Sus ojos son dos gemas azuladas encastradas en un marco de alabastro y su mirada parece estar clavada en el infinito. Después de que la audiencia haya echado un buen vistazo, digo: «Ahora, ángel mío, debes caer». A esta señal ella comienza a tambalearse dentro del armario. Finalmente se inclina y se desploma hacia delante. En el último segundo, extiendo mis brazos, sujeto su cuello con una

mano y detengo su cuerpo rígido a pocos centímetros del suelo antes de que se derrumbe sobre el escenario. No se ha despeinado ni un solo mechón de su cabello dorado y su tiara de pedrería se mantiene bien ajustada en su cabeza. El público aplaude mientras vuelvo a colocar a mi ayudante de largos miembros en posición vertical.

Ahora comienza el espectáculo propiamente dicho, que consiste en una variedad de trucos de hipnotismo junto a algo de magia. Coloco el cuerpo hipnóticamente rígido de la sonámbula en posición horizontal entre dos sillas y le pido a algún gigante de entre la audiencia que suba y se siente sobre ella. El hombre se muestra más que dispuesto a hacerlo. Luego ordeno a la sonámbula que se vuelva inhumanamente flexible para poder meterla en una caja imposiblemente pequeña. Pero no es lo bastante flexible para poder encajar todo el cuerpo en el receptáculo, informo a la audiencia. También les informo de que debo romperle el cuello y otros huesos para poder introducir todo el cuerpo, Todos los espectadores están sentados en el borde de sus asientos y les pido que permanezcan tranquilos, aunque tal vez vean sangre filtrándose por los bordes de la caja al cerrar la tapa. Les encanta cuando mi ayudante se alza lentamente intacta y sin manchas de sangre (sin embargo, como todas las multitudes que acuden a algún evento donde hay, o parece haber, un elemento de riesgo, secretamente desean ver que algo sale mal). A continuación, pasamos a la Muñeca Vudú, donde clavo largas agujas en su carne y ella no se estremece ni emite sonido alguno. Realizamos bastantes números diferentes en los que desafiamos a la muerte y el dolor, y a continuación pasamos a los trucos de memoria. En uno de ellos pido a la audiencia que diga en alto, un espectador tras otro, su nombre completo y fecha de nacimiento. Luego ordeno a mi sonámbula que repita esta información cuando varios miembros individuales de la audiencia al azar se la piden. Acierta con todos los nombres (y, por supuesto, la audiencia al completo se queda atónita), pero en todas las ocasiones las fechas que ella menciona no son del pasado sino del futuro. Algunos de los días y años que ella menciona se hallan relativamente distantes en el tiempo y otros perturbadoramente cerca. Expreso mi sorpresa a la audiencia por el comportamiento de mi sonámbula y les explico que la adivinación no forma por lo general parte del espectáculo. Les pido disculpas por el lamentable despliegue de precognición y les prometo compensarles con un número final asombroso para apartar sus mentes de tan morbosa introspección. Un estruendo de trompetas celestiales no quedaría fuera de lugar en este punto.

A mi señal, mi ayudante se dirige al centro del escenario. Allí se coloca con las piernas abiertas formando una uve invertida con la parte inferior del cuerpo. A otra señal, eleva los brazos hasta colocarlos hacia fuera como dos alas, ambos estirándose tensamente hasta el límite. Una señal final le ordena que alce la cabeza inclinada y la coloque totalmente erecta sobre las vértebras y los músculos anudados del cuello, mientras mira ferozmente a la audiencia. Al mismo tiempo, los ojos de la audiencia le devuelven esa misma mirada feroz. «Ahora —les advierto- debe haber un silencio total. Esto significa nada de toses, ni estornudos, ni bostezos, ni carraspeos». Una orden que parecería muy poco razonable, pero que todos cumplen. Se quedan en un silencio como el de una tumba llena de secretos enterrados. «Damas y caballeros —continúo, están a punto de ver algo que no necesito adornar con un preámbulo prolijo. Mi ayudante se encuentra ahora en el trance más profundo posible y cada partícula de su ser es extremadamente sensible a mi voluntad. Cuando se lo ordene, ella experimentará una metamorfosis asombrosa que algunos de ustedes puede que hayan imaginado, pero jamás esperado contemplar. No hace falta que diga nada más. Querida, puedes comenzar con el cambio de forma, nombre en clave: Serafín».

Y allí está (brazos, piernas, cabeza estirada), mi sonámbula de cinco puntas: una estrella. «Ya la pueden ver brillar —digo a la audiencia—. Comienza a florecer. Comienza a brillar incandescente. Y ahora alcanza tal resplandor que casi desaparece en él… prendida al borde de una existencia mundana por una llamarada excelsa. Pero no hay dolor, no hay nada más que una pequeña molestia». Por supuesto, nadie en la audiencia ni siquiera entorna los ojos, porque los rayos que emana su cuerpo (¡ese laberinto de luz!) son rayos de sueños sin propiedades físicas. «Sigan mirando -les grito al tiempo que señalo a mi ayudante, cuyo traje de lentejuelas plateadas se ha convertido en un velo de gasa que flota envolviendo su cuerpo—. ¿Pueden ver esas alas blancas como la nieve que brotan por encima de la línea de sus hombros? ¿No es cierto que su envoltorio material ha perdido cualquier carnalidad y se ha metamorfoseado en un icono celestial? ¿No les parece la mismísima esencia de lo etéreo… la luminaria angelical bajo la bestia humana?»

Pero no soy capaz de mantener ese instante. La luz decrece ante los ojos del público, haciéndose cada segundo que pasa más tenue y mi ayudante recupera su encarnación terrestre. Estoy agotado. Y lo que es peor, todos nuestros esfuerzos parecen haber sido malgastados, porque el público reacciona a este espectáculo tan solo con un aplauso somero. Apenas doy

crédito, pero el último número ha fracasado. No lo entienden. De hecho, prefieren los números de falsas muertes y dolores de pega. Eso es lo que realmente les fascina. Bah. Doble bah. Bueno, disfruten mientras puedan, mediocres. El espectáculo todavía no ha acabado.

«Gracias, damas y caballeros —digo cuando las luces se encienden y el mísero aplauso se apaga del todo—. Espero que mi ayudante y yo mismo no les hayamos provocado somnolencia esta velada. Realmente se les ve un poco adormecidos, como si ustedes mismos hubieran experimentado un trance, lo cual no es tina sensación mala, en absoluto, ¿verdad? Hundirse profundamente en una oscuridad mullida, posar sus almas en almohadas rellenas de suaves sombras. Pero nuestro anfitrión me informa de que las cosas se animarán muy pronto. Sin duda, se despertarán cuando una leve campanada les ordene hacerlo. Recuerden, será la hora de despertar cuando escuchen la campanada —repito—. Y ahora creo que podemos proseguir con las celebraciones de la velada».

Ayudo a mi sonámbula a bajar del escenario y nos mezclamos con el resto de los asistentes a la fiesta. Se sirven las bebidas y el ruido en la sala aumenta varios decibelios. La turba de la velada comienza a dispersarse en grupos acá y allá. Me separo de un grupo ruidoso que nos rodea a mi ayudante y a mí, pero nadie parece advertirlo. Están embelesados con mi sonámbula de lentejuelas. Los deslumbra… un sol en el centro de una galaxia gris, mientras el vestido de ella atrapa la luz de aquella monstruosa araña que guiña mil ojos. Todos parecen intentar captar su atención. Pero ella simplemente sonríe, tan ausente y encantadora, sin tan siquiera beber de la copa que alguien le ha colocado en la mano. Están fascinados como hembras de araña durante el ritual de apareamiento. Después de todo, ¿no les había dicho que mi desgarbada hipnotizada era la perfección de la belleza?

Pero yo también tengo mis admiradores. Un pelmazo ataviado con un traje oscuro me pregunta si puedo ayudarle a dejar de fumar. Otro me consulta sobre las maneras posibles en las que la hipnosis podría servirle de herramienta para su agencia de publicidad, aunque nada ilegal, por supuesto. Entrego a cada uno de ellos una tarjeta comercial con un acabado color perla gris-nube en el que hay impreso un número de teléfono inexistente y una dirección falsa en una ciudad real. En cuanto al nombre: Cosimo Fanzago. ¿Qué otra cosa podría esperarse de un artista hipnotizador sin igual? Tengo otras tarjetas con nombres como Gaudenzio Ferrari y Johnny Tiepolo impresos en ellas. Nadie ha caído en la cuenta hasta el momento. Pero ¿no soy yo tan artista como lo fueron ellos?

Y mientras se me acerca gente que necesita curas o ayudas para paliar su mundanidad, yo te observo a ti, mi querida sonámbula. Te observo danzar por esta magnífica habitación. No es como las otras habitaciones de esta mansión. Alguien dio total libertad a la Imaginación para salirse con la suya aquí. Nos retrotrae a hace siglos, cuando tus predecesores sonámbulos realizaban sus números de sonambulismo para la alta sociedad. Encajas tan bien con la compañía de este salón de la mansión de rococó desenfrenado. Es una delicia verte avanzar por la circunferencia irregular de esta habitación, donde la pared ondea en suaves curvas y entrantes con la superficie cubierta por un laberinto de sombras chinescas. La forma serpenteante de la estancia hace difícil distinguir los recovecos de los salientes. Algunos de los invitados intentan apoyar el peso de sus cuerpos en la pared y, al encontrar solo aire, se tambalean de lado como cómicos en una película antigua. Pero tú, mi sonámbula perfecta, no tienes ningún problema. Te apoyas en el momento correcto y en los lugares correctos. Y tus ojos juguetean hermosos con cualquier cámara que te enfoque. En efecto, sigues en tantas ocasiones el ejemplo de otros que uno podría sospechar que no posees vida propia. ¡Y espero sinceramente que no la tengas!

Ahora te miro mientras una camisa almidonada con chaqué de noche te invita a sentarte en una silla tapizada con un brocado cegador; la tela floreada con todos los colores pastel de un estuche de cosméticos de mujer y sus refinados brazos con textura de cartílago. Tus tacones altos marcan puntos sutiles en la alfombra, perforando los tramos de arabescos de la imaginación. Ahora te miro, cuando nuestro anfitrión te lleva para que elijas un licor de su bar bien surtido. El anfitrión gesticula con orgullo hacia la gran cantidad de botellas expuestas con formas tanto *normale* como *baroque*. Las botellas con forma barroca juegan de forma más interesante con la luz y la sombra que sus hermanas normales y tú señalas una de ellas con una delicadeza robótica. Él sirve dos copas mientras tú miras, y mientras tú miras yo te miro a ti mirando. Tras guiarte a otra zona de la habitación, él te muestra un estante de delicadas estatuillas, todas ellas atrapadas en una postura estática. Coloca una de ellas en tu mano y tú la giras por todos los lados ante tus ojos desenfocados, como si intentaras recuperar algún recuerdo que te hiciera despertarte. Pero jamás despertarás, no sin mi ayuda.

Ahora él te conduce a una parte de la habitación donde hay música suave y baile. Pero no hay ventanas en esta habitación, solo altos espejos ahumados, y cuando avanzas de un extremo al otro quedas atrapada entre brumosos espejos enfrentados a sus gemelos, creando así filas interminables de

sonámbulas en una falsa infinidad más allá de las paredes. Luego bailas con nuestro anfitrión, aunque mientras él te mira directamente a los ojos, tú miras distraídamente hacia el techo. ¡Oh, ese techo! En contraste épico con las caprichosas formas del resto de la estancia (decoraciones tentaculadas entregadas a la tenebrosidad), la superficie superior es un plano de azul pálido sin un ápice de fiorituras. Su pureza sugiere un lago sin fondo o un cielo despejado de nubes. Bailas en la eternidad, mi amor. Y el baile es en efecto prolongado, porque otro quiere interrumpir a nuestro gentil anfitrión y se convierte en tu pareja de baile. Y luego otro. Y otro. Todos quieren abrazarte. Todos están embelesados por tu elegancia desapasionada, tus posturas y poses como rosas congeladas. Estoy esperando a que todos hayan tenido contacto físico con tu cuerpo tan lleno de magnetismo animal.

Y mientras observo y espero, advierto que tenemos un espectador inesperado mirándonos desde arriba. Al otro lado de una arcada amplia al final del salón hay una escalera que conduce al segundo piso. Y allí arriba está él sentado, intentando espiar a los adultos, con las piernas cubiertas por su pijama colgando entre los postes dóricos de la balaustrada. Percibo que prefiere la decoración clásica que predomina en el resto de las estancias de esta mansión. Con un sigilo moderado, dejo al público de la planta principal a mis espaldas y hago una visita al piso superior, que me había pasado inadvertido durante mi actuación anterior.

Tras subir los tres tramos de escalera y avanzar silenciosamente sobre la moqueta blanca del pasillo, me siento junto al niño. «¿Has visto mi espectáculo con la dama?», le pregunto. El sacude la cabeza negándolo con la boca tan cerrada y tensa como un tulipán cerrado. «¿Puedes ver a la dama ahora? Sabes a la que me refiero». Saco entonces una pluma cromada brillante del interior de mi abrigo y señalo abajo hacia la estancia donde la fiesta continúa. A esa distancia los rasgos de mi sirena de lentejuelas no se ven con gran detalle. «Bueno, ¿puedes verla?» El chico mueve la cabeza afirmativamente. Entonces le susurro:

«¿Y qué te parece?» Abre ambos labios y responde desenfadadamente: «Es… ella es asquerosa». Respiro más tranquilo ahora. Desde esta altura, en efecto, ella parece simplemente «asquerosa», pero uno nunca sabe lo que la vista aguda de los niños puede llegar a captar. Y sin duda no es mi intención esta noche hacer que los ojos de un niño miren lo que no deben.

«Escucha atentamente todo lo que te digo», le susurro con un tono de voz muy suave pero nada condescendiente, asegurándome de que mantengo la atención del niño en mi voz y en la pluma brillante en la que ahora centra la

mirada. Es un buen sujeto para ser un niño, estos suelen tener miradas y mentes inquietas. Está de acuerdo conmigo en que se siente muy cansado. «Vete a la cama ahora. Te dormirás en unos segundos y tendrás el sueño más maravilloso. Y no te despertarás hasta mañana por la mañana, por mucho ruido que escuches fuera de tu habitación. ¿Lo entiendes?» El chico asiente. «Muy bien. Y por ser un joven tan agradable, voy a regalarte esta pluma tan bonita de plata que llevarás siempre contigo para recordarte que nada es lo que parece ser. ¿Sabes a lo que me refiero?» El chico mueve la cabeza de arriba abajo y la expresión en su cara tiene el escalofriante aspecto de una profunda sabiduría. «De acuerdo, entonces. Pero antes de que regreses a tu habitación, quiero que me digas si hay una escalera trasera por la que pueda salir». Con un dedo señala el final del pasillo y a la izquierda. «Gracias, chico. Muchísimas gracias. Ahora vuelve a la cama y que tengas dulces sueños». Desaparece en una oscuridad piranesiana al final del pasillo.

Durante unos segundos me quedo mirando la animada estancia allá abajo, donde las risotadas y el estúpido baile de mi público ha alcanzado su clímax. Mi voluble sonámbula parece estar atrapada en la red de la fiesta y se ha olvidado completamente de su amo. Me ha dejado al margen, como a la fea perpleja del baile. Pero no estoy celoso. Entiendo por qué te han apartado de mí. Simplemente no pueden evitarlo, ¿no es así? Les dije lo bella, lo perfecta que eras y no pueden resistirse a ti, mi amor.

Desafortunadamente, no fueron capaces de apreciar tu mejor parte y prefirieron perderse en las seducciones de tus trucos ilusionistas más ramplones. ¿No es cierto que mostré a nuestro público bien educado una versión angélica de ti? Y ya viste su reacción. Estaban aburridos y se limitaron a quedarse ahí sentados en sus butacas como un puñado de Hambres. Por supuesto, ¿qué puedes esperar? Querían los trucos de muerte, los trucos de dolor. Toda esa basura sensacionalista. Querían carromatos de agonía, volteretas a través de las llamaradas de la perdición; zambullidas de cabeza de carne vulnerable en la picadora de carne de la vida. Querían que los *excitaran.*

Y ahora que su alegre espectáculo parece haber alcanzado su punto álgido, creo que ya es la hora de despertar a esta horda de su sueño hipnótico y excitarlos hasta apagar su luz.

Es la hora de la campanada.

En efecto, hay unas escaleras justo donde el chico me ha indicado, unas escaleras que me llevan hasta la parte de atrás del pasillo, las habitaciones traseras de la mansión, y finalmente hasta la puerta de atrás, Estos pasadizos

me conducen a un patio amplio donde se perfila el contorno de un jardín bajo la luna y un pequeño bosque se balancea en la distancia. Una espesa capa de hierba amortigua mis pasos cuando bordeo la casa hasta la elegante fachada de la mansión.

Estoy de pie delante del porche ahora, entre las altas columnas y bajo una lámpara que cuelga de una larga cadena de bronce. Me detengo un momento, saboreando cada voluptuoso segundo. Las serenas constelaciones allá arriba me guiñan conocedoras. Pero ni siquiera esos ojos son lo suficientemente profundos para superar mi mirada, para engañar al impostor, para ilusionar al ilusionista. Para ser honesto, soy un sujeto pésimo para la hipnosis, incapaz de ser arrastrado por el Cielo de Hipnos. Porque sé lo fácil que resulta ser conducido a través de esas puertas brillantes para encontrar solo una trampilla que se abre cuando se entra dentro. Y entonces ¡allá que caes! Preferiría ser el ayudante rezagado en el exterior del Laberinto de Mesmer que su víctima engañada chapoteando en el interior.

Se dice que la muerte es un gran despertar, una salida de los misterios de la vida. Ja, no puedo más que reírme. La muerte es la consumación de la mortalidad y, por revelar un gran secreto, tan solo realza las imperfecciones mortales. Por supuesto, tan solo un gran maestro es capaz de abrir un par de ojos tras la muerte, una vez que estos han sido fuertemente sellados por el Doctor Guadaña. E incluso después hay tan pocas cosas para las que sirven estas criaturas… Como conversadores son increíblemente flojos. Las cosas que te cuentan no son más que dulces naderías. Sin embargo, sí tienen algunas utilidades, siempre que pueda sacar sus maltrechos cuerpos del mausoleo, hospital, morgue, colegio médico o casa funeraria en el que haya logrado colarme irregularmente. Cuando me asalta ese estado de ánimo, los recluto para mi espectáculo. Carentes de cualquier voluntad propia, son excepcionalmente buenos en hacer lo que les ordenan. Sin embargo, hay un gran problema: *no se les puede hacer hermosos.* ¡Uno no es mago!

Pero, tal vez, uno sí sea un mentalista excepcional, un hipnotista preternaturalmente experto. Entonces uno podría hacer que un público perciba a su sujeto fallecido como un ser bello, que este público lo confunda con una cautivadora belleza de ojos de serpiente. Uno al menos *es capaz* de hacer esto.

Incluso ahora escucho a estos patanes de la alta sociedad riéndose, todavía bailando, todavía alborotados alrededor de mi carismàtica muñeca de los muertos. Les mostramos lo que podrías ser, Serafita. Ahora, mostrémosles lo que realmente eres. Solo tengo que apretar este pequeño timbre para que suene la campana que los despierte, para que tañan las campanas por toda la

casa. Entonces verán las heridas sepulcrales: tus ojos hundidos en las cuencas a una profundidad putrefacta… ¡esas profundidades laberínticas! Se despertarán y encontrarán sus bonitas ropas de baile cubiertas de grumos en descomposición. Y espera cuando huelan ese fiambre. Sin duda, se quedarán boquiabiertos.

LA TRILOGÍA DEL NICTÁlOPE

III. EL OJO DEL LINCE[9]

Había estado en su frecuencia psíquica durante un tiempo, pero otras cuestiones retrasaron nuestro encuentro en carne y hueso. Durante los gélidos meses del último año había sido un chico muy ocupado, y muy malo. Las agencias estatales correspondientes por fin habían determinado el tipo de compañía que prefería y se había corrido la voz de boca en boca, o más bien de *labios en labios* pintados brillantes en ciertos colores, principalmente rojo sangre pero también negro funerario. El mundo underground en el que me movía estaba en alerta: no hables con extraños, etc. Pero eso no era un problema. Tanta cautela solo conseguía excitar mis impulsos aún más e incrementar el número de «Chicas desaparecidas con indumentaria gótica», como una fuente periodística había descrito pomposamente mis actividades. Así pues, mi encuentro con ella había sido postergado por una serie de distracciones inesperadas, o eso creí en aquel momento. Pero ahora estaba de pie, en la acera frente a su lugar de trabajo. El portal que daba acceso al edificio de mala muerte de bloques de hormigón estaba construido, bastante torpemente, en forma de castillo con almenas dentadas. Eché un vistazo al semáforo que se balanceaba empujado por el viento invernal que aullaba por cada esquina de aquella parte desolada de la ciudad. El ámbar cambiaba ahora a rojo. Volví a mirar a la puerta. De hecho, crujió cuando la abrí.

Dentro me encontré con un comité de recepción de chicas descansando en lo que parecían ser viejos bancos de iglesia apoyados en las paredes. El estrecho vestíbulo en el que me encontré centelleaba con una bruma rojiza que no parecía luz sino más bien vapor eléctrico. En el rincón superior más alejado de esta entrada una cámara de circuito cerrado nos observaba a todos, y me pregunté cómo transformaría el objetivo de la cámara aquella habitación tintada de rojo en los tonos azulados del monitor de seguridad. No es que

fuera asunto mío. Podríamos estar todos electrónicamente enmarañados en un demente tapiz púrpura y me habría parecido perfecto.

Una chica rubia con pantalones vaqueros y chaqueta de cuero se levantó y se acercó a mí. Bajo aquella luz sus mechones rubios parecían más del color de una sopa de tomate o un kétchup grasiento que de fresas frescas. Pronunció una frase mecánica que comenzaba con «Bienvenido a la Casa de las Cadenas», y que continuaba listando los distintos servicios y términos específicos para concluir con una exención de responsabilidad para asegurarse de que yo no era un miembro del cuerpo encargado de la aplicación de la ley. «En absoluto —respondí—. Simplemente leía un periódico local y vi su anuncio, el que tiene un tipo de letra gótica puntiaguda como la de una vieja biblia alemana. He venido al lugar correcto, ¿verdad?»

«Sin duda alguna», pensé. «Sin duda alguna», dijo la rubia como un eco bajo la sangrienta luz de luna que bañaba aquel perverso establecimiento. «¿Qué va a ser esta noche?», me pregunté a mí mismo. «¿Qué va a ser esta noche?», preguntó ella en voz alta. «¿Ve algo que le guste?», preguntamos ambos al mismo tiempo. Por mi expresión y miradas fugaces más allá del espacio claustrofóbico de aquel diminuto vestíbulo, ella adivinó inmediatamente que yo no veía nada que me gustara. Estábamos en la misma onda de infrarrojos.

Ambos permanecimos allí durante un momento, mientras ella daba un largo trago a una lata de té frío. Fue entonces cuando caí en la cuenta de la verdadera razón por la que me había tomado mi tiempo para llegar hasta ella. Estaba dejando a esta chica para el final porque era un ejemplar muy taro de su especie. No era una aficionada a la oscuridad y la degeneración, sino una verdadera profesional. Además, la intensidad y orientación de su naturaleza romántica emitía una señal que yo sabía que no perdería. Por fuera se hacía la dura, pero yo podía ver a través de esa capa un yo interno que soñaba con persecuciones y peligros tan glamurosos como los de cualquier heroína gótica. Yo podría haberme abierto y habérmela llevado allí mismo. Pero me alegro de que esperara.

Apretó un botón cerca de un interfono en la pared a su espalda y giró la cabeza para transmitir unas palabras. Por el tono sonaba como un jefe dando órdenes a uno de sus subordinados.

—Ven y sustitúyeme en la puerta -dijo con autoridad. Qué ironía que ella fuera la supervisora del lugar, la directora de un colegio para chicos malos.

Se volvió de nuevo hacia mí y me miró de arriba abajo con sus ojos violetas. ¿Y qué me dijeron esos ojos? Me hablaron de su vida tal como la

vivía en una fantasía: un cuento gótico de una baronesa privada de su título y herencia por un hombre enorme con cejas pobladas que en ocasiones se espolvorea con purpurina. Empobreciéndola, el hombre de cejas de purpurina, que salió del bosque una primavera mientras ella estaba retirada en un convento de monjas carmelitas, pretendía hacerla suya. Pero la dama de alta cuna no estaba dispuesta a sucumbir, o no al menos hasta que estuviera preparada. Y ahora ella pasa la mayor parte de su tiempo recorriendo tiendas de segunda mano, intentando reclamar sus avíos aristocráticos y varios artículos de su armario que fueron desperdigados por su villano pretendiente. Hasta el momento, se las ha apañado bien sola y ha logrado reunir muchos de los objetos que había perdido a raíz de las maquinaciones de un malhechor de negro corazón que deseaba dominarla en cuerpo y alma. Su colección incluye varios vestidos de su color negro monástico favorito. Todos ellos se estrechan severamente bajo la línea del busto mientras que se acampanan por debajo de la cintura. Un corpiño con forma de babero presiona sus costillas, ascendiendo hasta el cuello, donde una lengüeta de terciopelo negro se cierra con un broche de perlas. En la cintura: una fina cadena de la que cuelga un relicario con forma de corazón con un mechón enroscado de cabello dorado dentro. Lleva guantes, por supuesto, largos y de color claro. Y sombreros recargados de un sombrerero loco, con velos colgantes como la fina pantalla de tela de un confesionario. Pero ella prefiere sus capuchas envolventes, las que se unen con innumerables pliegues en los hombros a capas pesadas con forros de raso que brillan como un sol negro. Capas con bolsillos profundos y generosas bolsas interiores para guardar valiosos recuerdos, capas con cordones de seda que se atan alrededor de su cuello, capas con dobladillos con peso que, sin embargo, ondean ligeras con las ráfagas de medianoche. Las ama con todo su corazón.

Y de esa guisa está vestida cuando el villano de cejas de purpurina se asoma por la ventana de su apartamento, condenando el marco de la ventana y los sueños de la joven. ¿Qué otra cosa puede hacer más que encogerse aterrada? Pronto ella es tan solo del tamaño de una muñeca vestida como una muñeca oscura. Huesos temblorosos y sangre enfebrecida son el relleno de esta muñeca, con un hormigueo en sus entrañas a causa de la pira fúnebre del miedo. Vuela hacia un rincón de la habitación y se encoge tras enormes sombras, soñando en ocasiones allí toda la noche… sobre ruedas de carromatos alborotando en una bruma de lavanda o una niebla grisácea, sobre fuegos nacarados que titilan al otro lado de los márgenes de las carreteras rurales, sobre acantilados y estrellas. Luego se despierta y se mete un

caramelo de menta en la boca que saca de un cartucho abierto sobre la mesilla de noche, después se fuma medio cigarrillo antes de salir de la cama y hacer muecas a la luz del atardecer.

—Vamos -dijo ella con ambas manos metidas en los bolsillos de cuero. Y sus ruidosos tacones me condujeron fuera de esa habitación donde todos los rostros llevaban un rubor falso.

—¿Entonces vas a ofrecerme la visita de noventa y ocho centavos? —pregunté a mi anfitriona—. Soy de fuera de la ciudad. No tenemos nada como esto en el lugar de donde vengo. Vais a darme lo que pague, ¿verdad?

Ella me miró riéndose. «Satisfacción garantizada», dijo con una arrogancia que pretendía ocultar su conmovedora naturaleza sumisa. Se movió indecisa en un par de direcciones antes de guiarme hacia unos escalones metálicos que resonaban cuando descendimos hacia un borrón de sombras carmesí; el despiadado vapor nos perseguía, pegándose a nosotros como un familiar dementemente abnegado.

Para mi sorpresa, había una ventana en el sótano vagamente institucional de la Casa de las Cadenas. Sin embargo, solo era una simulación hecha con unos marcos vacíos tras los cuales había pintado un paisaje iluminado con una bombilla de baja potencia. Allí pintadas se veían vastas regiones de sublime desolación, sobre las que se cernían unas montañas imponentes bajo un crepúsculo brumoso. En la distancia se alzaba un castillo de aspecto funesto. Me sentí un poco como un niño delante de un escaparate de unos grandes almacenes con un taller de Santa Claus en miniatura. Pero no puedo decir que no produjera un cierto estado de ánimo.

—Bonita pintura —dije a mi acompañante—. Muy tenebroso. Mis felicitaciones al artista.

—La artista se siente honrada —respondió fríamente—. Pero no hay mucho más que ver aquí abajo, si esa es la clase de cosa que busca. Solo un par de habitaciones reservadas a clientes especiales. Si quiere ver algo tenebroso, vaya hasta el final de ese pasillo y abra la puerta de la derecha.

Seguí sus instrucciones. En el pomo de la puerta colgaba el collar de un animal bastante grande al final de una cadena. La cadena tintineó levemente cuando abrí la puerta. La luz roja del pasillo apenas me permitió ver el interior, pero había poco que ver de todas formas, a excepción de una pequeña habitación vacía. El suelo era de cemento y había paja esparcida sobre este. El olor era terrible.

—¿Bien? —preguntó ella cuando regresé por el pasillo.

—Es algo al menos -respondí, lanzándole el más tenue de los guiños. Permanecimos unos segundos mirándonos bajo una luz del color de la carne fresca. Luego me condujo de regreso arriba.

—¿De dónde dijo que era? -preguntó mientras la ruidosa escalera amplificaba nuestras pisadas en reverberantes ecos que las hacían sonar como si estuviéramos avanzando penosamente por el pasillo de un castillo.

—Es un lugar muy pequeño —respondí—, A unas cien millas de la capital. Ni siquiera aparece en los mapas.

—¿Y nunca ha estado en un lugar como este antes?

—Ajá, nunca —mentí.

—Porque algunos clientes se desbocan cuando experimentan en sus carnes lo que solo han visto en revistas o películas, ¿sabe a lo que me refiero?

—No haré nada de eso. Lo prometo.

—De acuerdo, entonces. Vamos.

Y fuimos.

Y había mucho que ver de camino: una sucesión de teatros de títeres violentos con personajes de todo tipo, así como el ocasional palo de azotar. Cada escena pasaba como una página de un libro de cuentos depravados.

Las puertas cerradas no suponían ningún obstáculo a mi visión.

Detrás de una de ellas, donde todas las paredes de la habitación estaban pintadas con gruesas barras negras desde el suelo hasta el techo, la Reina del Dolor (la fusta en alto) estaba sentada sobre su caballo humano. El animal parecía maneado y enjaezado. De manera que no podía correr, solo gatear patéticamente de un lado a otro, con la Reina brotando de su espalda como una gemela siamesa, la sangre real de este y la de su bestia fluyendo ahora juntas, afluentes de mundos distantes uniéndose en una armonía híbrida. La criatura jadeaba fuertemente mientras la Reina le marcaba el ritmo golpeando sus flancos con la lacerante fusta. Cabalgó su semental cada vez con más violencia hasta que este finalmente se detuvo, echando espuma y sudoroso. Hora de descansar, caballito.

Tras otra puerta, una con una esvástica pintada de forma descuidada, había una escena similar a la anterior. Dentro, algunas luces de colores estaban enfocadas hacia el suelo, donde un hombre muy pequeño con una joroba probablemente artificial estaba arrodillado con la cabeza baja. Las manos se perdían dentro de un par de guantes enormes con dedos deformes que colgaban a un lado y a otro como diez payasos de caja sorpresa borrachos. Uno de los dedos estaba atrapado bajo la punta afilada de una bota alta. ¡Mira qué payaso más gracioso! O, más bien, un *bufón* con un sombrero

con cascabeles. Este, con ojos redondeados, miró pacientemente hacia arriba a la oscuridad, atento a la voz hueca que soltaba una sarta de insultos desde las alturas. La voz exageraba la disparidad entre su superioridad orgullosa calzada con botas y el monstruo humillado en el suelo, lo que aumentaba el contraste entre los placeres sublimes del guerrero y ese saco de diversión reptante que era el idiota. *Pero ¿no podía el placer del jorobado postrado ser también bello?,* susurraban sus ojos con sus bocas elípticas. *Pero no podía…* ¡Silencio! Ahora se iba a enterar ese pequeño idiota.

Detrás de otra puerta, sin ninguna marca distintiva, brillaba una sola vela a través de cristal rojo, manteniendo la estancia al borde de la oscuridad total. Resultaba difícil saber cuántos había allí dentro… más de un par, aunque menos de una horda. Todos llevaban la misma ropa, cremalleras pequeñas y cremalleras grandes como puntadas de plata surcaban sus prendas de vestir. Uno muy pequeño tenía las pestañas atrapadas en una, eso sí pude verlo. En cuanto al resto, podrían perfectamente haber sido sombras humanas que se fundían suavemente unas con otras, profiriendo amenazas de caos total y blandiendo gigantescas navajas de afeitar. Pero aunque estas hojas brillantes estaban siempre poderosamente preparadas en alto, nunca bajaban. Era solo un teatro, como todo lo demás que había visto.

La siguiente puerta, y para mí la última, estaba al final de una agotadora subida por lo que debía de haber sido una torre.

—Aquí es donde tendrá lo que vale su dinero, señor -dijo mi cita de la velada—. Siempre sé lo que mis clientes quieren, incluso aunque ni ellos mismos lo sepan.

—Muéstrame lo peor que tengas -dije, mirando la puerta de pequeñas dimensiones frente a nosotros.

La situación allí era tan transparente como las otras. Aunque en esta ocasión no había caballos, ni patéticos payasos, ni sombras paranoides. De hecho, era una malvada bruja y su títere esclavo. Por lo visto, la torpe y pequeña criatura se había portado mal y le habían pillado con las manos en la masa. Ahora la bruja estaba metiéndolo en cintura, graznando acerca de lo que los títeres deberían y no deberían estar haciendo con su tiempo libre. Ella recorrió la habitación envuelta en alguna especie de capa apolillada que descolgó de una alcayata en la pared, con el rostro hundido en su amplia capucha. Detrás de ella una ventana de vidriera brillaba con todos los colores excomulgados de la corrupción. A la luz de este arcoíris infernal de celofán arrugado, le puso un collar al títere y lo ató a un muro de piedra de aspecto impresionante que se combó como si fuera de aluminio cuando el títere

esclavo chocó con él. Ella bajó la cabeza embozada y susurró algo en el oído de madera.

—¿Sabes lo que hago con los pequeños títeres que han sido malos, como tú? —preguntó ella—. ¿Lo sabes?

El títere fingió que temblaba un poco, manteniéndose de momento en su papel. Incluso podría haber sudado un poco si hubiera estado hecho de carne y no de madera.

—Te diré lo que hago con los títeres que han sido malos —dijo la bruja con un tono agridulce—. Hago que toquen el fuego. Los quemo empezando por las piernas.

Entonces, inesperadamente, el títere sonrió.

—¿Y qué harás —preguntó el títere— con todos esos viejos vestidos, guantes, velos y capas cuando me haya ido? ¿Qué harás en tu castillo de tres al cuarto cuando nadie, con su ceño de plata brillante, mire por las ventanas de tus sueños?

Quizás el títere después de todo sudaba, porque su ceño ahora brillaba con diminutas motas de luz de estrellas.

La bruja dio un paso atrás y se bajó la capucha, dejando al descubierto su mata de pelo rubio. Ella quería saber cómo sabía yo todas esas cosas, cosas que ella jamás había compartido con nadie. Me acusó de espiada, de forzar la entrada y de allanamiento, y de una curiosidad ilícita en general.

—Quítame estas cadenas y te contaré todo —dije.

—Olvídalo —respondió ella—. Voy a por alguien para que te eche de aquí.

—Entonces tendré que liberarme yo mismo. —Tras estas palabras, los grilletes en mis tobillos, mis muñecas y el cuello se abrieron por sí solos… y las cadenas cayeron—. No puedes fingir —continué— que no hay algo que te resulta familiar en mí. Después de todo lo que hemos significado el uno para el otro, después de todo lo que hemos hecho juntos, una y otra y otra vez. Mira, yo también conozco cuáles son los deseos de mis clientes, como yo podría llamarlos. Los periodistas los llaman víctimas. Muestran sus rostros en la televisión. Los hago famosos, aunque mi papel en su fama es un misterio para todo el mundo. Y el misterio es lo que te hace vibrar, ¿no es así? La excitación de no saber qué ocurrirá a continuación. Pero aquí todo va por números. Llevas encerrada en este estúpido lugar demasiado tiempo. Para alguien como tú, eso puede ser letal. Siempre has sabido que eras especial, no lo niegues. Siempre has creído que algún día (y este siempre cercano y a la vuelta de la esquina, ¿verdad?) iban a ocurrir grandes cosas, aventuras

apoteósicas que no estaban lo suficientemente claras, pero que cuando tuvieran lugar serían reales. Tan reales como el abrazo aterciopelado de tu capa favorita, la que tiene una cadena de plata que une sus dos solapas sobre tu pecho. Tan reales como las velas altas que enciendes las noches de tormenta. Adoras esas tormentas, ¿verdad?, con sus cadenas de gotas de lluvia azotando tus ventanas. Todo ese jaleo te vuelve loca. Y las cautivadoras crueldades que imaginas sufrir a la luz de la vela por el hombre de las cejas brillantes. Cómo hacen que te desvanezcas sin remedio.

»Pero ahora estás en peligro de perder todo lo que realmente amas, motivo por el que aparecí esta noche. Debes salir de este circo chabacano. Esto es para paletos, es de poca categoría. Puede irte mucho mejor. Puedo llevarte a lugares donde las tormentas furiosas y la subyugación no tienen fin. Por favor, no te alejes de mí. No tienes adónde ir y tus ojos me dicen que quieres lo mismo que yo. Si te preocupa la dureza de viajar a lugares lejanos y extraños… ¡que no te preocupe! Ya estás casi allí. Simplemente déjate caer entre mis brazos, en mi corazón, en… Ya está, ha sido fácil, ¿verdad?

Ahora ella estaba dentro de mí junto a todas las otras… la posesión más preciada de mi galería de pequeñas y frágiles muñecas que entregaron sus almas a noches de vientos huracanados y villanos sádicos. Cómo amaba jugar con ellas.

Tras la asimilación, volví sobre mis pasos subiendo y bajando las escaleras y recorriendo los pasillos de oscuridad escarlata. «¡Buenas noches a todo el mundo!», me despedí de las chicas en la sala de recepción.

De regreso en la calle, me paré para asegurarme de que ella estaba bien encarcelada en mi interior. En los primeros estadios siempre existe la posibilidad de que una nueva interna intente desabrocharme desde el interior, por decirlo de alguna manera, y romper la entrada principal. De hecho, ella intentó liberarse. Pero no fue nada grave. Un borracho que pasaba junto a mí por la acera vio que un brazo salía disparado hacia él desde debajo de mi camisa, proyectándose a la altura del pecho en ángulo recto al resto de mi cuerpo. El hombre se tambaleó, y con un vigor jovial estrechó la mano que se estiraba ciegamente entre los barrotes de su jaula. Luego continuó su camino. Y yo continué con el mío en cuanto logré introducirla de nuevo en su asombrosa prisión, una cautiva de mi corazón y sus infinitos aposentos. Qué bien nos lo pasaremos juntos, ella y yo y todas las demás. Puedo hacer con ellas lo que deseo y me encanta hacerlo. Pero no tendrán que soportar mi trato para siempre. Regresaré a la carretera con las primeras heladas del próximo año, necesitaré más cuerpos que me calienten. Para entonces, los viejos

cuerpos se habrán derretido como carámbanos en las húmedas y oscuras entrañas de mi hogar castillo. Mientras tanto, estaré atento a aquellas que caminan por este mundo felizmente sometidas a la oscuridad.

Mientras me alejo de buen humor de la Casa de las Cadenas, el semáforo al final de esa calle suburbial cambia de ámbar a rojo… un presagio de las cosas que nos esperan a mi nuevo amor y a mí, ahora uno solo tanto en carne como en sueños.

ANOTACIONES SOBRE LA NARRATIVA DE TERROR:
UN RELATO [10]

Durante demasiado tiempo he estado prometiendo formular mi punto de vista sobre la escritura de cuentos de horror sobrenatural. Sin embargo, continuamente he postergado el momento de hacerlo. Lo único que puedo decir en mi descargo es que hasta ahora simplemente no había tenido tiempo. ¿Por qué no? Estaba demasiado ocupado tejiendo esas pequeñas y adorables criaturas. Pero a muchas personas, por cualesquiera que sean sus motivos, les gustaría ser escritores de cuentos de terror y buscan consejo acerca de cómo acometer la tarea. Lo sé. Afortunadamente, el momento actual me es propicio para compartir mi conocimiento y experiencia en esta especial vocación literaria. Pues acabemos de una vez.

La forma en la que planeo proceder es bastante simple. Primero, esbozaré el argumento, los personajes y otros rasgos de un relato corto de terror. A continuación, ofreceré sugerencias sobre cómo estos elementos en bruto pueden ser tratados en unos cuantos de los principales estilos empleados por los autores de terror a lo largo de los años. Si todo va bien, el narrador de cuentos de terror novato ahorrará mucho tiempo y esfuerzos descifrando estas cosas por sí mismo. En momentos puntuales a lo largo del camino, examinaré ciertos rasgos específicos técnicos, sacaré conclusiones muy sesgadas con relación a las intenciones y propósitos, aportaré comentarios generales sobre la filosofía de la ficción del terror, etcétera.

En este punto me gustaría aclarar que lo que sigue es un borrador de un relato que en su versión final iba a aparecer en las obras publicadas de Gerald K. Riggers (yo mismo bajo mi pseudónimo literario, por si no lo sabían). Sin embargo, jamás llegó a buen puerto. Francamente, no me vi con ganas de llegar hasta el final con aquel relato. Esas cosas ocurren. Tal vez más tarde podamos analizar tales casos de fracaso irreparable, tal vez no. En todo caso, los elementos básicos de esta narración siguen siendo válidos para demostrar cómo los escritores de terror hacen lo que hacen. Bien. Aquí lo tienen, pues, en mis propias palabras.

EL RELATO

El protagonista es un hombre de unos treinta años, digamos que se llama Nathan, y tiene una cita con una chica a la que desea impresionar profundamente. Con este fin, un fabuloso nuevo par de pantalones que intenta encontrar y comprar jugará un pequeño papel. Unos cuantos obstáculos se presentan por el camino, todos ellos inconvenientes realistas, antes de conseguir finalmente la prenda de ropa y a un precio justo. Son de primera calidad en cuanto a su confección, esto es bastante evidente. Hasta el momento, todo va bien. Muy bien, sin duda, ya que Nathan cree que las posesiones personales de uno deben tener a su vez unas calidades y pedigrís concretos. Por ejemplo, el abrigo de Nathan es una prenda elegante y bien confeccionada que encargó a un minorista muy cotizado de ropa elegante, su reloj de pulsera es la obra relojera excelsa que su abuelo le dejó en herencia, y su coche es un vehículo distinguido pero discreto. Para Nathan, unas esencias peculiares son inherentes no solo a ciertas posesiones sino también a ciertos lugares, ciertos eventos en el tiempo y el espacio, y ciertos modos de ser. Desde el punto de vista de Nathan, todas las facetas de su vida debían brillar con estas esencias porque son ellas las que hacen a un individuo verdaderamente real. ¿Cuáles son esas esencias? Durante un periodo de tiempo, Nathan las ha agrupado y clasificado en tres: algo mágico, algo atemporal y algo profundo. Aunque el mundo a su alrededor carece en su mayoría de estos ingredientes especiales, él percibe que su propia vida los contiene en cantidades que varían, pero que son aceptables. Sus nuevos pantalones sin duda los tienen, y Nathan espera, por primera vez en su vida, que un futuro romance (con una tal Lorna McFickel) también los tenga.

Hasta el momento, todo va bien. Hasta la noche de la primera cita de Nathan, es decir.

La señorita McFickel reside en un barrio respetable, pero, en comparación a donde vive Nathan, la localización de la casa de la joven obliga a que él tenga que sortear uno de los sectores más peligrosos de la ciudad. No hay problema: Nathan mantiene su coche en perfectas condiciones. Si deja las portezuelas cerradas y las ventanillas subidas, todo irá bien. Mala suerte, unas botellas rotas sobre el asfalto y una rueda pinchada. Nathan frena el coche. Se quita el reloj de su abuelo y lo guarda en la guantera; se quita el abrigo, lo dobla pulcramente y lo esconde entre las sombras bajo el salpicadero. En cuanto a los pantalones, simplemente tendría que andar con mucho cuidado

mientras intentara cambiar el neumático en un tiempo récord, y en una parte de la ciudad conocida como La Puerta Trasera de la Esperanza.

Ahora, durante el tiempo que Nathan tarda en cambiar el neumático, siente algo extraño en las piernas. Podría atribuir esta sensación al esfuerzo físico que estaba realizando al llevar unos pantalones no exactamente diseñados para tal abuso. Pero estaría engañándose. Porque entonces Nathan recuerda que también sintió algo extraño en las piernas, aunque con menos contundencia, cuando se probó los pantalones en casa. No le produjeron esa sensación cuando se los probó en la tienda. De ser así, jamás los habría comprado. También los habría devuelto si hubiera tenido tiempo antes de su cita con Lorna McFickel de encontrar otros pantalones tan apropiados como esos, que resultaron no ser para nada apropiados en cuanto empezaron a hacer cosas extrañas en sus piernas. Pero extrañas… ¿cómo? Extrañas en el sentido de que le provocaban un leve hormigueo e incluso algo más. Temblaban levemente. Tonterías, simplemente está nervioso por su cita con la adorable Lorna. Y las complicaciones que estaba experimentando no eran de ninguna ayuda.

Por si fueran pocos los problemas que Nathan ya ha tenido, dos jóvenes desaliñados lo observan ahora mientras cambia la rueda. Él intenta ignorarlos, pero lo consigue demasiado bien. Sin verlo, uno de los obvios delincuentes bordea el coche y abre la puerta delantera. Mala suerte, Nathan se olvidó de cerrarla. El audaz matón agarra el abrigo de Nathan y luego ambos maleantes desaparecen por un edificio ruinoso.

Muy rápidamente ahora. Nathan persigue a los gamberros y entra en lo que parece ser un edificio de apartamentos vacíos y cae por unas escaleras que conducen a un sótano oscuro. Pero no es que la madera de las escaleras esté podrida, no. Es que las piernas de Nathan se han dado por vencidas. Le han dejado de funcionar. Un hormigueo y un temblor han penetrado en su cuerpo y lo han dejado lisiado de cintura para abajo. Intenta quitarse los pantalones, pero no se despegan de las piernas, como si (orinaran parte de él. Algo ha ido terriblemente mal por culpa de esos pantalones. Lo que sigue es el porqué. Unos días antes de que Nathan comprara los pantalones, habían sido devueltos a la tienda para su reembolso. La mujer que los devolvió dijo que a su marido no le gustaba cómo le sentaban, lo cual era cierto. También era cierto que su esposo se había desplomado y muerto de un ataque al corazón no mucho después de probarse los pantalones. En un intento de recuperar lo que pudiera de aquella tragedia, la mujer vistió a su esposo con unos viejos pantalones de trabajo antes de hacer nada más. El pobre Nathan,

por supuesto, no fue informado del sórdido pasado de sus pantalones. Y cuando los gamberros que robaron el abrigo vieron que estaba postrado y desvalido sobre la mugre de aquel sótano, decidieron aprovecharse de la situación y desvalijarle de todos sus objetos de valor… empezando por esos pantalones con pinta de caros y cualquier otro tesoro que pudieran contener. Pero tras despojar a un Nathan paralizado y que protestaba por sus pantalones, no prosiguieron con el pillaje. No después de ver las piernas de Nathan, que eran los miembros pútridos de un hombre en proceso de descomposición. Con la parte inferior de Nathan pudriéndose rápidamente, la parte superior también debe morir entre las innumerables sombras de aquel edificio condenado. Y entremezclado con el dolor y la locura de su muerte prematura, Nathan aborrece y se duele por la idea de que, durante un tiempo al menos, la señorita McFickel pensará que él la ha dejado plantada en la primera cita de lo que se suponía que iba a ser una larga sucesión de citas destinadas a evolucionar en una relación mágica, atemporal y profunda de dos corazones.

A propósito, este relato, de haber sido acabado, lo más probable es que hubiera llevado el título de “Romance de un hombre muerto”.

LOS ESTILOS

Como ya he afirmado, hay más de una manera de escribir una historia de terror. Y tal afirmación, verdadera o falsa, es fácilmente demostrable. En esta sección examinaremos las tres técnicas primarias que los autores han empleado para producir relatos de terror. Estas son: la técnica *realista*, la técnica *gótica tradicional*, y la técnica *experimental*. Cada una de ellas funciona para su usuario de distintas formas y cumple diferentes fines, de esto no hay duda. Tras un leve examen de conciencia, el futuro escritor de terror puede descubrir la técnica correcta para alcanzar sus fines personales. Así pues:

La técnica realista. Desde el amanecer de la consciencia, las lenguas inquietas han preguntado: ¿son el mundo y sus gentes reales? Sí, responde la ficción realista, pero solo cuando es, y ellos son, normales. Lo sobrenatural y todo lo que representa es profundamente anormal y, por lo tanto, irreal. Pocos discutirían tales conclusiones. Bien. Ahora el principal objetivo del escritor de terror realista es probar, en términos realistas, que lo irreal es real. La cuestión es: «¿Se puede hacer esto?» La respuesta es: «Por supuesto que no». Uno

parecería un idiota intentando hacer tal cosa. Por lo tanto, el escritor de terror realista, blandiendo las huecas pruebas y premisas de su arte, debe conformarse simplemente con *parecer* resolver la paradoja definitiva. Con el fin de lograr este efecto, el realista de lo sobrenatural debe conocer realmente el mundo normal y dar contundentemente por sentada su realidad (ayuda si él mismo es normal y real). Solo entonces se puede hacer pasar lo irreal, lo anormal, lo sobrenatural por un paquete marrón normal marcado con Esperanza, Amor o Galletas de la Fortuna, y con el matasellos de: El Límite de lo Desconocido… y del asiento del querido lector. Al final, por supuesto, la explicación sobrenatural de un relato dado depende totalmente de algún principio irracional que en el mundo real y normal parece tan descolocado y estúpido como un chico de granja con mejillas sonrosadas en un antro de apestosos degenerados (corrijan esto, posiblemente, a degenerado de mejillas sonrosadas… apestosos chicos de granja). Sin embargo, la farsa puede lograr varios grados de éxito. Esto es obvio. Solo recuerda asegurar al lector, en ciertos puntos del relato y por medio de ciertas señales, que ahora está bien creer en lo increíble. Así es como el relato de Nathan podría ser narrado usando la técnica realista. Avance rápido.

Nathan es un personaje normal y real, o al menos muy cerca de serlo. Quizás no es tan normal y real como le gustaría ser, pero tiene sus miras puestas tan solo en este objetivo. Podría incluso estar un poco demasiado empecinado en serlo, aunque sin pasar los límites de lo normal y lo real. Hemos establecido que Nathan siente atracción por las cosas *«mágicas»* (palabra que realmente debería tener su propio par de comillas, dado que la connotación positiva que nuestro protagonista le otorga será negada al final de la narración, cuando un mundo de magia mala cae sobre la cabeza de Nathan), *«atemporales»* (de nuevo las comillas, porque si el tiempo se le acaba a alguien, es justamente a Nathan), y *«profundas»* (hum, esta tiene un hermetismo que las otras no poseen. «Mágicas» e «intemporales» tienen una conexión simplonamente irónica con los incidentes de la historia. Sin embargo, «profundas» no funciona de la misma manera. Pero esta «esencia» está dotada de un aura, al menos para este escritor. Por ahora, entonces, lo dejaremos estar).

La búsqueda de Nathan por las cualidades arriba mencionadas en su vida podría ser en cierta manera poco común, pero ciertamente no es anormal, ni irreal (y para hacer al personaje un poco más real, se podría informar de su abrigo, el reloj de pulsera de su abuelo y su coche con marcas específicas, quizás tomadas prestadas autobiográficamente del armario, muñeca y garaje

de uno mismo). La fórmula de la tríada que obsesiona a Nathan (similar a los lemas latinos de los escudos de armas familiares) también ronda el texto del cuento como el estribillo de una canción, posiblemente en cursiva como el canto sumergido de la inframente de nuestro antihéroe, o posiblemente no (intenta no ser demasiado artificioso; se debe tener presente que esto es realismo). Nathan desea que su romance con Lorna McFickel, al igual que el resto de las cosas que considera valiosas en su existencia, sea mágico, atemporal y, en cierta manera, profundo. Para Nathan estos atributos son en realidad normales y reales en un universo caótico donde las cosas amenazan constantemente con tornarse en anormales e irreales para uno, cualquiera, no solo para él.

De acuerdo. Ahora Lorna McFickel representa todas las virtudes de la normalidad y la realidad. Ella podría mostrarse en la versión *realista* del relato como alguien mucho más normal y real que Nathan. Quizás Nathan es, después de todo, un tanto neurótico; quizás necesita mucho las cosas normales y reales, no lo sé (si lo supiera, tal vez podría haber escrito el relato). En cualquier caso, Nathan desea tener un amor normal y real, pero no lo tiene. Pierde incluso antes de tener oportunidad de jugar. Y pierde estrepitosamente. ¿Por qué? Como respuesta podemos recurrir a un tema muy destacado en los relatos de terror: ten cuidado con lo que deseas, porque sin duda obtendrás lo contrario. Lo que ocurrió es que Nathan se volvió demasiado avaricioso. Quería algo que la existencia humana no ofrece… la perfección. Y para destacar esta realidad, ciertas fuerzas sobrenaturales *externas* entraron en acción para dar una lección a Nathan, y al lector (los relatos de terror realista pueden ser muy didácticos). Pero ¿cómo pueden ocurrir tales cosas? Esto es realmente en lo que consiste un relato de terror sobrenatural, incluso uno realista. ¿De qué manera exacta, entre todo el realismo de la vida de Nathan, lo sobrenatural ha logrado pasar a hurtadillas junto a los Inspectores Normal y Real que hacen guardia junto a la puerta? Bueno, en ocasiones avanza con pasos suaves pulgada a pulgada hasta unirse a la fiesta.

Ahora en el relato de Nathan, el origen de lo sobrenatural se encuentra en algún lugar dentro de aquellos misteriosos pantalones. Están tejidos con una tela que no ha visto antes; no tienen etiqueta que indique su sastre; no hay otros iguales en la tienda de una talla o color diferente. Cuando Nathan le pregunta al vendedor sobre esos pantalones, introducimos la Prueba instrumental Uno: el sastre que Nathan frecuenta ha recibido los pantalones de forma providencial. No se suponía que estuvieran entre la partida de

prendas de vestir con la que llegaron, comprueba el vendedor. Y nadie más en la tienda en ese momento puede decirle a Nathan nada sobre ellos, lo cual también es comprobado en dos ocasiones. Todos estos hechos convierten a los pantalones en un misterio de una manera del todo realista. El lector ahora capta fugazmente que hay algo verdaderamente extraño en los pantalones y permitirá que esa extrañeza avance hacia lo sobrenatural.

En este punto, el estudiante alerta podría preguntar; pero incluso si se admite que los pantalones son mágicos, ¿por qué producen el efecto concreto que al final producen haciendo que Nathan se pudra de cintura para abajo? Para responder a esta pregunta necesitamos presentar la Prueba instrumental Dos: Nathan no es el propietario original de los pantalones. No mucho antes de que se convirtiera en una de sus mágicas, atemporales y profundas posesiones, los llevó un hombre cuya esposa siguió la norma de «no eches a perder lo que no quieras», y despoje» al hombre de los pantalones nuevos que llevaba cuando se desplomó y murió. Pero estos «hechos» no explican nada, ¿verdad? Por supuesto que no. Sin embargo, podrían parecer explicarlo todo si son revelados de la manera correcta. Lo único que tiene que hacer uno es conectar las Pruebas Uno y Dos (podría incluso haber más) dentro del esquema de una narración realista.

Por ejemplo, Nathan podría encontrar algo en los pantalones que le lleva a deducir que él no es el propietario original. Quizás encuentra un boleto de lotería ganador de una cantidad significativa pero no demasiado tentadora. Al ser una persona normalmente honesta, Nathan llama a la tienda de ropa, explica la situación y recuperan el nombre y el número de teléfono del caballero que originalmente compró aquellos pantalones y, después, los devolvió o hizo que alguien los devolviera (la firma en el formulario de devolución es difícil de leer… qué realista). Es bastante posible que el boleto de lotería le perteneciera a él. Nathan hace otra llamada de teléfono (sin importarle que los pantalones hubieran tenido un propietario anterior porque son perfectos para sus planes) y descubre que los pantalones fueron devueltos no por un hombre, sino por una mujer. La misma mujer que explica a Nathan que a ella y a su esposo, a pesar del ataque coronario masivo, les vendría muy bien el modesto premio de ese boleto de lotería.

A estas alturas la mente del lector ya no se encuentra en el boleto de lotería, sino en el hecho revelado de que Nathan es el propietario y futuro usuario de un par de pantalones que parece que ya han matado en una ocasión, y quién sabe cuántas veces más, asociándolos de esa manera con la transitoriedad y decadencia, males entretejidos en la frustrante tela de la vida,

males enviados en diferentes formatos (pantalones, plumas, juguetes navideños) para cortar a medida a sus receptores, porque estos intentaron ir en contra de los usos y maneras del mundo. Y, así pues, cuando el casi real, casi normal Nathan pierde toda esperanza de lograr una normalidad y realidad totales, el lector sabe por qué: el momento equivocado, los pantalones y las expectativas equivocados de una vida que no tiene noción de lo que pensamos que debería ser lo normal y lo real.

La técnica *realista.*

Es fácil. Ahora probadla vosotros mismos.

La técnica gótica tradicional. Ciertas clases de personas y *a fortiori* ciertos tipos de escritores, siempre han experimentado el mundo que los rodea de una manera gótica, estoy casi convencido. Quizás existió algún pequeño hombre-simio renqueante que contemplaba el relámpago prehistórico surcando en un zigzag la prehistórica oscuridad de una noche sin lluvia, y sintió que su alma se elevaba y caía a un mismo tiempo al contemplar este conflicto sublime y aterrador. Quizás tales demostraciones proporcionaban inspiración para aquellas primeras figuraciones o imaginaciones que no surgieron de nuestra vida diaria de cruda supervivencia, ¿quién sabe? ¿Podría ser este el motivo de que todas nuestras mitologías primigenias sean góticas, es decir, temibles, fantásticas e inhumanas? Solo planteo la cuestión. Quizás los acontecimientos escabrosos de unos truenos de volumen triple pasaron, en abstracto, a través de los cerebros de criaturas peludas y de patas combas mientras se movían entre sombras recortadas por la luz de la luna durante sus migraciones por paisajes lunares de escarpados picos o eriales esqueléticos de hielo dentado. Estas criaturas no dudaban que hubiera un mundo doble de lo temible, lo fantástico y lo inhumano, porque no les hacía falta que nada hiciera alarde de su propia realidad ante sus ojos, siempre que lo *sintieran* real en su sangre. Un puñado de criaturas ingenuas, sin duda. Y hasta hoy día lo temible, lo fantástico y lo inhumano retienen un firme control de nuestras almas. Aunque todo esto se sobreentiende, en realidad.

Por lo tanto, las ventajas de la técnica *gótica tradicional*, incluso para el escritor contemporáneo, son dos. Una, los incidentes sobrenaturales aislados parecen menos estúpidos en un cuento gótico que en uno realista, ya que este último está sometido a la dura escuela de la realidad mientras que el primero solo reconoce la Universidad de los Sueños (por supuesto, un relato gótico en su totalidad puede parecer estúpido a un lector dado, pero esto ya es una cuestión de temperamento, no de ejecución técnica). Dos, un relato gótico se mete bajo la piel del lector y permanece allí mucho más insistentemente que

otra clase de historias. Por supuesto, debe estar bien hecho, sea lo que sea que uno entienda lo que significan las palabras *bien hecho*. ¿Significan que Nathan debe moverse dentro del monumental encarcelamiento de un castillo en el misterioso siglo XV? No, pero podría moverse dentro de la monumental encarcelación de un rascacielos con aspecto de castillo en el igualmente misterioso mundo moderno. ¿Significa que Nathan debe ser un melancólico héroe gótico y la señorita McFickel una etérea heroína gótica? No, pero podría significar una dosis extra de obsesión en la psicología de Nathan, y la señorita McFickel podría parecerle no tamo el ideal de la normalidad y la realidad sino el Ideal puro en sí mismo. Al contrario que la lealtad del relato realista con lo normal y lo real, el mundo del relato gótico es fundamentalmente irreal y anormal y alberga esencias que son mágicas, atemporales y profundas de una manera que el Nathan realista jamás soñó. Así que, para hacer bien un relato gótico, seamos francos, hace falta que el autor sea un romántico militante que relata la acción de sus narraciones en un lenguaje de ensoñación y más emotivo que lo habitual. Así pues, la conocida retórica grandilocuente de la narración gótica, que podría ser entendida por el lector avezado no solo como una balsa inflable en la que la imaginación flota a placer sobre las olas de la altisonancia, sino también como las velas del alma del artista gótico infladas por los vientos de la histeria eufórica. Por lo tanto, es difícil decirle a alguien cómo escribir un relato gótico, porque uno realmente tiene que haber nacido para realizar esa labor. Mala suerte. Lo máximo que uno puede hacer es ofrecer un ejemplo pertinente: una escena gótica del “Romance de un hombre muerto”, traducido del original italiano de Geraldo Riggerini. Este capítulo se titula “La última muerte de Nathan”.

A través de una ventana parcialmente rota, con la superficie cubierta de una película azul de polvo que encogía el alma con una sublime sensación de desolación, el resplandor diluido del crepúsculo se filtraba hasta el suelo del sótano donde Nathan yacía sin esperanzas de una movilidad salvadora. En la oscuridad no estás en ningún sitio, había pensado él de niño, acurrucado bajo las mantas y su visión perdida en la capa envolvente de la noche; y, en la semiluminiscencia de aquel sótano de piedra, Nathan realmente no estaba en ningún sitio donde se pudiera ver algo más que un sino oscuro. Con agonizantes esfuerzos, se levantó apoyado sobre un codo y miró con los ojos entrecerrados y entre lágrimas de confusión hacia la mugrienta penumbra celeste. Ahora parecía un paciente que ha sido abandonado sobre la mesa de operaciones de un médico, mirando a su alrededor nerviosamente para ver si le habían olvidado sobre aquella mesa gélida. Si al menos pudiera mover las

piernas como antes, si al menos ese dolor paralizante de repente cesara. ¿Dónde están esos médicos miserables?, se preguntó delirante a sí mismo. Ah, allí estaban, de pie detrás de la bruma turquesa de las lámparas quirúrgicas. «Está fuera de juego, tío —dijo uno de ellos a su colega- . Podemos llevarnos todo lo que lleva encima». Pero después de retirar los pantalones de Nathan, la operación finalizó bruscamente y el paciente quedó abandonado en las sombras azules del silencio. «Dios, mira las piernas», gritaron. Oh, si al menos pudiera gritar de esa forma, pensó Nathan entre todo el caos letal de sus otros pensamientos. Si al menos pudiera gritar lo suficientemente fuerte para que esa chica angelical lo oyera, y de esa manera disculpar su ausencia permanente de su futuro mágico, atemporal y profundo, que de hecho estaba tan muerto como las dos piernas que se pudrían ante sus ojos. ¿No podría ahora emitir tal grito, ahora que la angustia hormigueante de sus piernas en proceso de descomposición estaba comenzando a surcar todo su ser? Pero no. Era imposible (gritar tan fuerte), aunque por fin consiguió gritarse a sí mismo directamente a la muerte.

La técnica *gótica tradicional.*

Es fácil si eres la persona apropiada para la tarea. Intentadlo y probad.

La técnica experimental. Todo relato precisa ser narrado de la forma correcta. Y en ocasiones esa forma resulta desconcertante al lector. En el negocio de contar historias no existe en realidad un experimentalismo en su sentido de prueba y error. Un relato no es un experimento, un experimento es un experimento. Cierto. El escritor «experimental», entonces, está simplemente siguiendo las órdenes del relato para narrarlo de la forma adecuada, sea o no desconcertante. Es escritor, no es el relato, el relato es el relato. ¿Comprendes?

La pregunta que ahora debemos formular es: ¿es el de Nathan el tipo de relato de terror que requiere un tratamiento distinto al de las técnicas convencionales realistas o góticas? Bueno, tal vez, aunque solo sea para completar estas «notas». Como me he dado totalmente por vencido con “Romance de un hombre muerto” supongo que no importará que dé otra vuelta de tuerca a su narración escueta, aunque sea en la dirección equivocada. Así es como el loco Dr. Riggers experimentaría, de forma blasfema, con su *Nathanstein* creado por el hombre. El secreto de la vida, mis feos Igors, es el tiempo… el tiempo… el tiempo.

La versión experimental de esta historia podría de hecho ser relatada como dos historias que ocurren «de manera simultánea», cada una de ellas narrada en párrafos o secciones alternas que tienen lugar en cronologías

paralelas. Una sección comienza con la muerte de Nathan y retrocede en el tiempo, mientras que la otra historia comienza con la muerte del propietario original de los pantalones mágicos y avanza en el tiempo. Se sobreentiende que los hechos del caso de Nathan deben seguir un orden inverso que resulte comprensible desde el principio, que en este caso es el final (cuidado con confundir en exceso a tus dignos lectores). Las historias convergen en el cruce de caminos que tiene lugar en la última sección, donde los destinos de los dos personajes también convergen, y este cruce es la tienda de ropa donde Nathan compra los fatídicos pantalones. De camino a la tienda se choca con alguien afanado en contar un puñado de dinero en metálico; ese alguien es la mujer que acaba de devolver los pantalones que ya han sido colgados de nuevo para su venta en la tienda.

—Disculpe —dice Nathan.

—Mire por dónde anda —dice la mujer.

Por supuesto, en este punto temporal ya hemos visto adónde va Nathan y en qué problema «mágico» y «profundo» se mete mientras avanza en círculos en un bucle narrativo «atemporal».

La técnica *experimental.*

Es fácil. Ahora probadla vosotros mismos.

OTRO ESTILO

Todos los estilos que acabamos de examinar se han presentado simplificados para facilitar la explicación, ¿no es así? Cada uno de ellos es un ejemplo depurado de su clase, no nos engañemos. Sin embargo, en el mundo real de la ficción de terror las tres técnicas arriba descritas se mezclan con frecuencia unas con otras de maneras extrañas, casi hasta el punto de hacer que toda mi anterior disquisición sobre estas no sirva de nada en la práctica. Pero otro objetivo aún no revelado y que estoy reservando para más adelante podría verse beneficiado de esta forma. No obstante, antes de llegar allí me gustaría proponerles brevemente un estilo más.

La de Nathan es una historia que llevo muy dentro de mi corazón y espero, en cuanto a su trauma básico, que a los corazones de muchos otros. Quería escribir este relato de terror de manera que sus lectores se angustien no por la catástrofe aislada de Nathan, sino por la misma existencia de un mundo donde tal catástrofe es posible. Quería forjar un relato que conjure un universo lúgubre independiente del tiempo, el espacio y las personas. Los

personajes del relato serían la propia Muerte en la carne, el Deseo en un nuevo par de pantalones, los Desiderátums al alcance de la mano y el Destino Funesto en talla única.

No podía hacerlo, amigos míos. La empresa que inicié era la escritura de un relato que, para *mis* intenciones y propósitos, sería consumadamente profunda (ya está, ya he revelado mi razón por incluir esta propiedad entre las tres esencias de Nathan). Pero, simplemente, no me vi capaz de ensamblar todas las piezas.

No es fácil y no os sugiero que lo intentéis.

EL ESTILO FINAL

Ahora que ya nos aproximamos al final de estas notas, ha llegado el momento de revelar mi propio prejuicio acerca de cómo debería escribirse un relato de terror. Soy de la opinión, y tened en cuenta que es tan solo una opinión, de que el terror tiene su propia voz. Pero ¿cuál es? ¿Es la de un viejo narrador de cuentos que abre mucho los ojos junto a la hoguera tribal? ¿Es la de un cronista de acontecimientos actuales o históricos que presenta unos sucesos que ha escuchado y conversaciones oídas al azar? ¿Es incluso la de un dios que crea historias y puede ver lo invisible y narrar, desde una perspectiva omnisciente, un aterrador conjunto de incidentes para diversión de su lector? Teniendo todo en cuenta, afirmo que no es ninguna de estas voces, ni tampoco ninguna de las otras que hemos analizado hasta este punto. Por el contrario, a mi entender, es una voz solitaria que pide ayuda en mitad de la noche. En ocasiones es una voz apagada, como la voz de un insecto diminuto que pide ayuda desde el interior de un ataúd sellado, y otras veces el ataúd se rompe, como un frágil exoesqueleto, y de su interior se alza un alarido desgarrador y nítido que lacera la oscuridad de medianoche. En otras palabras, la voz apropiada del horror es en realidad la de la confesión personal.

Si me concedéis vuestro tiempo, intentaré explicar la propuesta que acabo de avanzar. El terror no es en verdad terror a menos que sea *tu* terror… ese terror que uno ha conocido personalmente. Puede que no se logre exteriorizar de una manera consumadamente profunda, pero es ahí donde la verdadera escritura de terror debe comenzar. Y lo que lo confirma es que el narrador confesante siempre tiene algo que debe compartir con urgencia con otros y que le pesa terriblemente a lo largo de toda la narración. Sostengo que nada

podría ser más obvio, a excepción quizás de que el narrador, de forma ideal, debería él mismo ser escritor de ficción de terror, si no por profesión, sí al menos por temperamento. Eso realmente es más obvio. Mejor. Pero ¿cómo puede aplicarse la *técnica confesional* a la historia con la que hemos estado trabajando? El héroe no es un escritor de terror, al menos no por lo que puedo ver. Está claro que deberían hacerse algunos ajustes.

Como el lector tal vez haya advertido, el personaje de Nathan puede ser alterado para adaptarlo a una variedad de estilos literarios. Puede tender hacia la normalidad en uno de estos estilos y hacia la anormalidad en otro. Puede ser transformado en una persona realista o en una abstracción experimental. Puede jugar un número de papeles básicos humanos y no-humanos, representando prácticamente cualquier cosa que el escritor quiera. Pero, principalmente, cuando concebí por primera vez a Nathan y su desgracia, quería que Nathan representara nada menos que mi yo de la vida real. Porque tras la máscara de mi pseudónimo Gerald Karloff Riggers, yo soy Nathan Jeremy Stein.

Así que no es demasiado descabellado pensar que en este relato Nathan debería ser un escritor de terror que desea relatar por medio de la ruta de la ficción sobrenatural las terribles vicisitudes de su propia experiencia. Quizás él sueña con alcanzar la gloria gótica escribiendo relatos que no son ni más ni menos que mágicos, atemporales y la otra cosa. Él ya es un fervoroso consumidor de lo anormal y lo irreal: un habitual de los mercados espectrales, un visitante de las tiendas de artículos de ocasión de la irrealidad, un cazador de gangas en el sótano más profundo de lo desconocido. Y, de alguna manera, llega a conseguir su sueño de terror sin tan siquiera darse cuenta de qué es lo que ha comprado o con qué lo ha comprado. Como el otro Nathan, *este* Nathan descubre que lo que ha comprado no es exactamente lo que pidió… un gato por liebre en lugar de un bonito par de pantalones.

¿Qué? Lo explicaré.

En la versión confesional de la historia de terror de Nathan, el personaje principal debe tener algo impactante que confesar, algo apropiado a su carácter de fanático empedernido por todo lo temible, lo fantástico y lo inhumano. La solución es bastante obvia. Nathan confesará que es consciente de que está totalmente inmerso en las aberraciones del TERROR. Ha tenido una predilección por esta afición desde que tiene memoria y, tal vez, incluso antes de eso. En otras palabras, Nathan no es un tipo normal, ni real.

El punto de inflexión en la biografía de Nathan como hombre (o criatura) del terror, como en los relatos previos, es un romance echado a perder con

Lorna McFickel. En las otras versiones de la historia, el personaje conocido por este nombre es un personaje de significación variable, representando alternativamente lo ultra-real o lo super-ideal para el que iba a ser su futuro amante. La versión confesional del "Romance de un hombre muerto", sin embargo, le otorga a ella una nueva identidad, en concreto la de la propia Lorna McFickel, que vive en un apartamento de mi misma planta en un castillo gótico de apartamentos de un rascacielos, con dos torres y surcado de pasillos recién enmoquetados. Pero, en otros sentidos, no hay mucha diferencia entre el personaje principal femenino de la historia de ficción y su homóloga en la historia real. Mientras que la Lorna del relato recordará a Nathan como un gusano que echó a perder su velada, que la defraudó… la Lorna real, la Lorna normal, se siente exactamente igual, o más bien se sintió; porque dudo que piense alguna vez en el que ella llamaba *la criatura más desagradable sobre la faz de la tierra.* Y aunque estas palabras hiperbólicas se produjeron en el calor de un momento muy caliente, creo que su actitud era sincera. No obstante, jamás revelaré la motivación de esta explosión de ella, ni tan siquiera bajo la amenaza del dolor de la tortura. La motivación del personaje no es importante en este relato de terror, de todas formas, o no tan importante como lo que le ocurre a Nathan después del revelador rechazo de Lorna.

Porque ahora descubre que su propia naturaleza malsana no es tan solo una carambola de la psicología, y que es un hecho que las influencias sobrenaturales han estado controlando su vida todo el tiempo, que está sometido tan solo al gobierno de unas fuerzas demoniacas que ahora quieren que este expatriado del pozo de las sombras retorne a sus acogedores brazos. En resumen, Nathan jamás debería haber nacido como ser humano, una verdad que debe aceptar. Es duro. Y sabe que algún día los demonios vendrán a por él.

El momento álgido de la crisis tiene lugar una noche, cuando el ánimo del escritor de terror está bajo mínimos. Ha intentado expresar su tragedia sobrenatural en un relato corto de terror, su último escrito, pero no es capaz de alcanzar un clímax de suficiente intensidad e imaginación, un momento álgido que haga justicia a la escala cósmica de su dolor. Ha fracasado en trasladar a palabras su pena medio autobiográfica y todos estos juegos con nombres protectores solo han logrado hacerlo más doloroso. Le duele ocultar su corazón bajo pseudónimos de pseudónimos. Finalmente, el escritor de terror, mientras está sentado a su escritorio comienza a berrear encima del manuscrito de su relato inacabado. Esto continúa así durante algún tiempo,

hasta que el único deseo de Nathan es encontrar un olvido humano en una cama humana. A pesar de sus desventajas, el dolor es una gran dosis de sueño para drogarse uno mismo y perderse en un paraíso silencioso y ligero lejos de un universo angustiante. Esto es cierto.

Un poco más tarde, alguien llama impaciente, más bien repiquetea, en la puerta del apartamento de Nathan. ¿Quién es? Debes responderlo para averiguarlo.

—Toma, te olvidaste de estos —me dijo una chica bonita al tiempo que me lanzaba un bulto de lana a los brazos. Justo cuando estaba a punto de marcharse, se giró y examinó los rasgos de mi cara un poco más atentamente. En ocasiones he imitado a otras personas, al extraño Norman e incluso a un Nathan o dos, y esa noche me coloqué la máscara una vez más—. Lo siento —dijo ella—. Pensé que eras Norman. Este es su apartamento, enfrente y una puerta más allá de la mía en el pasillo —señaló para indicarme—. ¿Quién es usted?

—Soy un amigo de Norman —respondí.

—Oh, supongo que lo siento, entonces. Bueno, eso que le lancé son sus pantalones.

—¿Los estaba remendando o algo así? -pregunté inocentemente mientras comprobaba la prenda como si buscara las cicatrices reparadas.

—No, simplemente no tuvo el tiempo suficiente para volver a ponérselos la otra noche cuando lo eché, ¿sabe a lo que me refiero? Me voy a mudar de este horrible agujero solo para alejarme de él, y puede repetirle estas palabras.

—Por favor, entre y apártese del pasillo lleno de corrientes de aire, así podrá decírselo usted misma.

Le lancé mi sonrisa y ella, no insensiblemente, me lanzó la suya. Cerré la puerta después de que entrara.

—Bueno, ¿y tiene usted un nombre? —preguntó ella.

—Penzance —respondí—. Llámame Pete.

—Bueno, al menos no es Harold Wackers, o cualquiera que sea el nombre que aparece en esos asquerosos libros de Norman.

—Creo que es *Wickers*, H. J. Wickers.

—En codo caso, usted no se parece para nada a Norman, ni tan siquiera a alguien que pudiera ser su amigo.

—Estoy seguro de que eso ha sido un cumplido, por lo que he deducido de su actual relación con Norman. Pero, de hecho, yo también escribo libros bastante parecidos a los de H. J. Wickers. Están pintando mi apartamento al otro lado de la ciudad y Norman ha sido tan amable de acogerme, e incluso

me ha prestado su escritorio durante un tiempo indiqué con la mano el objeto sobre el que tanto había llorado de mi último comentario—. De hecho, Norman y yo en ocasiones colaboramos bajo un mismo pseudónimo, y ahora estamos trabajando juntos en un proyecto.

—Eso está bien, estoy segura —dijo ella—. Por cierto. Yo soy Laura…

—O'Finney —completé yo mismo—. Norman me ha hablado con frecuencia muy bien de ti.

—En fin, ¿y dónde está el tío raro? —preguntó ella.

—Está durmiendo —respondí al tiempo que elevaba un dedo en dirección a la parte trasera del apartamento—. Hemos estado despiertos trabajando duramente en un relato nuevo, pero podría despertarlo.

El rostro de la chica se ensombreció con una expresión indignada.

—Olvídalo —dijo ella, y se dirigió a la puerta. Luego se volvió y muy lentamente avanzó unos pasos hacia mí—. Quizás volvamos a vernos en otra ocasión.

—Todo es posible —le aseguré.

—Solo hazme un favor y mantén a Norman alejado de mí, si no te importa.

—Creo que puedo hacerlo sin problemas. Pero primero tú tienes que hacer algo por mí.

—¿Qué?

Me incliné hacia ella con aire de confidencialidad.

—Por favor, muérete, Desiderata —le susurré en el oído al tiempo que agarraba su cuello con ambas manos, interrumpiendo de golpe un grito y su vida. Luego me metí realmente en faena.

—Despierta, Norman —grité. Estaba situado a los pies de su cama, con las manos a la espalda—. Has estado muerto para el resto del mundo, ¿lo sabías?

Un leve drama se produjo en el rostro de Norman, en el cual la perplejidad venció a la modorra y ambas acabaron vencidas por la ansiedad. Había estado soportando mucho las dos últimas noches, esforzándose en nuestras «notas» y otras cosas, y realmente necesitaba descansar.

¿Quién? ¿Qué quieres? —dijo, incorporándose rápidamente en la cama.

—No importa lo que yo quiera. Ahora mismo nos preocupa lo que tú quieres. ¿Recuerdas lo que le dijiste a la chica la otra noche? ¿Recuerdas lo que querías que hiciera que la enfadó tanto?

—Así que es eso. Eres amigo de Laura. Bueno, pues ya puedes irte al infierno y salir de aquí o llamo a la policía.

—Eso mismo dijo *ella*, ¿recuerdas? Y luego dijo que deseaba no *haberte conocido jamás.* Y esa fue la línea, ¿no es así?, que te inspiró para nuestra aventura de ficción. El pobre Nathan jamás tuvo la oportunidad que tú tuviste. Buen trabajo inventando esos pantalones encantados. Cuando la verdadera razón…

—¿Estás sordo? ¡Sal de mi apartamento! —gritó. Pero se calmó un poco cuando vio que esa fiereza no producía ningún efecto en mí.

—¿Qué esperabas de esa chica? Le dijiste que querías unir tu cuerpo con… ¿qué era? Ah, sí, una mujer sin cabeza. Como ese espectro decapitado del que leíste en una vieja novela gótica hace ya muchos años. Imagino que el ejemplo de ese libro inflamó tu fijación. Intuyo que Laura no entendió que en primavera el deseo de un hombre joven provoca caprichosamente pensamientos de… *apariciones sin cabeza.* Sin cabeza. Tú le dijiste que tenías el disfraz completo en tu casa, si recuerdo correctamente. Bien, amigo mío, tengo las respuestas a tus plegarias. ¿Qué tal esto sin cabeza? —dije al tiempo que sujetaba en alto la cabeza que escondía tras la espalda.

No emitió ningún sonido, aunque sus ojos gritaron como un par de dementes ante aquella visión. Lancé la cabeza de cabello largo y ensangrentada a su regazo. En un abrir y cerrar de ojos, echó las mantas sobre la cabeza y con un movimiento frenético empujó todo ello al suelo con los pies.

—El resto del cuerpo está en la bañera, por si quieres probarlo. Esperaré.

No podría asegurarlo, pero durante unos segundos fugaces pareció pensárselo. Sin embargo, se quedó sentado en la cama y no hizo ningún movimiento ni pronunció ninguna palabra durante un minuto aproximadamente. Cuando habló, cada sílaba salió de sus labios con calma y suavidad. Era como si una parte de su mente se hubiera desgajado del resto, y era esa parte la que ahora se dirigía a mí.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—¿Realmente necesitas un nombre, y te ayudaría en algo? ¿Debemos llamar a esa cabeza separada de su cuerpo ahí tirada Laura o Lorna, o simplemente Desiderata? ¿Y cómo, en nombre de la perdición, debería llamarte… Norman o Nathan, Harold o Gerald?

—Ya decía yo —dijo disgustado. Luego continuó con esa voz inquietantemente racional, pero muy rápido. Ni tan siquiera parecía estar hablando con nadie en particular-. Como la criatura a la que estoy hablando —dijo—, como esta cosa sabe lo que solo yo puedo saber, y como me dice lo que solo yo podría decirme a mí mismo, por lo tanto, yo debo estar solo en

esta habitación. Quizás estoy soñando. Sí, soñando. De lo contrario, la única diagnosis posible es la locura. Muy cierto. Profundamente cierto. Márchate ahora, señor Locura. Márchate, doctor Sueño. Ya has dejado clara tu postura, ahora déjame dormir. Ya he acabado contigo.

Luego apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

—Norman —dije—, ¿siempre vas a la cama con los pantalones puestos?

Él abrió los ojos y ahora advirtió lo que antes no había advertido. Volvió a sentarse.

—Muy bien, señor Locura. Estos parecen los verdaderos. Pero es imposible porque Laura todavía los tiene, lo siento. Es extraño, no puedo quitármelos. La cremallera imaginaria debe de estar atascada. Supongo que tengo un problema ahora. Soy un hombre tan muerto como el que más, maldita sea. Siempre asegúrate de saber lo que compras, eso es lo que he aprendido. Que el cielo me ayude, por favor. Uno nunca sabe en lo que puede estar metiéndose. ¡Despegaos de mí, malditos sean! Bueno, entonces, ¿cuándo comienzo a pudrirme, señor Locura? ¿Estás todavía aquí? ¿Qué les ha pasado a las luces?

Las luces se habían apagado en el cuarto y todo brillaba tenuemente con un resplandor azulado. Unos relámpagos comenzaron a iluminarse fuera de las ventanas del dormitorio y un trueno resonó en medio de la noche sin lluvia. A través de una abertura en las nubes, brillaba una luna que solo seres de otro mundo pueden ver. Sombras chinescas proyectadas sobre su pantalla plateada.

—Púdrete y regresa a nosotros, capricho de la creación. Púdrete y abandona este mundo. Regresa a casa, a un infierno tan atroz que es puro éxtasis.

¿Está realmente pasándome esto? Es decir, hago todo lo que puedo, señor. Pero no es fácil. Noto una especie de descarga eléctrica que hace que me tiemble toda la parte inferior de mi cuerpo. Me siento como si estuviera disolviéndome. Oh, duele, amor mío. Ah, ah, ah. Qué forma de acabar una vida miserable, deshaciéndome en una papilla. ¿Puede ayudarme, doctor Sueño?

Podía sentir cómo iba cambiando de forma, despojándome de aquel traje humano que llevaba puesto. Unas alas huesudas comenzaron a brotar de mi espalda y las vi desplegarse gloriosamente en el espejo azul frente a mí. Mis ojos ahora eran dos piedras preciosas, duras y brillantes. Mis mandíbulas eran una caverna de plata que chorrea y por mis venas corrían ríos de oro putrefacto. Él se retorcía en la cama como un insecto herido, emitiendo

sonidos que no se asemejaban a nada humano. Lo cogí en volandas y abracé con mis brazos pegajosos su cuerpo tembloroso una y otra vez. Él reía como un niño, un niño de otro mundo. Un gran error estaba a punto de ser rectificado.

Indiqué a las ventanas que se abrieran hacia la noche y, muy lentamente, así lo hicieron. Su risa infantil ahora se había transformado en lágrimas, pero pronto se secarían, yo lo sabía. Por fin sería libre para vivir mágicamente, atemporalmente y más allá de la atracción de la tierra. Las ventanas se abrieron de par en par sobre la ciudad allá abajo y, por así decirlo, la profunda oscuridad allá arriba nos dio la bienvenida.

Nunca había probado esto antes.

Pero llegado el momento, todo me pareció tan fácil…

SUEÑOS PARA INSOMNES

LAS NOCHEBUENAS DE TÍA ELISE[11]

UN CUENTO DE POSESIÓN EN EL VIEJO GROSSE POINTE

Pronunciábamos su nombre con una clara «S» sonora *(Recuerda, Jack, recuerda),* de la misma manera que algunas personas pronuncian Mizzus en lugar de Missus. Fue en su casa de Grosse Pointe donde insistía que nuestra familia, tanto la parte adinerada como la no adinerada, celebrara todas las Nochebuenas en un estilo que rebosaba de lo tradicional, lo pasado de moda, lo antiguo. De hecho, la tía Elise constituía la parte adinerada de la familia por sí sola. Su esposo murió hace muchos años, dejando a su esposa un negocio inmobiliario próspero *y* ningún hijo. No sorprendió a nadie que tía Elise se encargara de la dirección de la empresa con admirable éxito, perpetuando el apellido de nuestro tío sin herederos en los carteles de «se vende» clavados en los patios delanteros de tres estados. Pero ¿cuál era el nombre de pila del tío?, en ocasiones se preguntaba algún sobrino o sobrina. O, como en más de una ocasión fue expresado por uno de nosotros los niños: «¿Dónde está el *tío* Elise?» A lo cual el resto respondíamos al unísono: «Está a sus anchas», una respuesta que habíamos aprendido nada más y nada menos que de nuestra propia tía viuda.

Es cierto que la tía Elise ya no tenía marido ni tampoco descendencia propia. Pero le encantaba todo ese jaleo de las grandes familias y durante las vacaciones poseía tanta cantidad de parientes como activos tangibles e intangibles e inversiones. Sin embargo, no era del tipo de bruja rica visiblemente consumista. Su casa era como una mansión de campo isabelina en estilo y a un mismo tiempo seguía viéndose modesta, incluso relativamente pequeña en su volumen. Encajaba muy bien (cuando existía) entre un grupo claustrofóbico de árboles en una extensión a pocos pasos del lago Shore Drive, en un borde de este más que frente al propio lago. Un exterior bastante humilde de piedras grises de hollín camuflaba en cierta manera el viejo edificio en su escondite del bosque, hasta que se vislumbraban sus ventanas en forma de rombo y se advertía que de hecho había una casa donde antes parecía tan solo haber un vacío en penumbra.

Durante el tiempo de las Navidades, las ventanas de múltiples facetas de la residencia de mi tía adoptaban un fulgor escarchado con las guirnaldas de

luces rosas, azules, verdes y de otros colores colgadas alrededor de los marcos. Casi siempre, en los viejos tiempos (*recuérdalos, JacK*), una densa niebla de diciembre manaba del lago aún no congelado y esas ventanas caleidoscópicas arrojaban sus espectros hacia la mullida bruma. Esta, para mis sentidos infantiles, era la imagen y atmósfera que definía las vacaciones de invierno: una congregación serena de colores que durante un tiempo transformaba nuestro mundo cotidiano en un mundo donde abundaban los misterios. Esta era la celebración, esta era la festividad. ¿Por qué lo abandonamos todo, por qué lo eliminamos? Todas las Nochebuenas de mi niñez, cuando era conducido por el sinuoso sendero de entrada a la casa de mi tía, con la mano de cada uno de mis progenitores sujetando las mías, siempre me paraba en seco, tirando de Mamá y Papá hacia atrás como si fueran un par de caballos desbocados, y durante un breve y fútil momento me negaba a entrar.

Tras la primera Nochebuena que recuerdo (cronológicamente, mi quinta Nochebuena), sabía lo que ocurría dentro de aquella casa y año tras año pocos cambios había en el fondo o en los detalles superficiales del programa. Para aquellos que han crecido en familias grandes, esta escena resulta demasiado familiar para molestarse en describirla. Quizás hasta los huérfanos de toda la vida estén hartos de ella. Sin embargo, hay otros para quienes las descripciones de tíos extraños, abuelos encantadores y el correspondiente puñado habitual de primos siempre resultan novedosas y apreciadas; aquellos que se deleitan con múltiples generaciones de personajes llenando la página, que se sienten arropados por la sensación de su carne de papel. Les aseguro que ellos comparten temperamento con mi tía Elise y el espíritu de ella está entre los suyos.

Durante estas reuniones navideñas mi tía siempre abarrotaba el salón de su casa. Jamás vi esta habitación sin una ornamentación de fantasía, una alucinación vestida de festividad. Ahora mismo solo puedo aspirar a describir unos cuantos de sus aspectos más destacados. En primer lugar, el acebo, tanto fresco como artificial, colgaba de cualquier lugar del salón donde pudiera colgar: los marcos de los cuadros, las estanterías de madera teñida con mil baratijas, incluso el propio papel de pared con estampado en relieve aterciopelado, entrelazando sus remolinos y fiorituras, si no me falla la memoria. Y desde los apliques de luz del techo, incluyendo una araña delicadamente garrapiñada de diminutas luces italianas, caían cascadas de muérdago. La enorme chimenea ardía con un festivo infierno, y frente al hogar que escupía carbonillas había una pantalla protectora que tenía ambos

extremos rematados por unas gruesas barras de latón. Y de cada una de las coronas de ambas barras colgaban unos calcetines de Santa Claus con los mitones estirados y listos para dar a alguien un abrazo pequeño y anguloso.

En el rincón de la sala principal, el rincón junto al ventanal de la fachada, un siempreverde macizo estaba escondido bajo cualquier tipo de colgante, cordel o decoración parpadeante imaginable, además de estar emperifollado con cursis lazos en tonos pastel, lazos satinados amorosamente anudados por unas manos humanas. Las mismas manos que trabajaban año tras año en los regalos bajo el árbol, y que siempre parecían, al igual que todo lo demás en la estancia, como si los regalos de las últimas navidades nunca hubieran sido abiertos, acrecentando en mí de esta manera la pesadillesca sensación de estar inmerso en un ritual recreado sin esperanza de escape (de alguna manera, yo sigo poseído por esta misma sensación de estar atrapado). Mi propio regalo estaba situado siempre al fondo de aquella horda de paquetes, casi apoyado en la pared detrás del árbol. Estaba atado con un lazo lila y envuelto en un papel celeste en el que unos ositos en pijamas de niño soñaban en más regalos celestes que, en lugar de ositos, tenía pequeños niños soñando estampados en ellos. Pasé la mayor parte de una Nochebuena en concreto cerca de este regalo mío, principalmente para refugiarme de otros, más que por averiguar qué había dentro. Siempre era algo relacionado con la ropa interior, o ropa de noche, o calcetines, jamás la indescriptible maravilla que yo esperaba con fervor recibir de mi tía obscenamente rica. A nadie parecía importarle que yo estuviera sentado en el otro extremo de la habitación, separado de donde la mayoría se había congregado para hablar o cantar villancicos, acompañados de un órgano viejo que tía Elise tocaba de espaldas a su audiencia y a mí.

Dueee-eerme en celeeees-tial paz.

—Eso está muy bien —dijo ella sin volverse. Como era habitual, el sonido de su voz te hacía esperar que en cualquier momento fuera a aclararse la garganta de alguna mucosidad pegajosa pegada por dentro. Pero en lugar de eso, apagó el órgano eléctrico, tras lo cual parte de la reunión se dirigió a otras estancias de la casa.

»No hemos escuchado al amigo Jack cantando con nosotros -dijo, al tiempo que se giraba para mirar al otro extremo de la habitación, donde yo estaba sentado en una silla grande junto a una ventana empanada. En esta ocasión yo tenía unos veinte o veintiún años, de vuelta en casa para pasar las navidades. Había bebido bastante del ponche navideño de tía Elise y me entraron ganas de responder: «¿Y a quién le importa si no has oído al amigo Jack cantar, vieja grulla?» Pero en lugar de eso simplemente la miro,

captando ebriamente su semblante para el álbum de recuerdos familiares de mi memoria: cabeza con el pelo tensamente recogido (como alambres peinados), ojos serenos de alguien en un retrato antiguo (alguien muerto hace mucho), pómulos altos y muy enrojecidos (no tanto rosados como escoriados) y los dientes prominentes de un caballo cargando inesperadamente en un sueño. No me preocupaba mi capacidad futura de recordar esos rasgos, a pesar de que había prometido que aquella sería la última nochebuena que los contemplaría. Así que podía permitirme mostrarme tranquilo ante las pullas de tía Elise esa velada. En cualquier caso, la confrontación entre los dos quedó interrumpida cuando algunos niños comenzaron a clamar por una de las historias de su tía. «Y esta vez una historia *verdadera*, tía. Una que ocurriera realmente».

—De acuerdo —respondió ella, y añadió—: tal vez al amigo Jack le gustaría venir aquí y sentarse con nosotros.

—Demasiado viejo para eso, gracias. Además, puedo oír perfectamente desde…

—Bueno —comenzó ella antes de que yo hubiera acabado—, dejadme que piense un momento. Hay tantas, *tantas*. En todo caso, aquí va una. Esto ocurrió antes de que ninguno de vosotros hubiera nacido, unos pocos inviernos después de que me trasladara a este vecindario con vuestro tío. No sé si lo habéis visto alguna vez, pero un poco más abajo por la calle hay un solar vacío donde debería haber, y había, una casa. Podéis verlo desde el ventanal del salón, allí -dijo señalando el ventanal junto a mi silla. Dejé que mi mirada siguiera el punto que señalaba su dedo más allá de la ventana y a través de la niebla pude ver el solar vacío de su historia.

»Allí en otro tiempo se alzaba una hermosa y vieja casa mucho más grande que esta. En esa casa vivía un hombre muy viejo que jamás salía de allí y que jamás invitaba a nadie a visitarle, al menos que yo supiera. Y después de la muerte del anciano, ¿qué creéis que le pasó a la casa?

—Desapareció —respondieron algunos de los niños, precipitándose.

—En cierta manera, supongo que sí desapareció. De hecho, lo que ocurrió fue que algunos hombres vinieron y derribaron la casa ladrillo a ladrillo. Creo que el anciano que vivía allí debía ser muy miserable para que quisiera que le ocurriera eso a su hogar una vez muerto.

—¿Cómo sabes que eso es lo que él quería? —interrumpí, intentando estropear su planteamiento.

—¿Qué otra explicación lógica hay? —respondió tía Elise—. En todo caso —continuó—, creo que el anciano simplemente no podía soportar la idea

de que alguna otra persona viviera en la casa y fuera feliz allí, porque él sin duda alguna no lo fue. Pero, tal vez, solo tal vez, hizo que derribaran su casa por otro motivo —dijo tía Elise, arrastrando estas últimas palabras para dar un efecto de suspense. Los niños sentados con las piernas cruzadas frente a ella la escuchaban ahora con un nuevo interés, mientras que los troncos comenzaron a crepitar un poco más Inerte en la chimenea.

»Quizás al destruir su casa, al hacerla desaparecer, el anciano pensó que se la llevaba con él al otro mundo. La gente que ha vivido sola durante mucho tiempo con frecuencia cree y hace cosas muy extrañas —subrayó, aunque estoy seguro de que nadie, a excepción de mí, atribuyó esta afirmación final a la propia narradora (*cuéntalo todo, Jack*). Ella continuó:

»Bueno, ¿qué llevaría a una persona a tales conclusiones sobre el anciano?, os estaréis preguntando. ¿Ocurrió algo extraño con él y su casa después de que ambos desaparecieran? Bueno, pues la respuesta es que sí, algo ocurrió, en efecto. Y voy a contaros exactamente lo que fue.

»Una noche (una noche nublada como esta, oh, mis pequeños) alguien pasó por esta misma calle y se detuvo frente a la parcela de la casa del anciano que ahora estaba muerto. Este alguien era un joven a quien muchos habían visto vagar por aquí intermitentemente durante años. Yo misma, os aseguro, en una ocasión me enfrenté a él y le pregunté qué andaba tramando con nosotros y con nuestros hogares, porque eso era en lo que parecía mostrar mayor interés. En todo caso, este joven se presentó como anticuario y dijo que estaba muy interesado en objetos viejos, concretamente casas viejas. Y tenía un especial interés en la casa de aquel extraño anciano. En varias ocasiones le había preguntado si podía entrar a echar un vistazo al interior, pero el anciano siempre se negó. La mayor parte del tiempo la casa permanecía a oscuras, como si nadie la habitara, a pesar de que siempre había alguien dentro.

»Así que podéis imaginaros la sorpresa del joven cuando esa noche de invierno lo que vio no fue una casa a oscuras donde parecía no haber nadie dentro, sino un lugar totalmente iluminado con brillantes luces navideñas resplandeciendo a través de la niebla. ¿Podía ser aquella la casa del anciano, tan bien decorada y tan alegremente con todas esas luces? Sí, podía, porque allí estaba el propio anciano de pie junto a una de las ventanas con una expresión bastante amigable en el rostro. Así que, una vez más, el joven pensó en probar suerte de nuevo e intentar entrar en la vieja casa. Llamó al timbre y la puerta principal se abrió lentamente. El anciano no dijo nada, simplemente dio un paso atrás para que su visitante pudiera entrar. Por fin, el joven anticuario podría examinar el interior de la casa para alegría de su

corazón. Por el camino, en los estrechos pasillos y habitaciones abandonadas desde hacía mucho tiempo, el anciano permaneció en silencio junto a su invitado, sonriendo todo el tiempo.

—No puedo imaginarme cómo sabes tú esta parte de tu historia *verdadera* —interrumpí.

—La tía Elise *lo sabe* —aseguró uno de mis primos pequeños solo para callarme. Y cuando mi tía me lanzó una mirada, pareció durante unos segundos que realmente lo sabía. Después continuó con su historia verdadera.

—Después de que el joven echara un vistazo a toda la casa, los dos hombres se sentaron en unas butacas muy confortables en el saloncito delantero y hablaron durante un rato. Pero no pasó mucho tiempo cuando la sonrisa en el rostro del anciano, esa leve y silenciosa sonrisa, comenzó a inquietar a su visitante de una forma peculiar. Por fin, el joven afirmó que debía marcharse, al tiempo que bajaba la mirada al reloj que había sacado del bolsillo. Y cuando volvió a levantar la mirada… el anciano había desaparecido. Naturalmente, esto asustó al joven, que se levantó de un brinco de su asiento y comprobó nerviosamente las habitaciones y pasillos cercanos en busca de su anfitrión, llamándolo «señor, señor», porque todavía no había averiguado el nombre del anciano. Y aunque este podría haber estado en alguna de las diferentes partes de la casa, el propietario no apareció en ningún lugar de los que investigó el joven. Así que el anticuario finalmente decidió marcharse sin despedirse ni dar las gracias ni nada por el estilo.

»Pero no había ni tan siquiera alcanzado la puerta cuando paró en seco debido a lo que vio a través de los ventanales del salón. Parecía que la calle había desaparecido, al igual que las farolas y las aceras, e incluso las casas, a excepción de la casa en la que él se encontraba, por supuesto. Tan solo había niebla y unas formas horribles y a jirones que vagaban sin rumbo envueltas en ella. El joven las oía llorar. ¿Cuál era aquel lugar y adónde le había transportado aquella casa vieja? No sabía qué hacer, tan solo mirar por la ventana. Y cuando vio el rostro que se reflejó en la ventana, pensó durante unos segundos que el anciano había regresado y que estaba de pie junto a él otra vez, sonriendo con aquella sonrisa silenciosa.

»Pero entonces, el joven se dio cuenta de que aquella era ahora su propia cara y, como aquellas criaturas terribles y harapientas perdidas en la niebla, también él se echó a llorar.

»Después de esa noche, ninguna persona de los alrededores volvió a ver al joven. Bueno, ¿os ha gustado esta historia, niños?

Me sentía cansado, más cansado que nunca en toda mi vida. Apenas tenía la voluntad o la fuerza suficiente para levantarme de aquella silla en la que me había hundido tan profundamente. Qué despacio pasé junto a rostros que parecían lejanos en la distancia. ¿Adónde iba? ¿Es que me hacía falta otra copa? ¿Deseaba otro canapé de la mesa repleta de delicias navideñas? ¿Qué me llamaba desde fuera de esa habitación?

Me pareció que no había pasado el tiempo, pero cuando volví en mí andaba por una calle brumosa. La bruma formaba unas paredes blancas impenetrables a mi alrededor, pasillos estrechos que no conducían a ningún lugar y estancias sin ventanas. No me alejé mucho antes de darme cuenta de que ya no podía avanzar más. Pero entonces por fin vi algo. Lo que vi fue un amasijo de luces navideñas que irradiaban sus colores contra la niebla. Pero ¿qué podrían significar para que me resultaran tan horribles? ¿Por qué esta apacible visión de brumosa maravilla, que había transportado la imaginación de mi yo de la niñez, ahora me golpeaba con tal terror? Esos no eran los colores que yo había amado; aquello no podía ser la casa. Sin embargo, lo era, porque allí en la ventana estaba asomada su dueña, y la visión de su delgado y sonriente rostro por algún motivo no me pareció que estuviera bien.

Entonces recordé: la tía Elise hacía ya mucho tiempo que estaba muerta y su casa, siguiendo las instrucciones de su testamento, había sido derribada ladrillo a ladrillo.

—Tío Jack, despierta me llamaron unas voces jóvenes cerca de mí, aunque técnicamente, siendo hijo único, yo no era su tío. Más exactamente, solo era un miembro anciano de la familia que se había quedado amodorrado en el sillón. Era Nochebuena y había bebido demasiado.

—Vamos a cantar villancicos, tío Jack—decían las voces.

Luego se alejaron.

Yo me alejé también, recogí el abrigo del dormitorio donde estaba enterrado en una fosa común bajo innumerables abrigos. Todos los demás cantaban canciones acompañados por los acordes de guitarras (me gustaba el timbre metálico de estos instrumentos porque no me recordaba en absoluto las vibraciones densas y putrefactas del órgano de iglesia que la tía Elise tocaba las Nocheviejas mucho tiempo atrás). Renunciando a cualquier ritual de despedida, me escabullí en silencio por la puerta trasera de la cocina.

Dejé aquella reunión navideña como si tuviera alguna cita a la que asistir, un compromiso de hace mucho tiempo cuya trascendencia jamás supe o había olvidado. Hay tantas cosas que puedo recordar de años pasados (y no es difícil, porque he llevado una existencia tan anodina y solitaria), pero no

puedo recordar qué ocurrió más tarde esa noche. Mi mente no estaba en su mejor momento y el sueño que había tenido antes debió prolongarse en uno que tuve cuando me acosté en casa, aunque tampoco recuerdo haberlo hecho, tampoco. Lo que sí recuerdo, como si hubiera ocurrido mientras todavía seguía despierto y no soñando, era estar de pie ante la puerta de una casa que ya no existía, una puerta que se abrió lenta y pesadamente. Luego una mano asomó y se posó en mí. Qué horror sentí al contemplar esa gran sonrisa y escuché las palabras: «¡Feliz Navidad, viejo Jack!»

Oh, cuánto me alegró ver al viejo chico cuando por fin vino a mí. Se había hecho mayor, pero no más alto. Y por fin lo tenía, a él y todos sus pensamientos, todas las hermosas imágenes de su mente. Esos demonios llorones, almas eternamente perdidas, salieron de la niebla y se llevaron su cuerpo. Ahora él era uno de ellos. Pero yo me he quedado con la mejor parte, todos sus bellos recuerdos, todos esos maravillosos momentos que disfrutamos… ¡los niños, los regalos, los colores de esas noches! De todas formas, ahora ya son míos. Háblanos de esos años, viejo Jack, los años que yo ahora te he arrebatado… los años con los que puedo jugar como desee, como un niño con sus juguetes. ¡Oh, qué bien, qué bueno y maravilloso estar en un mundo siempre muerto con la oscuridad y siempre vivo con las luces! Y donde por siempre jamás será Nochebuena.

EL OLVIDADO ARTE DEL CREPÚSCULO[12]

I

Lo he pintado, al menos lo he intentado. Al óleo, en acuarela, emborronado sobre un espejo que colocaba para reproducir el resplandor real. Y siempre en abstracto. Jamás pinté soles reales hundiéndose en cielos de primavera, otoño o invierno, ni una luz sepia descendiendo sobre el manido horizonte de un lago, ni siquiera el lago concreto que me gustaba contemplar desde la gran terraza de mi enorme y vieja mansión. Pero estos *Crepúsculos* míos no adoptaban su forma abstracta simplemente por evitar los engorros del mundo real. Otros pintores abstractos podrían afirmar que sus lienzos no representan nada de la vida… que una raya de rojo yodo es solo una raya de rojo yodo, una salpicadura de negro mate significa una salpicadura de negro mate. Sin embargo, el puro color, los puros ritmos de las líneas y masas de estructuras, la pura composición en general, significaban más para mí que eso. Los otros solo han *visto* sus dramas de formas y colores; yo (y no se puede insistir demasiado en este punto) he *estado* allí. Mis abstracciones crepusculares en realidad sí representaban una realidad: una zona que consistía en palacios de colores suaves y apagados que se alzaban junto a mares de brillante superficie y bajo trozos tristemente radiantes de cielo, una zona donde el observador es una presencia formal, una esencia impalpable, liberado de sustancia carnal… un *habitante* de lo abstracto. Pero eso ya es solo un recuerdo para mí. Lo que pensé que duraría para siempre se perdió en un abrir y cerrar de ojos.

Hace tan solo unas semanas estaba sentado fuera en la terraza, contemplando la puesta de sol de principios de otoño en el lago arriba mencionado y hablando con tía T. Sus tacones resonaban con una agradable ligereza sobre las baldosas grises. De pelo cano, la mujer estaba ataviada con un traje gris y con un gran lazo que sobresalía por debajo de la papada. En la mano izquierda sujetaba un sobre largo, pulcramente abierto, y en la mano derecha llevaba la carta que había contenido el sobre, doblada en secciones como un tríptico.

—Quieren verte —dijo ella, haciendo gestos con la carta—. Quieren venir aquí.

—No lo creo —dije, y con gesto escéptico me giré en mi asiento para contemplar los rayos del sol alargándose por el extenso terreno frente a la

vieja loma donde parecía que habíamos vivido durante siglos.

—Si al menos leyeras la carta—insistió ella.

—No puedo. No si está escrita en francés.

—Pero eso no es cierto, a juzgar por esos libros que andas siempre guardando en la biblioteca.

—Resulta que esos son libros de arte. Solo miro las imágenes.

—¿Te gustan los cuadros, André? —preguntó ella con su mejor tono irónico maternal—. Tengo un cuadro para ti. Aquí lo tienes: les van a permitir venir aquí y que se queden con nosotros todo el tiempo que quieran. Son una familia entera, dos niños, y la carta también menciona a una hermana soltera. Vienen desde Aix-en-Provence para conocer América y durante su viaje desean visitar a sus únicos parientes vivos aquí. ¿Comprendes este cuadro? Saben quién eres y, lo que es más, dónde estás.

—Me sorprendería que quisieran venir, ya que son los que…

—No, no lo son. Son parientes de tu familia *paterna.* Los Duval explicó ella—. Saben todo sobre ti, pero dicen —tía T. entonces consultó la carta durante unos segundos— que son gente *sans préjugé.*

—La generosidad de esas criaturas me hiela la sangre. Hace veinte años esas personas hicieron lo que hicieron a mi madre y ahora tienen la cara dura, la *cara dura,* de decir que no albergan prejuicios contra *mí.*

La tía T me advirtió con un carraspeo que me callara, porque justo en ese momento Rops apareció portando una bandeja con un vaso delgado y alto. Lo había apodado Rops porque él, al igual que su tocayo artista, nunca dejaba de producirme escalofríos de matadero.

Cruzó la terraza como un cadáver para servir a tía T. su cóctel de la tarde.

—Gracias -dijo ella tomando la copa.

—¿Desea algo, señor? —preguntó sujetando ahora la bandeja sobre el pecho como un escudo de plata.

—¿Alguna vez me ha visto tomar una copa, Rops? -le pregunté-. ¿Alguna vez me ha visto…?

—André, compórtate. Eso es todo, gracias.

Rops se alejó con pasos lentos y repicar de huesos.

—Ya puedes continuar con tu perorata -dijo tía T., elegantemente.

—Ya he acabado. Ya sabes lo que pienso -respondí, y luego aparté la mirada hacia el lago, bebiendo el tenue espíritu del crepúsculo a falta de un refrigerio normal.

—Sí, sé lo que piensas y siempre has estado equivocado. Siempre has tenido todas estas ideas románticas de cómo tú y tu madre, que descanse en

paz, fuisteis las víctimas de alguna injusticia monstruosa. Pero nada es cómo tú crees que es. No fueron unos campesinos retrasados quienes, digamos, *salvaron* a tu madre. Fueron miembros adinerados y sofisticados de su familia. Y no eran supersticiosos, porque lo que creían sobre tu madre era la verdad.

—Verdad o no —repliqué—, creían en lo increíble, actuaron en función de ello, y a eso yo lo llamo superstición. ¿Qué razón podrían tener…?

—¿Qué *razón?* Debo recordarte que por aquel entonces tú no estabas en disposición de juzgar razones, teniendo en cuenta que solo te conocíamos como un bulto leve en el interior del cuerpo de tu madre. Yo, por el contrario, estaba realmente allí. Vi los «nuevos amigos» que hizo tu madre, esa «aristocracia de sangre», como ella los llamaba, algo que siempre entendí que significaba su envidia por el estatus social heredado de ellos. Pero yo no la juzgo, nunca lo he hecho. Después de todo, acababa de perder a su marido… tu padre era un buen hombre, y es una lástima que no lo conocieras. Y, además, llevar en su vientre al hijo de él, el hijo de un hombre muerto… Ella estaba asustada, confundida, y por eso regresó corriendo a su tierra natal y su familia. ¿Quién puede culparla de haber comenzado a actuar de manera irresponsable? Pero es una lástima lo que ocurrió, especialmente para ti.

—Sin duda eres tan reconfortante, *tiíta*— dije con un sarcasmo que ahora lamento.

—Bueno, tienes mi apoyo tanto si quieres como si no. Creo que te lo he demostrado durante todos estos años.

—Sin duda lo has hecho —admití.

La tía T. se echó al gaznate el último sorbo de su copa y una pequeña gota que no advirtió cayó por la comisura de la boca, brillando como una perla al reflejar el resplandor crepuscular.

—Cuando tu madre no regresó a casa una noche (o debería decir una *mañana),* todo el mundo supo qué había ocurrido, pero nadie dijo nada. Al contrario de lo que piensas sobre su naturaleza supersticiosa, ellos, de hecho, durante un tiempo no fueron capaces de creer la verdad.

—Fue todo un detalle por vuestra parte que me dejarais desarrollarme durante un tiempo, incluso cuando decidíais cuál era la mejor manera de dar caza a mi madre.

Ignoraré ese comentario.

—Estoy seguro de que lo harás.

—Nosotros no le dimos *caza,* como bien sabes. Esa es otra de tus manías persecutorias. Ella vino a nosotros, ¿no es así? Arañando las ventanas de

noche…

—Puedes saltarte esa parte, ya…

—… totalmente inflada como la luna más llena. Y era extraño, porque tú de hecho habrías sido considerado un niño prematuro según las lechas normales. Pero cuando seguimos a tu madre de regreso al mausoleo de la iglesia local, donde yacía durante las horas diurnas, ella portaba todo el peso de su embarazo. El cura se quedó atónito al descubrir lo que había estado viviendo, por decirlo de alguna manera, en su propio patio trasero. De hecho fue él, y no tanto la familia de tu madre, quien pensó que no deberíamos permitir que tú llegaras a este mundo, Y fue su mano la que liberó a tu madre de la compañía de sus nuevos amigos. Sin embargo, inmediatamente después ella se puso a dar a luz, justo dentro del ataúd en el que yacía. La sangre que se derramó fue terrible. Si nosotros…

—No es necesario que…

—… dimos *caza* a tu madre, deberías estar agradecido de que yo estuviera en esa partida. Debía sacarte del país esa misma noche, de regreso a América. Yo…

En ese punto, ella advirtió que yo ya no le estaba prestando atención y que me había distraído con las anécdotas mucho más agradables del sol poniente. Cuando dejó de hablar y se unió a mi contemplación, dije:

—Gracias, tía T., por esa historia tan divertida. Nunca me canso de oírla.

—Lo siento, André, pero quería recordarte la verdad.

—¿Y qué puedo decir? Soy consciente de que te debo la vida, tal como están las cosas.

—No es eso a lo que me refiero. Me refiero a la verdad de en qué se convirtió tu madre y qué eres tú ahora.

—Yo no soy nada. Totalmente inofensivo.

—Por eso debemos dejar que los Duval vengan y se queden con nosotros. Para mostrarles que el mundo no tiene nada que temer de ti. Creo que necesitan ver por sí mismos qué eres, o más bien, qué no eres.

—¿Realmente piensas que es esa su misión?

—Sí. Podrían causarnos bastantes problemas si no satisfacemos su curiosidad.

Me levanté de la silla cuando las sombras del crepúsculo agotado se oscurecieron y permanecí junto a la tía T. apoyado en la balaustrada de piedra de la terraza. Inclinándome hacia ella, dije:

—Entonces, que vengan.

II

Soy un vástago de los muertos. Desciendo de los fallecidos. Soy de la progenie de fantasmas. Mis antepasados son las ilustres multitudes de los muertos, distinguidos e innumerables. Mi linaje es más antiguo que el propio tiempo. Mi nombre está escrito en el fluido embalsamador del libro de la muerte. La mía es una raza noble.

En la familia más cercana, el primero en reunirse con su creador fue mi propio creador: descansa en la tumba del padre desconocido. Sin embargo, aunque el hombre logró engendrarme, expiró su último aliento en este mundo antes de que yo expirara mi primero. Murió de un solo ataque al corazón, el primero y el último. En esos últimos momentos, me cuentan, sus ondas cerebrales erráticas y sutiles dibujaron extrañas líneas en el enorme ojo verde de un monitor de encefalogramas. El mismo médico que le dijo a mi madre que su esposo ya no estaba entre los vivos también la informó, ese mismo día, de que estaba embarazada. No fue esta la única coincidencia transcendental en la vida de mis padres. Ambos pertenecían a familias adineradas de Aix-en-Provence, en el sur de Francia. Sin embargo, su primer encuentro tuvo lugar no en el viejo continente, sino en el nuevo, en la universidad americana a la que ambos casualmente asistían. De esta manera, dos vecinos cruzaron un frío océano para encontrarse en un curso obligatorio de ciencia. Cuando compararon notas sobre sus antecedentes comunes, supieron que era obra del destino. Se enamoraron el uno del otro y también de su nueva tierra de acogida. La pareja se mudó más tarde a un vecindario rico y prestigioso (que prefiero no mencionar, ni por su nombre ni por el estado, porque todavía resido allí y, por razones que finalmente resultarán obvias, debo ser discreto). Durante años la pareja vivió satisfecha con su vida, y entonces mi progenitor varón murió justo a tiempo para perderse la paternidad, convirtiéndose así en el padre apropiado de su futuro hijo.

Vástago del muerto.

Pero, sin duda, se podría objetar, nací de una madre viva; sin duda, al llegar a este mundo levanté la mirada y vi un par de ojos vidriosos y maternales. Pues no, como creo que queda evidenciado en mi anterior conversación con la adorable tía T. Viuda y encinta, mi madre huyó de regreso a Aix, a la comodidad de la hacienda familiar y de una vida aislada. Pero daré más detalles al respecto dentro de un momento. Mientras tanto, ya no puedo reprimir por más tiempo el deseo de mencionar unas cuantas cosas sobre mi ancestral ciudad natal.

Aix-en-Provence, donde nací pero nunca viví, posee para mí muchas asociaciones personales, aunque necesariamente de segunda mano. Sin embargo, no es tan solo una conexión entre Aix y mi propia vida lo que hace que esta se mantenga con tal fuerza en mi imaginación. También, entremezclado con este melodrama hay unas cuantas maravillas propias de la historia de esa región. Diferentes siglos, y diferentes épocas, han sido testigos de estos maravillosos acontecimientos, sucesos que existen en esferas totalmente diferentes de estados de ánimo, y a mundos de distancia en sus implicaciones. Sin embargo, desde mi punto de vista, son acontecimientos inseparables. La primera entrada de este «listado histórico» es la siguiente: en el siglo XVII tuvo lugar la posesión espiritual a manos de diversos demonios de las monjas del convento de ursulinas de Aix-en-Provence. Inmediatamente se decretó la excomunión de las desgraciadas hermanas, que habían caído en un sinfín de blasfemias, seducidas por Grésil, Sonnillon, Vérin y otros demonios similares. El *Dictionnaire infernal* de Plancy, por su parte, caracteriza a estos demonios, en palabras de un traductor anónimo, como «el que reluce horriblemente como un arcoíris de insectos; el que tiembla de una forma terrible; y el que se mueve con un singular movimiento rastrero». Para los curiosos, se realizaron grabados de estos seres cinética y cromáticamente extraños, por desgracia estáticos y en blanco y negro. Es increíble. ¿Qué tipo de gente son estas personas (tan obtusas y profundas) capaces de consagrarse a tanta tontería? ¿Quién puede descifrar la ciencia de la superstición? (Porque, como un poeta maligno garabateó en una ocasión, la superstición es la reserva de todas las verdades), Este, por lo tanto, es un elemento del Aix de mi imaginación. El otro es simplemente el nacimiento en 1839 del ciudadano más notable de Aix: Cézanne. Su figura merodea por el paisaje de mi cerebro, paseándose por la campiña provenzal en busca de sus hermosos dibujos.

Juntos, estos dos fenómenos seleccionados se funden en mi psique con formando una sola imagen de Aix, una imagen tan grotesca y exquisita a un mismo tiempo como un panteón de gárgolas en medio del esplendor de una iglesia medieval.

Tal era la tierra a la que mi madre regresó hace unas décadas, ese mundo de Notre Dame lleno de horror y belleza. No es de extrañar que se sintiera seducida por la compañía de aquellos bellos extraños, que le prometieron su liberación de un mundo de mortalidad donde el tormento se había hecho con el control, preparándola para su autoexilio. Sabía por boca de tía T. que todo comenzó en una fiesta de verano en el terreno de la hacienda de Ambroise y Paulette Valraux. El Bosque Encantado, como se conocía aquel lugar entre las

hautes classes de los alrededores. Durante la noche de la fiesta, el tiempo era perfectamente templado. Había farolillos colgados en alto en los tilos, luces guía que conducían hacia un cielo que solo se conoce de oídas. Una banda tocaba.

Había un grupo variopinto de gente en la fiesta. Y acompañándolos había unas cuantas personas a quienes nadie parecía conocer, extraños exóticos cuya elegancia era su única invitación. Tía T. no les prestó mucha atención en ese momento, y su relato es bastante escueto. Uno de ellos bailaba con mi madre, no había tenido ningún problema en sacar a la viuda de su retiro social. Otro con ojos laberínticos le susurraba junto a los árboles. Esa noche se formaron alianzas y se hicieron promesas. Más tarde, mi madre comenzó a salir sola a citas secretas tras la puesta de sol. Luego dejó de regresar a casa. Térèse (una asistenta personal que había acompañado a mi madre a su regreso de Norteamérica) estaba dolida y confundida por los fríos desaires que había recibido últimamente de su señora. La familia de mi madre se mostraba reservada sobre el significado del comportamiento reciente de ella («¡Y en su estado, *mon Dieu!»)* Nadie sabía qué medidas tomar. Luego algunos de los sirvientes informaron de que habían visto a una mujer pálida y preñada merodeando por fuera de la casa de noche.

Finalmente, la familia se confió a un sacerdote. Este sugirió una línea de acción que nadie cuestionó, ni tan siquiera Térèse. Esperaron agazapados a mi madre, aquellos honrados cazadores de almas. Siguieron su forma errante al regresar al mausoleo cuando la luz del amanecer era inminente. Retiraron la gran losa que cubría el sarcófago y la encontraron dentro. *Diabolique*, exclamó uno de ellos. Se planteó la cuestión de cuántas veces y en qué parte de su cuerpo debía ser empalada. Al final, clavaron el corazón con una sola estaca en el lecho de terciopelo en el que yacía. Pero ¿qué hacer con el niño? ¿Cómo sería? Un soldado santo de los vivos o un monstruo de los muertos (¡ninguna de las dos cosas, idiotas!) Afortunada o desafortunadamente, nunca he estado seguro de cuál, Térèse estaba con ellos y dejó a un lado sus especulaciones académicas. Metiendo las manos en la matriz sangrienta, me ayudó a nacer.

Ahora era heredero de la fortuna familiar. Térèse me llevó de vuelta a Norteamérica e hizo gestiones con un abogado comprensivo y avaricioso para que este se convirtiera en el administrador de mi herencia. Esto implicó un pequeño truco de magia de identidades. Fue necesario que Térèse, por razones que solo ella sabe y que yo nunca cuestioné, fuera promocionada de asistente

de mi madre a su hermana. Y de este modo mi tía T. fue bautizada, nacida el mismo año que yo.

Naturalmente todo esto conduce a la historia de mi vida, que contiene menos vida que historia. No es para el cine, no es para las novelas. Ni siquiera daría para una sola letra de canción de una longitud modesta. Podría plasmarse en una obra de música moderna: un zumbido lento y palpitante como el bombeo aletargado de un corazón prematuro. Sin embargo, lo mejor sería una representación de la historia de mi vida como un cuadro abstracto… un mundo crepuscular, de bordes difusos y sin centro ni foco de atención; un puente sin terraplenes, un túnel sin aberturas; una existencia crepuscular pura y simple. Ni cielo ni infierno, solo un alejamiento silencioso de la histeria de la vida y de la tenaz oscuridad de la muerte (y les digo esto: lo que más me atrae del crepúsculo es esa sensación engañosa, cuando uno mira hacia el oeste que oscurece, de que no es un momento fugaz transitorio, sino que de hecho no hay nada antes o después de él: *que es lo único que hay).* Mi vida como si jamás hubiera tenido un principio, pero esto no significaba que no fuera a tener un final, teniendo en cuenta los factores inesperados que finalmente entraron en juego. Principios y finales aparte, ahora retomaré mi narración desde donde la dejé.

Así que, ¿cuál era la respuesta a esas preguntas formuladas apresuradamente por los monstruos que acechaban a mi madre? ¿Iba a ser mi naturaleza la humanidad con alma o el vampirismo sin alma? A ambas conjeturas sobre mi estatus existencial mi respuesta fue «No». Yo existía entre dos mundos y poco me afectaban los derechos u obligaciones de ninguno de ellos. Ni vivo ni muerto, ni no-vivo o no-muerto, sin tener nada que ver con tales polaridades tediosas, unos opuestos tan aburridos, que de hecho no son más distintos entre sí que un par de monozigotos idiotas. Dije no a la vida y a la muerte. No, señor Capullo de primavera. No, señor Gusano. Sin tan siquiera decir hola o adiós, simplemente evité su compañía, desprecié sus grotescas invitaciones.

Por supuesto, al principio tía T. intentó cuidarme como si fuera un niño normal (de hecho, recuerdo perfectamente cada momento de mi vida desde mi nacimiento, porque mi existencia adoptó la forma de un momento incesante, sin ayeres olvidables ni esperanzadores mañanas). Ella intentó darme comida normal, que yo siempre regurgitaba. Más larde me preparaba una especie de puré de carne cruda, que yo digería y digería, aunque nunca se convirtió en un hábito. Y nunca le pregunté qué contenía realmente aquel preparado, porque tía T. no reparaba en gastos y yo sabía perfectamente lo que el dinero podía

comprar en cuanto a comidas extrañas para un niño extraño. Supongo que me acostumbré a una alimentación similar mientras crecía en el vientre de mi madre, alimentándome de un popurrí de tipos de sangre proporcionadas por los ciudadanos de Aix. Pero mi apetito por la comida física nunca fue muy grande.

Mucho mayor era mi hambre por una clase trascendental de comida, un festín de la mente y el alma: el banquete astral del Arte. Allí yo me alimentaba Y tuve unos cuantos master chefs para planear el menú. Aunque vivíamos exiliados del mundo, tía T. no desatendió mi educación. Con fines tanto de apariencia como de legalidad, he obtenido diplomas de algunas de las mejores escuelas del mundo (también estas se pueden comprar con dinero). Pero mi educación real fue incluso más privada. Se pagó excelentemente a genios tutores por visitar nuestra casa, encantados de enseñar a un niño inválido, aunque decididamente prometedor.

Por medio de la instrucción personal, estudié las artes y las ciencias. Sí, aprendí a citar a mis poetas franceses:

Adusta inmortalidad en negro y oro,
Consuelo amortajado terrible a la vista,
La hermosa mentira del vientre de una madre,
El engaño piadoso… ¡porque es la tumba!

pero principalmente traducidos, porque algo me impedía progresar más allá del nivel de principiante en esa lengua extranjera. Sin embargo, sí dominaba toda la gramática del *ojo* francés. Podía leer el mundo interior de Redon, que nació casi americano y su *grand isolé* paraíso de oscuridad. Podía comprender sin esfuerzo el mundo exterior de Renoir y sus compañeros de la época, que hablaban con el lenguaje de la luz. Y podía descifrar los mundos imposibles de los surrealistas… esas arcadas retorcidas donde sombras brillantes están entretejidas con la putrefacta carne de arcoíris.

Entre mis educadores, recuerdo en particular a un hombre llamado Raymond, que me enseñó las habilidades básicas de la pintura al óleo. En una ocasión le mostré un boceto que había hecho de ese fenómeno sagrado que contemplaba cada puesta de sol. Todavía puedo ver la expresión en sus ojos, como si asistiera a la subida de un telón y observara alguna atrocidad de terribles connotaciones. Abstraídamente se ajustó las gafas de montura de metal, balanceándolas sobre el puente de la nariz. Su mirada se movió del lienzo a mí y de nuevo al lienzo. Su único comentario fue: «Las formas, los colores no se supone que se pierdan de esa manera. Algo… no, imposible».

Entonces pidió que le permitiera usar el baño. Al principio pensé que este gesto pretendía ser un halago simbólico a mi obra. Pero lo estaba diciendo totalmente en serio, de manera que lo único que pude hacer fue indicarle la dirección de los lavabos más cercanos. Salió de la habitación y jamás regresó.

Esto es tan solo un pequeño esbozo a media tinta de mi existencia: crepúsculo tras crepúsculo tras crepúsculo. Y durante todo ese borrón de tiempo jamás imaginé que debiera responder de mí mismo como alguien que existía más allá o entre los mundos contrapuestos de padres humanos y madres hechizadas. Pero ahora debía considerar cómo explicaría, o más bien *ocultaría*, mi manera de ser desnaturalizada ante mis parientes de visita. A pesar de la hostilidad que mostraba hacia ellos ante mi tía T., de hecho deseaba que regresaran con un buen informe sobre mí al mundo real, aunque solo fuera para mantenerlo bien alejado de mi propio mundo en el futuro. Durante varios días previos a su llegada, llegué a verme a mí mismo como una figura inválida que vivía en premeditado aislamiento, un estudioso de tez cetrina trabajando en recónditos estudios en su mohoso templo sagrado, un artista consagrado a la vacuidad. Esperaba que pronto se hicieran una imagen apropiada de mí mismo como alguien lleno de impotencia y ningún ímpetu. Y ahí quedaría la cosa.

Pero nunca imaginé que fuera a verme obligado a enfrentarme al hecho casi olvidado de mis orígenes vampíricos… la mancha bajo la pintura del retrato familiar.

III

La familia Duval y la hermana soltera llegaban en un vuelo nocturno y teníamos que recibirlos en el aeropuerto. La tía T. pensó que esto me sentaría bien, teniendo en cuenta mi tendencia a dormir la mayor parte del día y a levantarme al ponerse el sol. Pero en el último minuto sufrí un ataque de miedo escénico. «Las *multitudes*»... supliqué a la tía T. Ella sabía que las multitudes eran el talismán más poderoso del mundo contra mí, como si este hubiera necesitado alguno. Comprendió que no podría ayudar con el comité de bienvenida y el hermano pequeño de Rops, Gerald, un hombre de setenta y cinco años, la condujo al aeropuerto sola. Sí, prometí a tía T. que sería sociable y saldría a conocer a todo el mundo en cuanto viera las luces del gran coche negro iluminando nuestro camino de entrada privado.

Pero no fui sociable ni salí a conocer a nadie. Me encerré en mi cuarto y me quedé dormido frente a un televisor encendido, pero sin sonido. Mientras los colores danzaban en la oscuridad, fui sucumbiendo poco a poco a una modorra antisocial. Finalmente, di órdenes a Rops por medio del interfono que conectaba todas las estancias de la mansión para que informara a tía T. y compañía de que no me encontraba bien y necesitaba descansar. Imaginé que esta excusa ayudaba a incrementar mi apariencia de inofensivo valetudinario, y a identificarme como un individuo normal. Un durmiente de noche. Muy bien, podía oírlos decir a sus almas. Y luego, lo juro, de hecho, apagué la televisión y dormí un sueño real en una oscuridad real.

Sin embargo, las cosas se tornaron menos reales en un momento dado ya bien entrada la noche. Debí de dejar el interfono abierto, porque escuchaba tenues voces metálicas que emanaban de aquel pequeño cuadrado metálico en la pared de mi dormitorio. En mi estado de cuasi somnolencia no se me ocurrió simplemente levantarme de la cama y eliminar las voces apagando aquella terrible caja. Y, en efecto, parecía terrible. Las voces hablaban en un idioma extranjero, pero no era francés, como podría haber esperado. Era algo más extranjero aún que eso. Quizás un cruce entre la cháchara de un demente en sueños y el pitido del sonar de un murciélago. Escuché las voces mezclándose y parloteando unas con otras hasta que caí profundamente dormido de nuevo. Y su diálogo ya había acabado cuando me desperté, por primera vez en mi vida, y contemplé los brillantes ojos de la mañana.

La casa estaba en silencio. Incluso los sirvientes parecían estar ocupados en tareas que los mantenían en silencio e invisibles. Aproveché que me había despertado a una hora tan temprana y paseé inadvertido por el antiguo edificio, imaginándome que todos los demás todavía estaban acostados. Las cuatro habitaciones que tía T. había reservado pata nuestros invitados tenían cerradas las enormes puertas con paneles: una habitación para la mamá y el papá, otras dos cercanas para los niños, y una habitación más fresca al final del pasillo para la hermana soltera. Me paré unos segundos fuera de cada una de las habitaciones y agucé el oído intentando escuchar las reveladoras canciones de los sueños, esperando conocer a mis parientes mejor por sus ronquidos y silbidos y monosílabos gruñidos entre respiraciones. Pero no hacían ninguno de los sonidos habituales. Apenas emitían sonidos, aunque se replicaban unos a otros haciendo cierto ruido que parecía brotar de la misma cavidad. Era una especie de extraño resuello, un jadeo gutural, la tos seca de un demonio tuberculoso. Tras haber estado escuchando aquellas extrañas

cacofonías la noche anterior, pronto opté por no seguir escuchando a escondidas sin pesar alguno.

Me pasé el día en la biblioteca, cuyas ventanas altas advertí que estaban diseñadas para permitir la entrada de la máxima luz natural para la lectura. Sin embargo, eché las cortinas y mantuve la estancia en sombra al no parecerme que los rayos de sol de la mañana fueran para tanto como decían. Pero resultaba difícil concentrarse en la lectura. En cualquier momento esperaba oír pasos extraños descendiendo las escaleras de doble tramo, cruzando el damero blanco y negro de mármol del vestíbulo principal, invadiendo la casa. A pesar de estos temores, y mi malestar cada vez mayor, la familia no apareció.

El crepúsculo llegó y todavía no había rastro de mamá o papá, ni de ningún hijo con ojos adormilados o de la hija, ninguna recatada hermana comentando asombrada el anormalmente largo sueño de belleza que había disfrutado. Ni tampoco rastro de tía T. Debieron pasarlo bastante bien la noche anterior. Descorrí las cortinas de los tres ventanales del oeste, cada uno de ellos ahora convertido en un lienzo que mostraba la misma escena del cielo. Mi *Salón d'Automne* privado.

Era una puesta de sol extraña. Tras haber estado oculto tras cortinajes opacos durante todo el día, no había advertido que se aproximaba una tormenta y que la mayor parte del cielo era exactamente del mismo color que las armaduras que se ven en los muscos. Al mismo tiempo, daros brillantes ya se disputaban el territorio con el inminente ónice de la tormenta. La luz y la oscuridad se entremezclaban de extraña forma tanto arriba como abajo. Las sombras y los rayos de sol se proyectaban juntos bañando la escena con un esbozo sobrenatural de brillos y penumbras. Las nubes brillantes y oscuras se plegaban unas con otras en la tierra de nadie del cielo. Los árboles otoñales adquirieron la apariencia de esculturas formadas en un sueño, sus troncos y ramas color plomizo y las hojas rojas como el hierro atrapados en un momento infinito, extrañamente atemporal. El lago gris se agitaba y ondeaba lentamente en un sueño mortal, golpeándose inconscientemente contra las paredes del rompiente de entumecida piedra. Un panorama de contradicción y ambivalencia, envuelto todo ello con una bruma tragicómica. Una tierra de crepúsculo perfecto.

Yo me sentía exultante: por fin el crepúsculo había bajado a la tierra y a mí. Debía salir a esa atmósfera incomparable, no tenía opción. Salí de la casa y caminé al lago, donde me quedé de pie en la ladera de hierba seca que conducía a la orilla. Levanté la mirada a través de los árboles y contemplé los

tonos opuestos del cielo. Mantuve las manos en los bolsillos y no toqué nada, excepto con los ojos.

Pasó una hora o más antes de que pensara en regresar a la casa. Ya estaba oscuro para entonces, aunque no recuerdo el paso del crepúsculo a la noche, porque el crepúsculo no adolece de finales llamativos. No se veía ninguna estrella porque las nubes de tormenta se habían instalado y envolvían todo el cielo. Estas comenzaron a enviar unas vacilantes gotas de lluvia. Los truenos resonaban en las alturas y me vi forzado a regresar a la casa, defraudado una vez más por la noche.

En el vestíbulo principal pronuncié algunos nombres con entonación de pregunta. ¿Tía T? ¿Rops? ¿M. Duval? ¿Madame? Todo estaba en silencio. ¿Dónde estaba todo el mundo?, me pregunté. No podían seguir dormidos. Recorrí una habitación tras otra y no encontré ninguna señal de que estuvieran ocupadas. Advertí que había un día de polvo sobre todas las superficies. ¿Dónde estaba el servicio doméstico? Por fin, abrí las puertas dobles del comedor. ¿Llegaba tarde a la cena que tía T. había planeado en honor a nuestros familiares de visita?

Eso parecía. Pero si tía T. en ocasiones me hacía consumir la fruta prohibida de la carne y la sangre, nunca fue directamente de las ramas, nunca tomé la sabia caliente directamente del propio árbol de la vida. Sin embargo, allí estaban esparcidos los restos de semejante festín. Era el cuerpo descuartizado de tía T., aunque apenas habían dejado lo suficiente de ella en los huesos para su identificación. El grueso lino blanco estaba empapado como una venda desechada. «¡Rops! -grité-. ¡Gerald, que venga alguien!» Pero sabía que los sirvientes ya no estaban en la casa, que estaba solo.

Pero no totalmente solo. En mi cerebro crepuscular esto quedó pronto bastante claro mientras se abría camino en la oscuridad. Estaba en compañía de cinco formas negras que colgaban de las paredes y que pronto empezaron a moverse por su superficie. Una de ellas se separó y se movió hacia mí, una masa ingrávida que noté gélida cuando intenté apartarla de mí y mi mano la atravesó. Otra la siguió, desenganchándose del vano de la puerta donde colgaba boca abajo. Una tercera dejó una pálida cicatriz en el papel de la pared donde colgaba como una sanguijuela al despegarse para unirse al ataque. Luego bajaron las otras del techo, cayendo sobre mí mientras yo me tambaleaba en círculos y agitaba los brazos. Corrí fuera de la habitación, pero las criaturas me tenían rodeado. Me guiaron en mi huida, dirigiéndome hacia el vestíbulo y arriba por las escaleras. Finalmente, me acorralaron en un cuarto pequeño, una pequeña estancia que olía a cerrado y en la que no había

estado desde hacía años. Animales de colores correteaban por las paredes, osos azules y conejos amarillos. Había muebles en miniatura cubiertos con sabanas amarillentas. Me escondí bajo una cuna pequeña elevada con barrotes de marfil. Pero me encontraron y volvieron a rodearme.

No les empujaba el hambre, porque ya se habían dado un banquete. No estaban enloquecidos por una sed de sangre asesina, porque se mostraban cautos y metódicos. Era simplemente una reunión familiar, un encuentro sentimental. Ahora entendí cómo los Duval podían permitirse ser *sans préjugé*. Eran peores que yo, que solo era un bastardo, un híbrido, un simple mulato del alma: ni un humano de sangre caliente ni un demonio succionador de sangre. Pero ellos (que procedían de un Aix en el mapa) eran los purasangre de la familia.

Y dejaron mi cuerpo sin una sola gota de sangre.

IV

Cuando recobré el conocimiento, todavía reinaba la oscuridad y noté una gran cantidad de polvo en la garganta. De hecho, no era polvo, por supuesto, sino una extraña sequedad que jamás había experimentado. Y había otra experiencia nueva: el hambre. Sentía como si en mi interior hubiera un abismo sin fondo, un gran vacío que necesitaba llenar… anegar con océanos de sangre. Era uno de ellos ahora, renacido para vivir la voraz vida de los no-muertos. Todo lo que había evitado en mi ambición por rechazar una existencia de nacimiento y muerte, en eso me había convertido: otra bestia más con un centenar de hambres acuciantes. Cetrino y voraz, me había unido a la sociedad de los muertos vivientes, un despreciable participante en el peor de los dos mundos. André de las tumbas… *un cadáver muy sociable*.

Los cinco habían bebido de mi cuerpo por cinco fuentes diferentes. Pero las heridas ya casi se habían sellado cuando me desperté en la oscuridad, debido a las milagrosas capacidades sanadoras de los muertos. Los pisos superiores ahora estaban en penumbra y me dirigí hacia la luz que provenía de la planta baja. Una lámpara de techo en el vestíbulo iluminaba el pasamanos tallado de la parte superior de las escaleras, donde emergí de la oscuridad de la segunda planta, y esta visión provocó en mí una terrible punzada de emoción que no había sentido nunca antes: una sensación de pérdida, aunque de nada que pudiera nombrar en concreto, como si de alguna manera la privación perdurara en mi futuro.

Cuando bajé las escaleras, vi que ellos ya me esperaban, de pie y en silencio sobre los cuadrados negros y blancos del vestíbulo principal. Papá el rey, mamá la reina, el chico un caballo, la chica un pequeño peón negro, y una criticona alfil soltera en retaguardia. Y ahora ellos tenían mi casa, mi torre, para completar las piezas de su lado. En el mío no había nada.

—Demonios -grité, apoyándome con fuerza en la barandilla de la escalera —. Demonios —repetí. Pero ellos parecían terriblemente impertérritos a mi estallido—. Diables —repetí en su propia lengua odiosa.

Pero tampoco era el francés su verdadera lengua materna, como descubrí cuando comenzaron a hablar entre ellos. Me cubrí los oídos, intentando apagar sus voces. Tenían su propia lengua, un estilo de habla perfectamente adaptada a órganos vocales muertos. Las palabras eran un informe estertor entrecortado producido en la garganta, raspaduras resecas en el portal de un mausoleo. Áridos gemidos y secas gárgaras eran sus dialectos. Estas entonaciones ásperas eran especialmente perturbadoras cuando emanaban de las bocas de criaturas que poseían, al menos, la forma de seres humanos. Pero lo peor de todo fue darme cuenta de que entendía perfectamente todo lo que decían.

El chico dio un paso adelante, me señaló mientras echaba la vista atrás y habló con su padre. La opinión de este joven de ojos ebrios de vino y labios de pétalos de rosa era que yo debía haber sufrido el mismo final que tía T. Con autoritaria impaciencia, el padre le dijo al chico que yo iba a servirles de guía turístico para mostrarles este extraño nuevo mundo, un nativo que podría evitarles las dificultades a las que suelen enfrentarse los visitantes extranjeros. Además, concluyó, *yo era uno más de la familia.* El chico estaba furioso y tosió una increíblemente repugnante caracterización de su padre. Lo que dijo exactamente solo podía ser expresado mediante esa extraña jerga reseca, que sugería sentimientos y relaciones de una naturaleza incomprensible fuera del mundo que reflejaba con asquerosa perfección. Era un discurso en el infierno sobre el tema del pecado.

A esto le siguió una discusión y la serenidad paterna se transformó en una ira infernal. Al fin sometió a su hijo con extravagantes amenazas que no tienen parangón en el lenguaje de la maldad común. Después de acallar al chico, este se volvió hacia su tía, aparentemente en busca de consuelo. Esa mujer de mejillas calcáreas y ojos hundidos tocó el hombro del chico y lo llevó relajadamente hacia ella con un solo dedo, guiando su cuerpo como si fuera un globo, ingrávido y como un juguete. Hablaban en susurros hoscos,

usando una forma personal de dirigirse unos a otros que dejaba entrever una larga e incomprensible lealtad entre ellos.

Aparentemente excitada por esta escena, la hija dio un paso adelante y usó esa misma forma de interpelación, como si reclamara mi reconocimiento. Su madre de pronto jadeó una sola sílaba dirigida a ella. Lo que le llamó a la niña tal vez podría imaginarse, pero solo con referencia a los degenerados más salvajes del mundo humano. Su propia forma de expresión contenía las connotaciones disonantes de un mundo enteramente distinto. Cada frase era una ópera de excesos, un coro de anatemas salvajes, un salmo susurrado con fétida lujuria.

—No me convertiré en uno de vosotros -*creí* que les grité. Pero el sonido de mi voz era ya tan parecido al de ellos que las palabras que pronuncié tenían el significado exactamente opuesto al que yo había querido comunicar. Los miembros de la familia dejaron de discutir unos con otros. Mi estallido los volvió a unir. Todas las bocas, abarrotadas de dientes desiguales como un cementerio de pueblo superpoblado con lápidas ruinosas, se abrieron y sonrieron. La expresión en sus rostros me indicó algo sobre el mío propio. Ellos podían ver mi hambre creciente, ver en lo más profundo de la polvorienta catacumba de mi garganta, que gritaba para ser ungida con alimento sangriento. Conocían mi debilidad.

Sí, ellos se podían quedar en mi casa. *(Famélico).*

Sí, podía hacer las gestiones para ocultar la desaparición de tía T. y de los sirvientes, porque soy un hombre rico y sé lo que puede comprarse con dinero. *(Por favor, familia mía, estoy famélico).*

Sí, podrían refugiarse en mi hogar todo el tiempo que quisieran, que probablemente sería mucho tiempo. (*Por favor, me estoy muriendo de hambre hasta lo más profundo de mi ser*).

Sí, sí, sí. Acepté todo lo que me pidieron. Me ocuparía de todo. *(¡Hasta lo más profundo!)*

Pero en primer lugar les supliqué, por todo lo más sagrado, que me dejaran salir a la noche.

Noche, noche, noche, noche. Noche, noche, noche.

* * *

Ahora el crepúsculo es una alarma que me despierta para el festín. Y la valiosa trascendencia que tuvo durante mi pasada media vida ya casi se ha esfumado, mientras que la idea de una vida eterna en muerte eterna cada vez

me seduce más y más. Sin embargo, hay algo en mi corazón que le desea lo mejor a aquellos que lograran poner fin a mi precaria inmortalidad. Todavía no soy tan distinto de lo que fui para negarles mi perdición. Mis exanguinaciones hasta el momento son solo una necesidad, no una pasión, Pero sé que eso cambiará. En otro tiempo fui el vástago de una vieja familia de una vieja tierra, pero ahora corre sangre nueva por mis venas y mi tierra se encuentra fuera del tiempo. He resucitado de un estado de laxitud a otro de feroz supervivencia. Ya no puedo recluirme en un mundo de puestas de sol decadentes, porque ahora debo salir invocado por un ansia de extraer sangre fresca de la noche.

Noche… tras noche… tras noche.

LOS PROBLEMAS DEL DOCTOR THOSS[13]

Cuando Alb Indys escuchó por primera vez el nombre del doctor Thoss, se puso nervioso por su incapacidad para localizar la fuente de donde emanaba. Sin embargo, desde el principio parecía que había al menos dos voces que mencionaban este nombre al alcance del oído, pronunciándolo una y otra vez como si fuera el tema central de algún farragoso discurso. Inicialmente, sus palabras sonaban como si fueran emitidas por una vieja radio en otro apartamento, porque Alb Indys no era propietario de uno de esos cacharros. Pero finalmente se dio cuenta de que el nombre estaba siendo pronunciado con un tono bastante ronco en la calle a la que daba su ventana, que se abría en la pared no lejos de los pies de la cama. Tras pasar la noche, como de costumbre, paseando de un lado a otro o tumbado con los ojos bien abiertos en una silla tapizada colocada junto a la ventana antes mencionada, ahora, a media tarde, estaba todavía ataviado con un pijama gris claro. Desde la mañana se había quedado en la cama, incorporado y apoyado en el cabecero alto sobre una enorme pila de almohadones. Sobre el regazo tenía un cuaderno de dibujo lleno de gruesas hojas de papel, muy blancas. Tenía a mano un frasco de tinta negra sobre la mesilla de noche y sostenía firmemente con la mano derecha una pluma negra torneada con un plumín plateado. Poco después Alb Indys estaba atareado con un esbozo a pluma de la ventana y la silla tapizada que había comenzado durante su vigilia de la noche anterior. Fue entonces cuando escuchó, aunque borrosamente, las voces en la calle.

Alb Indys lanzó el cuaderno fuera de la cama, donde golpeó un bullo cubierto por las sábanas: probablemente la creación de un par de pantalones arrugados o una camisa vieja, posiblemente ambas cosas, teniendo en cuenta los hábitos personales del artista. La ventana del cuarto estaba entreabierta y, tras acercarse a esta, discretamente la abrió un poco más. Debían estar cerca esos dos conversadores que Alb Indys desearía que continuaran conversando. Recordó que una voz dijo: «Va a ser el fin de los problemas de alguien», o una expresión similar, con el nombre del doctor Thoss intercalado en la discusión. El nombre no le resultaba familiar y le provocó sentimientos menos afines a la esperanza, que Alb Indys intentaba siempre mantener bajo mínimos, que a la espera nerviosa, como de alguna anticipación de lo desconocido. Pero la conversación había cesado, justo cuando estaba

empezando a interesarse por ese doctor. ¿Dónde estaban esos interlocutores? ¿Cómo podían haberse esfumado simplemente?

Cuando abrió un poco más la ventana del dormitorio, Alb Indys no vio a nadie en la calle. Se estiró hacia delante para tener una mejor visión. Unos mechones de pelo rubio, casi blanco, cayeron sobre su rostro, y entonces, pasada una repentina brisa salada, ondearon de nuevo hacia atrás, finos y sueltos. No era un día muy luminoso ni con exceso de actividad. Unas cuantas siluetas y sombras se movían en la penumbra detrás de ventanas no reflectantes. Los adoquines de la calle, tan brillantes y pintorescos para aquellos que disfrutaban aquí de unas vacaciones, sucumbían a la opacidad fuera de temporada. Alb Indys fijó la mirada en uno de estos adoquines que parecía estar desencajado en el pavimento, tras creer oírlo soltarse por sí mismo, crujiendo dentro de su lecho de piedra. Pero el ruido era de unos goznes metálicos que chirriaban en algún lugar en el viento. Los encontró rápidamente gracias al oído aguzado por el insomnio. Estaban atornillados a una señal de madera colgada de la ventana superior de un viejo edificio. La estructura ascendía en picos y desniveles y salientes hacia el cielo gris, hasta culminar en la aguja más alta, de donde colgaba la señal. Alb Indys nunca llegaba a leer las cuatro letras mayúsculas situadas tan alto, aunque las había mirado miles de veces (y con frecuencia le parecía que algo le devolvía la limada desde aquella ventana alta) Pero una emisora de radio no necesita ser una presencia visual en una vieja ciudad de vacaciones, solo un punto de referencia oral, una voz para los turistas que señalaba el «sonido junto al mar».

Alb Indys cerró la ventana y regresó a su reproducción de la misma con finas líneas de tinta. Aunque comenzó el dibujo en medio de una noche insomne, no copió las constelaciones que brillaban al otro lado de las ventanas, manteniendo el dibujo libre de cualquier sugerencia artística de aquellas horas estrelladas. No había nada más en la ventana que el blanco puro de la página, el pálido abismo de unos ojos abiertos. Tras contemplarlo con atención y realizar unas cuantas marcas más en el dibujo, firmó su obra pulcramente en la esquina inferior derecha. Esta página sería guardada más tarde en las carpetas grandes apiladas sobre un escritorio al otro lado de la estancia.

¿Qué más contenían esas carpetas? Dos clases de cosas, dos tipos de obras artísticas que entre todas contaban la naturaleza y los límites de los talentos pictóricos de Alb Indys. El primer tipo incluía escenas similares a las recientemente ejecutadas por el artista: imágenes de sus alrededores más

cercanos, vistas observables en el interior de su habitación. Aquel no era su primer dibujo de la ventana, el objeto al que regresaba con más frecuencia y siempre en el mismo estilo sencillo. En ocasiones se sentaba en la silla junto a la ventana y dibujaba la cama, con bultos y deshecha, prestándole de vez en cuando atención a la mesilla de noche (plasmando cada muesca que horadaba su superficie original color blanco roto) y la lámpara sin ninguna decoración apoyada sobre esta (perfilando cada grieta que surcaba su vítrea tersura). El rincón del escritorio también había recibido su parte de atención. La pared al fondo de la habitación era la más tentadora de las cuatro, ya que era en sí misma un sutil lienzo que había sido pintado y picado y pintado otra vez, cubierto y repetidas veces rascado para limpiarlo de organismos marinos infinitesimales que lo dejaban arrugado, pastoso e irremediablemente húmedo. No había ningún cuadro colgado que cubriera esta o cualquier otra pared de la habitación, aunque había una librería alta que ocultaba quién sabe qué mundos invisibles tras ella. Composiciones transitorias (un zapato lanzado y apoyado con la punta hacia arriba contra uno de los postes de la cama, un guante tirado al que el azar le había proporcionado un dedo índice señalando) formaban el resto del primer tipo de dibujos en los que el artista se entretenía.

¿Y el segundo tipo? ¿Era más interesante que el primero? Tal vez, pero no en cuanto a lo concerniente a la imaginación, ya que Alb Indys no poseía ninguna, o al menos ninguna que empleara de la forma habitual… es decir, evocando de su propio interior algo que no existía ya fuera de él. Siempre que intentaba componer un dibujo de algo, cualquier cosa, en su mente, lo único que veía era un espacio en blanco: una página nueva que retenía la pureza de su tirada original, la nada libre de cualquier concepción interna. En una ocasión estuvo a punto de tener una visión de algo, unos cuantos puntos flotando sobre un fondo borroso de nieve blanca en un cielo blanco… y se escuchaba una voz incoherente que él no había conjurado voluntariamente. Pero todo se esfumó en unos pocos segundos tornándose en un silencioso periodo de vacío. Sin embargo, esta discapacidad artística no era en absoluto un motivo de frustración o decepción para Alb Indys. No ponía a prueba a menudo los poderes de su imaginación, porque en cierta manera sabía que tenía tanto que perder como ganar al hacerlo. En cualquier caso, había muchas maneras de hacer un dibujo y Alb Indys tenía un segundo método, como he mencionado, mediante el cual creaba sus obras de arte, un método que difería notablemente del primer lenguaje más convencional.

La segunda técnica que Alb Indys ponía en práctica podía ser descrita como una especie de falsificación artística, aunque podría igualmente ser descrita por el término que él mismo prefería: colaboración. ¿Y quiénes eran sus colaboradores? En muchos casos, no había forma de saberlo: dibujantes anónimos, principalmente, de ilustraciones de libros y periódicos muy antiguos. Sus estanterías estaban repletas de ellos, oscuros y enormes, con las tapas desgastadas e increíblemente sensibles al tacto, francés, flamenco, alemán, sueco, ruso, polaco, cualquier fuente cultural de material publicado servía siempre que sus dibujos hablaran en el lenguaje de líneas oscuras y espacios vacíos. De hecho, cuanto más dispares los orígenes de estas imágenes, mejor cumplían su cometido porque a Alb Indys le gustaba tomar un grabado de un siglo de antigüedad de un paisaje subártico, plagiar cuidadosamente su forma de representar vastas extensiones de blancura helada, luego seleccionar un dibujo igualmente antiguo de una iglesia en una ciudad extranjera de la que jamás había oído hablar, transportarla concienzudamente piedra a piedra a lo más profundo del desierto glacial y, finalmente, de páginas todavía más antiguas, transcribir con toda la fidelidad posible la concepción de un artista desconocido de una variedad de diablos y demonios, haciéndolos danzar bajando por las montañas heladas e invadir el lugar de adoración. Este era el proceso y el producto típicos de su trabajo con colaboradores, cuyo arte Alb Indys explotaba abiertamente de formas que sus creadores jamás pretendieron. Tras confiscar sus imágenes, se sentía impelido a mezclarlas con espíritu de malicioso desenfreno, como si quisiera plasmar los desquiciantes efectos que le producía la cruel vigilia que sufría noche tras noche. Bajo su atenta mirada, y con pulso firme, se producía una mezcla de formas artísticas que combinadas resultaban monstruosamente quiméricas; sus dispares componentes se habían ido acumulando a lo largo de los años hasta crear anatomías de pesadilla. Y es que a Alb Indys le parecía normal que, como todo lo demás, hasta los fenómenos más inocuos pasaran de ser buenos a malos sueños, o de malos sueños a aquellos que eran totalmente abismales.

Ahora estaba trabajando en una nueva colaboración, pero lo único que tenía de momento eran apenas los inicios: una luna como una cicatriz con forma de hoz, una imagen lo suficientemente común que Alb Indys quería sacar de un cielo negro y colocarla en otro donde adquiriera una significación más inquietante. Su recolocación podría haberle proporcionado una manera de pasar la tarde. Sin embargo, el disturbio en el exterior de la casa que escuchó antes había alterado el tempo del día y le había otorgado un ritmo

nuevo. Casi cualquier suceso ejercía ese efecto en la frágil rutina de un insomne, así que por ahora no había motivo para considerar lo extraordinario. Una aparición de su casero, ya fuera ávido por cobrarle la renta o en una mera visita casual, en ocasiones alteraba su rutina durante semanas. Antes, sus pensamientos no versaban sobre nada en concreto. Pero ahora se habían despertado viejas preocupaciones y se habían agravado. ¿Había algo especial en ese doctor, el tal Thoss?, Alb Indys no podía evitar preguntarse. ¿Era como los otros, o era un médico que te escuchaba, que realmente te *escuchaba?* Ni uno solo le había escuchado, ni uno solo le había ofrecido un remedio que mereciera llamarse así.

Si, en efecto, había un nuevo médico que había comenzado a practicar su profesión en la ciudad costera, Alb Indys no podría encontrar ninguna de estas curas individuales, ya fueran reales o fingidas, quedándose en casa. Necesitaba descubrir algunas cosas por sí mismo, realizar pesquisas, salir al mundo. ¿Cuándo fue la última vez que había salido a disfrutar de una comida decente? Esa podría ser una buena manera de comenzar, y después podría decidir qué hacer. En el local que había a la vuelta de la esquina siempre podía encontrarse una comida aceptable, y no había motivos para temer que estuvieran envenenando a sus clientes. Bien, pensó. Y tras comer podría darse un buen paseo, beneficiarse del aire fresco y el paisaje de la ciudad. Después de todo, mucha gente acudía allí por motivos vagamente terapéuticos, creyendo que se curarían con el ambiente de las pintorescas calles de la ciudad y sus orillas lamidas por el mar. Podría incluso ocurrir que su propia dolencia desapareciera por sí sola, librándolo así de la necesidad de encontrar a este médico, el tal Thoss.

Se vistió en la oscuridad, ropas pesadas, y se aseguró de cerrar la puerta con llave al salir. Pero se había olvidado de cerrar la ventana del todo y se colaba una brisa al interior, agitando las páginas del cuaderno sobre la cama y batiéndolas contra aquel bulto bajo las sábanas.

* * *

En la casa de comidas que Alb Indys había elegido para darse un banquete, encontró una mesa pequeña en un rincón tranquilo y cómodo a la que se sentó mirando hacia la pared trasera y una silla vacía. En la parte delantera del establecimiento de una sola estancia había una pizarra grande donde se enumeraban las especialidades que se ofrecían. Pero debido a la distancia a la que se encontraba de la pizarra y a una cierta penumbra ambiental en el local,

solo pudo leer sin problemas una sola palabra en mayúsculas. Así que eligió eso.

—Pescado —dijo cuando llegó la camarera.

—¿El pescado del día?

—Sí —respondió mecánicamente y sin un ápice del nerviosismo que creyó que iba a sentir.

Pero a pesar de su falta de interés por los menús diarios, no se arrepintió de esta excursión. Una pequeña lámpara atornillada en la pared junto a él arrojaba una luz atenuada por la pantalla grisácea de alguna clase de tela áspera y proporcionaba un ambiente nocturno al rincón del local donde estaba sentado. Y no pasó mucho tiempo antes de que Alb Indys descubriera que, si mantenía la mirada fija en un tablón nudoso en la pared justo por encima de la silla situada frente a él, toda la periferia de la visión de su ojo izquierdo se desvanecía en una niebla oscura, mientras la pequeña lámpara a su derecha arrojaba una isla de iluminación sobre la mesa a la que estaba sentado. Esta manipulación de su visión le produjo la sensación de que estaba en un brillante refugio en algún lugar en medio de la oscuridad de una desconocida tierra adentro. Pero no pudo mantener el espejismo. El estado de leve deleite en el que él mismo se había imbuido se desvaneció, al tiempo que las sombras a su alrededor se afilaron, aclarándose.

Sin embargo, sin este cambio, ¿habría advertido el periódico que alguien había dejado en el asiento de la otra silla? A pesar de estar torpemente plegado y profusamente arrugado, fue un alivio para sus ojos. En este punto necesitaba algo que le abriera la mente al mundo a su alrededor, algo que le liberara de la certeza de que la siguiente noche tendría que enfrentarse al veredicto que o bien terminaría o bien prolongaría terriblemente su desvelo. Echó mano del periódico, luego lo desplegó y volvió a plegarlo como si estuviera doblando un cubrecamas. Con los ojos, siguió las letras negras sobre el papel rosado y por fin su mente salió de su terrible encrucijada durante un rato. Cuando llegó la comida, hizo espacio para el plato entre el montón de letra impresa y fotografías alrededor: anuncios de las tiendas y negocios de la ciudad, predicciones meteorológicas, eventos en la orilla oeste y un artículo de fondo titulado «LA VERDADERA HISTORIA DEL DOCTOR THOSS - La leyenda local renace». En una breve nota se explicaba que el artículo, escrito hacía ya algunos años, se reimprimía periódicamente cuando, por un motivo u otro, volvía a despertarse el interés sobre el tema. Alb Indys dejó de comer unos segundos y sonrió, al tiempo que se sentía decepcionado *y* levemente aliviado al mismo tiempo. Por lo visto, le había inspirado un

malentendido, avivado por unas consultas imaginarias con un doctor legendario y sus curas ficticias.

¿Quién, entonces? ¿Qué? ¿Cuándo y por qué? Según el artículo, Thoss podría haber sido un médico real que vivió, o bien en un pasado remoto, o cuya fama fue importada, mediante recuerdos y rumores, de un lugar lejano. Muchos le relacionaban con la tragedia posterior, poco clara pero lamentable. Un excelente médico y una figura respetada en su comunidad, quedó psíquicamente trastornado una noche a raíz de mi incidente de naturaleza indefinida. Más tarde, continuó poniendo en práctica sus conocimientos médicos, pero de una manera totalmente nueva, en un tono del todo distinto al de su anterior práctica. Esto continuó durante algún tiempo hasta que, bruscamente, paró. Decapitación, ahogamiento en el mar cercano, o ambas cosas, fueron el final que prevaleció en la leyenda del doctor. Por supuesto, los detalles concretos de esta versión varían, como también varían aquellos de una segunda versión que circuló más ampliamente.

Según esta variación, el doctor Thoss era un ermitaño de los siglos de brujería, y no tanto un doctor en medicina como un estudioso profundamente instruido en universidades prohibidas de lo sobrenatural. ¿O acaso era por naturaleza un hombre muy sabio, pero simplemente incomprendido? Las crónicas de la época no ayudan en la resolución de dichas preguntas. No se le atribuye ninguna mala conducta, a excepción tal vez de tener a un desagradable y pequeño compañero. La criatura, según la mayoría de aquellos que conocen *esta* leyenda thossiana, se dic e que poseía los siguientes rasgos: era pequeño, «no más grande que una cabeza de hombre», arrugada y purrela; la, como si padeciera una enfermedad o la descomposición; hablaba con una voz ronca o con varias voces al mismo tiempo, y se movía mediante numerosos apéndices de unas cualidades especiales llamados «garras milagrosas» por algunos. Había suficientes motivos, continuaba el artículo, para situar esta pequeña maravilla en el centro de esta leyenda, porque la criatura podría no haber sido simplemente un compañero diabólico del doctor Thoss, sino el propio misterioso doctor. ¿Era su relato entonces una especie de advertencia en la que se ilustraba lo que les ocurría a aquellos que, ya fuera por buenos o malos motivos, se «metían en problemas» con lo sobrenatural? ¿O es que el propósito del propio doctor Thoss era simplemente el de servir de agente imaginario de una atrocidad espectral, un hombre del saco infantil o un fantasma del que se fabula alrededor de una hoguera? En última instancia, el objetivo de la leyenda no está claro, se afirmaba en el artículo, más allá de avivar nuestra imaginación.

Pero una mayor oscuridad enturbiaba el último bocado del folclore en relación a quién era el doctor y cómo se había comportado. Se relacionaba con la manera en la que se había llegado a emplear su nombre por parte de ciertas personas y bajo ciertas circunstancias. No siendo el lugar para desarrollar una disertación académica sobre expresiones regionales, en el artículo se citaba un ejemplo que, sin duda, ya resultaba familiar a muchos de los lectores del periódico. Este uso concreto estaba basado en la idea (y el verbo que sigue debe ser subrayado) de *«alimentar* al mar (o al "viento") y al doctor Thoss con tus problemas», como si esta figura retórica (sea cual sea su entidad anatómica o metafísica) fuera alguna especie de devorador del sufrimiento de otros. Como nota final, en el artículo se invitaba a los lectores a enviar cualquier información, por pequeña que fuera, que ayudara a ahondar en este pequeño embrollo de color local.

Fin de la historia real del doctor Thoss.

Alb Indys había leído el artículo con interés y fruición, más de lo que había soñado, y ahora apartó de su lado tanto el periódico arrugado como la comida ya consumida y permaneció sentado durante un momento reflexionando confusamente sobre ambos. La superficie de la vieja mesa, amarilleada por la lamparita que colgaba sobre ella, de alguna manera parecía estar pudriéndose por dentro, disolviéndose en una bruma pútrida. Posiblemente, su mente tan solo había divagado demasiado cuando escuchó, o pensó que había escuchado, una extraña frase. Y fue pronunciada con una voz distorsionada y áspera, como si fuera transmitida en una confusa onda corta. «Sí, mi nombre es Thoss —dijo la voz—. Soy médico».

—Discúlpeme, ¿le gustaría pedir algo más?

De regreso bruscamente a la vida, Alb Indys declinó cualquier otro servicio, pagó la cuenta y se marchó. De camino a la salida, sin motivo defendible, escudriñó todos los rostros del local. Pero ninguno de ellos podía haberlo pronunciado, se tranquilizó.

En cualquier caso, el médico ahora había quedado expuesto como un simple fantasma de la superstición local. ¿O no? Siendo del todo franco, Alb Indys debía agradecer al sanador inexistente parte de su presente bienestar. ¡Cómo había comido, hasta la última miga! Es cierto, el día no había sido muy bueno (la ciudad era un panteón y el cielo su bóveda), pero para él un sol secreto brillaba en algún lugar, podía sentirlo. Y todavía quedaban horas hasta que se pusiera, horas. Caminó hasta el final de la calle, donde esta descendía y la acera acababa en un (tamo de viejos escalones de piedra que mostraban sonrisas curvas horadadas en su superficie por el paso del tiempo. Continuó

caminando hasta los límites de la ciudad y luego bajó por una senda estrecha que conducía a uno de los pocos lugares que podía soportar aparte de su propia habitación.

Alb Indys se acercó a la vieja iglesia por el flanco del cementerio. Al acercarse, vio el gran pico hexagonal que se proyectaba como un cuerno sobre los árboles de hojas de color ocre. Alrededor del cementerio había una barrera vertical de delgados barrotes negros con un barrote más grueso horizontal que los unía atravesándolos por en medio como una espina dorsal. No había puerta y el camino por el que avanzaba penetraba sin barreras hasta el terreno de la iglesia. A derecha e izquierda había lápidas y túmulos, formaban un bosque de monumentos conmemorativos, hileras de cruces y arboledas de lápidas. Algunas estaban tan inclinadas por el paso de los años que parecían a punto de caer. Pero ¿podría una de ellas haberse derrumbado totalmente en ese mismo instante? Faltaba algo que parecía haber estado allí hacía tan solo un momento. Cuando Alb Indys llegó al linde del cementerio se giró, examinando no solo los propios túmulos y otros hitos, sino también el espacio entre ellos. Y el viento agitaba sus finos y claros mechones de pelo.

De pie y con la iglesia bien a la vista, Alb Indys no pudo evitar levantar la mirada a la altura de la aguja de la torre de seis lados que coronaba el edificio. Esa gran estructura (de ventanas oscuras con forma de capucha y su reloj averiado con numerales romanos) estaba apuntalada por dos cruceros de techo bajo inclinados a ambos lados de la torre. Bajo el cielo lleno de nubes, la iglesia se veía de un color blanco grisáceo, libre de cualquier sombra. Y de detrás de la iglesia, donde la maleza pálida descendía por una pendiente pronunciada hacia la arena y el mar, llegaba el sonido de las olas rompientes que Alb Indys percibió un tanto seco y electrónico.

Como siempre, no había nadie más en la iglesia a esa hora del día (cuando tan solo quedaban unas horas). Todo estaba en silencio y serenamente iluminado. Las ventanas de cristal oscuro en ambas paredes laterales confundían todo el tiempo, transformando los amaneceres en crepúsculos, suspendiendo los minutos una eternidad. Alb Indys deslizó su cuerpo agotado por un banco en la última fila. Tenía los ojos clavados en un ábside lejano, donde todo (pilares, dibujos, púlpito) estaba parcialmente oculto entre pliegues de sombras que parecían ser producto de horas oscuras. Pero su insomnio no era la cuestión aquí, ni el pernicioso rencor derivado de la vigilia. Sus sufrimientos y transgresiones también habían quedado indultados. Ninguno de los diablos o demonios que él había incluido en una de sus colaboraciones invadiría *esa* iglesia ni violaría su solemnidad. Perseguía los

segundos cuando estos intentaban dejarlo atrás. Todos quedaban sofocados por la quietud y él los veía morir. «Pero el problema alimenta al viento y se esconde en la ventana», se dijo soñoliento a sí mismo desde algún rincón dentro de su cerebro, que ahora soñaba.

De repente, todo pareció torcerse y deseó salir de allí. Pero no podía marcharse, porque alguien se dirigía a él desde el púlpito. Sí, un púlpito en una iglesia tan grande debía estar equipado con un micrófono que amplificaba su voz normal. Entonces, ¿por qué no hablar normalmente?… ¿por qué susurrar en una lengua tan confusa y tan rápidamente, produciendo el efecto de una sola voz que se multiplicaba en muchas? ¿Qué decían ahora las voces? No podía entenderlas, como si las estuviera escuchando en un sueño. Si al menos pudiera moverse, tan solo girar levemente la cabeza. Y si al menos pudiera abrir los ojos y ver qué iba mal. Las voces se repetían sin cesar, replicándose sin fin en lo que ahora parecía una iglesia fantásticamente espaciosa. Luego, con un esfuerzo suficiente para hacer girar la propia tierra, logró volver la cabeza para mirar por la ventana hacia el crucero oriental. Y sin tan siquiera abrir los párpados que mantenía fuertemente cerrados, vio lo que había en la ventana. Pero, de repente, se despertó por un motivo totalmente distinto, porque al fin comprendió lo que decían las voces. Decían que eran un médico y que su nombre era…

Alb Indys salió corriendo de la iglesia. Y continuó corriendo como si huyera de la susurrante disonancia que ahora invadía el aire al borde del mar, como la estática de una radio estropeada, y de lo que sonaba como olas que rompían cerca de su espalda. No quedaba ya mucha luz diurna y no quería quedar atrapado en la humedad y el frío de una tarde fuera de temporada. Qué juicios erróneos había hecho ese día, qué errores, no había duda alguna de ello. Una eternidad de desvelo era preferible si esos eran los sueños que le esperaban dormido.

Y cuando Alb Indys llegó a su habitación, ya pensaba en una brillante luna creciente, lista para ser colocada en una nueva escena. Qué agradecido se sentía de tener algún proyecto entre manos, por muy maliciosa que fuera la intención, para llenar las horas de esa noche. Exhausto, lanzó el abrigo y lo dejó en un montón en el suelo, luego se sentó en la cama para quitarse los zapatos. Estaba sujetando el segundo en la mano cuando se volvió y, por algún motivo, comenzó a mirar fijamente aquel bulto bajo las mantas. Sin razonar por qué, levantó el zapato justo encima de aquella informe protuberancia, lo mantuvo en alto durante unos segundos y luego lo dejó caer directamente. El bulto se desinfló con un leve suspiro, como si hubiera sido

un sombrero viejo sin cabeza dentro. Ya era suficiente de todo esto, pensó Alb Indys amodorrado. Había trabajo que podría estar haciendo.

Pero cuando cogió el cuaderno de dibujos, que seguía sobre la cama donde antes lo había abandonado, vio que el trabajo que pretendía acabar, por alguna clase de milagro, ya estaba acabado. Sin embargo, no había sido acabado correctamente. Miró el dibujo de la ventana, el dibujo que había acabado antes ese mismo día con su meticulosa firma. ¿Era solo por el hecho de estar cansado por lo que no recordaba haber oscurecido los cristales de aquellas ventanas ni haber trazado esa luna como una cicatriz curva tras ellas? ¿Podría haberse olvidado de haber marcado esa cicatriz blanca como un hueso en la carne de la noche? Pero él estaba reservando esa luna en concreto para una de sus colaboraciones, y esta *no* era una de ellas. Este dibujo pertenecía a ese otro tipo de dibujos: en estos él solo plasmaba lo que había encerrado dentro de las cuatro paredes de su cuarto, nunca nada fuera de él. Entonces, ¿por qué tintó esa noche y dibujó esa luna, y con la colaboración de qué otra mano artística? Algo iba seriamente mal. Si al menos no estuviera tan agotado por ese insomnio crónico, con todos esos sueños perdidos agitándose por su cabeza, quizás podría haber pensado con más claridad sobre ello. Su cerebro soñoliento podría incluso haber advertido otro cambio en el dibujo, porque ahora algo estaba sentado en la silla junto a la ventana. Pero le quedaba un largo sueño por delante y, mientras el sol salía por la ventana, Alb Indys cerró los ojos lánguidamente y se echó en la cama.

Y podría haber dormido perfectamente durante lo que habitualmente hubiera sido toda una noche blanca de insomnio, si no hubiera sido por un ruido que lo despertó. La habitación estaba tenuemente iluminada por un gajo de luna cuya luz se filtraba por la ventana. La luz de luna incluso hizo visible la silla tapizada representada en el dibujo alterado. Si al menos Alb Indys hubiera examinado el cajón con mayor detenimiento, podría haber observado que había algo agazapado en esa silla, que sus brazos suavemente tapizados tenían otros brazos colgando de ellos… dos apéndices delgados que ahora se flexionaban a la tenue luz de la estancia. Noche blanca, ruido blanco. Como si hablara con estática, una voz reseca y ronca graznaba repetidamente estas palabras: *Soy médico.* Luego el ocupante redondeado de la silla tomó impulso y saltó sobre la cama, y con las garras comenzó a trabajar, suministrando al maldito artista su milagroso remedio.

* * *

Fue el casero quien encontró a Alb Indys, aunque costó bastante identificar qué yacía exactamente sobre la cama. Se extendió un rumor por la ciudad costera acerca de una enfermedad fulminante y terrible, algo que uno de los turistas debió llevar hasta allí. Pero no se informó de ningún otro problema. Mucho más tarde, todo este incidente fue enmarañado con extravagantes fabulaciones que tuvieron el efecto de relegarlo al dudoso ámbito de la leyenda regional.

LA MASCARADA DE UNA ESPADA MUERTA: UNA TRAGEDIA[14]

Cuando el mundo descubra algún oscuro disfraz,
Abraza la oscuridad mientras apartas la mirada.

SALMOS DE LOS SILENTES

I: EL RESCATE DE FALIOL

Sin duda, el lío de la noche de carnaval fue causante en cierta medida de muchos incidentes imprevistos. Las hordas festivas estaban cometiendo todas las violaciones del orden rutinario, sus canciones formales de celebración armonizaban con un pedal continuo zumbador que parecía sostenido por la propia noche. Tras haber declarado a su ciudad enemiga de la quietud, las gentes de Soldori se habían echado a las calles. Allí conspiraban contra la soledad y, acompañándose de vueltas de desenfreno vociferante, saboteaban la monotonía. Incluso el duque, un hombre cauto y poco dado a esas extravagancias perpetradas por sus homólogos en Lynnese o Daranzella, iba a celebrar un lujoso baile de máscaras, aunque solo fuera como una concesión estratégica a sus súbditos. De todos los habitantes de las Tres Ciudades, aquellos bajo el mandato del duque de Soldori (y en ocasiones para su consternación) eran los más amantes de la diversión. En todos los vecindarios de su principado habitualmente apacible, los juerguistas de fiesta peinaban la ciudad en busca de un nuevo paraíso y tenían tantas posibilidades de encontrarlo en una pelea sangrienta como en un rostro cautivador, todos parecían ávidos, incluso frenéticos por recorrer ciegamente todo el espectro de la diversión, entretenerse en la delgada línea entre el dolor y el placer, oscurecer su visión tanto del pasado como del futuro.

Así pues, tres hombres bastante borrachos y con caras de cerdos sentados en un bullicioso mesón podrían ser disculpados por no reconocer a Faliol, cuyos colores siempre eran el rojo y el negro. Pero el hombre que acababa de entrar en la densa penumbra de aquel local de bebidas iba ataviado con un estallido de colores sin orden ni concierto. Uno podría haber descrito esa indumentaria como un traje de colores que se ha vuelto loco. En efecto, lo que había bajo aquel pastiche de loco eran los conocidos negros y rojos que nadie

más de las Tres Ciudades (ni los que eran dandis ni los que eran espadachines, ni tan siquiera, como el propio Faliol, los que eran ambas cosas) habría osado replicar. Pero ahora estos célebres colores estaban enterrados bajo un arcoíris de trapos atados alrededor de los brazos, las piernas y los miembros y partes de su persona que parecían mantenerlo unido, como jirones atados apresuradamente a las vigas partidas de un tejado hundido por una tormenta. Después de entrar, y antes de que hubiera cerrado la puerta de aquella estancia parecida a una cueva, la corriente de aire procedente de la calle hizo que su deshilachado ropaje cobrara vida, como un montón de banderas a jirones ondeando al viento huracanado.

Pero, aunque no hubiera ido ataviado como un andrajoso, había muchas cosas en este Faliol distintas de su anterior ser. Su espada, con una hoja de sorprendente longitud, colgaba a su izquierda y se balanceaba de un lado a otro al no estar atada a la pierna. Su daga, cuya funda tenía un espejo de metal pulido (que ahora parecía una reliquia de épocas más caballerosas) colgaba suelta por detrás del hombro izquierdo y estaba a punto de caer. Y llevaba el pelo rapado cortado simiescamente a ras del cuero cabelludo, borrando casi todo recuerdo de una época gloriosamente hirsuta. Pero posiblemente la mayor alteración, el mayor problema y misterio en el travestido de Faliol de su propia imagen era la presencia en su rostro de unos anteojos. Y dado que estos anteojos tenían los cristales tintados con un color oscuro, como si estuvieran hechos con alguna sustancia turbia, los ojos tras ellos permanecían ocultos.

Sin embargo, aún quedaban señales mediante las cuales un examen más detallado podría haber identificado al célebre Faliol. Porque al avanzar hacia un asiento cercano al rincón donde el trío altisonante estaba apoltronado cómodamente, caminó con una seguridad desdeñosa, y en cierta manera involuntaria, de la cual ningún revés del destino podía arrebatarle del todo. Y sus botas, a pesar de que el excelente cuero negro se había tornado gris por el polvo de carreteras que un entusiasta jinete como lo era Faliol jamás habría pisado, todavía tintineaban con unos cuantos de esos eslabones de plata en otro tiempo innumerables de los que colgaban pequeñas medallas con ojos de ágata, unas idénticas al amuleto con ojo de ónice que en otro tiempo colgaba de una cadena de plata alrededor de su delgado cuello.

Sin embargo, ahora ningún medallón adornaba el pecho de Faliol, y como había perdido o había renunciado al oscuro ojo de ónice, había comprado dos ojos de cristal oscuro. Las lentes de los anteojos reflejaban, como lunas gemelas, el resplandor del farol colocado encima del lugar donde Faliol

estaba sentado. Como si no se hubiera dado cuenta de que no estaba instalado en alguna celda de ermitaño para la elucubración, sacó de debajo de sus ropas harapientas un librillo con el título de *Salmos de los silentes* grabado sobre la blanda y desgastada cubierta. Y la cubierta del libro era negra, mientras que los caracteres del título eran del rojo de las hojas de otoño.

—¿Faliol? ¿Un estudioso? -susurró alguien en las profundidades atestadas de la estancia, mientras que otro añadía: «Y un estudioso de su propia pena, tengo entendido».

Faliol desabrochó el pequeño cierre de plata y abrió el libro por algún punto en el medio, donde una fina cinta de terciopelo marcaba su punto de lectura. Y si hubiera habido un espejo pequeño pegado en la página izquierda del libro, Faliol podría haber visto a tres matones mirando silenciosamente, por no decir pensativamente en su dirección. Además, si hubiera habido un segundo espejo colocado en el mismo ángulo, pero sobre la página derecha, también podría haber detectado un cuarto par de ojos observándole desde hiera por las ventanas mugrientas del mesón.

Pero solo había letras de aspecto severo (para ser exactos, manuscritas por la mano del propio Faliol) sobre ambas páginas. Así pues, Faliol no podía haber visto a ninguno de estos grupos que, por razones distintas o similares, le observaban. Lo único que veía eran dos páginas elegantemente punteadas con sombríos versos. Luego una sombra pasó fugazmente sobre las páginas, y otra, y otra más.

Los tres hombres estaban ahora de pie separados uniformemente frente a Faliol, aunque este continuó leyendo como si no estuvieran presentes. Leyó hasta que el farol dejó de iluminar, pues había sido apagado por el hombre situado en el medio, con sus muñones de carne y gruesos nudillos. Tras cerrar el libro de golpe, Faliol volvió a guardarlo bajo los harapos, a la altura del corazón, y se quedó sentado totalmente inmóvil. Los tres hombres parecían observar en un trance de repugnante hilaridad esta secuencia de acciones, lenta y solemnemente ejecutada. El rostro tras la ventana simplemente se arrimó más al cristal para contemplar lo que, desde su punto de vista, era una escena muda.

Los tres hombres frente al hombre harapiento pronunciaron algunos insultos que parecían dirigidos a este. El primero de los hombres salpicó con un poco de cerveza al personaje con anteojos, al igual que hizo el segundo con su enorme tanque de cerveza. Luego la víctima recibió más cerveza (esta vez, escupida) con la contribución del tercer hombre a lo que se transformó en una serie de pequeños tormentos. Pero Faliol permaneció en silencio y tan

inmóvil como le era posible, manifestando así una actitud mental y corporal que parecía provocar aún más a las almas ávidas de carnavales de los tres soldorianos. A medida que pasaban los segundos, los hombres se tornaban más crueles y sus tormentos más imaginativos. Finalmente, tiraron a un Faliol con la boca ensangrentada de su asiento. Dos de los hombres lo inmovilizaron contra los tablones de la pared, mientras el corpulento tercer miembro del trío le arrancó los anteojos.

De repente, se revelaron un par de ojos azules. Se cerraron con firmeza para luego abrirse de nuevo como si salieran despedidos de las negras profundidades hacia la luz. Faliol cayó de rodillas, y con la boca totalmente abierta dejó escapar un grito ahogado… el grito de un mudo que está siendo torturado. Pero su semblante se relajó al poco tiempo, mientras su harapiento pecho comenzó a bajar y subir a un ritmo regular. Se puso de pie.

El que había arrebatado los anteojos a Faliol se había dado la vuelta y con dedos torpes jugueteaba con las delicadas patillas de plata, toqueteando las dos lentes oscuras que eran más valiosas de lo que podía imaginarse. Entretenido y distraído de esta manera, no advirtió que Faliol había sacado la daga de la vaina del hombro y asestaba cuchillazos a sus compañeros con sigilo y saña.

—¿Dónde…? —gritó a sus rudos camaradas mientras estos huían del mesón rajados y ensangrentados.

Luego se dio media vuelta y acto seguido sintió la espada de Faliol contra su jubón de cuero engrasado. Vio, debió de haber visto, que la hoja estaba sucia pero muy afilada, y debió de sentir cómo rasgaba juguetonamente el peto de cota de malla oculto bajo la escasa protección de su jubón. Rápidamente Faliol bajó la espada hasta alcanzar el punto donde el peto ya no le protegía.

—Ahora, póntelos, para que puedas ver —ordenó al gigante que sostenía lo que parecían en sus manos un par de diminutos anteojos de juguete-. Pón… te… los -repitió con la voz inexpresiva del que no es capaz de ofrecer apaciguamiento o piedad.

El gigante, que se mojaba los labios con una lengua visiblemente reseca, obedeció la orden. Tras hacerlo, su cuerpo se puso rígido y se quedó clavado al suelo que pisaba.

Todos en la habitación se arrimaron para ver al gigante de los anteojos oscuros, y también se acercó el rostro acicalado asomado a la ventana del mesón. La mayoría de los hombres se reían (ebria y anónimamente), pero unos cuantos permanecieron en silencio, o de hecho se quedaron en silencio

ante tal visión. «Y es un estudioso de la locura más salvaje, también», susurró alguien. El propio Faliol sonrió como un demonio mientras abría aún más los ojos ante su obra. Pasados unos segundos volvió a envainar la espada en su funda, e incluso entonces el gigante mantuvo su postura paralizada. Después Faliol se guardó la daga y al gigante no se le movió ni un solo pelo. Atrapado en sí mismo, permaneció con los brazos inmóviles colgando a ambos lados de sus enormes flancos. El rostro del gigante estaba extraordinariamente pálido y sus mejillas entrecanas como dos montículos de nieve que habían sido cubiertos de cenizas. Encima de estos, unos círculos de cristal brillaban como dos soles negros.

Las risas habían cesado ya y muchos apartaron la mirada de aquel espectáculo insólito. Los labios carnosos del gigante eran la única parte que se movía, aunque muy lentamente, y de una manera similar a la de un pez moribundo boqueando en el aire seco. Pero después de haber mirado a través de los anteojos de Faliol, el cuerpo del gigante no estaba muriendo, solo su mente era un cadáver. «La locura más salvaje», susurró la misma voz.

Suavemente, casi con gesto de arrepentimiento, Faliol retiró los anteojos del rostro de aquel ídolo mudo de asombro y esperó hasta estar fuera del mesón para volver a ponérselos.

—Buen señor —le llamó una voz desde las sombras de la calle.

Faliol se paró, como si estuviera examinando la atmósfera de la noche, no necesariamente en respuesta a un extraño que le había abordado.

—Por favor, permítame que me identifique, mi nombre es Streldone. Doy por sentado que mi mensajero habló con usted ayer noche en Lynnese. Qué amable por su parte haber venido a Soldori para conocerme. Bueno, entonces, aquí tengo mi carruaje -dijo-, así no tendremos que hablar entre toda la confusión de la noche de carnaval.

Y cuando el carruaje comenzó a avanzar por las calles aledañas a las celebraciones, este caballero de elegantes maneras (a pesar de que apenas acababa de dejar la adolescencia) continuó hablando al silencioso Faliol.

—Me informaron de que había llegado a Soldori no hace mucho y he estado esperando el momento de abordarlo discretamente. Por supuesto, usted era consciente de mi presencia. —Hizo una pausa para examinar el rostro inexpresivo de Faliol. Qué desafortunado que se viera forzado a revelar quién es en ese antro de copas. Pero supongo que no pudo permitirse soportar más ese trato simplemente por guardar su anonimato. Ningún daño que lamentar, estoy seguro.

—Y yo estoy seguro —replicó Faliol con voz monótona— de que tres hombres muy tristes estarían en desacuerdo con usted.

El joven se rio brevemente de lo que entendió como una ocurrencia ingeniosa.

—En cualquier caso, los de su calaña acabarán con la soga roja alrededor del cuello más pronto que tarde. El duque es bastante severo en lo concerniente a las ilegalidades de otros. Lo cual me lleva a lo que preciso de usted esta noche, suponiendo que acepte los términos que mi mensajero le propuso en Lynnese. Muy bien -concluyó Streldone, aunque obviamente había estado preparado para debatir la cuestión. Pero no hizo ninguna pausa por la que pudiera colarse alguna objeción de aquel espadachín a sueldo, que parecía y actuaba como uno de los autómatas de reloj que ejecutaban sus rutinarios movimientos mecánicos en lo alto de la plaza de la ciudad de Soldori. Así pues, girando lentamente la cabeza y extendiendo firmemente la mano, Faliol recibió la bolsa adornada con pedrería que contenía la mitad del pago. Streldone le prometió que la otra parte sería abonada tras realizar el trabajo de la noche y después le describió las razones y objetivos.

Por lo visto, había una joven de una familia noble y adinerada, una princesa en todos los aspectos menos en el título, a quien Streldone amaba y que le correspondía, que había aceptado su propuesta de matrimonio y había asumido la visión de Streldone del futuro como dos personas que se transformarían con el tiempo en una. Pero también había otro hombre, llamado Wynge, aunque Streldone se refería a él en todas las sucesivas ocasiones como el Hechicero. Según explicó Streldone, el Hechicero se había apropiado de la joven para él mismo. Este hecho contra natura fue posible, Streldone detestaba decirlo no solo por mediación del propio duque de Soldori, sino también gracias a la entusiasta aquiescencia del padre de la joven. Ambos hombres, según Streldone, habían sido persuadidos para aceptar esta relación por las promesas del Hechicero de suministrarles, por medio de transmutaciones alquímicas de metales comunes en oro y plata, una fuente inagotable de riquezas para financiar sus guerras y otros proyectos ambiciosos.

Sin perder el tiempo en adornar la situación, Streldone declaró que él y su amada, en su presente estado de separación, eran dos de los seres más desgraciados del mundo y necesitaban ayuda en su lucha por volver a estar juntos. Y esa noche de carnaval sería la última oportunidad para que Faliol los liberara de los hilos controladores del Hechicero y sus compatriotas.

—¿Me está prestando atención, señor? -preguntó Streldone.

Faliol se dignó a mostrar su comprensión de la cuestión repitiendo hasta el más pequeño detalle de la explicación de Streldone de su grave situación.

—Bueno, me alegra ver que es capaz de concentrarse a pesar de que parezca tan distraído. Me han llegado ciertos rumores, ¿comprende? En cualquier caso, esta noche el Hechicero va a asistir al baile de máscaras del duque en palacio. Ella estará con él. Ayúdeme a recuperarla para que podamos huir los dos de Soldori y llenaré la parte vacía de esa bolsa.

Faliol le preguntó si Streldone había sido precavido y había llevado un par de disfraces para poder entrar al baile de máscaras. Streldone, un tanto ufano, sacó de las sombras del carruaje dos disfraces, uno apropiado para un caballero de los viejos tiempos y el otro para un bufón de corte del mismo periodo. Faliol se dispuso a coger el vestido de estampado enloquecido con la máscara burlona.

—Pero me temo -dijo Streldone- que yo tenía intención de llevar ese disfraz. El otro es más apropiado para permitir la espada…

—No hará falta ninguna espada -aseguró Faliol a su nervioso acompañante—. Este será apropiado —añadió, sujetando la cara de loco con nariz ganchuda frente a la suya.

Viajaban ahora en dirección del palacio y los celebrantes del carnaval de Soldori comenzaron a apiñarse densamente alrededor de las ruedas del carruaje de Streldone. Observando la confusión nocturna, los ojos de Faliol estaban tan sombríos y llenos de remolinos de sombras como la propia noche de loca celebración.

II: LA HISTORIA DE LOS ANTEOJOS

Con la mirada fija y con los ojos nublados como los de un ciego, el mago estaba sentado a una pequeña mesa redonda sobre la que una sola vela ardía en un candelabro de plata. Iluminada por esta modesta llama, la superficie de la mesa tenía incrustaciones de símbolos esotéricos, una constelación de formas que reducían las fuerzas esenciales de la existencia a unos pocos diseños bastante pintorescos. Pero el mago no estaba ocupado con estos. Simplemente atendía a alguien que deliraba en las sombras de una cámara secreta. Era tarde, una noche sin luna. La estrecha ventana detrás del rostro imberbe y pálido del mago era una lámina sólida de negrura que parecía absorber la luz de la vela. De vez en cuando alguien pasaba frente a esta ventana, mesándose el cabello espeso y negro mientras hablaba, o intentaba hablar. Ocasionalmente, se movía hacia la llama de la vela y se atisbaba

entonces fugazmente su llamativo atuendo de negros y rojos, ojos fogosos azules y el rostro enfebrecido. Con calma, el mago escuchaba el galimatías demente de aquel hombre.

—No *si* me he vuelto loco, sino en qué consiste mi locura, ese es el conocimiento que requiero de usted. Y, por favor, comprenda que no albergo esperanzas, solo una acuciante curiosidad por desentrañar el cadáver de mi alma muerta. En cuanto a la afirmación de que siempre he estado involucrado en hechos que se podrían considerar dementes, me veo obligado a responder: Sí, innumerables hechos, innumerables juegos locos de carne y acero. Tras haberlo confesado, también debo admitir que estos hechos eran provocaciones *autorizadas* del caos, conocidas en cualquiera de sus variaciones por la mayor parte del mundo, e incluso bendecidas por esta, en honor a la verdad. Pero yo he provocado otra cosa, una nueva locura que procede de un mundo que está en el lado equivocado de la luz, una locura que no está autorizada y no posee el sello de nuestros yoes normales. Es una locura prohibida, un saboteador externo al cuerpo de las leyes conocidas. Y como sabe, he sido el sujeto de su devastación.

»Desde que la locura comenzó a hacer mella en mí, me he convertido en un aficionado a cualquier tipo de horror que pueda ser pensado, sentido o soñado. Y mis propios sueños (¿no le he hablado aún de ellos?)… hay escenas de matanzas sin finalidad, sin contención y sin fin. Me he arrastrado por bosques densos, no de árboles, sino de altas picas clavadas en tierra, y sobre cada una de ellas había ensartada una cabeza de forma tosca. Todas estas cabezas mostraban rostros que cegarían para siempre a quien las contemplara en cualquier otro lugar que no fuera un sueño. Y seguían mis movimientos no con ojos terrenales, sino con sombras que rodaban en cuencas vacías. En ocasiones, las cabezas hablan cuando paso por sus misteriosas filas, contándome cosas que no soporto oír. Pero no soy capaz de acallar sus palabras y escucho hasta conocer los horrores narrados por cada cruel cabeza. Y las voces procedentes de sus bocas laceradas, tan nítidas, tan precisas en mis oídos que cada palabra es un brillante fogonazo en mi cerebro durmiente, una nueva moneda reluciente acuñada para la casa de tesoros del infierno. Al final del extraño sueño estas cabezas se esfuerzan por reírse, creando un balbuceo blasfemo que resuena por todo aquel horrible bosque. Y cuando me despierto, la noche continúa vibrando con la risa que se funde hasta callar.

»Sin embargo, no sé por qué hablo de que me despierto de estos sueños. Porque despertarse, tal como hace tiempo consideraba este milagro, significa

recobrar un mundo de leyes que durante un tiempo se perdieron, elevarse hacia la luz del mundo al igual que uno cae en la oscuridad del sueño. Pero no siento que franquee el envoltorio del sueño. Parece que permanezco cautivo de estos sueños, estas visiones. Porque cuando una pasa, otra comienza, como una sucesión de habitaciones contiguas que jamás me conducirán a la libertad. Y por lo que sé, incluso ahora soy el morador de una de estas habitaciones, y en cualquier momento (ruego me disculpe, hombre sabio) usted podría transformarse en un demonio y comenzar a destripar niños llorando ante mis ojos y arrastrar sus entrañas por el suelo pata que pueda leer en ellas mi futuro, un futuro sin escape posible de esas cabezas y de lo que sucede después.

»Porque allí hay una ciudadela en la que estoy prisionero y que contiene en su interior un tipo de escuela: una escuela de la tortura. Estranguladores ceremoniales con las palmas surcadas por las marcas de la soga roja acechan por los pasillos de este lugar o yacen roncando en las sombras, soñando con cuellos perfectos. Y en algún lugar, el maestro verdugo, el supremo inquisidor, espera mientras me sacan de la celda y me arrastran por suelos de piedra… hasta que por fin me presentan a este diablo con mirada de idiota y los ojos vueltos al cielo. Entonces mis brazos, mis piernas, todo en mí está inmovilizado con grilletes y estoy gritando hasta morir mientras la Tortura de la Pregunta…

—Ya es suficiente —dijo el mago sin elevar la voz.

—Sí, suficiente —dijo el loco—. Eso mismo he dicho en innumerables ocasiones. Pero no hay fin, no hay esperanza. Y este tormento sin fin ni esperanza provoca en mí el deseo de arrojar su poder sobre otros e incluso sueño arrojárselo a todos. Ver al mundo ahogarse en océanos de agonía es la única visión que ahora aliviaría algo mi locura, una locura que *no es de este mundo.*

—Aunque tampoco es de ningún otro mundo —dijo el mago con la misma voz queda.

—Pero también he tenido visiones de matanzas de ángeles —replicó el lunático, como si quisiera así probar la naturaleza irreparable de su manía.

—Ha imaginado ver precisamente lo que le han hecho imaginar y nada que haya nacido de su propio ser verdadero. Pero ¿cómo podría haber sabido esto cuando justamente está en la naturaleza de lo que ha visto (esa Anima Mundi de los filósofos y alquimistas más antiguos) engañar y fingir ser el alma de otro mundo y no como el alma del mundo que conocemos? Hay solo un mundo y un alma de ese mundo, que aparece en forma de belleza o

valentía o locura, según cómo se manifieste en uno esa Anima Mundi. Y ningún medio ordinario podría liberarlo de lo que esta desea. Este es el poder que le ha convertido en lo que es usted ahora y que le desharía si así lo decidiera. Ha jugado con usted como si fuera una marioneta.

—Entonces yo mismo me convertiré en su destrucción.

—No puede. El propio deseo de destruirlo no es suyo, sino de la propia cosa. Usted no es quien es. Solo es lo que esa cosa querría que fuera.

—Habla como si fuera un dios del engaño y el fingimiento.

—No hay otra forma más acertada para definirlo. Pero dejémonos ya de palabras —acabó el mago.

Luego ordenó al loco que se sentara a la mesa de arcanas incrustaciones y que esperara allí calmado con los ojos cerrados. Y durante el resto de aquella noche sin luna, el mago estuvo trabajando en otra parte de su morada para regresar por fin junto al desgraciado soñador justo antes del amanecer. En una de las manos llevaba el producto de sus labores: un par de anteojos extrañamente oscurecidos, como si poseyeran sombras atrapadas en su interior. El mago las colocó en el rostro del loco.

—No abra los ojos todavía, mi infeliz amigo, pero esté atento a mis palabras. Conozco las visiones que usted ha tenido, porque estas se encuentran entre las visiones que todos estamos destinados a conocer. I lay unos ojos dentro de nuestros ojos, y cuando estos otros se abren todo se torna confuso. El significado de mi larga vida consiste en dedicarme a capturar y asentar estas visiones hasta que mis propios ojos naturales se hayan alterado de acuerdo con mis propósitos. Ahora, por razones que desconozco, Anima Mundi se ha manifestado en usted en su aspecto más esencial: el del *caos de celebración.* Tras haber visto el rostro detrás de todos los otros rostros, su vida no puede ser de nuevo como usted la conoció. Todos sus placeres del pasado han sido corrompidos, sus esperanzas violadas más allá de toda esperanza. Hay cosas que solo los locos temen, porque solo los locos pueden verdaderamente concebirlas. El mundo de usted está ahora oscurecido con las cicatrices de la locura, pero debe hacerlo aún más negro para encontrar algún consuelo. Ha visto al mismo tiempo demasiado y no lo suficiente. A través de las lentes brumosas de sombras de estos anteojos quedará ciego para poder ver así con una mayor visión. A través de su cristal oscuramente nublado Anima Mundi se desvanecerá en la nada ante usted. Lo que mataría la mente de otro hombre, traerá paz a la suya.

»En lo sucesivo, todas las cosas aparecerán ante sus ojos como un juego lejano de sombras que luchan inquietas por atraparle, fantasmas que claman

para hacerse pasar por realidades, máscaras que revolotean desesperadamente para ocultar la quietud del vacío que hay tras ellas. En lo sucesivo, le digo, todas las cosas quedarán reducidas ante sus ojos a sus esencias intrascendentales. Y todo lo que en otro tiempo brilló para usted (el acero, las estrellas, los ojos de otro) perderá su lustre y se colocará en su lugar entre las otras sombras. Todo quedará apagado en el poder de su visión, que le dará la habilidad de ver que el mayor poder, el único poder, es no preocuparse por nada.

»Le ruego que tenga claro que esta es la única manera en la que puedo ayudarle. Usted ya ha sido preparado para recibir esta salvación por medio de sus propios tormentos. Aunque no podamos derrocar el poder que el Anima Mundi posee sobre otros en este mundo, debemos intentar todo lo que podamos. Porque siempre que el alma del mundo se salga con la suya, atormentará a todo aquel en el que habite. Pero no habitará en usted a condición de que obedezca una sencilla norma: nunca debe quitarse los anteojos o sus furias regresarán a usted. Ahora, ya puede abrir los ojos.

Faliol se quedó sentado muy quieto durante un tiempo, sintiendo un alivio en el corazón al mirar a través de los anteojos. Al principio no advirtió que uno de los ojos del propio mago estaba cerrado y cubierto con un párpado hinchado. Cuando por fin lo vio y advirtió el sacrificio, dijo:

—¿Y cómo podría servirle, hombre sabio?

Al otro lado de la ventana, a espaldas de las dos figuras, algo parece estar observando. Ninguno de los dos hombres advirtió la imagen, que estaba tan oscurecida que era casi invisible. Algunos lo llamarían un rostro, pero los rasgos de este eran translúcidos, de manera que ni la vista más aguda era capaz de interpretarlos claramente. Ni podrían oíros ojos fuera de ese cuarto donde Faliol y el mago conversaban en voz baja soportar la contemplación de tal visión.

III: ANIMA MUNDI

Mientras los celebrantes en las calles de Soldori remediaban sus descontentos echando por la borda el rostro diario de la ortodoxia, aquellos que asistían al baile de máscaras en el palacio del duque encontraban su liberación adoptando otros rostros, otros cuerpos y, quizás, otras almas. El anonimato de esa noche (no se esperaba que se fuera a celebrar ningún desenmascaramiento) daba pie a una multitud de pecados contra el buen gusto y a indiscreciones, desde las más sutiles hasta las más grotescas. La sociedad

de la corte se había transformado en una carrera de dioses y monstruos, compitiendo a un mismo tiempo con las estrellas más brillantes y altas y las criaturas inferiores más extrañas del mundo. Sin duda, muchos pasarían los días o semanas siguientes encerrados en cuartos oscuros y tras puertas cerradas, de manera que los efectos que sus disfraces habían causado en sus cuerpos no fueran conocidos por nadie. Para algunos espíritus raros, esta sería por fuerza su última aparición ante los ojos de la corte antes de su reclusión definitiva. Todos estaban ataviados como si algo sin precedentes y posiblemente decisivo fuera a ocurrir esa noche. Los músicos tocaban en varios de los salones más suntuosos y relucientes del palacio, copas brillantes rebosaban bajo fuentes de un vino de un color artificial, y los enmascarados pululaban como gárgolas vivientes liberadas de la piedra de la catedral. Todos, o casi todos, estaban nerviosos por algún rumor escandaloso y sufriendo los placeres de la expectación.

Pero a medida que pasaban las horas, las esperanzas fueron disolviéndose. El duque (en esencia, un hombre sencillo, incluso aburrido) no tomó ninguna iniciativa para abrir el abanico de las abundantes posibilidades del baile de máscaras y, como si fuera instintivamente consciente de estas direcciones peligrosas, refrenó los esfuerzos de otros para llevarlas a cabo y de ese modo desviarse de manera abierta del nimbo de desenfreno cada vez mayor que estaba tomando la noche. Ninguna petición le haría cambiar de idea. Permitió que varias inoportunas ocurrencias pasaran inadvertidas y fingió no entender ciertas sugerencias y propuestas dudosas. Sin ningún incentivo por parte del duque, cualquier intento de innovar se enrolló por sus coloridos bordes y murió. La extrañeza inicial de la reunión de enmascarados se fue desvaneciendo. Las voces comenzaron a sonar como si estuvieran despachando negocios de algún tipo tedioso e incluso la visión de un bufón, aunque fuera uno con la oscuridad dentro de los ojos de su máscara, no aportaba ninguna diversión especial a aquella huraña concurrencia.

Acompañando al bufón, que avanzaba sin realizar ningún movimiento animado, había un caballero sin armadura, vestido con radiantes azules y oros, con una cruz de Cruzado blasonando su pecho, y sobre el rostro una máscara de seda blanca con una suave y noble expresión. El extraño dúo avanzó de una estancia a otra del palacio, como si estuvieran abriéndose paso por un espeso bosque en busca de algo o alguien. El caballero estaba manifiestamente alterado y su mano demasiado obviamente preparada para desenvainar la espada a uno de sus costados, mientras con la cabeza patrullaba con nerviosa vigilancia el extraño mundo que le rodeaba. El bufón,

por el contrario, se mostraba perfectamente tranquilo y metódico, y por un excelente motivo: sabía, a diferencia del caballero, que su objetivo no era difícil, porque disfrutarían de la complicidad del propio Wynge, a quien el caballero había llamado el Hechicero, pero el bufón sabía que se trataba del mago sabio disfrazado. Contando con esta ventaja, Faliol podía ayudar al caballero a huir de Soldori. No es que tales heroicidades fueran ya de la incumbencia de Faliol, quien simplemente seguía órdenes del mago en su plan por acabar con el duque. La transformación alquímica que el gobernante deseaba sin duda tendría lugar, aunque no precisamente tal como se le prometió. Cualquier reserva de riqueza que el duque y sus mágicos conspiradores poseían se desvanecería esa misma noche, según el plan del mago, una alquimia *a la inversa* que los dejaría empobrecidos. Y entonces su labor habría acabado en Soldori, al haber logrado lo que se propuso hacer.

El caballero y el bufón se detuvieron en la entrada a la última y más íntima de las habitaciones del baile de máscaras. Tras tirar de la manga dorada del caballero, el bufón dirigió su afilado y burlón morro hacia una pareja disfrazada en el rincón más alejado. Las figuras señaladas iban ataviadas de monarcas de los viejos tiempos, un rey y una reina en ropajes antiguos y estolas y coronas de múltiples puntas.

—¿Cómo podemos estar seguros de que son ellos? —susurró el caballero al bufón.

—Acérquese y tome la mano de ella. Entonces, estará seguro. Pero no diga nada hasta que se hayan alejado de estos salones y estén libres.

—Pero el rey podría ser el Hechicero disfrazado —señaló el caballero—. Podría hacer que nos ejecutaran a ambos.

—Haga lo que le digo, aunque no puedo decirle todo. Saludaré al rey y me pondré a brincar a su alrededor como si fuera su bufón. Créame cuando le digo que no es ningún hechicero, solo alguien que hace lo que puede en este mundo contra fuerzas que jamás podrán ser derrocadas. Y ha estado trabajando por usted incluso antes de que usted conociera sus problemas. Confíe en mí, todo irá bien.

—Confío en usted —dijo el caballero mientras metía furtivamente la bolsa adornada con pedrería ahora dos veces mayor a su tamaño original en el cinto del bufón, aunque a Faliol poco le importaba esa copiosa recompensa.

Los dos personajes se separaron y se fundieron con la multitud bulliciosa. El bufón llegó primero a su destino. Desde lejos pareció decir algo al oído del rey, y entonces, de repente, dio un salto hacia atrás para brincar y hacer tonterías ante él, saltando de un lado a otro violentamente. El caballero se

inclinó ante la reina y luego, discretamente, la sacó conduciéndola por los otros salones. Aunque la máscara cubría su expresión, la forma en la que había colocado su mano en la del caballero parecía revelar que conocía la identidad de este. Cuando se hubieron ido, el bufón dejó de hacer bromas y se quedó de pie junto al rey erguido como una estatua.

—Vigilaré a los hombres del duque a nuestro alrededor, que podrían estar vigilándolo, hombre sabio.

Y yo me aseguraré de que nuestros dos jovencitos no se pierden por el bosque —contestó el falso monarca, que súbitamente se alejó a grandes zancadas.

Pero eso no era parte de tu plan, pensó Faliol. Ni tampoco era la picara voz del rey la voz del solemne mago. Los ojos oscuros de la máscara de bufón siguieron los movimientos del impostor hasta que este se perdió entre la multitud. Faliol se dispuso a seguirlo cuando un extraño tumulto en otra parte del palacio provocó un sinfín de comentarios por todas partes.

Por lo visto, algo escandaloso había ocurrido, aunque no alegró a ninguno de los que habían estado esperando algún acontecimiento único aquella noche de carnaval.

Los disturbios se originaron justo en el centro de aquel laberinto de salones enormes que componían el escenario de la mascarada. En los salones de alrededor, así como en los de los extremos, incluyendo en el que Faliol estaba ahora atrapado por una avalancha de gente, primero se oyeron lo que parecían una serie de gritos de diversión. Sin embargo, estos se transformaron en estallidos ambiguos de sorpresa que bordeaban la conmoción. Finalmente, el clamor adoptó la naturaleza de un intenso horror… todo se transformó en voces de alarma y confusión. Las noticias pasaron rápidamente, boca a oído, de un salón a otro. Algo terrible había sucedido, algo que había comenzado, o al principio había sido percibido, como un truco fabuloso. Nadie sabía con exactitud cómo era posible, pero súbitamente apareció un extravagante espectáculo en medio del salón más atestado de toda la fiesta. Dos participantes en el baile, sin que aquellos que los rodeaban lo advirtieran, se habían puesto unos disfraces que traspasaban incluso lo más espantoso que se hubiera visto antes en la celebración del palacio. Entre algunas personas, se rumoreaba que se asemejaban a gigantescas sanguijuelas o gusanos, porque no caminaban de pie, sino que se arrastraban por el suelo retorciéndose, como si carecieran de huesos. Otros escucharon que estos prodigios del disfraz poseían innumerables patas diminutas y que la semblanza más apropiada era la de algún tipo de ciempiés. Otros aseguraban que lo que ahora los

acompañaba no eran enmascarados sino criaturas de naturaleza inhumana, con zarpas de múltiples garras, colas reptilianas, rostros de serpiente y un conjunto general de bestias fantásticas que no podía ser negado por ningún hombre o mujer. Pero, fuera cual Fuera la verdadera naturaleza y forma de estos seres, en cierto momento provocaron en la muchedumbre un pánico irremediable. Y fuera cual fuera la consiguiente explicación de lo ocurrido, la consecuencia fue que estos extraños intrusos fueron descuartizados y desgarrados y pisoteados a causa de una repulsión irracional hacia su aspecto, o sus variados aspectos.

Trágicamente, cuando la masacre hubo acabado, no fueron los restos destrozados de dos extraños monstruos lo que los enmascarados, tras quitarse las máscaras, contemplaron a sus pies. Por el contrario, era de dos de los suyos (un rey y una reina de los viejos tiempos) la sangre que ahora se expandía por el ornamental diseño del suelo del palacio. Sus cuerpos, que habían temido que hubieran partido para siempre, casi no se distinguían el uno del otro.

Arrancándose la máscara de bufón, Faliol se arrimó lo suficiente a la escena para contemplar el horror con sus propios ojos, ahora protegidos por las lentes oscuras. Una tragedia, sí, pero no del tipo que haría retornar a Faliol a sus furias. Porque la imagen que vio inmediatamente ocupó su lugar entre el incesante e interminable flujo de eidola infernales que constituían el Anima Mundi y que, en su visión, era un tapiz monótono de lo terrible desplegándose incesantemente en el más tenue tono de grises. Así pues, el espantoso retablo no era ni más ni menos siniestro ante sus ojos que cualquier otro que pudiera el mundo mostrarle.

—Mira otra vez, Fa-fa-faliol —pronunció una voz a su espalda, mientras una contundente bota lo lanzaba hacia la carnicería.

Pero ¿por qué todo tenía tal pátina brillante ahora, cuando hace tan solo unos instantes parecía todo tan insípido? ¿Por qué cada trozo de carne mutilada palpitaba ahora con color? ¿Y por qué Faliol estaba totalmente paralizado ante aquellas formas enrojecidas y con tan funesto destino? Le habían encargado que los salvara y no pudo hacer… nada. Sus pensamientos descarrilaban con violencia a través de corredores escarlata en su interior, buscando frenéticamente soluciones, pero terminando en cada vuelta de esquina en rincones cerrados y golpeando en vano algo inamovible, imposible. Se cubrió el rostro con las manos, esperando cegarse a aquella escena. Pero todo permaneció invencible ante sus ojos… todo a excepción de sus anteojos.

Ahora la voz del duque rompió el breve silencio de la aturdida e incrédula concurrencia. El furioso soberano gritaba órdenes, exigía respuestas. Qué justificados habían sido sus recelos con relación a la mascarada. Sabía desde hacía tiempo que algo de esta naturaleza podría ocurrir y había hecho todo lo que pudo para prevenir que terminara pasando. Con efecto inmediato, prohibió futuras celebraciones de este tipo y ordenó arrestos e interrogatorios, y que se aplicara la Tortura de la Pregunta a discreción. El éxodo fue instantáneo: el palacio se transformó en un caos de extrañas criaturas en estampida.

—¡Faliol! —gritó una voz que sonaba demasiado nítida entre tanta confusión para tener su origen fuera de su propia mente—. Tengo lo que está buscando. Están conmigo ahora, aquí mismo en mi mano, no perdidos para siempre…

Cuando Faliol se volvió, vio al rey enmascarado a cierta distancia de él, tranquilo entre la muchedumbre frenética. El rey sostenía los anteojos como si fueran la cabeza oscilante de un enemigo vencido. Abriéndose paso violentamente hacia el desconocido perseguidor, Faliol quería darle caza y recobrar su cordura, aunque no antes de haberle dado una muerte atroz a aquel desalmado. Sin embargo, no era capaz de alcanzar a esa figura que lo condujo a través de todos los salones donde antes había florecido el baile de máscaras, e incluso más adentro del palacio. Al final de un pasillo largo y silencioso, la ondeante y chillona cola de una capa real desapareció por una de las puertas. Faliol siguió a la silueta y por fin entró en una estancia en penumbra con una sola ventana, ante la cual se erguía el mimo que se había mofado de él. Todavía sostenía los anteojos entre los dedos aterciopelados de una mano enguantada. Mientras observaba el brillo de las lentes oscuras a la luz de la vela, los ojos de Faliol ardían tanto con preguntas como con locura.

—¿Dónde está el mago? —preguntó.

—El mago ya no existe.

—Entonces, dígame quién es usted antes de que le envíe al infierno.

—Ya sabe quién soy. Pero digamos que soy un hechicero si le parece bien.

—Y ha matado al mago, al igual que mató a los otros.

—¿Los otros? ¿Cómo es posible que no haya oído toda aquella ruidosa pantomima, todas esas espadas y pisadas rápidas? ¿Es que no oyó que había un par de sanguijuelas de leviatán, o algo parecido, que amenazó a nuestros invitados? Cierto, eché una mano al crear la ilusión, pero mi mano no contenía ninguna espada. Un caos, usted mismo lo vio con sus propios ojos.

—En su destino usted vio su propio futuro. Incluso un hechicero puede ser asesinado.

—Estoy de acuerdo, aunque no creo que sea a sus manos.

—¿Quién es usted para haber podido destruir al mago?

—De hecho, él se destruyó a sí mismo… un acto heroico, estoy seguro. Y lo hizo frente a mis propios ojos, como con rencor. En cuanto a mí mismo, confieso que me decepciona que le cueste tanto reconocerme. Nos hemos visto anteriormente, por favor, haga memoria. Pero fue hace mucho tiempo y supongo que se habrá vuelto olvidadizo, así como corto de vista en cuanto se coloca estas lentes sobre los ojos. Ya ve por qué el mago debía ser detenido. Arruinó el loco que había en usted, *mi* loco.

»Pero puede que recuerde que usted tenía otra profesión antes de que la locura lo invadiera, ¿o no? Ba-ba-valiente Faliol. ¿Es que no recuerda que usted era Faliol el dandi antes de que nos encontráramos en la calle aquel día? Fui yo (en mi papel de vendedor de amuletos) quien le proveyó de ese amuleto con un ojo de ónice que en otro tiempo llevaba colgado al cuello. Era esa baratija lo que le convirtió en el habilidoso mercenario que fue en otro tiempo y que tanto le gustaba ser.

»Y cuánto lo amaban todos los demás por ser de esa manera: ver a un pelele convertirse en un hombre de fuerza y hierro es siempre tema de conversación pública, de leyenda, y de diversión en general. Y cuánto más ama esa misma gente contemplar el proceso inverso: ver caer al poderoso, el señor de la espada convertido en un demente. Este es el pequeño drama que planeé. Se suponía que usted debía ser *mi* loco, Faliol, no el loco imperturbable de aquel mago. Se suponía que debía ser una verdadera alma perdida de tormentos en rojo y negro, no un monje patético entonando salmos silenciosos con débil aliento. ¿Es que no lo entiende? Fue Wynge quien lo arruinó a usted, quien deshizo todos mis planes sobre su trágica y pintoresca historia. Por culpa de él, me vi forzado a cambiar los planes, que son muchos y afectan a las vidas de todos. Sí, fue su mago el que me arrebató su alma y creyó que podía hacer lo mismo por usted. Cúlpele a él por la matanza de esos inocentes y por lo que está a punto de sufrir. Ya conoce mis maneras. No somos dos desconocidos.

—No, terror demoniaco, no lo somos. Usted es sin duda la criatura horrorosa que el sabio me describió, todos los poderes oscuros que no podemos entender, solo odiar.

—Pobre Faliol. Cuánto se equivoca al afirmar que el que está ante usted ahora es un ser odiado, por un puñado de enemigos que pueda tener. ¿Escucha

esas voces rapsodas allá abajo en las calles? No están llenas de odio. Incluso cuando les provoco un dolor atroz, ellos me excusan. Sin duda no podrían sentir un amor mayor por lo que les aporta lo que tienen, por muy poco que esto sea en ocasiones. Pero jamás llevaría las cosas tan lejos como para que se revolvieran contra su propia perpetuidad. Solo gracias a que ellos viven, yo continúo viviendo. Y los destinos excepcionales de héroes y magos, de reyes y reinas, de santos y mártires… estos representan un papel especial en mi plan. Desde los superiores hasta los inferiores, todos son hijos míos, y a través de sus ojos yo contemplo mi propia gloria.

—Contempla su propia vileza.

—No, la vileza es solo la que usted contempla, mi querido Faliol. Para aquellos enamorados de su perpetuación, no existe vileza. Ha llevado estos anteojos demasiado tiempo y, a mi pesar, todavía ve demasiado. Usted me ha visto como nadie más me ha visto, si eso le complace, y por ello debe morir. Esta es una muerte privilegiada para aquellos como usted mismo. Una especie de consolación.

—Ya ha hablado suficiente.

—Sin duda. Mi tiempo es oro. Y, sin embargo, no he mencionado todavía lo que vine a decir o, más bien, preguntar. Ya sabe la pregunta, no lo niegue, Faliol. La pregunta que soñó en esos sueños dementes que le envié. La tortura de la pregunta que temía escuchar y que aún temía más responder.

—¡Demonio!

—*¿Cuál es el rostro del alma del mundo?*

—No, no es un rostro… es solo…

—Sí, hay un rostro, Faliol. Y usted lo verá —dijo la figura enmascarada al tiempo que se despojaba de la máscara—. Pero ¿por qué esconde sus ojos de esa manera, Faliol? ¿Y por qué se ha puesto de rodillas? ¿Es que no aprecia la visión que le he mostrado? ¿Podría haber imaginado alguna vez que su existencia le llevaría ante la presencia de tal visión? Sus anteojos ya no pueden salvarle. Son solo unos vidrios brillantes… escuche cómo los pisoteo contra el frío mármol del suelo. Se acabaron los anteojos, Faliol. Y, es más, creo que también se acabó Faliol. ¿Entiende lo que le digo ahora, bufón? Bueno, ¿qué tiene que decirme? ¿Nada? Qué negra debe de ser su locura para ser tan maleducado. Qué negra. Pero vea, aunque probablemente no lo haga, cómo le he proporcionado estos escoltas para mostrarle el camino de regreso al carnaval, que es donde un bufón debe estar. Y asegúrese de que hace reír a mi legión de admiradores o le castigaré. Sí, todavía puedo castigarle, Faliol.

Un hombre vivo siempre puede ser castigado, así que recuerde ser bueno. Le estaré vigilando. Siempre le vigilo. Adiós, entonces, loco.

Con dos guardias de ojos vidriosos en cada costado, Faliol fue arrastrado fuera del palacio del duque y entregado a la multitud que seguía amotinada en las calles de Soldori. Y la multitud abrazó al bufón loco, elevando su tintineante cuerpo sobre los hombros, sacudiéndolo como un juguete mientras lo transportaban. En su plan por ahogar el silencio para siempre, el populacho sin gobierno de Soldori bramaba un enérgico estribillo en respuesta a los enfermizos gemidos de Faliol. Los ojos de este contemplaron una noche de ónice negro y su mente se apagó.

Pero debió de haber algún momento, por muy breve que lucra, en el que Faliol recobró su antigua lucidez, y que le permitió lograr una acción tan crucial y triunfal. ¿Fue solamente gracias a su propia fuerza durmiente, rápidamente reavivada, lo que le reportó su mayor premio? Si no, entonces ¿qué poder permitió que sus manos temblorosas horadaran tan profundamente aquellas demacradas cuencas y que con un gesto valiente y firme desenterraran aquellas terribles semillas de su sufrimiento? Fuera como fuera, la hazaña fue cumplida a la perfección. Porque mientras Faliol moría, su rostro se bañó de una gloria escarlata.

Y la muchedumbre se quedó en silencio, y una nueva clase de confusión se propagó entre ellos (esas cabezas que siempre observaban) cuando se descubrió que lo que portaban por las calles de Soldori tan solo era el cadáver victorioso de Faliol.

EL DOCTOR VOKE Y EL SEÑOR VEECH[15]

Hay una escalera. Esta asciende sinuosa rodeada de total oscuridad. Sin embargo, su contorno es visible, como un garabato de rayo grabado sobre un cielo negro. Y a pesar de no tener ningún apoyo, no cae. Ni finaliza su dentado ascenso hasta alcanzar el oscuro desván donde Voke, el solitario, se ha recluido.

Alguien llamado Veech asciende ahora por la escalera, lo cual parece incomodarle de alguna manera. Aunque el angular andamiaje en su conjunto da la impresión de ser lo suficientemente seguro, Veech parece vacilar al colocar todo su peso en un solo escalón. Víctima de vagos recelos, asciende con extraños y afectados movimientos. Cada cierto tiempo, echa la mirada atrás por encima del hombro hacia los escalones que acaba de pisar, porque los siente más como de arcilla blanda que de un material sólido y quizás espera ver la marca de sus huellas en la superficie. Pero los escalones no han cambiado.

Veech lleva puesto un abrigo largo de color brillante y las astillas de la barandilla de la escalera a veces se enganchan con sus voluminosas mangas. También se clavan en sus huesudas manos, pero Veech se enfurece más por los rotos en la cara tela que por las heridas en su odiada carne. Mientras asciende, se chupa un pequeño pinchazo en el dedo índice para evitar manchar el abrigo con sangre. En el escalón décimo séptimo por encima del décimo séptimo rellano… Veech se tropieza. Las largas colas del abrigo se enredan entre las piernas y se escucha un ruido de rotura al caer. A punto de perder la paciencia, Veech se quita el abrigo y lo lanza por un lateral de la escalera hacia el negro abismo. Unas ropas raídas cuelgan holgadas sobre su delgado cuerpo.

En la parte superior de las escaleras solo hay una puerta. Con los dedos bien abiertos y extendidos, Veech la empuja para abrirla. Detrás de la puerta se halla el desván de Voke, que parece un cruce entre un cuarto de juegos y un lugar de torturas.

La oscuridad y el silencio de la enorme estancia se encuentran en cierta manera en riesgo por los ruidosos haces de luz azul verdosa que parpadea espasmódicamente sobre las paredes. Pero en su mayor parte la habitación está enterrada en sombras. Incluso la altura exacta es incierta, porque por encima de la iluminación convulsa no se puede ver casi nada, ni siquiera el

par de ojos con la vista más aguda, no digamos ya las pequeñas ranuras entornadas de Veech. Algunos de los maderos de las vigas cruzadas son visibles, pero el techo está totalmente oscurecido, si es que el refugio de Voke posee alguno.

En algún lugar por encima del áspero suelo, más de un muñeco de tamaño natural cuelga suspendido de cables que brillan como hilos mojados de una telaraña. Pero no se ve a ninguno al completo. El perfil de nariz larga de uno de ellos resalta bajo la luz; las brillantes piernas de raso de otro se abren paso por la penumbra de las alturas; una bella mano pálida brilla en la distancia; mientras que mucho más cerca un arlequín casi entero cuelga a la vista, pero cortado a la altura del cuello por la oscuridad. En efecto, la mayor parte del inventario de esta amplia habitación parece estar compuesto de partes y piezas de objetos que logran abrirse paso y asomar de la asfixiante oscuridad. Sobre el suelo, aparece en escena la mitad de una caja larga y baja, que muestra sus bordes reforzados de brillantes flejes de metal clavados con pesados tornillos. Instrumentos afilados y de extrañas formas florecen en los márgenes de las sombras. Están embarrados por el tiempo. Una enorme rueda aparece en fase menguante en la penumbra de la habitación. Otras secciones, apéndices y engranajes de curiosas máquinas también complican esta inmensa galería.

Cuando Veech avanza a media luz, de repente un brazo metálico con un mango negro y suave lo detiene. El retrocede y continúa paseando por la habitación, triturando con los zapatos serrín, arena o tal vez estrellas pulverizadas. Hay miembros amputados de muñecos y títeres tirados por todas partes. Hay carteles, señales, carteleras y folletos esparcidos por ahí como naipes, con sus grandes letras desordenadas formando un verdadero galimatías. Innumerables objetos, artefactos y artículos sobrantes llenan la habitación, más de lo que uno llega a ser consciente. Pero todos estos objetos son, en cierta manera, como los que se han descrito. Uno se pregunta entonces cómo es posible que en su conjunto todos aporten tal atmósfera de… ¿no es *reposo* la palabra adecuada? Sí, pero un cierto tipo de reposo: el reposo de la ruina.

—Hola —llama Veech en alto—. Doctor, ¿está aquí?

De la oscuridad frente a él aparece de pronto un rectángulo alto, como la taquilla de un vendedor de tickets en un carnaval. La parte inferior está hecha de madera y la parte superior de cristal. El interior está iluminado por un resplandor rojo oleoso. Apoyado hacia delante en el asiento dentro de la cabina, como si durmiera, hay un maniquí bien vestido: una chaqueta a la medida y un chaleco con brillantes botones de plata, una camisa de cuello alto

con gemelos de plata y un pañuelo ondulante con un estampado de lunas y estrellas. Debido a que tiene la cabeza inclinada hacia delante, el único rasgo relevante del maniquí es el lustre negro de su cabello pintado.

Veech se acerca a la taquilla con cierta precaución. Parece estar sumamente interesado en la figura del interior. A través de una abertura semicircular en el cristal, Veech desliza la mano al interior de la taquilla, aparentemente con la intención de sacudir el brazo del maniquí. Pero antes de que su propio brazo se arrastre lo suficiente para tocar su objetivo, varias cosas ocurren sucesivamente: el maniquí levanta la cabeza con calma y abre los ojos… alarga el brazo y posa su mano de madera en la mano de carne de Veech… y a continuación deja caer la mandíbula para dispensar una risa mecánica: ya-ja-ja-ja-ja, ya-ja-ja- ja-ja.

Arrancando sus manos de las del maniquí, Veech se tambalea hacia atrás unos cuantos pasos. El maniquí continúa con su risa burlona, que a su vez se abre camino por cada recoveco del desván y regresa flotando en forma de peculiares ecos. El rostro del maniquí tiene una expresión ausente y es atractivo, con los ojos girando como canicas enloquecidas. Entonces, de las sombras a espaldas de la taquilla del maniquí, aparece alguien que está igual de flaco que Veech, pero mucho más alto. Su indumentaria no difiere de la del maniquí, pero la ropa le cuelga del cuerpo y lo que queda de su poco pelo cae como jirones de tela por su cuero cabelludo blanco hueso.

—¿Se ha preguntado alguna vez, señor Veech…? —comienza Voke, caminando lentamente hacia su invitado mientras sujeta un lado de su abrigo como la cola de un vestido—. Digo, ¿se ha preguntado alguna vez lo que hace que resulte terrorífico contemplar el movimiento de un maniquí de madera, no digamos ya oírlo? Escúchelo, me refiero a que lo escuche de verdad. Ya-ja-ja-ja-ja: una serie de sonidos que se vuelven terriblemente elocuentes cuando son pronunciados por el Taquillera. Son una especie de poesía que canta lo que no debería ser cantado, que habla lo que no debería ser hablado. Pero ¿de qué demonios se ríe? De nada, podría parecer. Ningún motivo o impulso claro hace que el maniquí se ría y, sin embargo, ¡se ríe!

»“Pero ¿para qué sirve esa risa?”, podría preguntarse usted. Parece que solo suene en sus oídos, ¿verdad? Parece estar dirigida a cada una de las partes de su ser. Parece… cómplice. Y es cómplice, pero de una forma distinta a la que supone, en otro sentido totalmente diferente. La pregunta no es: “¿Para qué sirve esa risa?”, en absoluto. La pregunta es: "¿De dónde procede?” Esto, de hecho, es lo que provoca su temor. Aunque el maniquí le aterrorice, el terror de él es, de hecho, mayor que el de usted.

»Piense en ello: *madera despertando.* No sé expresarlo de forma más clara. Y no olvidemos ese cabello y labios pintados, los ojos de cristal. También estos se han despertado de un sueño que jamás debiera haber sido roto; también forman parte ahora de un sistema hormigueante de nervios de maniquí, vivos y conscientes de una manera que no podemos ni comenzar a comprender. Es algo demasiado doloroso para llorar, así que el maniquí se ríe en su cara, intentando dar rienda suelta a un horror que no formaba parte de su viejo hogar de madera y pintura y cristal. Pero este horrar es la mismísima esencia de su nuevo hogar… nuestro mundo, señor Veech. Esto es lo que es tan terrible en la risa del Taquillero. Ve a dormir ahora, maniquí. Ya está, ha regresado a su sueño inerte. Alégrese de que no fabriqué uno que gritara, señor Veech. Y alégrese aún más de que el maniquí, después de todo, no es más que un artefacto. ¿Me estoy explicando bien, señor Veech?

—Sí -dice Veech, que parece no haber oído ni una sola palabra del monólogo de Voke.

—Bueno, ¿y a qué debo su presencia hoy? Es de día, ¿no es así?, o no falta mucho.

—Así es -contesta Veech.

—Bien, me gusta mantenerme al corriente de lo que ocurre. ¿Qué se cuenta? —pregunta Voke mientras deambula lentamente por el espacio abarrotado del desván.

Veech se apoya hacia atrás en un montón de objetos indefinibles y clava la mirada en el suelo. Suena adormilado.

—No habría venido aquí, pero no sabía qué otra cosa podía hacer. ¿Cómo puedo explicarle? Estos últimos días y noches, especialmente las noches, son como infiernos gélidos. Supongo que debería comentar que hay alguien…

—… Que ha empezado a gustarle —remata Voke.

—Sí, pero hay alguien más…

—Que es, de alguna manera, un obstáculo, alguien que ha hecho sus noches tan heladas. Parece un caso claro. Dígame, ¿cuál es el nombre de esa primera persona?

—Prena —responde Veech tras vacilar unos segundos.

—¿Y el nombre de la segunda?

—Lamm. Pero ¿por qué necesita sus nombres para ayudarme?

—Sus nombres, como el suyo o el mío, no son realmente importantes. Simplemente estaba siendo considerado y mostraba interés por su situación, nada más. En cuanto a ayudarle, está asumiendo que yo tengo algún control sobre esta situación.

—Pero yo creía —tartamudea Veech—, el desván, sus artefactos, parece tener cierto… conocimiento.

—¿Como el conocimiento del maniquí? No debería haber puesto sus esperanzas en ello. Ahora tiene otra decepción más a la que enfrentarse. Un dolor más. Pero escuche, ¿no puede simplemente aceptarlo? Con el tiempo olvidará a la tal Prena. ¿Para qué involucrarse en esa locura? Es algo que debería tener en cuenta.

—No puedo evitarlo, doctor —dice Veech con un lamento en la voz.

—No comprendo, pero primero escúcheme. Detesto verle en este estado, señor Veech. Créame, sé de lo que hablo. Yo no fui siempre como me ve ahora. Pero ya sabe lo que dicen: *el cuerpo y el alma, ambos se deshacen cuando de dos en dos se transforman en uno.* O quizás es de mi propia cosecha. Me falla mucho la memoria. En cualquier caso, permítame que le dé un último consejo: renuncie al mundo y abrace las sombras.

—Yo soy mi propia sombra —responde Veech.

—Sí, puedo verlo. Entonces, lo único que puedo decirle en este punto es que ya le he advertido. Así que, hablemos hipotéticamente un momento. ¿Conoce la calle de los Tejados Temblorosos? Sé que tiene un nombre más normal, pero me gusta llamarla así por todas esas casas altas inclinadas.

Veech asiente para indicar que él, también, conoce la calle.

—Bien, y no le prometo nada, recuérdelo, no me comprometo a nada, pero si puede apañárselas para llevar a sus dos amigos a esa calle esta noche, creo que podría haber una solución para su problema, si realmente lo desea. ¿Le importa le forma que adopte esa solución?

—Solo quiero que me ayude, doctor. Estoy en sus manos.

—Me habla totalmente en serio, ¿verdad?

Veech no responde. Voke se encoge de hombros y poco a poco se desvanece de regreso a su punto de origen entre las sombras más profundas de la habitación. La luz roja en la taquilla del Taquillero también se apaga como una puesta de sol, hasta que el único color en la estancia es el ultramarino de las llamas que arden en las paredes. Veech junta las manos y eleva la mirada a las alturas del desván, como si ya pudiera ver los esbeltos tejados de la calle de los Tejados Temblorosos.

Por la noche, las fachadas de los edificios a ambos lados de aquella estrecha callejuela parecen fundirse, como si estuvieran unidos unos a otros por las sombras. Aparte de los cimientos y unos pocos pisos con ventanas cerradas, son todo tejado. Estos se alzan espléndidos en la noche, alcanzando a veces

alturas fantásticas. Oscilan levemente en ciertos ángulos en el cielo, ondeando sus agujas como árboles altos mecidos por un viento suave.

Esta noche el cielo es una ciénaga de nubes oscuras que resplandecen al falso fuego de la luna. Desde la arcada de entrada a la calle, tres figuras que se aproximan van precedidas por tres sombras alargadas. Una de ellas avanza adelantada, encabezando la marcha, pero sin los gestos apropiados de sabiduría y autoridad. Detrás les siguen las formas de un hombre y una mujer, uno al lado del otro, permitiendo solo un gajo del suave resplandor de la noche entre ellos.

Al final de la calle, la figura que va delante se detiene y las otras dos se reúnen con ella. Están de pie justo enfrente de la entrada del edificio puntiagudo más alto de la calle. Parece servir como local comercial, ya que hay un letrero colgado sobre la puerta. Emborronado por las sombras, se balancea mínimamente al viento, chirriando tenuemente. A ambos lados de la señal hay un dibujo de los productos o servicios que se ofrecen allí: unas pinzas, o algo similar, están posadas sobre lo que tal vez sea un atizador, o algún otro tipo de herramienta alargada. Pero la tienda está ya cerrada y las contrapuertas echadas. Una ventana redonda del ático del segundo piso parece un agujero vacío, aunque desde la calle (donde las tres figuras han adoptado la postura vacilante de unos sonámbulos) es difícil ver qué hay allá arriba. Y ahora una bruma comienza a cubrir su visión ocultando la parte superior de la calle de los Tejados Temblorosos.

Veech parece algo inquieto, aparentemente inseguro de cuánto más tiempo deben esperar en ese lugar. Al no estar al tanto de lo que se supone que debe ocurrir, si es que ocurre algo, ¿qué acción debería tomar? Lo único que puede hacer de momento es esperar. Pero pronto rodo concluye abruptamente.

Veech conversa somnoliento con sus dos acompañantes, que a estas alturas parecen seriamente desconfiados, y un segundo más tarde es como si ambos fueran dos marionetas de las que tiran con fuerza hacia arriba con unos hilos invisibles hasta desaparecer tras la bruma. Todo ocurre tan rápido que no emiten ningún sonido, aunque un poco más tarde se escuchan unos gritos huecos y tenues en las alturas. Veech está postrado de rodillas y se cubre el rostro con ambas manos.

Dos subieron, pero solo uno baja… una sola forma suspendida a un brazo de distancia sobre la calle empedrada y girando ligeramente, como si colgara al final de una soga de ahorcado. Veech se descubre los ojos y mira a aquella cosa. Sí, solo hay uno, pero tiene demasiados… hay demasiado de todo en ese

cuerpo. Dos rostros que comparten una sola cabeza, dos bocas que han enmudecido para siempre con los labios entreabiertos. La criatura continúa oscilando en el aire incluso después de que Veech haya colapsado totalmente en la calle de los Tejados Temblorosos.

* * *

El siguiente encuentro de Voke con Veech es tan inesperado como el último. Se escucha cierto disturbio en el desván y el ermitaño tira de sus huesos fuera de las sombras para investigar. Lo que ve es a Veech y al Taquillero, ambos gritando a carcajada limpia. Sus carcajadas remueven el aire estancado del desván. Son dos gemelos maniacos gritando y cacareando con una sola voz.

—¿Qué está ocurriendo aquí, señor Veech? —pregunta Voke.

Veech lo ignora y continúa su escandaloso dueto con el maniquí. Incluso después de que Voke toque la taquilla y diga «Ve a dormir, maniquí», Veech continúa carcajeándose a solas, como si él, también, lucra un autómata sin control sobre sus propias acciones. Voke golpea a Veech y este cae al suelo, lo que parece accionar el mecanismo correcto para apagar su voz. Al menos se queda callado durante unos segundos. Luego levanta la mirada y mira con el ceño fruncido a Voke.

—¿Por qué tuvo que hacerles eso? —pregunta con un tono de reproche desgarrador. Tiene la voz ronca después de todas esas carcajadas. Suena como maquinaria chirriante.

—No voy a fingir que no sé de qué me habla. He oído hablar de lo ocurrido, aunque no sea de mi incumbencia. Pero no puede responsabilizarme, señor Veech. Jamás abandoné mi desván, usted lo sabe. Sin embargo, tiene total libertad para marcharse, si no le importa. ¿Es que no me ha causado ya bastantes inconvenientes?

—¿Por qué tuvo que ocurrir de esa manera? —protesta Veech.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Usted dijo que no le importaba la forma que tomara la solución a su problema. Además, creo que al final todo salió de la mejor manera posible. Esos dos estaban dejándolo en ridículo, señor Veech. Se querían y ahora se tienen. De dos en dos, se han transformado en uno solo, mientras que usted es libre de pasar página y embarcarse en su próximo desastre. Espere un momento, sé lo que le preocupa —dice Voke con repentina lucidez—. Está preocupado porque todo acabó con la muerte de ellos, pero no con la suya propia. La muerte es siempre la mejor opción, señor

Veech, pero ¿quién hubiera pensado que usted era de esa opinión? Me temo que lo he subestimado, no hay duda de ello. Le pido disculpas.

—¡No! —grita Veech, temblando como una bestia enferma. Ahora Voke comienza a excitarse.

—¿No? ¿Nooooo? ¿Qué le ocurre? ¿Por qué me echa la culpa por estas decepciones? Ya he tenido más que suficiente sin necesidad de que usted añada aún más de su cosecha. Aprenda del Taquillera. ¿Lo ve lloriquear? No, está en silencio, está inmóvil. El silencio de un maniquí es el silencio más tranquilizador de todos, y su quietud es la quietud perfecta del no nacido. Podría estar montando un escándalo, pero no lo hace. Y es precisamente su carencia de acción, su naturaleza insatisfecha lo que lo hace el compañero ideal, mi único amigo verdadero, por lo visto. Madera muerta, te adoro. Mire cómo descansan sus manos sobre el regazo a modo de plegaria vacía. Mire el noble porte de sus miembros caídos y sin energía. Mire sus labios paralizados que no susurran nada y mire esos ojos… ¡cómo observan para siempre!

Voke mira con más atención los ojos del maniquí y los suyos propios comienzan a bajar la mirada con oscura intensidad. Apoya la cabeza en la taquilla para ver lo más cerca posible y pega las manos al cristal como si una fuerza ejerciera algún tipo de poderosa succión en ellas. Por fin, Voke advierte que los ojos del maniquí han cambiado. Ahora manan de ellos pequeñas gotas de sangre que ruedan lentamente por las brillantes mejillas.

Voke se aparta de la taquilla y se vuelve hacia Veech.

—¡Ha estado *manipulándolo*! —brama como buenamente puede.

Veech parpadea limpiándose las lágrimas de su risa falsa de los ojos y en los labios se dibuja una sonrisa.

—No he hecho nada —susurra, burlonamente—. ¡No me culpe de sus problemas!

Voke parece estar paralizado momentáneamente por la ira, aunque tiene el rostro contraído por mil pensamientos acerca de la acción a tomar. Veech parece consciente del peligro y busca con la mirada algo por la habitación, posiblemente un medio de escape o un arma para luchar contra su antagonista. Se fija en algo y comienza a moverse hacia allí agachado.

—¿Dónde cree que va? —dice Voke, ya liberado de los efectos paralizantes de su ira.

Veech está intentando llegar a algo en el suelo, que tiene la forma y tamaño de un ataúd. Solo parte de la larga caja negra sobresale de las sombras y bajo el resplandor azul verdoso del desván. Una banda ancha de plata bruñida remata los bordes del objeto, que está cerrado con pesados cerrojos.

—Apártese de ahí —grita Voke cuando Veech se inclina sobre la caja y manosea la tapa.

Pero antes de poder abrirla, antes de poder hacer otro movimiento, Voke realiza el suyo.

—He hecho todo lo que he podido por usted, señor Veech, y usted no me ha reportado nada más que dolor. He intentado librarlo del destino de sus amigos… pero ahora lo entrego para que se cumpla.

Después de pronunciar estas palabras, el cuerpo de Veech comienza a levantarse encorvado como una marioneta; a continuación, se eleva hacia las vigas tenebrosas y más allá, transportado por unos cables invisibles. Sus brazos y piernas se agitan incontrolablemente durante la elevación y sus gritos… se desvanecen poco a poco.

Pero Voke no presta atención a la elevación de su víctima. Con sus ropas holgadas revoloteando, corre hacia el objeto tan recientemente amenazado y lo arrastra hacia un espacio vacío en el suelo. La luz de las paredes brilla sobre la superficie negra sedosa del ataúd. Voke está de rodillas frente a la larga caja, comprobando con sumo cuidado los cierres con la punta de los dedos. Como si cada segundo transcurrido de deliberación fuera una blasfemia, levanta de repente la tapa.

Dentro yace una mujer joven cuya belleza ha sido artificialmente perpetuada por un fanático de su forma. Voke contempla el cadáver durante un rato. Luego le susurra algo a aquella que no puede oírle: «Siempre lo mejor, querida. Siempre lo mejor».

Todavía está de rodillas junto al ataúd cuando su semblante comienza a experimentar los estragos de varias fases de sentimientos obviamente en conflicto. Los ojos, la boca, toda la estructura facial en su conjunto es obligada a realizar algunas acrobacias espantosas en la expresión. Finalmente, la tensión del caos interno de Voke desemboca en un ataque de risa convulsa: la risa liberadora de una demencia grotesca. Por los poderes de su estúpida hilaridad, Voke se pone en pie y comienza a brincar, bailando como un salvaje al ritmo de una música ausente con una pareja de baile invisible. Saltando y brincando y agachándose, parece estar sufriendo una serie de ataques mientras que su risa se torna en una ronca cacofonía. A pesar de la completa ausencia mental, o quizás debido a que ha recobrado momentáneamente el control de sí mismo, Voke logra salir del desván y ahora ríe en el oscuro abismo más allá de la precaria barandilla al final de la sinuosa escalera. Su última risa parece clavarse en la garganta cuando cae por la barandilla sin emitir ningún sonido.

Así pues, los gritos que ahora se escuchan no son los de Voke, que cayó en picado, ni del desventurado Veech, ambos ya desaparecidos en regiones oscuras por iodos desconocidas. Ni tampoco son los últimos ecos de los gritos horrorizados de Preña y Lamm. Estos gritos, los que proceden del otro lado de la puerta en la parte superior de las escaleras, pertenecen únicamente a un maniquí inerme que ahora siente gotas calientes de sangre derramándose por sus mejillas esmaltadas. Y es que el Taquillera ha quedado abandonado (solo y vivo) en las sombras de un desván abandonado. Y sus ojos giran como canicas enloquecidas.

BREVES LECCIONES DEL PROFESOR NADIE SOBRE EL HORROR SOBRENATURAL[16]

LOS OJOS QUE NUNCA PARPADEAN

Bruma sobre un lago, niebla en un bosque espeso, una luz dorada que brilla sobre piedras húmedas… tales visiones lo hacen todo muy fácil. Algo vive en el lago, se mueve sigiloso por el bosque, habita las piedras o la tierra que cubren. Sea lo que sea, este *algo* permanece fuera de la vista, pero no fuera de la visión de los ojos que nunca parpadean. En el entorno adecuado todo nuestro ser está hecho de ojos que se dilatan para contemplar el encantamiento del universo. Pero en serio, ¿es necesario que el entorno posea una atmósfera espectral tan obvia?

Tomemos una sala de espera abarrotada, por ejemplo. Todo parece bien anclado en la normalidad. Los otros a tu alrededor hablan en voz baja; el viejo reloj en la pared barre los segundos con su delgado dedo rojo; la persiana de la ventana deja pasar haces de luz del mundo exterior y se entremezclan con las sombras. Sin embargo, en cualquier momento y en cualquier lugar, nuestros búnkeres de banalidad pueden empezar a desmoronarse. Lo cierto es que incluso amparados en el baluarte de nuestros semejantes pueden asaltarnos miedos anormales que nos llevarían al manicomio si se los contáramos a otros. ¿Acabamos de sentir una presencia que no pertenece a este mundo? ¿Ven nuestros ojos algo en un rincón de esa habitación en la que esperamos no sabemos qué?

Tan solo una pequeña duda se desliza en nuestra mente, un hilillo de sospecha en el flujo sanguíneo, y todos esos ojos nuestros, uno tras otro, se abren al mundo y observan su horror. Entonces; ninguna creencia o corpas de leyes te amparará; ningún amigo, ningún abogado, ningún personaje señalado podrá salvarte; ninguna puerta cerrada te protegerá; ninguna oficina privada te ocultará. Ni siquiera el brillo solar de un día de verano te permitirá refugiarte del horror. Porque el horror devora la luz y la digiere convirtiéndola en oscuridad.

SOBRE LA MORBOSIDAD

Aislamiento, tensión mental, esfuerzos emocionales, enamoramientos visionarios, fiebres bien ejecutadas, rechazo al bienestar: estos son tan solo unos cuantos de los muchos ejercicios practicados por ese espécimen que llamaremos el «hombre morboso». Y nuestro tema de horror sobrenatural es una parte vital de su programa. Apartándose de un mundo de salud y cordura, o al menos uno que invierte diariamente en estos productos, el hombre morboso busca las sombras entre los bastidores de la vida. Se retira a un rincón transitado por frías corrientes de aire y perfumado por siglos de humedad y estancamiento. Es en ese rincón donde construye un mundo de ruinas con las piedras desportilladas de su imaginación, un mundo rancio plagado de cosas que huelen a la cripta.

Pero este mundo no es precisamente un santuario romántico para el sombrío de espíritu. Así que, condenémoslo de momento, este pozo de abatimiento. Aunque no existe un nombre para lo que podría ser llamado el «pecado» del hombre morboso, sigue pareciendo violar alguna moralidad profundamente arraigada. El hombre morboso no parece estar haciéndose el bien a sí mismo o a otros. Y aunque todos sabemos que el lamento melancólico y las reflexiones lúgubres resultan sabrosos como acompañamiento a la existencia, ¡él los ha convertido en la especialidad de la casa! Sin embargo, finalmente podría enfrentarse a esta acusación de fechoría con un simple «¿Y qué?»

Ahora bien, tal respuesta asume que la morbosidad es una cierta clase de vicio que debe ser practicado sin pedir disculpas, y cuyas ventajas y desventajas deben ser disfrutadas o padecidas *fuera de la ley*. Pero como sembrador de vicio, aunque solo sea en su propia alma, el morboso incurre en la siguiente censura: que él es un síntoma o una causa de depravación tanto dentro de la esfera individual como en la colectiva del ser. Y la depravación, como cualquier otro proceso de transformación, duele a todo el mundo. «¡Bien!», grita el morboso. «¡No está bien!», replica la multitud. Ambas posiciones revelan dudosos orígenes: una en el resentimiento, la otra en el miedo. Y cuando el debate moral sobre el tema alcanza un punto muerto o se hace demasiado complicado para llegar a la verdad, entonces pueden comenzar las polémicas psicológicas. Más tarde, encontraremos otros enfoques desde los que puede abordarse este problema, los suficientes para mantenernos ocupados el resto de nuestras vidas.

Mientras tanto, el hombre morboso continúa empleando su *tiempo en la tierra* en nada útil, hasta que al final (entre vientos enloquecidos, pálida luz de luna y espectros macilentos) él usa el suyo exactamente igual que todos los demás: hasta agotarlo.

PESIMISMO Y HORROR SOBRENATURAL: PRIMERA LECCIÓN

Locura, caos, violencia desenfrenada, devastación de innumerables almas… mientras gritamos y perecemos, la Historia se lame un dedo y pasa la página. La ficción, incapaz de competir contra el mundo en cuanto a la viveza del dolor y los duraderos efectos del miedo, lo compensa a su manera. ¿Cómo? Inventando medios más extraños para fines atroces. Entre estos medios, por supuesto, está lo sobrenatural. Al transformar desastres naturales en sobrenaturales, encontramos la fuerza para afirmar y negar simultáneamente su horror, para disfrutarlos y sufrirlos al mismo tiempo.

Tanto es así que el horror sobrenatural es el producto de una especie de ser profundamente dividido. No es una propiedad que tengan ni siquiera nuestros parientes más cercanos en el entero mundo natural: lo adquirimos, como parte de nuestra lúgubre herencia, cuando nos convertimos en lo que somos. En cuanto cobramos consciencia del dilema humano, inmediatamente salimos despedidos en dos direcciones distintas, dividiéndonos por la mitad. Una mitad se dedicó a la apologética e incluso a la celebración de nuestro nuevo juguete de la consciencia. La otra mitad lo condenó y ocasionalmente lanzaba ataques directos contra este «don».

El horror sobrenatural fue una de las formas que descubrimos para permitirnos vivir con nuestros yoes duales. Al usarlo descubrimos cómo reunir todas las cosas que nos victimizan en nuestras vidas naturales y transformarlas en la mismísima materia de demoniaco placer en nuestras vidas de fantasía. En cuentos y en canciones, podíamos entretenernos con lo peor que podíamos imaginar, tachando nuestros dolores reales para escribir encima otros que fueran irreales e inofensivos para nuestra especie. También podemos hacer este truco sin allanar la morada del horror sobrenatural, pero entonces corremos el riesgo de encontrarnos con desgracias demasiado cercanas a nuestro hogar. Aunque el horror logre que nos retorzamos o nos estremezcamos, jamás nos hará llorar por la lástima que nos producen las cosas. El vampiro puede simbolizar nuestro horror tanto de la vida como de la

muerte, pero ninguno de nosotros ha sido jamás aniquilado por un símbolo. El zombi puede que represente nuestro asco por la carne y sus apetitos, pero nadie ha muerto nunca de asco por un concepto. Por medio del horror sobrenatural podemos tirar de nuestros propios hilos del destino sin desplomarnos… marionetas nacidas de forma natural cuyos labios están pintados con nuestra propia sangre.

EL. PESIMISMO Y EL HORROR SOBRENATURAL: SEGUNDA LECCIÓN

Cuerpos muertos que se pasean de noche, cuerpos vivos repentinamente poseídos por nuevos propietarios y aspiraciones letales, cuerpos sin una forma sensible y todo un Corpus de leyes antinaturales con arreglo a las cuales se imponen torturas y ejecuciones son solo unos cuantos ejemplos de la lógica que sigue el horror sobrenatural. Es una lógica basada en el miedo, una lógica cuyo único principio establece que: «La existencia es equivalente a una pesadilla». A menos que la vida sea un sueño, nada tiene sentido. Porque, como realidad, es un fracaso manifiesto. Unos pocos ejemplos más: Un alma confiada se encuentra con una noche de mal humor y debe pagar un precio espantoso; otro abre la puerta equivocada, ve algo que no debería haber visto y sufre las consecuencias; otro más recorre una calle desconocida… y se *pierde* para siempre.

Que todos merecemos el castigo del horror es un hecho tan desconcertante como innegable. Ser cómplice, aunque involuntario, de una no-realidad irracional es ya suficiente delito para merecer la más dura de las sentencias. Pero hemos sido entrenados tan bien para aceptar el «orden» de un mundo irreal que no nos rebelamos contra él. ¿Cómo podríamos? Donde el dolor y el placer forman una alianza corrupta contra nosotros, el paraíso y el infierno son simplemente secciones diferentes de la misma burocracia monstruosa. Y entre estos dos polos existe todo lo que conocemos o lo que podemos llegar a conocer. No es ni tan siquiera posible imaginar una utopía, terrenal o de otro tipo, que resista los embates de la crítica más moderada. Pero hay que tener en cuenta la espantosa realidad de que vivimos en un mundo que *gira*. Tras considerar esta verdad, nada debería pillarnos por sorpresa.

Sin embargo, en raras ocasiones, sí logramos vencer la desesperanza o las veleidades y nos amotinamos demandando vivir en un mundo real, un mundo que esté al menos ordenado episódicamente para nuestro beneficio. Pero

quizás sea solo un demonio de algún tipo el que nos mueve a tan ociosa insubordinación, agravando de esta manera aún más nuestra condición en el seno de lo irreal. Después de todo, ¿no es asombroso que se nos permita ser a un mismo tiempo testigos y víctimas de la solemnidad sepulcral del tejido que se deteriora? Una cosa sabemos que es real: el horror. Es tan real, de hecho, que no estamos seguros de que pudiera existir sin nosotros. Sí, necesita nuestra imaginación y nuestra consciencia, pero no pide o requiere nuestro consentimiento para usarlas. En electo, el horror opera con completa autonomía. Generando estragos ontológicos, es una espuma mefítica sobre la que nuestras vidas simplemente flotan. Y, una vez dicho todo, debemos enfrentarnos a ello: el horror es más real que nosotros mismos.

ARMONÍA SARDÓNICA

La compasión por el dolor humano, una humilde sensación de nuestra transitoriedad, una valoración absoluta de la justicia… todas nuestras supuestas virtudes no hacen sino perturbarnos y sirven para reforzar el horror, no para mitigarlo. Además, estas cualidades son las menos vitales, las menos acordes con la vida. La mayoría de las veces se interponen en la trayectoria ascendente de uno en el maremágnum de este mundo, que encontró su rumbo hace mucho tiempo y no se ha desviado desde entonces. Las supuestas afirmaciones de la vida (todas ellas basadas en la propaganda del Mañana: la reproducción, la revolución en su sentido más amplio, la compasión en cualquier forma que se pueda imaginar) son solo afirmaciones de nuestros deseos. Y, de hecho, estas afirmaciones no afirman otra cosa que nuestra tendencia al auto- castigo, nuestra manía por preservar una inocencia demente ante hechos horribles.

Por medio del horror sobrenatural podemos evadirnos, aunque sea momentáneamente, de las horrendas represalias de la afirmación. Cada uno de nosotros, tras haber sido secuestrado de la no-existencia, abre los ojos al mundo y divisa en el camino unas cuantas convulsiones y una eliminación final. Qué extraño panorama. Así que, ¿para qué afirmar nada? ¿Por qué hacer una virtud patética de una terrible necesidad? Estamos abocados a un destino idiota que merece toda burla. Y como no hay nadie alrededor para hacer la burla, nosotros mismos realizamos el trabajo. Así que, démonos el gusto de placeres crueles contra nosotros mismos y nuestras pretensiones, deleitémonos en lo Macabro Cósmico. Al menos podemos enviar unas

cuantas risas amargas hacia los rincones llenos de telarañas de este arisco y viejo universo.

El horror sobrenatural, en todas sus tenebrosas variaciones, permite al lector probar algunos placeres incongruentes con su bienestar personal. Hemos de reconocer que no es probable que esta práctica cuente con el favor generalizado. Los verdaderos amantes de lo macabro son tan poco comunes como los poetas, y forman una sociedad secreta por el hecho de figurar en la lista negra de los demás clubes, que en algunos casos cancelaron su afiliación desde su mismo nacimiento. Pero aquellos que han percibido ya el tufillo de otros mundos y experimentado con una cocina al margen de una existencia estable no serán capaces de permanecer alejados del misterioso banquete de terrores dispuesto para ellos. Merodearán a la luz de la luna vigilando las entradas de los cementerios, esperando el momento propicio para saltar la verja y ver qué hay dentro.

De una vez por todas, expresemos en voz alta la paradoja: «Nos han alimentado a la fuerza durante tanto tiempo con los escalofríos de mil cementerios que, por fin, buscando una salvación macabra, una redención a través del terror, consumimos de buena gana los terrores de la tumba… y los encontramos a nuestro gusto».

SUEÑOS PARA MUERTOS

EL MANICOMIO DEL DOCTOR LOCRIAN[17]

Los años pasaban y nadie en nuestra ciudad, nadie a quien pueda nombrar, dedicaba ni una sola palabra a aquella gran ruina que rompía la monotonía del horizonte. Ni tampoco se mencionaba el terreno con verja más cercano a los límites de la ciudad. Incluso en épocas remotas, pocas cosas se decían sobre esos lugares. Quizás alguien proponía derruir el viejo manicomio y arrasar el camposanto donde ningún interno había sido enterrado desde hacía una generación o más y, quizás, unos pocos, llevados por el calor del momento, asentirían mostrando su acuerdo. Pero la decisión siempre permanecía vagamente formulada y pronto perdía su forma y el impulso moría tranquilamente en las viejas y amables calles de nuestra ciudad.

Entonces, ¿cómo explicar ese repentino giro de los acontecimientos, esa conversión de un día para otro que dirigió nuestros pasos hacia aquel enorme y decrépito edificio y nos hizo pisar su camposanto de camino allí? Como respuesta, señalo la existencia de un movimiento secreto, un movimiento en las almas de los habitantes de la ciudad y en sus sueños. Así concebida, la misteriosa conversión pierde parte de su misterio. Uno solo necesita aceptar que todos estábamos obsesionados por el mismo renacido, que ciertas imágenes comenzaron a instalarse profundamente en nuestro fuero interno y se convirtieron en parte de nuestras vidas secretas. Finalmente, decidimos que ya no podíamos vivir como habíamos vivido.

Cuando surgió por primera vez la idea de emprender alguna acción, los residentes de los humildes barrios del oeste de la ciudad se mostraron más entusiastas e impacientes. Porque eran ellos los que habían padecido el mayor malestar al vivir a plena vista del terreno asilvestrado y las lápidas torcidas de aquella franja de tierra atestada donde mentes enfermas quedaron confinadas para la eternidad. Pero todos nosotros estábamos igualmente abrumados por el propio manicomio, que parecía ser visible desde cualquier rincón de la ciudad… desde las habitaciones altas del viejo hotel, desde los silenciosos cuartos de nuestros hogares, desde calles en sombra por la niebla matutina o la bruma crepuscular, y desde mi propia tienda siempre que miro por el cristal del escaparate. Y para empeorar las cosas, el sol se ponía todos los días tras el manicomio, condenando así a nuestra ciudad a una oscuridad prematura por la larga sombra de aquel enorme edificio.

Sin embargo, más inquietante que nuestras vistas al manicomio era la mirada idiota que parecía arrojar sobre nosotros. De hecho, a lo largo de los años algunas personas habían denunciado haber visto figuras inmóviles con ojos dementes mirando desde las ventanas del manicomio las noches en las que la luna brillaba más de lo normal y el cielo parecía contener una cantidad de estrellas mayor de la habitual. Aunque pocas personas hablaban de tales experiencias, casi todo el mundo había experimentado otras visiones en el asilo que nadie podía negar. Y qué extrañas cosas provocaba en nuestras mentes; por toda la ciudad se imaginaban vagas escenas interiores.

De niños, la mayoría habíamos visitado en algún momento aquel lugar prohibido, y más tarde continuamos nuestras vidas con los recuerdos de aquellas lúgubres aventuras. Con el paso del tiempo llegamos a comparar nuestras vivencias, recopilando este conocimiento del manicomio hasta que pareció poco decoroso seguir aumentándolo.

Según todos los relatos, aquella vieja institución era un cámara de los horrores, si no toda ella, al menos en ciertos rincones aislados. No era solo que una habitación en concreto atrajera la atención por su atmósfera de desolación: paredes grises agujereadas como esponjas, el suelo lleno de restos de todos los años en que se pudo entrar con libertad por las ventanas rotas, y una cama baja y hundida tras soportar tan las noches de lágrimas y gritos inútiles. Había algo más.

Quizás una de las paredes de tal estancia tenía un panel deslizante que podía ser abierto solo desde el otro lado. Y junto a esa habitación habría otra sin mobiliario y que no parecía haber sido habitada nunca. Pero apoyados contra una pared de esta otra habitación, directamente debajo del panel deslizante, habría unos palos largos de madera, y montados en los extremos de estos palos había pequeñas y horribles marionetas.

Otra habitación podría estar totalmente vacía, pero con las paredes cubiertas con pálidos fragmentos de extrañas escenas fúnebres. Tras apartar algunas tablas sueltas del suelo en el centro de la habitación, se podía descubrir varios pies de tierra sobre un viejo ataúd vacío.

Luego había una habitación muy especial (una habitación que yo mismo visité) que estaba situada en la planta más alta del manicomio. En el techo de esa habitación había una gran claraboya. Y colocado bajo esa abertura que daba al cielo, firmemente fijada al suelo, había una mesa larga con gruesas correas que colgaban a los lados.

Otras habitaciones extrañas habían quedado borradas de mi memoria, aunque sé que existieron y podría haber soñado con ellas. Pero ninguna de

estas se destacó en los comentarios durante el desmantela- miento real del manicomio, cuando la mayoría de nosotros andábamos atareados acarreando escombros de décadas a través de grandes boquetes que hicimos en las paredes externas del edificio, mientras a cierta distancia el resto de la ciudad era testigo de la demolición en un estado de silencio atento. Entre este grupo estaba el señor Harkness Locrian, un viejo y delgado caballero de grandes ojos cuyo silencio no era como el de los demás.

Quizás esperábamos que el señor Locrian expresara sus objeciones a nuestro proyecto, pero no lo hizo. Aunque nadie que yo conociera sospechaba que albergara algún sentimiento morboso por aquel manicomio, era difícil olvidar que su abuelo había sido el director del Sanatorio del condado de Shire durante sus años de decadencia, y que su padre había clausurado el lugar en unas circunstancias que seguían siendo un episodio oscuro de la historia de la ciudad. Nosotros hablábamos poco sobre el manicomio y su camposanto, pero el señor Locrian no hablaba sobre ellos nunca. Sin iluda, esta reticencia solo reforzaba en nuestras mentes aquel vínculo invisible que parecía existir entre él y las terribles ruinas que cerraban el horizonte. Incluso yo, que conocía al anciano mejor que nadie en la ciudad, lo miraba con cierto grado de prudencia. Externamente, por supuesto, me mostraba cortés con él, incluso amigable; después de todo, él era el cliente más anciano y fiable de mi negocio. Y poco después de que acabara la demolición del manicomio y el último de los restos de sus antiguos residentes hubiera sido exhumado e incinerado rápidamente, el señor Locrian vino a visitarme.

En el momento en el que entró en la tienda, yo estaba examinando algunos libros sobre curiosidades eróticas que acababan de llegar especialmente encargados para él. Pero aunque ya estaba hastiado de tales coincidencias a lo largo de años de comerciar con libros, que poseen cierta cualidad que parece favorecer sucesos de esta naturaleza, había algo desagradable en esta particular y rara coincidencia.

Buenas tardes -dije-, ¿Sabe?, estaba justamente echando un vistazo…

—Ya veo.

El señor Locrian se acercó al mostrador, donde columnas de libros dejaban muy poco espacio despejado. Mientras echaba un vistazo a estas novedades (apenas interesado, o eso me pareció), se desabotonó lentamente el abrigo, una prenda pesada y grande que hacía parecer su cabeza un tanto pequeña para ese cuerpo. Qué fácil me resulta imaginarlo de nuevo aquel día. E incluso ahora su voz suena claramente en mi memoria, una voz que era demasiado suave para los ojos fieramente brillantes del anciano. Tras unos

segundos se dio la vuelta y comenzó a pasearse despreocupadamente por la tienda, como si buscara a otros que pudieran estar recluidos entre las pilas de libros. Dobló una esquina y por unos instantes desapareció de mi vista.

—Así que finalmente está acabado —dijo—. Toda una proeza, debo decir. Una hazaña digna de mención.

—Supongo que sí —contesté mientras observaba al señor Locrian recorriendo el pasillo trasero de la tienda, apareciendo y desapareciendo al pasar por las hileras de estantes.

—Sin duda lo es —dijo, dirigiéndose directamente al final del pasillo delante de mí. Después, tras acercarse al mostrador tras el que yo estaba, colocó las manos sobre este, se inclinó hacia delante y dijo-: Pero ¿qué se ha logrado? ¿Qué ha cambiado realmente?

El tono de voz con que formuló la pregunta sonó a un mismo tiempo burlón y malhumorado, con indeseables connotaciones que resonaban en todos los lugares lejanos donde la verdad había sido silenciada y abandonada como un idiota aullante. Sin embargo, le seguí la mentira.

—Si quiere decir que hay muy poca diferencia ahora, no me queda más remedio que estar de acuerdo. Solo la eliminación de una monstruosidad. Eso es lo único que pretendíamos hacer. Simplemente eso.

Entonces intenté desviar su atención a los libros que habían llegado para él ese mismo día. Pero me interrumpió fríamente diciendo:

—Debemos estar andando por calles diferentes, señor Crane, y viendo rostros bastante distintos, y escuchando diferentes voces de la ciudad. -Hizo una pausa, como si esperara que yo lo contradijera. Su rostro adoptó entonces una expresión maliciosa—. Dígame, señor Crane, ¿ha escuchado alguna vez historias sobre el manicomio? ¿Lo que algunos vieron en sus ventanas? Quizás usted mismo fue uno de ellos.

No dije nada, lo cual él quizás entendió como una confirmación de que yo sí era una de esas personas. Continuó:

—¿Y no hay ahora la misma sensación de consternación, aquí en esta ciudad, como la que inspiraron aquellas historias en los que las oían? ¿Puede reconocer que los días y noches son mucho peores ahora que lo eran antes? Por supuesto, puede decirme que es simplemente la naturaleza cambiante de la estación del año, el frío, las severas tardes que usted contempla por el escaparate de su comercio. De camino aquí, de hecho, escuché a algunas personas comentar ese tipo de cosas. También decían otras cosas que pensaron que yo no alcanzaba a oír. De alguna manera, todos parecen saber lo de mis libros, señor Crane.

No me miró mientras pronunciaba este último comentario, pero comenzó a pasearse lentamente de un extremo al otro del mostrador.

—Señor Locrian, lamento que sienta que he faltado a su confianza. Jamás imaginé que significara nada.

Se detuvo a medio camino y ahora me miró con una expresión de perdón casi paternal.

—Por supuesto -dijo-. Pero las cosas ahora son muy diferentes, ¿me reconocerá esto al menos?

—Sí —reconocí finalmente.

—Pero nadie está del todo seguro de en qué manera las cosas son diferentes.

—No -dije, mostrando mi acuerdo.

—¿Sabía que mi abuelo, el *doctor* Harkness Locrian, fue enterrado en ese cementerio que ustedes han arrasado?

Con una punzada repentina de sorpresa y vergüenza, respondí:

—Estoy seguro de que si usted hubiera dicho algo…

Pero él ignoró mis palabras, como si no hubiera dicho nada en absoluto o, al menos, nada que le disuadiera de depositar en mí sus confidencias.

—¿Es seguro sentarse aquí? -preguntó señalando una vieja silla junto al escaparate. Y al otro lado de este, despejado, el pálido sol de otoño iba hundiéndose en el horizonte.

—Sí, por favor —dije al tiempo que observaba a un viandante que había descubierto al señor Locrian y le miraba de una manera extraña.

—Mi abuelo —continuó el señor Locrian— se sentía como en casa con sus lunáticos. Puede que le sorprenda escuchar tal cosa. Aunque la casa que ahora me pertenece en otro tiempo fue suya, no pasaba casi tiempo allí, ni siquiera para dormir. Solo después de que cerraran el sanatorio pasó a ser un residente de su propia casa, que para entonces ya era la residencia donde yo vivía con mis padres, que ahora tenían a su cargo al anciano.

»Mi abuelo pasó sus últimos años en una pequeña habitación del piso de arriba, con vistas a las afueras de la ciudad, y recuerdo verle día tras día mirando por la ventana en dirección al sanatorio.

—No tenía ni idea—le interrumpí—. Parece bastante…

—Por favor, antes de que dé por sentado que el suyo era simplemente un vínculo sentimental, por muy perverso que fuera, permítame que le diga que no era tal cosa. Sus sentimientos con relación al sanatorio eran bastante increíbles teniendo en cuenta la manera en la que él había aplicado su autoridad en aquel lugar. Lo descubrí cuando todavía era muy joven, pero no

tan joven como para no entender el profundo conflicto que existía entre mi padre y mi abuelo. Hacía caso omiso a la advertencia de que no pasara demasiado tiempo con el anciano, sucumbiendo al misterio de su presencia. Y una tarde se reveló.

»Estaba mirando por la ventana y no se volvió hacia mí ni una sola vez. Pero después de haber estado sentados en silencio durante un rato, comenzó a susurrar algo. "Ellos cuestionaban —dijo—. Ellos acusaban. Se quejaban de que nadie salía jamás curado de aquel lugar". Entonces sonrió y comenzó a explicar en detalle. "¿Qué cosas vieron —susurró— para alcanzar tal… conocimiento? No miraron los rostros". No, no dijo "rostros", sino "ojos". Sí, dijo: "… no miraron los *ojos* de esos seres, los ojos que reflejaban la belleza muerta del propio universo silencioso y vigilante".

»Esas fueron sus palabras. Y luego habló sobre las voces de los pacientes a su cuidado. Susurró y le cito ahora que: "la maravillosa música de esas voces daba voz al delirio supremo de los planetas al girar una y otra vez como títeres brillantes danzando en la negrura". En las palabras errantes de esos lunáticos, me dijo, los misterios antiguos eran recuperados.

»Como todos los verdaderos monarcas del misterio —continuó el señor Locrian—, mi abuelo aspiraba a un conocimiento que era tácito e inexpresable. Y cada libro de la extraña biblioteca que dejó a sus herederos atestigua esta aspiración. Como ya sabe, he ido incrementando esta colección a mi propia manera, como hizo mi padre. Pero nuestras razones no son o eran las mismas que las del viejo doctor. En su sanatorio, el doctor Locrian había hecho algo muy extraño, algo que tal vez solo él tenía conocimientos y el impulso necesarios para hacerlo. No fue hasta muchos años más tarde cuando mi padre intentó explicarme todo, tal como yo ahora intento explicárselo a usted.

»He dicho que mi abuelo fue y siempre había sido un monarca de los misterios, jamás un hombre de convicciones filantrópicas, ni un sanador de psiques heridas. No adoptaba en absoluto una perspectiva terapéutica con los internos del sanatorio. No los consideraba como almas poseídas, ni por demonios ni por sus propias historias dolorosas, sino como seres que mantenían una extraña alianza con otros órdenes de existencia, que contenían en sí mismos una partícula de algo eterno, una mota dorada de magia que él creía que podía ser aumentada. Así pues, su ambición le llevó no a aliviar la locura de sus pacientes, sino a *exasperarla*… dejarla respirar con vida propia. Y lo hizo de ciertas formas que erradicaron los atributos humanos que aún poseían estas gentes. Pero, en ocasiones, esa magia peculiar que él veía en los

ojos de aquellos dementes parecía apagarse, y entonces iniciaba su "tratamiento adecuado", que consistía en someterlos a una batería de situaciones insoportables para desligarlos del mundo de la humanidad y proyectarlos más allá, hacia el reino del "universo silencioso y vigilante", donde la locura del infinito podría resultar en una cura bastante paradójica. El resultado era algo tan patético como una marioneta y tan exaltado como las estrellas, algo a un mismo tiempo muerto y eterno, algo sin destino y por lo tanto imperecedero, consignado para siempre a esa vacuidad abismal que es la esencia de todo lo que es inmortal. Y, de alguna manera, durante sus últimos días, mi abuelo empleó ese mismo procedimiento en sí mismo, alcanzando espacios más allá de la muerte.

»Sé que esto es cierto porque una noche, ya al final de mi niñez, me desperté y fui testigo de la prueba. Tras bajarme de la cama, recorrí el pasillo hacia la puerta cerrada de la habitación de mi abuelo. Me detuve delante de esa puerta, giré el pomo frío y miré tímidamente en el interior de la habitación, donde vi a mi abuelo sentado ante la ventana bajo la luz de la luna. Mi curiosidad debió vencer mi terror, porque de hecho hablé a este espectro. "¿Qué haces aquí, abuelo?", pregunté. Y sin apartar la mirada de la ventana, contestó: "Hacemos exactamente lo que ves". Por supuesto, lo que yo veía era a un anciano al que le llamaba su tumba, pero que ahora miraba por la ventana hacia las ventanas del sanatorio, donde otros que no eran humanos le devolvían la mirada.

«Cuando alerté a mis padres, atemorizado por lo que había visto, me quedé atónito cuando mi padre me respondió, no con incredulidad, sino con ira. Había desobedecido sus advertencias sobre el cuarto de mi abuelo. Luego me reveló la verdad exactamente como ahora se la revelo a usted, y año tras año repetía e incluso expandía este enigmático conocimiento: por qué esa habitación siempre debía estar cerrada y por qué el sanatorio jamás debía ser tocado. Puede que usted no sepa que anteriormente hubo un intento de destruir el sanatorio, pero fue cancelado por la intervención de mi padre. Él estaba mucho más unido de lo que yo jamás podría estarlo a esta ciudad, que dejó de tener un futuro hace ya mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo hace que no se construye un edificio nuevo aquí? Este lugar se habría derrumbado con el paso del tiempo. El curso natural de las cosas lo habría desmantelado, como el manicomio, que habría desaparecido si se hubiera dejado estar. Pero cuando todos ustedes se alzaron y marcharon hacia la vieja ruina, no sentí ningún impulso para intervenir. Ustedes mismos se lo han buscado —concluyó con complacencia.

—¿Y qué es lo que hemos hecho? —pregunté con un tono frío y reprimiendo una indignación misteriosa.

—Solo intenta conservar lo poco que le queda de paz en su mente. Sabe que algo va muy mal en esta ciudad, que jamás deberían haber hecho lo que hicieron. Pero no es capaz de llegar a ninguna conclusión con lo que le he dicho.

—Con todos mis respetos, señor Locrian, ¿cómo espera que me crea lo que me ha contado?

Se rio débilmente.

—De hecho, no lo espero. Pero con el tiempo llegará a saberlo. Y entonces le contaré más cosas, cosas que no podrá evitar creer.

Mientras se levantaba de la silla junto a la ventana, le pregunté:

—¿Por qué me lo cuenta? ¿Por qué vino hoy aquí?

—¿Por qué? Porque pensé que quizás mis libros ya habrían llegado. Y también porque ya todo ha acabado. Los otros -se encogió de hombros—… no tienen remedio. Usted es el único que podría entenderme. No ahora, pero sí con el tiempo.

Y ahora, en efecto, entiendo lo que el anciano me dijo de una manera que no pude entender aquel día de otoño de hace unos cuarenta años.

Fue hacia el final de ese mismo triste día, durante un desapacible crepúsculo, cuando ellos comenzaron a aparecer. Como figuras que emergían silenciosamente de las profundidades de la memoria, forcejeaban en las sombras y poco a poco se hicieron visibles. Pero aunque la transición había sido sutil, insidiosamente gradual, no pasó inadvertida mucho tiempo. Al caer la noche eran molestamente visibles por toda la ciudad, siempre enmarcados en alguna ventana alta de los edificios que ocuparon: los apartamentos sobre tiendas en el centro de la ciudad, el piso más alto de un viejo hotel, las torres vacías de edificios públicos, los altos torreones y elegantes frontones de las casas más distinguidas y los áticos de los hogares más humildes.

Sus formas eran tan tenuemente relucientes como las constelaciones en otoño arriba en el negro cielo, y sus rostros brillaban con la misma expresión congelada de plácida vacuidad. Y las vestiduras de estas apariciones concordaban grotescamente con sus alrededores. Enterrados hacía muchos años en ropas antiguas de corte tradicional, parecían pertenecer a la ciudad moribunda de una manera que sus ciudadanos vivos no eran capaces de emular. Y es que las calles de la ciudad ahora perdieron cualquier rastro de vida que quedara en ellas y se convirtieron en los oscuros pasillos de un museo donde estas céreas pesadillas estaban expuestas.

A la luz del día, cuando se miraba desde la calle, las figuras de las ventanas adoptaban una apariencia mortecina y acartonada. De alguna manera resultaban menos crispantes. Era entonces cuando algunos de nosotros se aventuraban en esas estancias en lo alto. Pero jamás se encontró nada al otro lado de lo que ahora eran *sus* ventanas… nada a excepción de la habitación vacía que no iluminaba ninguna luz y que más pronto o más tarde nos expulsaba provocándonos ataques de un terror insólito. Por la noche, cuando nos parecía oírlos golpear erráticamente los suelos sobre nuestras cabezas, su presencia en nuestros hogares nos hacía salir a las calles. De día y de noche nos convertimos en vagabundos insomnes, extraños en nuestra propia ciudad. Según recuerdo, finalmente dejamos de reconocernos entre nosotros. Pero un nombre, un rostro, seguía siendo conocido por todos: el del señor Harkness Locrian, cuya mirada nos obsesionaba a todos y cada uno de nosotros.

Fue sin duda en su casa donde comenzó el fuego que consumió cada rincón de la ciudad. Hubo algunos intentos de detener su avance, pero un tanto desganados y pronto abandonados. Durante la mayor parte del tiempo, permanecimos de pie en silencio, observando con gesto ausente las llamas que ascendían hacia las ventanas superiores, donde las figuras espectrales posaban como retratos enmarcados.

Por fin, estos demonios fueron exorcizados y sus ventanas vaciadas. Pero solo después de que la ciudad fuese arrasada por el holocausto.

Tan solo quedaban escombros quemados. Más tarde se supo que uno de nuestros ciudadanos murió en el incendio, aunque nadie investigó las circunstancias exactas en las que el viejo señor Locrian afrontó su abrasadora muerte.

Nadie intentó recuperar la ciudad que habíamos perdido. Cuando cayeron las primeras nieves ese año, nevó sobre ruinas sin dueño. Pero ahora, tras el paso de tantos años, no son los escombros cenicientos de esa ciudad los que me acosan a todas horas; es esa gran ruina en cuya sombra mi mente ha quedado presa.

Y si me han confinado a esta habitación porque hablo con un rostro chamuscado que aparece en mi ventana, entonces que protejan esta misma habitación de cualquier profanación después de que me haya ido. Pues el señor Locrian ha cumplido su promesa; me contó ciertas cosas cuando estuve preparado para escucharlas. Y aún le quedan cosas por contarme, secretos que sobrepasan toda locura. Encomendándome a una cura absoluta, emparedará otra alma entre las negras e ilimitadas paredes de ese manicomio eterno donde

las estrellas danzan para siempre como marionetas brillantes en el vacío silencioso y vigilante.

LA SECTA DEL IDIOTA[18]

> El caos primigenio, Señor de Todos… el dios ciego e idiota: Azathoth.
>
> —NECRONOMICON

Lo insólito es un territorio del alma solitaria. Perdido en el mismo instante en el que la multitud aparece a la vista, permanece dentro de las grandes hondonadas de los sueños, un lugar infinitamente apartado que se prepara para tu llegada y para la mía. Un júbilo asombroso, un dolor extraordinario… los espantosos polos de un mundo que a un mismo tiempo amenaza y sobrepasa a este. Es un infierno milagroso hacia el que uno avanza inconscientemente. Y su entrada, en mi caso, era una vieja ciudad cuya lealtad con lo irreal infundió en mi alma una sacra locura mucho antes de que mi cuerpo llegara a morar en ese lugar incomparable.

Poco después de llegar a la ciudad (cuya identidad, al igual que la mía, es mejor no sacar a la luz) me instalé en una habitación alta desde la que divisaba el ideal de mis sueños a través de unos rombos de cristal. Cuántas veces me había quedado mentalmente frente a esas ventanas y había vagado absorto por las calles que ahora contemplaba allá abajo.

Descubrí una quietud infinita en las mañanas brumosas, milagros de silencio durante las tardes indolentes, y el retablo extrañamente parpadeante de noches interminables. Cada aspecto de la ciudad provocaba una sensación de sereno retiro. Había balcones, porches con barandilla y prominentes pisos superiores de tiendas y casas que creaban arcadas intermitentes sobre las aceras. Tejados colosales se cernían sobre calles completas y las transformaban en pasillos de un solo edificio que contenía una misteriosa multitud de habitaciones. Y estos remates fantásticos eran replicados más abajo por los tejados menores que caían sobre las ventanas como párpados medio cerrados y convertían cada entrada estrecha en el armario de un mago con engañosos fondos de sombras.

Por lo tanto, es difícil explicar cómo la vieja ciudad también transmitía una impresión de infinitud, de dimensiones ocultas que proliferaban, al mismo tiempo que se ajustaba a la mismísima imagen de la pesadilla de un claustrofóbico. Incluso las noches sobre los grandes tejados de la ciudad

parecían simplemente el nivel superior de un edificio terrestre, como mucho un viejo desván en el que las estrellas eran inútiles herencias y la luna un polvoriento baúl de sueños. Y esta paradoja era precisamente el origen del encanto de la ciudad. Me imaginaba los propios cielos como parte de una decoración esencialmente interior. De día: montones de nubles como bolas de polvo flotaban por las habitaciones vacías del cielo. De noche: un mapa fluorescente del cosmos se dibujaba sobre un gran techo negro. Cómo ansiaba vivir para siempre en este territorio de otoños medievales e inviernos mudos, cumpliendo mi sentencia a la vida entre todas las maravillas visibles e invisibles de las que solo había soñado desde tan lejos.

Pero ninguna existencia, por muy visionaria que sea, carece de sus pruebas y trampas.

Pasados tan solo unos pocos días en la vieja ciudad, me volví intensamente sensible debido a la soledad del lugar y a mi solitaria forma de vida. A última hora de una tarde, mientras descansaba en una silla junto a aquellas ventanas caleidoscópicas, escuché unos golpes en la puerta. Eran golpes muy tenues, pero tan inesperado era este acontecimiento elemental, y tan desarrollada estaba mi sensibilidad, que pareció como una inusitada agitación de fuerzas atmosféricas, una especie de cataclismo de espacio vacío, un terremoto en lo invisible. Vacilante, crucé el cuarto y me coloqué frente a la puerta, que era un simple tablón marrón sin molduras. La abrí.

—Oh —dijo el hombrecillo que espetaba fuera en el pasillo, Tenía el cabello plateado pulcramente peinado y unos ojos sorprendentemente azules-. Esto es embarazoso. Deben de haberme dado la dirección equivocada. La caligrafía de esta nota es un caos… -Bajó la mirada al papel arrugado que sujetaba en la mano—. ¡Ja! No importa, regresaré y lo comprobaré.

Sin embargo, el hombre no abandonó de inmediato la escena de su vergüenza; en lugar de eso, se elevó sobre las puntas de sus diminutos zapatos y miró por encima de mi hombro a la habitación. Todo su cuerpo, compacto como su estatura, parecía estar en un estado de excitación concentrada. Finalmente dijo:

—Hermosa vista desde su cuarto —y sonrió con los labios muy tensos.

—Así es —contesté, echando la vista atrás hacia la habitación y sin saber muy bien qué pensar. Cuando me di la vuelta, el hombrecillo había desaparecido.

Durante unos segundos de sorpresa no me moví. Luego salí al pasillo y miré a un lado y a otro del corredor en penumbra. No era muy ancho, ni se extendía una larga distancia antes de acabar en un rincón sin ventana. Todas

las puertas del resto de habitaciones estaban cerradas y no salía ni el menor ruido de ninguna de ellas. Por fin oí lo que sonaron como unas pisadas descendiendo tramos de escalera en los pisos inferiores, resonando levemente a través del silencio, hablando el susurrante lenguaje de las viejas pensiones. Me sentí aliviado y regresé a mi cuarto.

El resto del día pasó sin pena ni gloria, aunque de alguna manera matizado por todo un espectro de imaginaciones. Y esa noche experimenté un sueño muy extraño, la culminación, parecía, tanto de toda mi vida de soñador como de mi estancia de ensueño en la vieja ciudad. De hecho, mi vista de la ciudad a partir de ese momento cambió de manera dramática. Y, sin embargo, a pesar de la naturaleza del sueño, este cambio no resultó inmediatamente a peor.

En el sueño yo ocupaba una pequeña habitación a oscuras, una habitación de un piso alto desde cuyas ventanas se divisaba un laberinto de calles que se desplegaban bajo un abismo de estrellas. Pero, aunque las estrellas estaban esparcidas por una gran extensión de negrura, las calles allá abajo estaban envueltas en una viciada penumbra gris que no indicaba que fuera de día ni de noche, ni cualquier otra fase natural entre ambos. Cuando miré por la ventana, tenía la seguridad de que se estaban produciendo crípticos procedimientos en remotos rincones de esta escena, prácticas imprecisas que discrepaban de la realidad aceptada. También sentí que había una razón especial para que me preocupara sobre ciertas cosas que estaban sucediendo en una de las otras habitaciones altas de la ciudad, una habitación concreta cuya localización sin embargo yo desconocía. Algo me decía que lo que ocurría estaba específicamente planeado para que afectara mi existencia de una forma intensa. Al mismo tiempo, no sentía que yo tuviera alguna importancia ni en este ni en cualquier otro universo. No era nada más que una mota invisible perdida en las circunvoluciones de extrañas tramas. Y era el propio distanciamiento de los designios de mi universo soñado, esa sensación de increíble desamparo en medio de un orden ajeno del ser, el origen de ansiedades que nunca había experimentado. Yo no era más que un trozo irrelevante de tejido vivo atrapado en un lugar en el que no debería estar, con peligro de quedar retenido en alguna enorme red de arrastre de la perdición, un jirón insignificante de carne sacado de su elemento de luz e introducido en una oscuridad gélida. En el sueño no había nada que sustentara mi existencia, la cual presentía que en cualquier momento podía ser horriblemente alterada o simplemente finalizada. En el sentido más radical de la expresión, mi vida no era *de importancia.*

Y, sin embargo, no podía evitar que mi atención se dirigiera a aquella otra habitación, sintiendo las tramas elaboradas que se desarrollaban allí y lo que podrían significar para mi existencia. Me pareció ver unas figuras irreconocibles ocupando esa habitación espaciosa, un lugar amueblado solamente con unas cuantas sillas de extraño diseño y dominándolo todo una mareante vista de la negrura estrellada. La enorme luna redonda del sueño aportaba la suficiente iluminación para los propósitos de la noche, pintando las paredes de la misteriosa habitación de un profundo azul acuático; las estrellas, innecesarias y ornamentales, presidían a modo de lámparas menores sobre esta reunión y sus oficios nocturnos.

Mientras observaba esta escena (aunque no físicamente presente, como ocurre en los sueños), llegué a la conclusión de que ciertas habitaciones ofrecían una maravillosa soledad para tales funciones o celebraciones. Su atmósfera, esa cualidad intangible que existe al margen de los elementos de forma y color, era de ensoñación, un estado en el que el tiempo y el espacio se habían desquiciado. Unos pocos segundos en esas habitaciones podrían equivaler a siglos o milenios, y su más pequeño recoveco podría abarcar todo un universo. Simultáneamente, esta atmósfera no parecía distinta a la de las antiguas habitaciones, las habitaciones altas y solitarias que había conocido durante mi vida despierto, a pesar de que *esta* habitación parecía bordear los abismos de la astronomía y sus ventanas parecían abrirse al infinito exterior. Entonces comencé a especular que, si la propia habitación no era de una clase única, tal vez eran los ocupantes los que habían introducido su elemento singular.

Aunque todos ellos iban cubiertos con una enorme capa, los lugares en los que la tela de estos ropajes abultaba y se ceñía hacia dentro al descender hasta el suelo, junto al extraño mecanismo de las sillas donde esas criaturas estaban situadas, delataban una peculiar forma que me mantuvo en un estado a un mismo tiempo de terror paralizante y embelesada curiosidad. ¿Qué eran estos seres cuyos ropajes bosquejaban cuerpos tan inexplicables? Con las sillas altas y de líneas angulosas colocadas en círculo, parecían inclinarse hacia todos lados, como monolitos tambaleantes. Era como si estuvieran adoptando posturas extrañamente simbólicas, colocando sus propios cuerpos en patrones hostiles al análisis terrenal. Encima del todo, sus cabezas, o al menos los segmentos superiores, eran las que se torcían más radicalmente inclinándose unas hacia otras, asintiendo de formas heréticas a nuestra anatomía terrestre. Y era desde esa parte de sus estructuras de donde brotaba un suave zumbido que parecía servirles de lenguaje.

Pero el sueño ofrecía otro detalle que posiblemente se relacionaba con el modo de comunicación entre estas figuras susurrantes sentadas bajo una luz de luna estancada. Y es que, sobresaliendo de las anchas mangas que colgaban a ambos lados de cada una de las figuras, se veían unos apéndices delicados que parecían marchitos, zarpas ajadas con numerosas garras rematadas con tentáculos flácidos. Y todos estos dedos alargados parecían moverse juntos con una viva y constante agitación.

Al ver por primera vez estos gestos aberrantes, me sentí a punto de despertar, para llevar al mudo real una sensación de terrible lucidez sin un significado seguro o posibilidad de expresión en ningún lenguaje, a excepción de los votos susurrados de esta inquietante secta. Pero permanecí un tiempo más en este sueño, más de lo que era normal. Contemplé el movimiento de aquellas zarpas marchitas, una gesticulación hiperactiva que parecía comunicar un conocimiento intolerable, alguna revelación definitiva con relación al orden de las cosas. Tales movimientos sugerían una variedad de analogías repulsivas: las patas tejedoras de arañas, el ávido frotar de las finas antenas de una mosca, las vertiginosas lenguas de las serpientes. Pero mi sensación prolongada en el sueño estaba solo parcialmente relacionada con lo que denominaría el *triunfo de lo grotesco.* Esta sensación (manteniéndose en la línea de ciertos sueños) era compleja y exacta, y no permitía ambigüedades o confusiones que pudieran aliviar al soñador. Y lo que me mostró mi contemplación mental fue la visión de un mundo en trance… un desfile hipnótico de seres que avanzaban sonámbulos al ritmo de las odiosas manipulaciones de sus amos susurrantes, esos monstruos encapuchados *que estaban entre los hipnotizados.* Y es que había un poder que se sobreponía al de ellos, un poder al que servían y del cual ellos simplemente emanaban, algo que estaba más allá de la hipnosis universal por virtud de su propia inconsciencia, su asombrosa idiotez. Estos amos encapuchados, a su vez, participaban en cierta medida de la naturaleza de los dioses, presidiendo pasivamente como zombis iluminados las multitudes de los extasiados, ese frenético reino de lo humano.

Y fue en este punto de mi sueño cuando llegué a convencerme de que existía una terrible intimidad entre yo mismo y esas efigies susurrantes del caos, cuya existencia me aterraba por su alejamiento de la mía. ¿Es que estos seres, por algún sombrío objetivo tan solo comprensible para ellos mismos, me habían permitido inmiscuirme en su infernal sabiduría? ¿O fue mi acceso a tan pútridos conocimientos arcanos simplemente el resultado de alguna carambola en el universo de átomos, una intersección del azar entre los

elementos demoniacos que componen toda creación? Pero a la verdad no le afectaban estas demencias; ya fuera por cálculo o por accidente, yo era víctima de lo desconocido. Y sucumbí a un terror extático ante tal descubrimiento.

Al despertarme, tenía la sensación de que me había llevado de allí una diminuta partícula, como una piedra preciosa de este horrendo éxtasis y, por alguna clase de alquimia asociativa, esta sustancia oscuramente cristalina infundió su magia en mi imagen de la vieja ciudad.

* * *

Aunque al principio me consideraba un conocedor consumado de los secretos de la ciudad, el día siguiente fue una jornada de un inesperado descubrimiento. Las calles que contemplaba esa mañana inmóvil estaban llenas de secretos nuevos y parecían conducirme a la mismísima esencia de lo extraordinario. Un elemento previamente desconocido parecía haber emergido en la composición de la ciudad, un elemento que debió de haber estado escondido en sus más oscuros barrios. Quiero decir que mientras estas pintorescas y arcaicas fachadas seguían teniendo la apariencia de un reposo de ensueño, finalmente existían, en mi visión, malignos movimientos bajo esa superficie. La ciudad poseía más maravillas de las que yo conocía, un botín de inusitadas ofrendas almacenadas en secreto. Sin embargo, de alguna manera, esta fórmula de engaño, de corrupción disfrazada, servía para intensificar los aspectos más atractivos de la ciudad: una riqueza de sensaciones insospechadas era ahora provocada por unos cuantos tejados inclinados, una entrada baja o una callejuela estrecha. Y la niebla que se expandía de manera uniforme por la ciudad a primeras horas de esa mañana resplandecía de sueños.

Vagué todo el día febrilmente exaltado recorriendo la vieja ciudad, mirándola como por primera vez. Apenas me detuve un segundo para descansar, y estoy seguro de que no me paré a comer. A última hora de la larde puede que también estuviera sufriendo agotamiento mental, porque había pasado muchas horas alimentando un extraño estado intelectual en el que la más pura euforia estaba invadida y enriquecida por corrientes de temor. Cada vez que doblaba una esquina o giraba la cabeza para detectar alguna señal significativa, el espectáculo híbrido que presenciaba me provocaba oscuros temblores… escenas espléndidas rotas por sombras malignas, lo morboso y lo amoroso perdidos para siempre en los brazos del otro. Y cuando

pasé bajo la arcada de una vieja calle y levanté la mirada hacia el alto edificio frente a mí, quedé casi abrumado.

Reconocí el lugar al instante, aunque jamás lo había visto desde mi actual perspectiva. De repente, parecía que ya no estaba fuera en la calle y mirando hacia arriba, sino que miraba hacia abajo desde la habitación situada justo bajo aquel tejado puntiagudo. Era la habitación más elevada de la calle y desde ninguna ventana de otro edificio podía verse su interior. El propio edificio, como algunos otros que lo rodeaban, parecía vacío, quizás abandonado. Comprobé varias formas de forzar la entrada, pero no necesité ninguno de estos métodos: la puerta principal, al contrario de lo que había observado inicialmente, estaba ahora ligeramente entreabierta.

En efecto, el lugar estaba abandonado, desnudo de tapices o apliques, y sus desolados pasillos semejantes a túneles solo eran visibles por la luz enfermiza que se filtraba a través de unas ventanas sucias y sin cortinas. Aparecieron ventanas idénticas en el descansillo de cada tramo de la escalera que se alzaba a través de la parte central del edificio como una columna vertebral sinuosa. Yo permanecía en un estado de pavor casi cataléptico ante el mundo en el que había entrado, este paraíso putrefacto. Era un lugar con una extraña atmósfera de infinita melancolía e inquietud, el imperecedero residuo de alguna desgracia cósmica. Ascendí las escaleras del edificio con una resolución solemne y mecánica, y solo paré cuando llegué al piso superior y encontré la puerta de cierta habitación.

E incluso en ese momento me pregunté: ¿podría haber irrumpido en esta habitación con tanta resolución si realmente esperara encontrar algo extraordinario en su interior? ¿Fue alguna vez mi intención enfrentarme a la locura del universo o, al menos, la mía propia? Tuve que confesar que, aunque había aceptado los beneficios de mis sueños y fantasías, no creía ciegamente en ellos. En el nivel más profundo, yo dudaba de ellos, era un escéptico que se permitía una imaginación demasiado libre y tal vez un lunático por mérito propio. Al parecer, la habitación estaba desocupada. Advertí este hecho sin sentir la decepción generada por una expectativa real, pero también con un extraño alivio. Luego, cuando mi vista se acostumbró al crepúsculo artificial de la habitación, vi el círculo de sillas.

Eran tan extrañas como las había soñado, más parecidas a aparatos de tortura que a cualquier otra clase de objeto práctico o decorativo. Sus largas espaldas estaban ligeramente inclinadas hacia delante y cubiertas con un extraño pellejo áspero distinto a cualquier cosa que hubiera contemplado antes; sus brazos eran como hojas de cuchillo, y cada uno de ellos tenía

marcados cuatro surcos semicirculares, separados uniformemente por toda su longitud, y debajo sobresalían seis patas unidas, un rasgo que transformaba cada objeto en algo parecido a un cangrejo, con la aparente capacidad de corretear por el suelo. Si durante unos segundos de aturdimiento sentí el estúpido deseo de sentarme en uno de esos extraños tronos, este impulso se apagó en cuanto observé que el asiento de cada una de las sillas, que al principio parecía consistir en un cubo sólido y pulido de cristal negro, era de hecho solo un cubículo abierto lleno de un líquido oscuro que se agitó extrañamente cuando pasé la mano por la superficie. Al hacerlo pude sentir un hormigueo por todo el brazo, de manera que me hizo tambalearme hacia atrás y caer al suelo de aquel horrible cuarto y odiar cada átomo de carne que rodeaba los huesos de ese miembro.

Me di la vuelta para salir, pero una figura de pie en la entrada me detuvo. Aunque ya había visto antes al hombre, ahora me pareció distinto por algún motivo, un hombre abiertamente siniestro más que simplemente enigmático. Cuando me molestó el día anterior, jamás hubiera sospechado cuáles eran sus alianzas. Sus maneras habían sido peculiares pero corteses, y no había dado ningún motivo para dudar de su cordura. Ahora no parecía más que una marioneta maligna en manos de la locura. Desde la postura torcida que había adoptado en la entrada hasta la expresión viciosa e idiota que poseía su semblante, se mostraba como una criatura extrañamente degenerada. Antes de poder apartarme de él, tomó mi mano temblorosa.

—Gracias por venir a visitarme -dijo con una voz que parodiaba su anterior cortesía. Tiró de mí hacia él; tenía los párpados entrecerrados y una amplia mueca de risa en la boca, como si estuviera disfrutando de una agradable brisa en un día de calor-. Te quieren con ellos cuando regresen -me dijo a continuación-. Quieren a sus elegidos.

Nada puede describir lo que sentí al escuchar esas palabras, que solo podían significar algo en una pesadilla. Sus implicaciones eran la quintaesencia del delirio infernal, y en ese instante toda la maravilla del mundo se tornó de repente en terror. Intenté zafarme de aquel loco, gritándole que soltara mi mano. «¿*Tu* mano?», me respondió a gritos. Luego repitió la frase una y otra vez, riéndose como si hubiera concluirlo algún chiste sarcástico en las profundidades de su demencia. Con tan alocado júbilo, se debilitó y logré escapar. Mientras bajaba a toda prisa las escaleras del viejo edificio, su risa me perseguía en forma de reverberaciones huecas que resonaban más allá de los espacios en penumbra de aquel lugar.

Y esa extraña y resonante risa permaneció conmigo mientras avancé aturdido en la oscuridad, intentando huir de mis propios pensamientos y sensaciones. Poco a poco los terribles sonidos que llenaban mi cerebro amainaron, pero pronto fueron reemplazados por un nuevo terror: el susurro de los extraños junto a los que pasaba en las calles de la vieja ciudad. Y daba igual lo bajo que hablaran o lo rápido que se callaran avergonzados avisándose unos a otros con carraspeos o miradas reprobadoras, sus palabras llegaban a mis oídos en fragmentos que pude reconstruir por su frecuente repetición. Los términos más comunes eran *deformidad y desfiguración.* Si yo no hubiera estado tan alterado podría haberme acercado a estas personas con cierta apariencia de civismo, me habría aclarado la garganta y les habría dicho: «discúlpenme, pero no he podido evitar oírlos… Y, si me permiten preguntar, ¿a qué se referían exactamente cuando dijeron…?» Pero descubrí por mí mismo qué significaban esas palabras *(qué horror, pobre hombre)* cuando regresé a mi cuarto y me coloqué frente al espejo de la pared, sujetando en equilibrio la cabeza con una mano de apoyo a cada lado.

Porque solo una de esas manos era mía.

La otra les pertenecía a ellos.

* * *

La vida es una pesadilla que te deja una marca para probar que, de hecho, es real. Y sufrir una locura solitaria parece una alegría del paraíso si se compara a la extraordinaria condición en la que la locura de uno mismo simplemente emula la locura del mundo. Yo he sido tentado por sueños; todo es un sinsentido ahora.

Permítanme escribir, mientras todavía puedo hacerlo, que la transformación no ha cesado. Ahora me resulta difícil continuar este manuscrito con cualquiera de las manos. Estos tentáculos espasmódicos no están diseñados para escribir de forma humana y estoy perdiendo la voluntad de empujar la pluma por la página. Aunque me he situado a una gran distancia de la vieja ciudad, su influencia permanece intacta. En estas cuestiones existe una aterradora libertad de las leyes reconocidas de espacio y tiempo. Nuevas leyes de entidad han comenzado a funcionar mientras yo lo contemplo desesperado.

En interés de otros, he tomado precauciones para ocultar mi identidad, así como el lugar exacto de un horror que no puede ser remediado. Sin embargo, también me he esforzado por revelar, como si fuera con intención maliciosa,

la existencia y naturaleza de aquellos mismos horrores. Sea como sea, ni mis motivos ni mis acciones importan en absoluto. Son bien conocidos por las criaturas que susurran en la habitación más alta de una vieja ciudad. Saben lo que escribo y por qué lo escribo. Quizás incluso son ellos los que guían mi pluma por medio de una mano que es una extensión de la suya propia. Y si alguna vez deseé ver qué había bajo aquellas capas oscuras, pronto podré satisfacer mi curiosidad con una simple mirada en el espejo.

Debo regresar a la vieja ciudad, porque ahora mi hogar no puede estar en ningún otro sitio. Pero mi forma de tránsito hasta aquel lugar no puede ser el mismo, y cuando vuelva a entrar en ese mundo de sueños será a través de un umbral que ningún humano jamás ha cruzado… ni cruzará.

EL MAYOR FESTIVAL DE MÁSCARAS[19]

Hay solo unas cuantas casas en la parte de la ciudad donde Noss comienza su excursión. Sin embargo, están separadas de forma que sugiera que en otro tiempo hubo un número mayor de casas que llenaban el paisaje, como un jardín que parece medio vacío porque ciertos brotes se han marchitado y todavía no se han plantado otros para reemplazarlos. A Noss incluso se le ocurre que estas casas hipotéticas, de momento contrafactuales, podrían en algún punto cambiar el sitio con aquellas que ahora existen, con el fin de otorgar a las ahora visibles un descanso bien merecido en la nada. Porque para entonces ya habrán cumplido su misión como elementos que otorgaron a la ciudad una identidad. Y ahora es justamente la estación de que ciertas cosas acaben en la nada y dejen espacio para otras entidades y otros modos de ser. Tales son los días de declive del festival, cuando lo viejo y lo nuevo, lo real y lo imaginario, la verdad y la mentira, todos se unen a la mascarada.

Pero incluso a estas alturas del festival algunos todavía tienen que interesarse lo suficiente en la tradición para visitar una de las tiendas de disfraces y máscaras. Hasta hace poco, Noss estaba entre este grupo. Pero, finalmente, ha decidido visitar un establecimiento cuyos estantes se desborden con disfraces y máscaras, a pesar de que el festival ya se encuentra en sus últimas fases.

En el curso de su pequeño viaje, Noss se mantiene vigilante a medida que los edificios se hacen más numerosos, suficientes para formar una calle, muchas calles estrechas, una ciudad. También observa múltiples indicadores de la estación festiva. Estos son en ocasiones desconcertantes, y en ocasiones de naturaleza flagrante. Por ejemplo, no pocas puertas se han dejado entreabiertas, incluso durante la noche, como si quisieran retar a las visitas o intrusos a descubrir lo que les espera dentro. Y permanecen unas luces tenues ardiendo en habitaciones vacías, o habitaciones que parecen vacías si uno no se acerca a las ventanas con incauta curiosidad y mira dentro. Menos funestos son esos montones de trapos sucios depositados en medio de ciertas calles, jirones de tela que son fácilmente agitados por el viento y giran alegremente de un lado a otro. A cada vuelta de esquina, Noss parece toparse con algún signo de abandono festivo: un sombrero, aplastado y despojado ya de todo estilo, ha quedado enganchado en el espacio donde falta un tablón de una valla alta; un cartel pegado a una pared ruinosa ha sido rasgado

diagonalmente por la mitad, dejando un trozo de cara aleteando en sus bordes. Y los celebrantes marcharán por extraños senderos del capricho, pero después de haberse trasquilado ellos mismos por todas partes, después de haber llenado las sombras de las entradas y callejones con mechones tiesos y pelusas rodantes. Reliquias de los sin sombrero, los sin rostro, los impetuosamente acicalados. Mientras Noss continúa andando, muestra poco interés en el evento lúdico que está contemplando por primera vez desde que se instaló en este lugar.

Pero se va interesando más según se acerca al centro de la ciudad, donde las casas, las tiendas, las vallas, los muros están más, mucho más… cerca. Parece que no hay apenas espacio para que unas pocas estrellas logren colar su luz erizada entre los tejados y las torres, y la enorme luna (desde luego, no un rostro conocido en este vecindario) debía conformarse con que tan solo se viera un borroso resplandor anónimo reflejado en ventanas plateadas. Las calles están más hacinadas aquí, y una sola puede tener varios nombres desde una punta a la otra. Algunos de los nombres podrían ser debidos no tanto a una planificación deliberada, o ni tan siquiera a rarezas de la historia local, sino a una aparente necesidad de lo superfino. Quizás una necesidad similar podría explicar por qué los edificios en este distrito exhiben tantos adornos inútiles: puertas con elaborados ornamentos, pero que no se pueden abrir, enormes contraventanas que cubren unas paredes vacías detrás; atractivos balcones, con bonitas barandillas y prometedoras vistas, pero sin ningún modo de acceso; escaleras que entran en recovecos oscuros… y un callejón sin salida. Estos adornos estructurales son indulgencias misteriosas en una zona tan carente de espacio que incluso las sombras deben ser compartidas. Al igual que otras cosas. Patios traseros, por ejemplo, donde aún ardían unas cuantas hogueras, las últimas piras del festival. Y es que en esta parte de la ciudad la estación aún estaba en pleno apogeo o, al menos, las señales de su conclusión todavía no han aparecido. Quizás los celebrantes por estos lares todavía se codean entre sí provocadoramente, todavía se enzarzan en absurdas travesuras que no se atreverían ni a imaginar y, en general, gozando como si no hubiera un mañana. Aquí el festival no está muerto. Y es que el delirio de esta celebración no radia desde el centro de las cosas, sino que se va filtrando hacia dentro desde los márgenes distantes. Así pues, el festival puede que se iniciara en un tugurio en los límites de la ciudad, si no en alguna casa abandonada más allá en el bosque. En cualquier caso, su agitación ahora ha alcanzado el corazón de esta lúgubre región donde Noss está a punto de visitar una de las muchas tiendas de disfraces y máscaras.

Una escalera empinada le conduce a una estrecha plataforma de un porche, y una fina puerta le da acceso a la tienda cuyas estanterías están en efecto abarrotadas de disfraces y máscaras. A Noss, esas estanterías le dan la impresión de un ocultamiento difícil de definir, sumidas en un silencio de ropas y rostros soñados. Con cautela, entresaca una máscara que sobresale de un estante alto. Un montón de estas caen sobre su cabeza. Tras retroceder de la avalancha de rostros falsos, observa la máscara que sonríe burlonamente en su mano.

—Excelente elección -dice el dependiente, que sale de detrás del mostrador al fondo de la tienda—. Póngasela y veamos. Sí, querido, es excelente. Puede ver cómo todo su rostro está bien cubierto, desde la línea del cabello hasta justo debajo de la barbilla y ni un milímetro más. Y a los lados se ajusta perfectamente. No le pincha, ¿verdad? —La máscara asiente confirmándolo—. Bien, así es como debe ser. No le obstruye las orejas (por cierto, las tiene muy bonitas) en caso de que alguien requiera su atención mientras su rostro está oculto bajo la máscara. Es cómoda, pero lo suficientemente ajustada para quedarse en el sitio y no caer en el fragor de la actividad. ¿Lo ve? ¡Después de un rato ni siquiera notará que la lleva puesta! Los agujeros para los ojos, la nariz y la boca están perfectamente colocados sobre sus rasgos. No interfiere en ninguna función corporal, es esencial. Y le queda tan bien, especialmente de cerca, aunque estoy seguro de que también en la distancia. Vaya allí y póngase bajo la luz de la luna. Sí, está hecha para usted, ¿qué me dice? Disculpe, ¿qué me dice?

Noss regresa junto al dependiente y se quita la máscara.

—He dicho que de acuerdo. Supongo que me llevaré esta.

—Bien, como si hubiera alguna duda de ello. Ahora permítame que le muestre algunas de las otras, a tan solo unos pasos de aquí.

El dependiente baja algo de uno de los estantes altos y lo coloca en las manos de su cliente. Lo que Noss sujeta ahora es otra máscara, pero una máscara que, de alguna manera, parece ser… inservible. Mientras que la primera máscara que eligió poseía todas las ventajas de conformidad con el rostro del portador, esta nueva máscara carece de tales ventajas. La superficie de esta es irregular, con protuberancias y huecos que parecen incómodos como mínimo, y posiblemente dolorosos. Y es mucho más pesada que la que él mismo eligió al principio.

—No —dice Noss, devolviéndole la máscara—, creo que la otra servirá.

El dependiente le mira como si se hubiera quedado sin palabras. Observa a Noss durante un largo rato antes de decir:

¿Me permite que le haga una pregunta personal? ¿Ha vivido, cómo podría decirlo, *aquí* toda su vida?

El dependiente señala al otro lado del grueso cristal del escaparate de la tienda. Noss responde negando con la cabeza.

—Bueno, entonces no hay prisa. No tome ninguna decisión apresurada. Quédese por la tienda y piénseselo, todavía tiene tiempo. De hecho, me estaría haciendo un favor. Tengo que salir un momento, ¿comprende? Y si pudiera echar un ojo le estaría muy agradecido. ¿Lo hará, entonces? Bien. Y no se preocupe —dice al tiempo que descuelga un enorme sombrero de un colgador que sobresale de la pared—, estaré de regreso enseguida, no tardaré. Si entra alguien, simplemente haga lo que pueda por el cliente —grita antes de cerrar la puerta de entrada.

Ahora, a solas, Noss mira con más atención los estantes llenos de esa otra clase de máscaras que el dependiente le había mostrado. Qué diferentes de lo que él consideraba que debía ser una máscara. Todas ellas compartían las mismas incomodidades en su forma y peso, así como en las aberturas colocadas en lugares inusuales para la ventilación, y además demasiadas. ¡De lo más extraño! Noss coloca de nuevo estas máscaras en los estantes de donde salieron y sujeta con fuerza la que el dependiente dijo que era perfecta para él, y muy práctica en todos los aspectos. Tras darse una vuelta vagamente interesado por la tienda, Noss encuentra un taburete detrás del mostrador y allí se queda dormido.

Parece que tan solo han transcurrido unos segundos cuando se despierta por un ruido indefinido. Tras volver en sí, pasea la vista por el establecimiento en busca del origen del ruido. Entonces, vuelve a escucharlo, un golpeteo suave en la parte trasera de la tienda. Tras saltar del taburete, cruza una entrada estrecha, desciende un tramo corto de escaleras, cruza otra puerta, asciende otro tramo corto de escaleras, recorre un pasillo corto y de techo muy bajo y, finalmente, llega a la puerta trasera de la tienda. Vuelve a sonar una o dos veces.

«Haga lo que pueda por el cliente», recuerda Noss. Pero parece inquieto.

—¿Por qué no entra por la parte de delante? —grita a través de la puerta. Sin embargo, no le llega una respuesta, tan solo una petición.

—Por favor, tráiganos cinco de esas máscaras. Estamos al otro lado del patio trasero de la tienda. Hay una valla alta. Y una hoguera al otro lado. Ahí es donde estamos ahora. Bueno, ¿puede hacerlo o no?

Noss inclina la cabeza hacia las sombras junto a la pared: un lado de su rostro está ahora en la oscuridad, mientras el otro es irreconocible, borroso,

debido a un fulgor extraño que es solo una impostura de la verdadera luz.

Denme un minuto, los veo allí —contesta finalmente—. ¿Me ha oído?

No recibe respuesta desde el otro lado. Noss abre la puerta un poco y mira hacia el patio trasero de la tienda. Lo que ve es un terreno descuidado rodeado por los tablones altos de una valla. Al otro lado de la valla hay una hoguera, aunque no es muy grande, tal como le dijo la voz. Pero sean cuales sean los indicios delictivos que Noss puede percibir o es capaz de imaginar, no puede desafiar las tradiciones del festival, incluso si uno considera que acaba de adoptar esta ciudad y sus costumbres festivas, por muy *peculiares* que sean. Y es que la inocencia y las excusas no armonizan con el espíritu de este evento increíblemente poco frecuente. Sumisamente, entonces, Noss recoge las máscaras y las lleva hasta la puerta trasera de la tienda. Sale con cautela.

Cuando llega al borde del patio (a una distancia mucho mayor de la tienda de lo que le había parecido en un principio), ve un resplandor de fuego rojizo a través de las ranuras de la valla, la cual tiene una puerta medio descolgada de las bisagras y un agujero a modo de pomo. Noss deja las máscaras que lleva en el suelo, se acuclilla y mira por el agujero de la puerta. Al otro lado de la valla hay un patio trasero exactamente como el de la tienda, a excepción de la hoguera. Reunidas alrededor de las llamas hay varias figuras (cinco, quizás cuatro) encogidas de hombros y con las columnas vertebrales curvadas hacia la luz de las llamas. Todas llevan máscaras que en un principio parecen bien sujetas en los rostros. Pero una a una, parece que las máscaras se sueltan y se caen, como si perdieran el ajuste con el rostro que cubren. Finalmente, una de las figuras se quita la máscara y la lanza al fuego, donde se riza y mengua hasta convertirse en una bola de negrura burbujeante. Las otras figuras, llegado el momento, repiten la acción de la primera. Liberadas de las máscaras, las figuras vuelven a adoptar su postura con los hombros encogidos. Pero la luz del fuego ahora brilla sobre cuatro, sí, cuatro tersas caras sin rasgos.

—Estas son las equivocadas, idiota —dice alguien a quien no había visto de pie en las sombras. Y Noss tan solo puede quedarse mirando aturdido mientras el otro coge las máscaras con tina mano y las lleva hacia la oscuridad-. ¡*Estas* ya no nos sirven! —grita la voz.

Noss se bate en retirada hacia la tienda, las cinco máscaras le golpean la estrecha espalda y caen boca arriba en el suelo. Y es que ha visto fugazmente al que hablaba en las sombras y comprende por qué *esas* máscaras no les sirven de nada ahora.

Una vez dentro de la tienda, Noss se apoya en el mostrador para recobrar el aliento. Entonces levanta la mirada y ve que el dependiente ha regresado.

—Había unas máscaras que saqué a la valla. Pero no eran las correctas —informó al dependiente.

—No hay problema —responde el otro—. Me encargaré de que les lleguen las correctas. No se preocupe, todavía queda tiempo. ¿Y usted qué tal?

—¿Yo?

—A las máscaras, me refiero.

—Oh, siento haberle molestado… No es en absoluto lo que pensé. Es decir, tal vez debería…

—¡Tonterías! No puede irse ahora. Confíe en mí y yo me ocuparé de todo. Quiero que vaya a un lugar donde saben cómo tratar casos como este. Usted no es el único que está un poco asustado esta noche. Está justo al doblar la esquina, este… no, *ese* camino, al cruzar la calle. Es un edificio alto y gris, pero no lleva allí mucho tiempo, así que procure no pasárselo de largo. Y debe bajar unas escaleras por un lateral. Bueno, ¿seguirá mi consejo?

Noss asiente obediente.

—Bien, no lo lamentará. Ahora, vaya directamente allí. No se pare por nadie ni por nada. Y tome, no se olvide de estas -le recuerda el dependiente a Noss mientras le pasa un par de máscaras que no concuerdan—. ¡Buena suerte!

Aunque allí no parece que haya nadie o nada por lo que detenerse, Noss se para una o dos veces y se queda clavado en el sitio, como si alguien a sus espaldas hubiera pronunciado su nombre. Entonces, se acaricia pensativamente la barbilla y las suaves mejillas. También se toca otras partes del rostro, frenéticamente, antes de continuar hacia el alto edificio gris. Cuando llega a las escaleras en un lateral, no es capaz de mantener las manos alejadas de su cara. Finalmente, Noss se coloca una de las máscaras, la máscara de un tamaño tan adecuado para él. Pero, por algún motivo, ya no se ajusta a su cara como se ajustaba antes. Se le cae constantemente mientras baja los escalones, que parecen desgastados por infinidad de pisadas, hundidos en el centro por el tonelaje del tiempo. Sin embargo, Noss recuerda que el dependiente le dijo que ese lugar no llevaba allí mucho tiempo.

El local en la planta baja, en el que Noss entra ahora, parece muy viejo y está en silencio. A estas alturas del festival, está abarrotado de ocupantes que no hacen nada más que permanecer sentados en silencio entre las sombras, algún rostro aquí y allá se refleja en la tenue luz. Estos rostros son

horriblemente simples, y carecían de expresiones articuladas reconocibles. Pero gradualmente van adquiriendo rasgos, aunque no son los que tenían antes. Y esa transformación en desarrollo, si se agudiza bien el oído, no es del todo silenciosa. Quizás es así como podría sonar un jardín si se le pudiera oír crecer en plena noche. Pero aquí, esta noche, el único sonido es el tenue crujido de nuevos rostros abriéndose paso por la vieja carne. Y están brotando hermosamente. Con una solemnidad aletargada, Noss se quita la máscara que lleva puesta y la lanza lejos. Cae en el suelo y permanece allí tirada sonriendo burlonamente, congelada en una expresión que, en días venideros, muchos encontrarán extraña y se maravillarán al verla.

Y es que el viejo festival ha terminado para que un festival mayor pueda comenzar. Y del viejo tiempo no se dirá nada, porque no se sabrá nada. Pero las máscaras de esa época pasada, olvidadas en un mundo que no tolera la monotonía, encontrarán algo que recordar. Y quizás hablarán de aquellos días mientras pierden el tiempo en los umbrales de puertas que no se abren, o en la oscuridad en la cima de unas escaleras que no llevan a ningún sitio.

LA MÚSICA DE LA LUNA[20]

Con un interés considerable, y cierta inquietud, prestaba atención mientras un hombrecillo pálido llamado Tressor hablaba sobre su sorprendente experiencia, y su voz suave apenas rompía el silencio de la habitación iluminada por la luna. Por lo visto era una de esas personas que no pueden descansar y, a modo de insuficiente sustituto de la inconsciencia del sueño, habitualmente salía a las calles en busca de lo que nuestra ciudad podía ofrecerle en cuanto a diversión. Por supuesto, había locales nocturnos, donde uno podía pasar horas hasta el amanecer. Pero el entretenimiento allí pronto se agotaba para los insomnes perpetuos, quienes en cualquier caso no tienen nada que ver con una muchedumbre que está despierta *por elección.* Sin embargo, hay ciertos individuos, y Tressor era uno de ellos, para quienes nuestra ciudad podía revelar sus misterios nocturnos. En ausencia de sueños que preservaran el equilibrio del mundo ordinario, ¿quién no estaría a la caza de placeres que los reemplazaran?

En efecto, hay encantamientos que casi compensan el sueño robado. Levantar la mirada y ver fugazmente alguna forma inusual alejándose a grandes zancadas por empinados tejados con una sorprendente agilidad sin duda podría compensar las muchas noches de insomnio infernal. O escuchar susurros siniestros en una de nuestras calles estrechas y seguirlos a través de la noche sin tan siquiera ser capaz de acercarse a ellos, pero sin que se apague el sonido ni un ápice… esto podría perfectamente aliviar los agotadores efectos de una terrible vigilia. ¿Y si estos incidentes continúan siendo no concluyentes, si se quedan en lucros episodios tentadores, sin documentar y sin desarrollarse? ¿No cumplirían igualmente su función? ¿Y a cuántos ha salvado nuestra ciudad de esta manera, apartando sus manos del cuchillo, de la soga o del frasco de veneno? Sin embargo, si hay algo de verdad en lo que creo que le ocurrió a Tressor, bien podrían haberse perdido en una hazaña de insólita firmeza.

Debería decir que, cuando Tressor me contó la historia, creí que era una exageración, una versión adornada de una de sus aventuras nocturnas. Por lo visto, durante una de sus noches insomnes en blanco, vagó hasta la parte más vieja de la ciudad, donde la actividad es tan sin reservas como constante durante toda la noche. Como ya he dicho anteriormente, Tressor era uno de los que no se mostraba reacio a cualquier embrollo oscuro que nuestra ciudad

pudiera ofrecerle. Así pues, dedicó un escrutinio más que modesto a un personaje que estaba de pie junto a los escalones de un viejo edificio ruinoso y advirtió que aquel hombre parecía estar vagueando allí sin ningún objetivo, con las manos enterradas en los bolsillos del abrigo y los ojos fijos en el viandante con una mirada de profunda paciencia. El edificio junto al que estaba apostado era en sí mismo bastante anodino, del cual solo eran destacables las ventanas, de la misma manera en la que algunas caras solo son atractivas gracias a un interesante par de ojos. Estas ventanas no eran los estrechos rectángulos de la mayoría de los edificios de la calle, sino que eran semicírculos divididos en varios cristales con forma de gajos. Y bajo la luz de la luna parecían brillar de una forma sorprendente, aunque posiblemente se debiera simplemente a un efecto de contraste con el área que las rodeaba, donde unos cuantos cristales limpios inevitablemente iban a llamar la atención. No sabría decir con certeza cuál podría ser la explicación más plausible.

En cualquier caso, Tressor estaba pasando junto a este edificio, el de las ventanas, cuando el hombre de pie junto a los escalones le lanzó algo, dejándolo en su mano. Al hacerlo, miró directa y profundamente a los ojos del pobre Tressor, que el insomne rápidamente bajó para clavar la mirada en el objeto que ahora sostenía en la mano. Lo que le había dado era una pequeña hoja de papel y, un poco más allá en la calle Tressor, se paró junto a una farola para leer las unas líneas de la letra diminuta. Impreso en tinta negra en una cara de un papel de pulpa áspero y bastante gomoso, la octavilla anunciaba una velada de entretenimiento esa misma noche en el edificio que acababa de pasar. Tressor echó la mirada atrás hacia el hombre que le había dado la publicidad, pero ya no se encontraba apostado en su lugar. Durante unos segundos, este hecho le pareció muy extraño, porque a pesar de su apariencia despreocupada e incluso relajada, como si no esperara a nadie ni a nada, aquel hombre parecía estar relacionado de alguna manera con ese lugar en concreto fuera del edificio. Ahora, su repentina ausencia hizo que Tressor se sintiera… confundido, que es lo mismo que decir cautivado.

Tressor examinó de nuevo la hoja que sujetaba, frotándola abstraídamente entre el pulgar y el resto de los dedos. Sí que poseía una textura extraña, como de cenizas mezcladas con grasa. Sin embargo, pronto sintió que le estaba dando demasiada importancia al asunto y, mientras retomaba su peregrinación insomne, lanzó la octavilla a un lado. Pero antes de que esta tocara la acera, alguien que caminaba muy rápido en dirección contraria la recogió en el aire.

Al echar la mirada atrás, Tres- sor tuvo dificultad en adivinar cuál del resto de peatones se había quedado con el papel. Luego, continuó su camino.

Más tarde, esa misma noche, regresó al edificio cuyas ventanas eran brillantes semicírculos. Tras entrar por la puerta principal, que no estaba cerrada con llave ni vigilada, avanzó por pasillos silenciosos y vacíos. Por las paredes había lámparas con forma de esferas tenuemente brillantes. Dobló una esquina y entonces Tressor de repente contempló frente a él un abismo negro, dentro del cual comenzó a emerger una escalera en penumbra cuando sus ojos se acostumbraron a la mayor oscuridad. Tras vacilar unos segundos, subió las escaleras haciendo sonar una música quebradiza sobre los viejos tablones. Desde el primer rellano de las escaleras podía ver las tenues luces de arriba, y en lugar de darse media vuelta, subió hacia ellas. La segunda planta, sin embargo, se parecía mucho a la primera, como ocurría con la tercera y todas las plantas sucesivas. Tressor llegó a las alturas del edificio, comenzó a recorrerlo de nuevo e incluso abrió algunas puertas.

Pero la mayoría de las habitaciones tras las puertas estaban a oscuras y vacías y la luz de la luna que se filtraba brillante por las ventanas perfectamente transparentes caía sobre suelos desnudos y polvorientos y paredes sin ornamentos. Tressor estaba a punto de darse media vuelta y regresar al exterior cuando al final del último pasillo advirtió una puerta por cuyos bordes se filtraba una tenue aura amarilla. Se aproximó a la puerta, que estaba entreabierta, y con sumo cuidado la abrió hacia fuera.

Al echar un vistazo a la estancia, Tressor vio el globo amarillento de luz que colgaba del techo. Examinó las paredes y detectó pequeñas cosas como sombras moviéndose por los rincones y por el rodapié… las consecuencias de una escasa limpieza, pensó. Luego vio algo junto a la pared más alejada que le hizo retroceder de nuevo al pasillo. Lo que había visto fugazmente eran cuatro figuras de extraño contorno, la más alta casi le igualaba en altura, mientras que la más pequeña medía la mitad que él. Pero, cuando salió al pasillo, le sorprendió que las imágenes se hicieran más nítidas en su mente. Ahora se sentía casi seguro de su verdadera naturaleza, aunque debo confesar que no hubiera podido imaginar qué podrían ser hasta que él pronunció la palabra clave: «estuches».

Tressor se atrevió a entrar de nuevo en la habitación, se acercó a los estuches cerrados, que con toda probabilidad debían pertenecer a un cuarteto de músicos. Parecían muy viejos y estaban forrados como libros con una tela oscura. Tressor pasó los dedos por la tela y, a continuación, se puso a toquetear los pestillos de metal deslustrado del estuche de violín. Pero, de

repente, se detuvo cuando vio un grupo de sombras que se alzaban en la pared delante de él.

—¿Por qué ha venido aquí? —preguntó una voz que sonaba a un mismo tiempo exhausta y maliciosa.

—He visto la luz -respondió Tressor sin darse la vuelta, todavía acuclillado sobre el estuche de violín. De alguna manera, el sonido de su propia voz que resonaba en aquel cuarto vacío le inquietaba más que la de su interrogador, aunque en ese momento no podía explicar por qué. Contó cuatro sombras en la pared, tres de ellas altas y esbeltas y la cuarta un poco más pequeña pero con una cabeza enorme y deformada.

—Póngase de pie —le ordenó la misma voz de antes.

Tressor se levantó.

—Vuélvase.

Tressor se volvió lentamente. Y se sintió aliviado al ver junto a él a tres hombres de aspecto bastante ordinario y una mujer cuya cabeza estaba envuelta en nubes deshilachadas de cabello. Además, entre los hombres estaba el que le había entregado la octavilla un poco antes esa misma noche. Pero ahora parecía mucho más alto que cuando había estado fuera en la calle.

—Usted me pasó la octavilla —recordó Tressor al hombre, como si intentara reavivar una vieja amistad. Y, de nuevo, su voz le sonó extraña, como si reverberara en aquella estancia vacía.

El hombre alto miró a sus acompañantes, examinando los tres rostros uno tras otro, como si estuviera leyendo algún mensaje silencioso en sus rasgos inexpresivos. Luego se sacó un trozo de papel de dentro del abrigo.

—Se refiere a esto -le dijo a Tressor.

—Sí, eso es.

Todos le sonrieron gentilmente y el hombre más alto dijo:

—Entonces se encuentra en el lugar equivocado. Debería subir una planta más. Pero la escalera principal no tiene acceso a ese piso. Hay otro tramo de escaleras más corto en el pasillo trasero. Debería poder verlo. ¿Tiene bien los ojos?

—Sí.

—¿Tan bien como parecen? —preguntó otro de los hombres.

—Puedo ver muy bien, si se refiere a eso.

—Sí, eso es exactamente a lo que me refiero —dijo la mujer.

Entonces los cuatro dieron un paso atrás para abrir paso a Tressor, dos a cada lado, y este comenzó a alejarse del cuarto.

—Ya hay gente en el piso de arriba para el concierto —dijo el hombre alto cuando Tressor llegó a la puerta—. Pronto subiremos nosotros… ¡para tocar!

—Sí… sí… sí murmuraron los otros al tiempo que comenzaban a hurgar los oscuros estuches que contenían sus instrumentos.

«*Sus* voces no —pensó Tressor—, mi voz».

Como me explicó más tarde Tressor, las voces de los músicos, a diferencia de la suya, no resonaban ni lo más mínimo en la habitación vacía. Sin dejar que le intimidaran las implicaciones de esta anormalidad sonora, Tressor fue en busca de la escalera, que al principio parecía un pozo de oscuridad en un rincón del vestíbulo trasero. Guiado por la frágil barandilla que se enroscaba formando una espiral, llegó al nivel superior del viejo edificio. Allí los pasillos eran mucho más estrechos que los de abajo, pasajes angostos iluminados por lámparas esféricas cubiertas de polvo y colgadas a intervalos irregulares. También había menos puertas, cada una de ellas apenas más que un recorte en la pared y, por lo tanto, difíciles de detectar, aparentemente más fácil de encontrar por el tacto que por la vista. Pero la vista de Tressor era muy buena, como había afirmado, y pronto encontró la entrada a una habitación donde había un grupo de personas reunidas, tal como habían dicho los músicos.

Imagino que no fue fácil para Tressor decidir si seguir o no con lo que había empezado esa noche. Si la incapacidad para dormir en ocasiones induce al que la sufre a recurrir a consuelos extraños y peligrosos, Tressor todavía conservaba suficiente de la manera de pensar diurna para comprometerse. De modo que no entró en la habitación donde había gente desplomada en asientos desperdigados por la estancia y las negras siluetas de las cabezas humanas eran visibles solo por la luz lunar que se filtraba por el cristal prístino de aquellas peculiares ventanas. Se quedó escondido en las sombras, a cierta distancia por el pasillo. Y cuando los músicos subieron, cargados con sus instrumentos, desfilaron hacia la habitación iluminada por la luna sin advertir la presencia de Tressor fuera. Tras entrar ellos, la puerta se cerró con un chasquido apenas audible.

Durante unos segundos se hizo el silencio, el silencio más puro que Tressor hubiera presenciado jamás, como el silencio de un mundo oscuro y muerto. Luego el sonido comenzó a penetrar en el silencio, pero tan inadvertidamente que Tressor no fue capaz de saber cuándo el silencio absoluto dio paso a un silencio embellecido. El sonido se hizo música, una música lenta en la suave oscuridad, música un tanto amortiguada al atravesar

la puerta que le separaba. Al principio se escuchaba una sola nota que vibraba en un universo de oscuridad, obligando a aquellos que la escuchaban a entender su voz sutil. Esta nota solitaria contenía una abundancia de tonos distinguibles, y unos compases más tarde una segunda nota reprodujo el mismo efecto; luego otra nota, y otra, todas ellas mezclándose para crear una proliferación incalculable de armonías ligeramente disonantes. Había ahora más música que la que podía ser contenida por aquel silencio anterior, por muy expansivo que pudiera haber parecido en un principio. En breve ya no quedó espacio para el silencio, o tal vez la música y el silencio se confundieron, indistinguibles el uno del otro, como cuando los colores se funden con el blanco. Y, por fin, para Tressor, aquella secuencia interminable de noches en vela, cada una de ellas un espejo de la anterior y de la que está por venir, quedó por fin rota.

* * *

Cuando Tressor se despertó, la luz de un apacible amanecer gris inundaba el estrecho pasillo donde estaba acurrucado entre paredes desconchadas. Tras recordar en un segundo los sucesos de la noche anterior, se puso de pie y caminó hacia la habitación cuya puerta seguía cerrada. Pegó la oreja a la áspera madera, pero no escuchó ningún sonido al otro lado. En su mente, brotó el recuerdo de una música maravillosa y entonces, al instante, se esfumó. Como antes, la música sonó amortiguada, con poca fuerza, ya que había tenido demasiado miedo para entrar en la sala donde estaban tocando. Pero ahora entró.

Y advirtió confuso que la audiencia seguía en sus asientos, todos orientados hacia cuatro sillas vacías y cuatro instrumentos abandonados de distintos tamaños. Los propios músicos no estaban en ningún sitio.

Todos los espectadores llevaban túnicas blancas con capuchas hechas con algún tipo de tela vaporosa, casi como sudarios andrajosos ajustados sobre sus cuerpos. Estaban muy silenciosos e inmóviles, quizás durmiendo ese sueño profundo del que Tressor se acababa de despertar. Pero había algo en aquella congregación de personas que infundió a Tressor un extraño temor, extraño porque percibió que ellos también estaban indefensos y, al mismo tiempo, satisfechos de estar así… hipnotizados en éxtasis. Cuando ajustó su visión al crepúsculo grisáceo de la habitación, las túnicas que llevaban estas figuras paralizadas comenzaron a parecerse cada vez más a algún tipo de vendaje, una pesada red blanca que los inmovilizaba firmemente. «Pero no eran

vendas, ni capas, ni sudarios —me dijo finalmente Tressor—. Eran telarañas, gruesas capas de tejido entrelazado que al principio pensé que cubrían totalmente los cuerpos de todos ellos».

Pero eso es lo que le pareció a Tressor desde su perspectiva detrás de la audiencia momificada. Porque, al avanzar por el borde exterior de aquella terrible reunión hacia las cuatro sillas vacías en el frente de la estancia, vio que cada capullo de hilos blancos estaba tejido de manera que dejaba expuesto el rostro de su ocupante. También vio que las expresiones en aquellos rostros eran todas muy similares. Podrían ser descritas como serenas, me dijo Tressor, si esos rostros hubieran estado completos. Pero ninguno parecía tener ojos. El grupo estaba orientado en la misma dirección para contemplar un espectáculo que ya no podían ver, mirando a la nada con cuencas ensangrentadas. Todos menos uno de ellos, como Tressor descubrió.

Al final de una hilera bastante caótica de asientos al fondo de la habitación, un miembro de la audiencia se removía en su asiento. Cuando Tressor se acercó lentamente a esta figura, sopesando la idea de liberarlo, advirtió que tenía los párpados cerrados. Sin perder ni un segundo, empezó a arrancar la telaraña que aprisionaba a la víctima y le dio esperanzas mientras se esforzaba por deshacer aquella maraña horrible. Pero entonces los párpados cerrados de la figura inmovilizada se abrieron de golpe y esta miré) a su alrededor hasta fijar sus ojos en Tressor.

—Usted es el único —dijo Tressor mientras seguía tirando de la telaraña. —Shhh —dijo el otro—, estoy esperando.

Tressor se detuvo confundido, con los dedos aún enredados en el espantoso tejido que notaba pegajoso y abrasivo, intolerablemente extraño al tacto.

—Ellos pueden regresar —insistió Tressor, a pesar de que no estaba seguro de a quién se refería con ese «ellos».

—Ellos *regresarán* —respondió el otro con voz suave y excitada—. Con la luna regresarán con su música maravillosa.

Horrorizado ante este enigma, Tressor comenzó a retroceder. Y sospecho que, del interior de un cierto número de aquellas cuencas oculares vacías, cuatro para ser exactos, los diminutos ojos de extrañas criaturas le observaban cuando salió huyendo de aquella terrible habitación.

* * *

Después, Tressor me visitó noche tras noche para hablarme de la música, hasta que me pareció oírla con mis propios oídos y pude contar su historia como si fuera la mía propia. Poco después, dejó de hablar de cualquier cosa que no fuera la música, tal como la recordaba un tanto apagada por una puerta cerrada. Cuando intentaba imaginar cómo habría sido escuchar la música, como decía, «en carne y hueso», era obvio que se había olvidado del sino de aquellos que la escucharon de esa manera. Su voz fue haciéndose cada vez más débil a medida que la música fue aumentando de volumen en su mente. Entonces, una noche, Tressor dejó de visitarme.

Ahora, por lo visto, soy yo el que no puede dormir, especialmente cuando veo la luna flotando sobre nuestra ciudad… la luna gorda y pálida, mirándonos deslumbrante desde su vaporosa telaraña de nubes. ¿Cómo podría descansar bajo su hechizante mirada? ¿Y cómo podría evitar perderme en ciertas zonas de la ciudad cuando noche tras noche vago solo por extrañas calles?

EL DIARIO DE J. P. DRAPEAU[21]

INTRODUCCIÓN

Era tarde y habíamos estado bebiendo. Mi amigo, un poeta que en ocasiones puede ser demasiado excitable, me miró desde el otro lado de la mesa. Luego reavivó una de sus reivindicaciones de costumbre, como si no lo hubiera oído ya todo antes.

—¿Dónde está el escritor —comenzó— que no tiene mácula de algún hábito humano, que sea el ideal de todo lo ajeno al vivir y cuya excentricidad, en sus fases más oscuras, dé la vuelta sobre sí misma para formar patrones cada vez más complejos de extrañeza? ¿Dónde está el escritor que ha vivido toda su vida en un sueño prodigioso que comenzó el día de su nacimiento si no mucho antes? ¿Dónde está el escritor procedente de algún remanso mohoso de la tierra… la propia ciudad de Brujas, ese lugar marchito que algún soñador ha descrito como «un cadáver de la Edad Media que se canta a sí mismo desde los innumerables campanarios y extiende puentes huesudos por las negras venas de sus viejos canales»?

»Pero, tal vez, el hogar de nuestro escritor debería ser una Brujas aún más vieja, más decadente, en algún Flandes más lejano y oscuro… el Flandes imaginado por Bruegel y por Ensor. ¿Dónde está el escritor que fue engendrado por dos máscaras apasionadas en el curso de aquellas festividades macabras llamadas *kermesse?* Que fue abandonado para desarrollarse a su manera, para evolucionar solitario en calles oscuras y junto a las mansas aguas de los canales. Que se formó tanto a partir de los sueños que lo rodeaban como por los que tenía en su interior y que se sació de conocimientos recónditos. ¿Dónde está este escritor, aquel cuyas confusas alucinaciones podrían ser apropiadas solo para el diario más íntimo? Y este diario, este recuento del hombre más prescindible que jamás existió, sería un recordatorio de las experiencias más cuestionables jamás conocidas, y las más bellas.

—Por supuesto, no existe tal escritor —respondí—. Pero siempre está Drapeau. De entre todas las personas que conozco, él es quien más se aproxima a, si me lo permite decir, esos *severos* requisitos de usted. Viviendo toda su vida en Brujas, escribiendo sus cuadernos, y él…

Pero mi amigo el poeta solo gimió desesperado:
—Drapeau, siempre Drapeau.

EXTRACTOS DEL DIARIO

31 de abril, 189—

He llegado a la conclusión de que ciertas experiencias se quedan languideciendo en los rincones de la vida, que se pasan de largo como niños abandonados en la calle, como si debieran ser disuadidos de circular demasiado libremente entre personas legítimas. Desde la niñez, por ejemplo, no ha pasado ni un solo día en el que no haya escuchado la *música de los cementerios.* Suena allá donde vaya… un coro resonante que invade el aire y en ocasiones ahoga las voces de aquellos que aún viven. Y, sin embargo, por lo que sé, ninguna otra alma en la tierra ha mencionado antes este omnipresente canto que vibra incluso en la corriente de nuestra sangre. ¿Es la circulación arterial de la honrada sociedad tan mala que es incapaz de transportar estas notas muertas? ¡Debe ser un mísero goteo!

24 de diciembre, 189—

Dos cadáveres diminutos, uno masculino y el otro femenino trastean por ese enorme armario de mi dormitorio, A pesar de haber fallecido, son lo bastante rápidos para esconderse cuando necesito entrar en el armario para sacar algo. Guardo algunos trastos allí, metidos en arcenes o cestos y apilados por todas partes. Ya ni siquiera veo el suelo o las paredes, y solo si sostengo en alto una luz por encima de la cabeza puedo examinar las capas de telarañas que flotan cerca del techo. Después de cerrar la puerta del armario, sus dos habitantes en miniatura retoman sus actividades. Sus voces son tan solo débiles chillidos que durante el día apenas me molestan. Pero, en ocasiones, me quedo despierto bien entrada la noche por culpa de sus interminables conversaciones.

31 de mayo, 189—

Tras pasar la mayor parte de la noche dando vueltas en la cama, me levanté y salí a dar una vuelta. No había andado mucho cuando me convertí en espectador de una triste escena. A unas cuantas yardas frente a mí en la calle, dos hombres bastante corpulentos sacaban a rastras a un anciano de una casa. Lo tenían maniatado y lo conducían a un vehículo que esperaba. Riendo histéricamente, el hombre parecía estar destinado a ser internado en un

manicomio. Cuando el trío que forcejeaba llegó a la calle, los ojos del hombre que reía se cruzaron con los míos. De repente, dejó de reír. Entonces, en una explosión de resistencia, se zafó de sus guardias y corrió directamente hacia mí.

—No hable jamás —dijo frenéticamente, casi suplicante—. No diga ni una sola palabra de lo que sabe. Puedo verlo en la expresión de sus ojos.

—Pero si solo soy una persona normal —dije, viendo que sus captores se acercaban.

—¡Júrelo! —me exigió—. O nos atraparán a todos.

Sin embargo, para entonces sus perseguidores ya lo habían atrapado. Mientras se lo llevaban a rastras, el hombre se echó a reír como antes, y el repique de su risa, en el silencio de la mañana, pronto fue devorado por el repique de los campanarios. Fue en ese momento cuando decidí seguir el consejo del anciano y disfrazar ciertas percepciones con el lenguaje de la fantasía. U omitirlas totalmente de estas páginas en caso de que alguien pudiera encontrarlas cuando aún sigo vivo.

1 de agosto, 189—

De niño tenía unas ideas muy extrañas. Por ejemplo, solía creer que, durante la noche, mientras dormía, los demonios se llevaban partes de mi cuerpo y jugaban con ellas, escondiendo mis brazos y piernas o rodando la cabeza por el suelo. Por supuesto, dejé de creerlo en cuanto entré en la escuela, pero no fue hasta mucho más tarde cuando descubrí la verdad sobre ello. Tras asimilar muchos datos procedentes de varias fuentes y permitir que se mezclaran en mi mente, estuve preparado para la comprensión. Sucedió una noche mientras caminaba por un puente que cruzaba un canal estrecho (era una parte de la ciudad bastante alejada de donde vivo). Me paré unos segundos, como hago habitualmente cuando cruzo uno de estos puentes, eché una mirada, no abajo, a las oscuras aguas del canal, sino hacia arriba, al cielo nocturno. Eran esas estrellas, ahora lo sabía. A algunas de ellas les habían prometido partes específicas de mi cuerpo. En las horas más oscuras de la noche, cuando uno es inusualmente sensible a este tipo de cosas, podía (y todavía puedo, aunque a duras penas) sentir la fuerza de estas estrellas tirando de varias partes, ansiosas por el momento de mi muerte, citando cada una de ellas podría llevarse esa parte de mí que les pertenece por derecho. Por supuesto, un niño interpretaría erróneamente esta experiencia. Y con cuánta frecuencia he descubierto que toda superstición tiene una base real.

9 de octubre, 189—

Ayer noche visité uno de los pequeños teatros que operan por la zona y permanecí en el fondo durante un rato. En el escenario había un mago que llevaba su cabello brillante y negro con la raya perfectamente en el medio y con todos los atributos típicos de un mago: una caja larga a su izquierda (de lunas y estrellas), una caja alta a su derecha (con dibujos orientales) y delante de él una mesa baja cubierta con un trapo de terciopelo rojo sobre la que se ven una serie de objetos. El público, hay lleno completo, vitoreaba salvajemente después de cada truco. En cierto momento, el mago dividió las distintas partes de su ayudante en cajas separadas que luego procedió a mover a zonas alejadas en el escenario, mientras las manos y pies amputados continuaban meneándose y la cabeza decapitada reía con una intensidad desgarradora. El público ponía todo de su parte para mostrar su diversión. «¡Es increíble!», exclamó un hombre de pie junto a mí. «Si usted lo dice», le respondí, y luego me dirigí a la salida, consciente de que para mí tales espectáculos tan solo reavivan mi rabia contra un mundo que aplaude ilusiones trucadas mientras niegan o menosprecian esas mismas que crean las propias vidas que están viviendo. Ninguna ilusión *real* contará con sus favores, o tan siquiera con su atención. Preferirían que los inmovilizaran con pesados petos sujetos con cadenas y que los lanzaran a las aguas más profundas. Yo también.

1 de noviembre, 189—

Desde los inicios de la humanidad han existido personas, de hecho, casi todos nosotros, que sostienen que el mundo visible no es más que una simple mota en la totalidad del Ser. Todo lo que observamos se traduce por lo tanto en un indicador de una categoría invisible del Ser, que se manifiesta por medio de los burdos materiales que percibimos con nuestros sentidos. Así pues, podría parecer que un árbol no es un árbol, sino una señal a otra esfera, algo espectral lleno de extrañas sugerencias; que una casa no es una casa sino un umbral por el que podríamos pasar hacia otro hogar, uno más adaptado a nuestros deseos inconfesables; que una calle vacía durante el crepúsculo podría insinuar otro lado de la existencia, una parte que complementa a este lado de las cosas y nos consuela por sus imperfecciones.

Pero ¿hay realmente otro mundo que le hace sombra al nuestro? ¿Quién podría saberlo? ¿Y por qué debería importarnos? Podríamos afirmar con la misma rotundidad que los mundos que parecen resistentes a nuestra detección sensorial son tan solo parásitos del único misterio que realmente existe: nuestras propias vidas. El hecho de que nos beneficiamos de nuestra ignorancia no es una idea poco común. Ni es tina noción muy bien recibida

por aquellos que creen que nuestro destino está controlado por poderes invisibles. Esta es la sospecha que jamás debemos intentar verificar: que toda la creación podría ser mejor descrita como una habitación sin inquilinos llena de los ecos de la nada. ¿Por qué esta condición, esta insinuación de lo irreal, debería ser insuficiente para nuestras necesidades espirituales?

1 de enero, 189—

Hay una verdad solitaria que, no sé si para bien o para mal, no puede ser expresada en esta tierra. Es muy extraño, porque todo (tanto escenas externas como internas) sugiere esta verdad, y como un juego fantástico de farsas intenta siempre sonsacar el secreto y sacarlo a la luz. Los ojos de ciertas muñecas toscamente diseñadas son especialmente sugerentes. Y la risa lejana. En alguna ocasión he sentido la tentación de escribirlo en mi diario, del mismo modo que incluiría cualquier otra revelación. Solo serían unas pocas frases, estoy seguro. Pero en cuanto noto que comienzan a tomar cuerpo en mi cabeza, la página frente a mí no recibe mi pluma de buen grado. Después me fatigo con el fracaso y sufro dolores de cabeza que pueden durar varios días. En estas ocasiones también tiendo a ver cosas extrañas reflejadas en las ventanas. Incluso después de que haya pasado una semana puedo seguir despertándome en medio de la noche y la semioscuridad de mi cuarto vibra débilmente con una voz que me grita desde ningún lugar.

30 de marzo, 190—

Por puro descuido, contemplé mi reflejo en el espejo demasiado intensamente. Debería decir que este espejo lleva colgado en mi cuarto más años, adivino, de los que yo llevo en esta tierra. No debería sorprender entonces que, más pronto o más tarde, me sacara ventaja. Hasta cierto punto no había ningún problema que se pudiera señalar: solo eran mis ojos, mi nariz, mi boca, y ya está. Pero entonces comenzó a parecerme que aquellos ojos me miraban a mí, en lugar de yo mirarlos a ellos; que esa boca estaba a punto de hablar de cosas que yo desconocía. Finalmente, me di cuenta de que una criatura distinta por completo a mí se escondía tras mi rostro, haciéndolo irreconocible para mí. Permítanme decir que pasé un tiempo considerable remodelando mi reflejo para que se viera como debería ser.

Más tarde, cuando salí a pasear, me paré en seco en medio de la calle. Delante de mí, de pie bajo una farola que colgaba de un viejo muro, vi el contorno de una figura de mi tamaño y proporciones. Miraba hacia el otro lado, pero se le veía muy tieso y muy tenso, como si esperara con ansia el momento exacto para volver el rostro. Si eso llegara a pasar, sabía lo que iba a

ver: mis ojos, mi nariz, mi boca, y tras esos rasgos un ser extraño indescriptible. Volví sobre mis pasos a casa y me metí de inmediato en la cama.

Pero no pude dormir. Durante toda la noche un fulgor verdoso brotaba del espejo triunfal.

Sin Fecha

Acababa de terminar un libro en el que hay una vieja ciudad surcada por plácidos canales con meandros. Cerré el libro y me acerqué a la ventana. Esta es una vieja ciudad, si es que el medievo es lo suficientemente antiguo, surcada por plácidos canales con meandros. La ciudad que se describe en el libro está frecuentemente envuelta en la niebla. Esta ciudad frecuentemente está envuelta en la niebla. La ciudad del libro tiene casas a punto de desmoronarse, puentes de extraños arcos, innumerables torres de iglesia y estrechas callejuelas enrevesadas que acaban en extraños patios pequeños. No es necesario que diga que esta también los tiene. Y las campanas infinitamente huecas de ese libro, tañendo a la llegada de cada centelleante mañana y de cada plomizo crepúsculo, son iguales que tus resonantes campanas, mi adorable ciudad. Y así paso sin dificultad de una ciudad a otra, confundiéndolas agradablemente.

Oh, mi ciudad de libro de cuentos, qué privilegiado he sido al sufrir unos cuantos capítulos breves de tu lujosa historia de decadencia. He estudiado tus pasajes más oscuros y me han parecido tan oscuros como las aguas de tus canales.

Mi ciudad, mi libro de cuentos, yo mismo… ¡cuánto tiempo hemos aguantado! Pero parece que tendremos que hacer que nos compense esta resistencia, y cada uno, llegado nuestro turno, debemos desaparecer. Cada ladrillo tuyo, cada hueso mío, cada palabra del libro… todo desaparecerá para siempre. Todo, quizás, excepto el sonido de esas campanas vagando en la niebla vacía a través de un crepúsculo eterno.

VASTARIEN[22]

En la negrura de su sueño unas cuantas luces comenzaron a brillar como velas en una celda de ermitaño. Su iluminación era inestable y tenue y no manaba de ninguna fuente concreta. Sin embargo, ahora descubrió muchas formas bajo esas sombras: edificios altos cuyos tejados asentían hacia el suelo, edificios anchos cuyas fachadas seguían la curva de una calle, edificios oscuros cuyas ventanas y puertas colgaban inclinadas como cuadros torcidos. Y aunque no era capaz de fijar su localización en esta escena, sabía adónde le habían llevado sus sueños una vez más.

Incluso cuando las estructuras ondeantes se multiplicaban en su campo de visión, apiñándose y eliminando la distancia, tenía una sensación de intimidad con cada una de ellas, un conocimiento especial de los espacios en sus interiores y de las calles que se enroscaban alrededor de sus moles. De nuevo, reconocía las profundidades de sus cimientos, donde una vida oscura parecía haberse establecido, una civilización remota de ecos que florecen entre muros que crujen. Sin embargo, al sondear más extensamente tales interiores, se presentaban ciertas dificultades: escaleras que se desviaban de su curso hacia lugares inútiles; ascensores enrejados que obligaban a sus pasajeros a detenerse en plantas no requeridas; frágiles escaleras que ascendían en un laberinto de huecos y conductos, las oscuras válvulas y arterias de un organismo petrificado y monstruoso.

Y él sabía que en todos los rincones de este mundo corroído abundaban las decisiones, aunque tuvieran que ser tomadas a ciegas en un lugar donde no había unas consecuencias claras ni una jerarquía de posibilidades. Y es que podría haber una habitación cuya decoración desprende una serenidad sombría que al principio atrae al visitante, quien luego descubre ciertas figuras rodeadas de muebles lujosos, figuras que no se mueven ni hablan, solo miran, y tras concluir que esos maniquís exhaustos han consumado una extraña satisfacción en reposo, el visitante sopesa las alternativas: ¿permanecer o marcharse?

Eludiendo los encantos claustrales de tales estancias, su mirada ahora se paseó por las calles de este sueño y examinó las alturas más allá de los tejados en pendiente. Las estrellas parecían ser simples carbonillas plateadas que llovían de las bocas de grandes chimeneas y flotaban en algo oscuro y denso que palpitaba allá arriba, una presencia material que se subía y bajaba casi

bordeando el horizonte. Le pareció que algunas torres altas casi atravesaban esta negrura flácida, estirándose hacia la noche para alejarse lo más posible del mundo allá abajo. Y en el pico de una de las torres más altas advirtió la presencia de unas vagas siluetas que se movían con gestos agitados junto a una ventana brillante, retorciéndose y apoyándose en el cristal como sombras chinescas en el punto álgido de alguna disputa violenta.

A través de las calles laberínticas su visión planeó lentamente, como si la empujara una lenta corriente de aire. Las ventanas oscuras reflejaban los haces de luz de farolas de formas grotescas y las ventanas iluminadas revelaban extrañas escenas que quedaban atrás mucho antes de que todo su misterio pudiera abrumar al viajero soñador. Mientras recorría vecindarios más alejados, se elevó sobre jardines atestados y verjas retorcidas, pasó flotando junto a una valla de estacas podridas que parecían tambalearse hacia un abismo y planeó sobre puentes que atravesaban las susurrantes aguas de negros canales.

Cerca de una esquina entre dos calles, un lugar de claridad y quietud sobrenatural, vio dos figuras de pie bajo el fulgor cristalino de un quinqué instalado en lo alto de un muro de piedra tallada. Sus sombras eran columnas perfectas de oscuridad sobre la pálida acera; sus rostros eran un par de máscaras desvaídas que ocultaban profundas intrigas. Y parecían tener vida propia, sin ser conscientes del sonador que los observaba, quien solo deseaba vivir con estos espectros y conocer *sus* sueños, permanecer en ese lugar que nada debía a la existencia corpórea.

Tenía la sensación de que nunca podrían obligarlo a abandonar este reino de caprichosas maravillas. *Nunca.*

* * *

Victor Keirion se despertó con una breve convulsión en los miembros, como si hubiera estado manoteando y pateando caóticamente para parar la caída desde una altura imaginaria. Durante unos segundos mantuvo los ojos cerrados, esperando preservar así la euforia del sueño que se disipaba. Finalmente, parpadeó una o dos veces. La luz de la luna que se colaba por las ventanas sin cortinas le permitió contemplar la imagen de sus brazos extendidos y sus manos un tanto crispadas. Tras soltar el borde del colchón que sujetaba tan precariamente, rodó sobre su espalda. Luego rebuscó en la oscuridad hasta que sus dedos tocaron el cordel que colgaba de la lámpara

sobre la cama. Una habitación pequeña y con escaso mobiliario apareció ante sus ojos.

Se incorporó y alargó el brazo hacia la mesilla de metal pintado. Entre los espacios de los dedos vio las tapas grises claras de un libro y algunas de las palabras oscuras grabadas en su cubierta: V, S, R, N. De repente, apartó la mano sin tocar el libro, porque la embriaguez mágica del sueño se había desvanecido y temía no ser capaz de reavivarla.

Se liberó de la áspera colcha y posó los pies en el frío suelo con los codos apoyados en las piernas y los dedos de ambas manos relajadamente entrelazados. Los ojos y el cabello eran claros y tenía un color de piel bastante grisáceo que recordaba al de ciertas nubes o al de un largo confinamiento. La única ventana de la habitación estaba a tan solo unos pasos de él, pero evitaba acercarse a ella, o tan siquiera mirar en esa dirección. Sabía exactamente lo que vería a esas horas de la noche: edificios altos, edificios anchos, edificios oscuros, un puñado de estrellas y luces aquí y allá y algún movimiento aletargado en las calles allá abajo.

En muchos sentidos, la ciudad al otro lado de la ventana se asemejaba a aquel otro lugar, que ahora le parecía imposiblemente distante e inaccesible. Pero la semejanza solo era evidente para su mirada interior, solo en las imágenes que recordaba cuando tenía los ojos cerrados o la vista borrosa. Sería difícil imaginar una criatura que pudiera concebir *este* mundo (su cruda forma contemplada con los ojos abiertos) como un paraíso codiciado.

Ahora, de pie junto a la ventana y con las manos hundidas en los bolsillos de un albornoz algo acartonado, vio que faltaba algo en las vistas, alguna característica crucial que se les negaba a las estrellas arriba y a las calles abajo, alguna esencia sobrenatural necesaria para salvarlos. Aunque no la había pronunciado, la palabra *sobrenatural* reverberó en la habitación. En ese lugar y a esa hora la ausencia paradójica, la cualidad que faltaba, se hizo evidente: era el elemento de irrealidad o, quizás, de una realidad tan saturada de su propia presencia que había terminado dando un salto a lo irreal.

Tal era el refugio secreto de Victor Keirion, un devoto de esa desgraciada secta de almas que creen que el único valor de este mundo reside en su capacidad (en ciertos momentos) de sugerir otro. Sin embargo, el lugar que ahora contemplaba desde la alta ventana no podía ser nada más que el más nebuloso fantasma de aquel otro lugar, nada más que una vaga réplica de la anatomía de aquel gran sueño. Y aunque en efecto había momentos en los que uno podía ser engañado, momentos aislados en los que triunfaba el disfraz, la suplantación nunca era perfecta ni duradera. Ningún rival verdadero ante la

rica irrealidad de Vastarien, donde cada formación sugería otras mil, cada sonido se diseminaba en ecos eternos, cada palabra fundaba un mundo. Ningún horror, ni júbilo se igualaba a las sensaciones abismalmente vibrantes experimentadas en este lugar que estaba en otra parte, este refugio cautivador donde todas las experiencias se entrelazaban para componer increíbles texturas de sensaciones, una delicada y oscura tracería de infinitas formas. Porque lodo en lo irreal tiende al infinito, y todo en Vastarien era irreal, libre de los encorsetamientos de la existencia. Incluso sus aspectos más humildes proclamaban esta verdad: ¿había alguna cosa o algún lugar en la tediosa realidad que pudiera conjurar la fantasía abundante y extraña del sueño?

Entonces, al enfocar la mirada en una parte alejada de la ciudad, recordó el lugar que había abierto la puerta a su tan deseada morada de exquisitas deformidades.

Nada de lo que había allí dentro podía adivinarse por su modesta entrada: un rectángulo de cristal sucio enmarcado por otro rectángulo de madera astillada, una puerta maltrecha colgada de una pared de ladrillo a los pies de unas escaleras que bajaban de una calle ruinosa. Y se abrió fácilmente hacia dentro, una mera y delicada formalidad entre la tienda subterránea y el mundo exterior. Dentro había un espacio despejado con una forma vagamente circular que parecía más el vestíbulo de un viejo hotel que una librería. La circunferencia del local estaba formada por las estanterías atestadas cuyas secciones separadas se unían unas a otras creando un polígono de once lados, con un escritorio donde debería haber estado un décimo segundo lado. Detrás del escritorio se alzaban más estanterías, cuya considerable longitud se perdía entre las sombras. En el punto más alejado de esa parte de la tienda, Victor Keirion comenzó su recorrido por las estanterías, en apariencia muy prometedoras con su variedad de encuadernaciones rojizas, como los vestigios de un otoño exuberante.

Sin embargo, muy pronto se sintió traicionado cuando aquella *Libraire de Grimoires* quedó despojada de toda mística para revelar, ante sus ojos, un circo de charlatanería. Pero solo él era culpable de esta desilusión. Era culpa suya que continuamente se sometiera a la discrepancia entre lo que esperaba encontrar y lo que realmente encontraba en tales establecimientos. En realidad, había poca base en su creencia de que existían algunos conocimientos arcanos de un tipo completamente distinto al ofrecido en los libros que tenía ante él, los cuales estaban plagados de una obscena realidad. Los otros mundos descritos en estos libros solo servían de anexos a este, eran imposturas de la auténtica irrealidad, que era la única redención posible para

Victor Keirion. Y era este punto *terminal* el que él anhelaba, no esas guías del «camino» hacia destinos inútiles, cielos o infiernos que eran meros pretextos para circunnavegar lo real y deleitarse con ello. Y es que él soñaba con formas en penumbra que no predicaban ningún catecismo terrenal, sino que delineaban solo una liturgia tenebrosa de lo espectral y ritos de salvación por medio de una meticulosa alienación. Su absoluto: habitar entre las ruinas de la realidad.

Y parecía exceder toda probabilidad que no existiera ninguna representación bibliográfica de este sueño, ninguna elaboración de esta visión en una biblia delirante que sería la ruina de todas las demás… unas escrituras que comenzarían con los augurios del apocalipsis y que acabarían con el fracaso de toda la creación.

De hecho, había encontrado algunos pasajes en ciertos libros que se aproximaban a este ideal, y en los que se avisaba al lector (casi se le prevenía) de que las páginas ante sus ojos estaban a punto de ofrecerle una visión desde el abismo y de arrojar una luz temblorosa sobre alucinaciones desoladoras. *Convertirse en el viento en pleno invierno y aullar la perdición de todos los que habitan en el calor y la luz.* Así podría empezar un verso tentador en algún libro de asuntos esotéricos. Pero al perplejo visionario pronto le fallaba el valor y se retractaba del vuelo prometido hacia los paisajes demacrados del no-ser, ofreciendo tal vez unas disculpas por esa deriva hacia lo irreal. El libro proseguía entonces con manidos lugares comunes, revelando su verdadero propósito de afanarse por perseguir la ambición más fútil y blasfema de todas: el sueño de alcanzar algún bien inmaculado poniendo el conocimiento místico a su servicio. La visión de una iluminación catastrófica era mencionada de pasada y luego apartada. Lo que quedaba era invariablemente una metafísica tan sistemáticamente trivial y degradada como el mundo que pretendía transcender, un manual que mostraba el camino a algún estado hipotético de pura gloria. Lo que siempre se *perdía* era la revelación de que nada conocido ha acabado con gloria, que todo lo que acaba lo hace con agotamiento, confusión y escombros.

De todas formas, un libro que contuviera, aunque solo fuera un gesto engañoso que apuntara hacia el realmente excéntrico absoluto de Victor Keirion, podría servirle para sus propósitos.

Cuando dirigía la atención de algún librero a pasajes seleccionados de tal clase de libros, decía: «Estoy interesado en un área concreta de estudio, tal vez usted sepa… es decir, me pregunto si conoce, cómo lo diría, otras *fuentes*

que pudiera recomendarme para ayudarme con mi investigación, quiero decir…»

En ocasiones le remitían a otro librero o al propietario de alguna colección privada. A veces descubría que había sido absurdamente malinterpretado cuando se encontraba a punto de cruzar el umbral de alguna sociedad dedicada a asuntos estrictamente demoníacos.

La misma librería en la que Victor Keirion estaba rebuscando ahora representaba solo la última digresión en una búsqueda sin progreso. Pero había aprendido a ser cauto e intentaba perder el menor tiempo posible en decidir si allí había algo para él o no. Así pues, hojeaba atentamente las páginas de un libro tras otro.

Absorbido como estaba en el examen de tanta verborrea, se sobresaltó cuando alguien con la voz como la de un niño le habló.

—¿Ha visto a nuestro amigo? —preguntó la voz cercana, sobresaltándolo un tanto.

Victor Keirion se volvió hacia el extraño. El hombre era bastante pequeño y llevaba un abrigo negro; el cabello también era negro y le caía suelto por la frente. Además de su apariencia general, había también algo en su presencia que recordaba a un cuervo, una criatura carroñera al acecho.

—¿Ha salido ya de su santuario? —preguntó el hombre al tiempo que señalaba hacia el escritorio vacío y la zona a oscuras detrás.

—Lo siento, no he visto a nadie -respondió Keirion-, Solo le acabo de ver a usted ahora.

—No puedo evitar ser sigiloso. Mire estos pies diminutos —dijo el hombre señalándose un par de zapatos negros muy brillantes.

Sin pensarlo, Keirion bajó la mirada y luego, sintiéndose víctima de una broma, volvió a levantarla y miró de nuevo al extraño sonriente.

—Parece muy aburrido —dijo el cuervo humano.

—¿Disculpe?

—No importa. Ya veo que le estoy molestando. —El hombre se alejó agitando levemente los bordes del abrigo y se puso a examinar algunas estanterías distantes—. No le había visto antes por aquí —dijo desde el otro extremo de la habitación.

—No había estado aquí antes—respondió Keirion.

—¿Ha leído alguna vez este? —preguntó el extraño sacando un libro y sosteniendo en alto su cubierta negra sin nada escrito en ella.

—Nunca—respondió Keirion echando un rápido vistazo al libro. Por algún motivo, le pareció que era la mejor táctica para usar con ese personaje,

que, de un modo indefinido, parecía ser forastero.

—Bueno, debe de estar buscando algo especial —continuó el otro hombre, al tiempo que volvía a guardar el libro negro en su estante—. Y sé lo que se siente cuando uno busca algo muy especial. ¿Ha oído alguna vez algo sobre un libro, un libro extremadamente especial, que no trata… sí, que no *trata* de algo, sino que es de hecho ese algo?

Por primera vez el molesto extraño había logrado intrigar a Keirion en lugar de enfadarlo.

—Eso suena… —comenzó a decir, pero entonces el otro exclamó:

—Ahí está, ahí está. Discúlpeme.

Por lo visto, el propietario (ese amigo mutuo) por fin había aparecido, y ahora estaba de pie tras el escritorio, mirando hacia sus dos clientes.

—Amigo mío —dijo el hombre-cuervo al tiempo que avanzaba ofreciéndole la mano al caballero pulcramente calvo y suavemente gordo. Ambos hombres se estrecharon las manos. Durante unos segundos hablaron en voz baja, demasiado baja para que Víctor Keirion llegara a oír lo que decían. Luego el hombre-cuervo fue invitado a pasar detrás del escritorio y, conducido por el corpulento librero, avanzó hacia la penumbra en la parte trasera de la tienda. En un rincón distante de aquella oscuridad el rectángulo brillante de una puerta de repente quedó expuesto fugazmente y una gran sombra de dos cabezas atravesó su marco.

A solas entre los volúmenes sin valor de aquella tienda, Víctor Keirion sintió la triste frustración del que no ha sido invitado, del abandonado. Más que nunca se había contagiado de esperanzas y curiosidades de una clase indeterminable. Y pronto le resultó imposible permanecer fuera de aquella pequeña habitación radiante en la que los otros dos habían entrado y junto a cuya puerta ahora permanecía en silencio.

La habitación era un cubículo dentro del cual había otro cubículo formado por estanterías independientes que creaban cuatro pasillos muy estrechos en el espacio entre ellas. Desde la puerta no podía ver cómo se podía entrar al cubículo interior, pero escuchaba las voces de los otros susurrando allí dentro. Tras entrar sigilosamente, avanzó por el perímetro de la estancia mientras examinaba una gran cantidad de tomos de aspecto extraño.

Inmediatamente sintió que algo de una naturaleza especial esperaba que él lo descubriera, y los indicios de esta intuición comenzaron a sucederse. Cada libro que examinaba le servía de pista en esta investigación delirante, una señal críptica que requería de sus poderes de interpretación y le infundía la fe para continuar. Muchos de los libros estaban escritos en idiomas extranjeros

que él no conocía, algunos parecían estar cifrados en códigos basados en caracteres conocidos y otros parecían estar transcritos en una criptografía totalmente artificial. Pero en cada uno de esos libros encontraba una pista indirecta, algún rasgo de una significación más o menos indirecta: una peculiaridad en la tipografía, páginas y encuadernaciones con una textura poco común, diagramas abstractos que sugerían un ritual no ortodoxo o un sistema oculto. Incluso experimentó una mayor expectación al contemplar ciertas páginas ilustradas, dibujos y grabados misteriosos que mostraban escenas y situaciones diferentes a cualquier cosa que conociera. Y tales obras como *Cynothoglys o The Noctuary of Tiñe* expresaban unas tramas tan extrañas, tan remotas de los textos y tratados conocidos de la tradición esotérica que se sintió seguro del sentido de su búsqueda.

Los susurros se hicieron cada vez más altos, aunque no más entendibles, a medida que fue aproximándose a la esquina de ese cubículo interior y advirtió con nerviosismo la abertura en el extremo más alejado. Al mismo tiempo le llamó la atención, sin razón aparente, un libro grisáceo que estaba inclinado en un hueco creado por unos tomos más grandes a ambos lados. El pequeño libro había sido colocado en el estante más alto, por lo que tuvo que estirarse, como si estuviera colocándose en un potro de tortura vertical, para alcanzarlo. Intentando no delatar su presencia por los sonidos de su dolor, finalmente atrapó el objeto ceniciento (tan pálido como su propia palidez) entre las yemas de sus dos primeros dedos. En silencio, se esforzó para sacarlo de su sitio. Una vez conseguido su objetivo, lentamente se encogió a su estatura original y echó un vistazo a las quebradizas páginas del libro.

Parecía ser una crónica de sueños extraños. Sin embargo, de alguna manera, los pasajes que examinó no eran tanto un recordatorio de visiones caóticas como una encarnación tangible de estas, no simple retórica, sino la propia cosa, tal como el hombre-cuervo había descrito. El uso del lenguaje en el libro era erráticamente artificial y el autor del libro desconocido. En efecto, el texto transmitía la impresión de hablar por sí mismo y de hablar solo para sí mismo, y sus palabras fluían como sombras proyectadas por una forma ajena al libro. Pero aunque este libro parecía estar compuesto en la lengua vernácula de los misterios, sus palabras inspiraban una firme comprensión y creaban en su lector un temor visceral al fenómeno al que los caracteres grabados en la tapa del libro daban nombre. Pasando el dedo índice derecho por esas letras retorcidas, que parecían estar profundamente grabadas en la superficie rígida mente encuadernada del libro, Víctor Keirion no podía sentir su naturaleza física. Era como si intuyera la palabra que ellos pronunciaban: *Vastarien.*

¿Podría este libro ser una especie de invocación de un mundo a la espera de su génesis? ¿Y era tan siquiera una palabra? Más bien la esencia irreal de una, purgada de todos los elementos naturales por un proceso inefable de extracción, todos los días destilados en sueños y noches en pesadillas. Cada pasaje del libro en el que entraba, le encantaba y le horrorizaba a la vez, con imágenes e incidentes tan dementes y caóticos que el sentido habitual de estos términos se desintegraba junto con todo lo demás. Las rarezas desenfrenadas parecían ser la norma del reino, mientras que la imperfección era la fuente paradójica de los ideales… milagros de la aberración y maravillas de la creación anómala. Sin duda, había terror. Pero era un terror no comprometido con ningún sentimiento de alegría perdida o de una búsqueda malograda del bien. Por el contrario, se ofrecía una liberación a través de la perdición. Y si Vastarien era una pesadilla, era una pesadilla transformada en espíritu por la total ausencia de refugio: la pesadilla como norma.

—Lo siento, no vi que había entrado aquí —dijo el librero con un tono agudo y fino de voz. Acababa de salir de la cámara interior de la estancia y estaba de pie con los brazos cruzados sobre su amplio pecho—. Por favor, no toque nada. ¿Y le importa si le quito esto?

El librero alargó el brazo derecho, pero luego volvió a colocarlo en su posición anterior cuando el hombre de ojos claros se negó a entregar la mercancía.

—Creo que me gustaría comprarlo -dijo Keirion-. Estoy seguro, si…

—Por supuesto, si el precio es razonable —le interrumpió el librero—. Pero, quién sabe, puede que no sepa apreciar lo valiosos que pueden llegar a ser estos libros. El que tiene en las manos —dijo, al tiempo que sacaba una pequeña libreta y un lápiz del bolsillo interior de la chaqueta y garabateaba algo rápidamente. Arrancó la hoja y la sostuvo en alto para que la viera el comprador en potencia. Después, con absoluta seguridad, guardó los materiales de escritura, como si el asunto hubiera quedado zanjado.

—Pero debe haber un punto medio que negociar -protestó Keirion.

—Me temo que no -respondió el librero-. No con algo que es único en su especie, como lo son muchos de estos volúmenes. Sin embargo, el libro que tiene entre las manos ahora, ese ejemplar único…

Una mano tocó el hombro del librero y pareció apagar la voz de este. Entonces, el hombre-cuervo apareció en el pasillo, con los ojos clavados en el objeto de la discusión y preguntó:

—¿No cree que ese libro es en cierto sentido… difícil?

—Difícil -repitió Keirion-. No estoy seguro… Si se refiere a que el lenguaje es extraño, debo reconocer que así es, pero…

—No -le interrumpió el librero-, él no se refiere a eso en absoluto.

—Discúlpenos un segundo —dijo el hombre-cuervo.

Entonces ambos hombres regresaron al cubículo interior, donde susurraron durante un rato. Cuando cesaron los susurros, el librero salió y le informó de que había cometido un error. El libro, aunque sí era una curiosidad, costaba bastante menos de lo que antes le había ofertado. El precio revisado, aunque todavía alto, entraba en el presupuesto del que disponía este comprador en concreto, quien aceptó pagarlo inmediatamente.

* * *

Y así dio comienzo la obsesión de Victor Keirion por cierto libro y cierto mundo alucinante, aunque marcar una diferencia entre estos dos fenómenos en última instancia era un error. En efecto, el libro no describía simplemente ese mundo extraño, sino que, de alguna forma oscura, era una verdadera composición de la propia cosa, su propia forma encarnada.

A partir de entonces, día tras día estudió los hipnóticos episodios del librillo; cada noche, mientras soñaba, realizaba borrosas expediciones en su fantástica topografía. Por lo visto, había descubierto la cumbre o el abismo de lo irreal, esa utopía de agotamiento, confusión y escombros donde la realidad acaba y donde uno podría morar entre sus ruinas. Y en breve consideró que necesitaba revisitar esa tienda de doce lados, con la intención de interrogar al obeso librero sobre la cuestión del libro, y allí, accidentalmente, descubrió la verdad de cómo se vendió.

Cuando llegó a la librería en medio de una tarde grisácea, Victor Keirion se sorprendió al descubrir que la puerta, que se había abierto sin dificultad en su visita previa, ahora estaba firmemente cerrada. Ni siquiera se movía en el marco cuando tiró y empujó nerviosamente de ella por el pomo. Como el interior de la tienda estaba iluminado, sacó una moneda del bolsillo y comenzó a dar golpecitos en el cristal. Por fin, alguien salió de las sombras de la estancia trasera.

—Cerrado —dijo el librero haciendo gestos al otro lado del escaparate.

—Pero… —insistió Keirion señalándose el reloj.

—No importa —gritó el hombre rechoncho. Luego, tras examinar detenidamente al cliente defraudado, el librero quitó el cerrojo de la puerta y la abrió lo suficiente para poder entablar una breve conversación—. ¿Y qué

puedo hacer por usted? Está cerrado, así que tendrá que venir en otro momento si…

—Solo quería preguntarle algo. ¿Recuerda el libro que le compré hace unos días?

—Sí, lo recuerdo —respondió el librero, como si hubiera estado esperando esa pregunta—. Y permítame que le diga que me quedé bastante impresionado, como, por supuesto, se quedó… el otro caballero.

—¿Impresionado? -repitió Keirion.

—Entusiasmado es más apropiado en el caso de aquel hombre —continuó el librero—. Me dijo: «El libro ha encontrado a su lector», y no tuve más remedio que estar de acuerdo con él.

—Me temo que no le entiendo —dijo Keirion.

El librero parpadeó y no dijo nada. Tras unos segundos, reticentemente, se explicó:

—Esperaba que a estas alturas usted ya lo entendiera. ¿No le ha contactado? El hombre que estuvo aquí ese día.

—No, ¿por qué iba a hacerlo?

El librero volvió a parpadear y dijo:

—Bueno, supongo que no hay motivo para que usted se quede ahí fuera. Está empezando a hacer mucho frío, ¿no lo nota? Por favor, entre.

Mientras Victor Keirion entraba, el librero asomó la cabeza por la puerta, echó un vistazo a las escaleras que conducían a su local y examinó lo que se alcanzaba a ver de la calle. Luego cerró la puerta y tiró de Keirion levemente a un lado mientras susurraba:

—Solo hay una cosa que me gustaría aclararle. No me equivoqué el otro día con el precio del libro. Y era ese precio el que el otro hombre pagó, menos la pequeña cantidad con la que usted contribuyó. No engañé a nadie, y a *él* menos que a nadie. Habría pagado de buena gana incluso más para conseguir que ese libro acabara en las manos de usted. Y aunque no estoy del todo seguro de sus razones, creo que usted debería saberlo.

—Pero ¿por qué no simplemente se compró el libro para él? —preguntó Keirion.

El librero le miró confundido.

—A él no le servía de nada. Quizás habría sido mejor si usted no se hubiera delatado cuando él le preguntó sobre el libro. Cuando le dijo lo que sabía.

—Pero yo no sé nada, aparte de lo que he leído en el propio libro. Vine aquí para averiguar su procedencia.

—¿Su procedencia? Usted es el que debería decírmelo a mí. Yo ni siquiera sabía que tenía ese libro en mi tienda. Intenté disuadirle con el precio, pero debería haber sabido que él no lo permitiría. No le pido nada, no me malinterprete. Ya he violado todos los preceptos de discreción en este asunto. Pero es un caso tan excepcional… Impresionante, si de hecho usted es el lector de ese libro.

Tras advertir que, en el mejor de los casos, el librero había sido engañado con un discurso de mistificación y, posiblemente, de mentiras, Victor Keirion no sintió ningún arrepentimiento cuando el librero le abrió la puerta para marcharse.

Pero no tardó en averiguar por qué el librero había quedado tan impresionado con él y por qué el extraño con aspecto de cuervo había sido tan generoso: el donador del libro era ciego a sus misterios. A su debido tiempo, descubrió que el extraño se lo había dado solo para poder poseer algo que no podía obtener de ninguna otra manera, que leía el libro con ojos prestados y robaba sus secretos del alma de su lector legítimo. Por fin entendió lo que le estaba ocurriendo y cómo sus extrañas noches de sueños se veían afectadas *desde dentro.*

Pero este fenómeno no se hizo evidente de inmediato. Durante unas cuantas noches más, a medida que los contornos de Vastarien se abrían paso por la oscuridad de su sueño, un vasto terreno emergía de su propio sueño profundo y se alzaba amenazante desde un lugar sin coordenadas o dimensiones. Y cuando los angulosos monumentos volvieron a manifestarse, parecían expandirse y elevarse a las alturas, atrayendo su mirada hacia ellos. Poco a poco, la escena adquirió matices y rasgos; de manera uniforme la creación se hizo densa e intricada dentro de su oscuro útero. Las calles eran sinuosas entrañas que serpenteaban a través de aquel cuerpo oscuro y cada edificio era el hueso prominente de un esqueleto recubierto con una delgada musculatura de sombras.

Pero, poco a poco, Victor Keirion empezó a notar que algo estaba en proceso de cambio durante sus sueños. El mundo de Vastarien parecía estar perdiendo cada vez más su consistencia, su *mismidad.* Entonces, una noche, justo cuando su visión logró abarcar totalmente la forma misteriosa e irregular de un sueño en concreto, todo pareció desaparecer, abandonándolo al borde de un vacío sin sueños. El preciado eidolon retrocedía, encogiéndose en la distancia. Ahora lo único que podía ver era una sola calle flanqueada por dos hileras convergentes de edificios. Y en el otro extremo de la calle, más alta que los propios edificios, se alzaba la silueta de una figura. Este coloso no se

movía ni hacía ningún sonido, pero dominaba cada vez más el horizonte en el que parecía terminar la única calle que quedaba. Desde su posición, la enorme sombra absorbía todas las otras formas, añadiéndolas a la suya propia, la cual poco a poco iba ganando en altura a medida que el paisaje del sueño se alejaba y disminuía. Y el contorno de esta figura titánica parecía ser el de un hombre, pero también era el de un oscuro y ávido pájaro.

Aunque Victor Keirion logró despertarse antes de que el ave de carroña hubiera consumido todo lo que no era suyo, no tenía la certeza de que siempre fuera a ser capaz de hacerlo y que el sueño no pasaría a las manos de otro. Y, por ello, concibió y ejecutó el acto necesario para seguir poseyendo lo que había deseado durante tanto tiempo.

Vastarien, susurró mientras permanecía de pie en las sombras y a la luz de la luna en aquella pequeña habitación sin muebles, donde una puerta de metal monolítica le impedía escapar. En esa puerta había encastrado un pequeño cuadrado de cristal grueso, de manera que podía ser vigilado de día y de noche. Y había una reja de rígido y fuerte alambre que cubría la ventana con vistas a la ciudad que *no* era Vastarien. *Nunca,* entonaba una voz que podría haber sido la suya propia. Luego, más insistentemente: *Le dije eso. Se lo dije. Nunca, nunca, nunca.*

Cuando se abrió la puerta y unos hombres uniformados entraron en la habitación, encontraron a Victor Keirion gritando al límite de su ronca voz e intentado escalar por la gruesa reja de metal que cubría la ventana, como si estuviera arrastrándose por una improbable vía de escape. Por supuesto, lo bajaron al suelo y lo tumbaron en la cama, donde le ataron con correas las muñecas y los tobillos. Luego, entró una enfermera que llevaba una delgada jeringuilla coronada con una aguja plateada.

Durante la inyección, continuó gritando palabras que todos los que se encontraban en la habitación ya habían escuchado antes, y en cada estallido abundaba en el tema de su injusto confinamiento: que el hombre al que había matado lo estaba utilizando de una manera horrible, una manera imposible de explicar o hacer creíble. El hombre no podía leer el libro (ahí, ese libro) y robaba los sueños que el libro había engendrado. Me robaba mis sueños, farfulló suavemente mientras la droga comenzaba a hacer efecto. Me robaba mis…

Los celadores de Victor Keirion permanecieron alrededor de la cama durante unos minutos, observando en silencio a su ocupante maniatado. Luego uno de ellos señaló el libro e inició una conversación que ya resultaba familiar a todos.

—¿Qué hacemos con eso? Ya nos lo hemos llevado demasiadas veces, pero siempre aparece otro.

—Y no tiene sentido. Mira todas estas páginas… nada, no hay nada escrito en ninguna de ellas.

—¿Entonces por qué se queda leyéndolas durante horas? No hace otra cosa.

—Creo que ya es hora de que informemos a alguien con autoridad.

—Por supuesto, podríamos hacerlo, pero ¿qué le diríamos exactamente? ¿Que deberían prohibir a un interno que lea cierto libro? ¿Que se vuelve violento?

—Y entonces preguntarán por qué no podemos mantener el libro lejos de él o a él lejos del libro. ¿Qué les podríamos responder?

—No podríamos responderles nada. ¿Os imagináis lo lunáticos que íbamos a parecerles? En cuanto abriéramos la boca, todos nosotros estaríamos acabados.

—Y cuando alguien pregunte qué significa ese libro para él, o incluso cuál es el título… ¿cuál sería nuestra respuesta?

Como si respondiera a esta pregunta, la criatura criminalmente demente atada a la cama pronunció una palabra. Pero nadie podía entender el significado de lo que dijo. Ellos formaban parte de un mundo de realidades despóticas, aunque deficientes. Estaban esposados a sus propios cuerpos de por vida, mientras que él ahora estaba en un lugar que no le debía nada a la existencia corpórea.

Y realmente parecía que nunca podrían obligarle a abandonar este reino de caprichosas maravillas. *Nunca.*

LA AGÓNICA RESURRECCIÓN DE VICTOR FRANKENSTEIN
Y OTROS RELATOS GÓTICOS

Dedicado a Harry O. Mortis y en recuerdo de Christine Morris

Prefacio

En *La Isla del Doctor Moreau* de H.G. Wells, el loco científico del título está empeñado en transformar en seres humanos a los animales que habitan en la región de su refugio tropical. En concreto, desea extraer de ellos sus rasgos animales e implantarles una *racionalidad ideal.* Aquellos animales que han evolucionado artificialmente, aunque no en el grado que el doctor desearía, hablan del laboratorio de Moreau como de la Casa del Dolor. Esta es una descripción apropiada del lugar donde se practican acciones atroces y sobrenaturales. El lugar no solo alude al dolor que padecen los sujetos cuando les imponen la razón, también presagia el dolor de la propia razón, una facultad que todo animal humano llegó a poseer en cierta medida cuando nos transformaron hace mucho tiempo en el laboratorio de la naturaleza… esa Casa del Dolor que sigue siendo nuestro hogar hasta el día de hoy.

Un escritor de relatos de terror, una criatura cuya ocupación es la representación de una variedad de encuentros tortuosos, podría plantearse la siguiente cuestión: ¿Por qué no llevar el relato de Wells un paso o dos más allá por el camino del dolor? En algún momento, este concepto general se concreta. Tal vez llega el día en el que Moreau cree que ha logrado con éxito crear un ser perfectamente racional. Pero al final descubre consternado que ha permitido que fluya demasiada irracionalidad por el organismo del sujeto. De nuevo, el doctor Moreau ha fracasado de la peor manera posible. Al añadir un nuevo personaje, una atractiva ayudante de laboratorio, somos capaces de apreciar plenamente la verdadera monstruosidad del ideal del doctor. Qué espécimen más penoso ha obtenido de su último experimento. Qué sentimiento ilógico la otrora bestia muestra en presencia de la bonita ayudante de laboratorio. ¡Y el doctor había albergado tantas esperanzas! Ahora la criatura tendría que someterse a otros ajustes para acercar su naturaleza a esa prístina racionalidad que Moreau valora por encima de todo lo demás. Sí, eso proporcionaría una dosis extra de dolor a la bestia, sabiendo que esta jamás satisfará las expectativas del doctor, al igual que nosotros tampoco, y que su dolor solo acabará cuando muera sobre la mesa de operaciones.

Y de esta manera, se ejecuta la tarea. Pero, en cuanto se realiza esta renovación o desfiguración del espeluznante relato original de Wells, el escritor de terror podría comenzar a preguntarse cómo podrían aplicarse tratamientos similares a otras obras bien conocidas del género. ¿Es el literato

menos curioso o está menos obsesionado con un ideal que el doctor Moreau? Quizás, el escritor incluya alguno de sus propios relatos ya contados con la intención de convertir estos esfuerzos también en un dolor excesivo, un dolor infinito y eterno más allá de la liberación física.

Así es como el presente libro comenzó y continuó, cada nuevo relato era continuado en la dirección de su única y perversa apoteosis de dolor. Después de Moreau, otro científico que se extralimita en sus funciones se iluminó en la mente del autor: Victor Frankenstein, el consumado creador, que es decir, *el recreador*. Como Moreau, Frankenstein era un criminal. ¿Qué podría ser peor ofensa contra Dios y la naturaleza que fabricar una réplica blasfema de un ser humano? En el caso de Frankenstein, el monstruo en cuestión es un individuo sorprendentemente sensible e inteligente, que es rechazado por los otros simplemente por su horrible aspecto. ¿Fue el destino final de Frankenstein en el relato original suficiente castigo por su crimen? ¿Y podría la vida de su criatura ser aún más desgarradora? Alguien podría pensar que el dolor que la joven Mary Shelley infligió en todos ellos ya fue más que suficiente. Pero, en ocasiones, los lectores de los relatos de terror no se sienten saciados con las trágicas agonías que se les presentan para su aprobación. Y si hay algún escritor de relatos de terror entre estos leí lores, aumentan las posibilidades de que esto ocurra hasta insospechados límites cejijuntos y góticos. Esto no se hace por puro sadismo, para dar una vuelta de tuerca por el disfrute de provocar más gritos de aquellos en el potro. Se hace (se hacía) como un medio de autoflagelación vicaria, lacerando con el látigo brutalmente las espaldas de personajes de ficción como distracción de cada uno de los latigazos que la vida real propinaba al escritor en un momento específico de su vida. En el universo religioso, el infierno existe como un lugar para otros, no como el destino de aquellos que lo inventaron. Pero hablando en sentido figurado, todos estamos condenados a inventar nuestros propios infiernos. Y tras convertirnos en residentes de algún agujero, miramos a nuestro alrededor en busca de compañeros con los que compadecernos… un grupo que forme parte de nuestro dolor, iguales condenados por los mismos deslices o errores, los cometiéramos o no voluntariamente.

Con el segundo grupo de relatos de este volumen, los que presentan a Drácula y al Hombre Lobo, comienzan a emerger ciertos motivos que estarán presentes en el resto del libro. Estos personajes lloraban la soledad, el deseo y los ritos amorosos terriblemente malogrados. En lugar de destripar estos dramas singulares, no digamos nada más en este preludio a una exposición de dolores que por propio derecho harán añicos el mundo en el que se revelan.

Hay muchos relatos que podrían haber sido reelaborados e incluidos en este museo de gruñidos que resuenan repetidamente y de muecas siempre retorcidas. Uno de ellos merece una mención especial porque podría servir de llave para todos los demás. El relato es “En la colonia penitenciaria” de Franz Kafka, y su argumento es el siguiente: un hombre es condenado por un crimen que él desconoce hasta que lo lee grabado en su propia piel por el doloroso escarificador de una extraña máquina. El aspecto más insólito de esta narración de extraños personajes, territorios y máquinas es la expresión de pavor en el rostro del condenado al revelarse su crimen sobre su cuerpo por el artilugio punzante. Como afirma el funcionario de la colonia penitenciaria a cargo de la ejecución: «El esclarecimiento puede llegar hasta a los menos dotados intelectualmente… Un instante que podría tentar a uno a colocarse bajo el propio escarificador» (lo cual el funcionario hace al final, pero a su pesar). El esclarecimiento del hombre de Kafka sobre la máquina no tiene por qué ser definitivo, como lo es en el original, pero podría ser solo el primero en una serie de esclarecimientos, cada uno de ellos revelando un crimen mayor que el anterior, y cada uno proporcionando una mayor fuente de dolor. A medida que el escarificador continúa escribiendo, la carne del hombre encadenado bajo este se convierte en un palimpsesto sobre el cual se escriben crímenes inimaginables… hasta que se revela el mayor crimen de todos. En palabras del filósofo alemán Arthur Schopenhauer, que influyó en Kafka: «Deberíamos considerar a todos los hombres en primer lugar como un ser que existe solo como una consecuencia de su culpabilidad y cuya vida es una expiación del crimen de haber nacido». Extendiendo la afirmación de Schopenhauer para hacerla un poco más escalofriante, así como más exacta, podríamos concretar nuestro crimen no solo en simplemente haber nacido, sino de haber nacido en la Casa del Dolor.

TRES CIENTÍFICOS

MIL VARIACIONES DOLOROSAS EN DIVERSAS CRIATURAS SOMETIDAS AL TRATAMIENTO DEL DOCTOR MOREAU, HUMANISTA

El doctor Moreau está examinando al hombre lobo atado en su mesa de operaciones. Ha invertido muchas horas de trabajo en él, arrancándolo lenta y tortuosamente de sus orígenes bestiales.

Hoy el doctor ha sentido curiosidad. Ve al hombre lobo observando a su bonita ayudante. Al principio intenta interpretar la verdad en los ojos del hombre lobo, pero no es capaz. Ahora debe recurrir a una prueba empírica.

Despreocupadamente, el doctor Moreau afloja las correas que sujetan las muñecas y los tobillos del hombre lobo y luego, en silencio, abandona la habitación. Espera unos segundos en el pasillo, ansioso por darles suficiente tiempo. Finalmente, a través de una fina rendija en la puerta, echa un vistazo dentro con un solo ojo.

Bueno, esto ya es demasiado, pensó, y, de repente, entra en la habitación para enfrentarse a sus dos sujetos: la ayudante, de pie con el cuerpo rígido por el terror; el hombre lobo, agachado sobre una rodilla como un caballero demente ante la damisela en apuros que él salvaría con mucho gusto.

—¡Idiota! —grita el doctor Moreau al tiempo que golpea al hombre lobo en la cabeza con el dorso de la mano en un ángulo de más de cuarenta y cinco grados. Nos queda mucho por hacer con estas bestias —le dice a su ayudante. ¡Es por su propio bien!

Entonces, con desprecio, saca una pequeña llave de oro del bolsillo de su chaleco y avanza hacia la enorme puerta, tras la cual hay un desconcertante arsenal de potentes drogas e instrumentos de inimaginable dolor.

LOS INSOPORTABLES DÍAS FINALES DEL DOCTOR HENRY JEKYLL, CABALLERO INGLÉS

El doctor Jekyll lleva encerrado ya una semana en su laboratorio de una callejuela de la bulliciosa ciudad de Londres, intentando encontrar la fórmula que destruya al insaciable Edward Hyde para siempre o, al menos, disolverlo en unos cuantos químicos suspendidos inofensivamente en su propio organismo.

A última hora de la mañana del domingo, el doctor Jekyll se despierta en el suelo y descubre asombrado la figura encogida de Hyde moviéndose medio consciente junto a él.

Ambos están un poco aturdidos y el doctor Jekyll es el primero en ponerse en pie. Durante unos segundos simplemente se miran. El doctor Jekyll puede ver que la naturaleza feroz de Hyde ahora es inocua y dócil, el efecto prolongado, sin duda, de su vida depravada.

—Tengo justo lo que necesitas —dice el doctor Jekyll, acunando la cabeza de Hyde con un brazo y posando una probeta de fluido burbujeante en sus labios. Luego, el doctor Jekyll se aparta y observa a Hyde, que ahora se retuerce en convulsiones por el veneno que ha ingerido involuntariamente.

En ese momento alguien llama a la puerta del laboratorio (la puerta que conduce al interior de la casa).

—Doctor Jekyll, señor, hay una joven dama que pregunta por el señor Hyde. ¿Qué quiere que le diga?

—Un minuto, Poole —responde el doctor Jekyll al tiempo que se alisa la corbata arrugada y se prepara para informar de la lamentable noticia de que Hyde murió hace días en un desafortunado accidente científico. El hombre bebía cualquier cosa que cayera en sus manos ¡y no tenía ni idea de química!

Pero antes de ver a la joven dama, el doctor Jekyll quiere examinar el cuerpo de su gemelo maligno. *Dios mío, esta pobre criatura es prácticamente inmortal,* piensa mientras arrastra el cuerpo que jadea débilmente de Edward Hyde hacia el agujero abierto y ardiente de la incineradora.

La agónica resurrección de Victor Frankenstein, ciudadano de Ginebra

Víctor Frankenstein ha muerto a bordo de un barco atrapado en mares de hielo cerca del Polo Norte. Posteriormente, envían su cuerpo de regreso a su país de origen, Suiza, donde, sin embargo, no hay nadie que lo reclame. Todas las personas que conocía habían muerto antes que él. Su hermano William, su amigo Henry, su esposa Elizabeth y su padre Alphonse Frankenstein, entre otros, ya no están. Un funcionario de poca categoría en el servicio civil de Ginebra sugiere que se done el cadáver, todavía muy bien conservado, a la Universidad de Ingolstadt, donde el difunto se distinguió en sus estudios científicos.

Hans Hoffmann, un prodigio en anatomía comparada de la Universidad de Ingolstadt, está llevando a cabo una serie de experimentos en su departamento. Ha ensamblado, y estaba bastante seguro de poder revivir, a un ser humano a partir de varias partes corporales que ha comprado o robado. Para consumar su proyecto, que por lo que sabe jamás ha sido ensayado y, sin duda, lo haría famoso, todavía necesita un cerebro humano. Ha oído que el cuerpo de un antiguo estudiante de la Universidad de Ingolstadt está preservado en la morgue de la facultad de medicina. Por lo visto, el hombre era un estudiante brillante. El suyo sería el cerebro perfecto, piensa Hans Hoffmann. Una noche, ya tarde, fuerza la entrada de la morgue y se sirve él mismo.

—Bien —dice Hans Hoffmann aquella velada espectacular en la que la criatura abre los ojos por primera vez—, ¡eres toda una belleza!

Por supuesto, su intención es irónica; la criatura es bastante nauseabunda. Lo que ahora advierte Hans Hoffmann es que su creación mira a su alrededor por la habitación, como si esperara ver a alguien, de momento, ausente.

—Oh, no —dice el científico—, me parece que voy a tener problemas contigo. Cualquier día me pedirás que te proporcione un compañero, alguien de tu misma clase. Bueno, mira esto —dice Hans Hoffmann, al tiempo que sostiene un puñado de entrañas y parte del rostro de una mujer—. Ya he intentado hacerlo, tal vez un poco desganado, debo admitir. No es lo mismo, crear una mujer, y, de todas formas, no me sería de mucha utilidad.

Hans Hoffmann no sabe si la criatura ha entendido esas palabras. Sin embargo, advierte en su semblante una expresión de terrible desolación (quizás, simplemente debido a un colapso de los músculos). Ahora la criatura se pasea tambaleante por el apartamento de Hans Hoffmann, rompiendo inadvertidamente una serie de objetos. Por fin, sale a trompicones por la puerta de entrada y se sumerge en las calles de Ingolstadt («¡Hasta nunca!», le grita Hans Hoffmann).

Pero mientras la criatura vaga hacia la oscuridad, buscando un rostro que recuerde de hace tiempo, no es consciente de que el único ser en todo el universo que podría ofrecerle algún alivio ya se ha incinerado en una furiosa pira muy lejos, en las tierras baldías de hielo del Polo Norte.

DOS INMORTALES

El corazón del Conde Drácula, descendiente de Atila, Azote de Dios

El conde Drácula recuerda lo irresistiblemente atraído que se sintió por Mina Harker (nacida Murray), la esposa de un agente inmobiliario de Londres. Su esposo le había vendido una propiedad llamada Carfax. Era un edificio ruinoso situado junto a una ruidosa institución de enfermos mentales. El incesante alboroto que armaban no era precisamente apacible para alguien que, entre otras cosas, buscaba algo de tranquilidad. Un preso llamado Renfield era el delincuente más peligroso.

En una ocasión, los Harker invitaron al conde Drácula a una velada, y Jonathan (el hombre al mando de su agencia) le preguntó si le gustaba Carfax en cuanto a la localización, las condiciones de la casa y la propiedad, y los alrededores.

—Ah, qué arquitectura —dijo el conde Drácula al tiempo que miraba de forma descontrolada a Mina—. Es pura música congelada.

El conde Drácula desciende de la noble raza de los Szekely, un pueblo de muchas estirpes, todas ellas feroces y guerreras. Luchó por su país contra el turco invasor. Sobrevivió a guerras, a plagas, a las durezas de una vida aislada en los Cárpatos. Y durante siglos, al menos cinco o (al vez más, logró perpetuar, con la ayuda de poderes sobrenaturales, su existencia como vampiro. Esta existencia acabó a finales de la primera década del siglo diecinueve. «¿Por qué *ella*?», se preguntaba el conde Drácula con frecuencia.

Por qué todo el ritual, cuando uno piensa realmente en ello. ¿Para qué quiere un ser que puede transformarse en un murciélago, un lobo, una brizna de humo, en cualquier cosa, y que conoce los secretos de los muertos (quizás, de la propia muerte), este alimento pringoso y recalentado? ¡¿A quién se le ocurriría tal requisito para la inmortalidad?! Y, al final, ¿adónde le llevó? El alma de Lucy Westenra se salvó, el alma de Renfield nunca estuvo en ningún

verdadero peligro… pero el conde Drácula, uno de los hijos verdaderos de la noche de la que nacen todas las cosas, no tiene alma. Ahora solo posee esta misma sed insaciable, aunque ya no es libre para poder aliviarla. «¿Por qué ella? No había ninguna como ella». Ahora solo posee esta dolorosa y perpetua consciencia de que está condenado a retorcerse bajo la infernal estaca que esos idiotas, Harker, Sewar, Van Helsing y el resto, han clavado en su trémulo corazón. «La culpa es de ella, es de ella». Y ahora escucha voces, voces ordinarias, campesinos de la región.

—Por aquí -grita uno de ellos-, en este convento en ruinas o lo que sea. Creo que he encontrado algo que podemos dar a esos malditos *perros.* Menos mal. Dios, estoy enfermo de escuchar sus gemidos interminables.

LA INSOPORTABLE SALVACIÓN DE LAWRENCE TALBOT, EL HOMBRE LOBO

Siguiendo el ritual, alguien que lo amaba y a quien él amaba acaba de disparar una bala de plata al hombre lobo. Cae al suelo, donde una gruesa capa de hojas de otoño absorbe la mayor parte del impacto de su cuerpo. La mujer todavía está apuntando con el revólver, sujetándolo con ambas manos, cuando el resto de la partida de caza llega, alertado por los disparos que han escuchado.

Un hombre alto con una chaqueta deportiva de tweed rodeó a la mujer con sus brazos.

—No se preocupe, ya no puede hacerle daño —le dice el hombre alto.

Pero el hombre lobo en realidad no había tocado a la mujer ni una sola vez. Literalmente.

Lawrence Talbot era el nombre humano del hombre lobo.

Tenía cerca de cuarenta años, estaba sin empleo (con algunas expectativas) y soltero. Mientras viajaba por Europa oriental, paseando por los bosques la mayor parte del tiempo, un lobo enorme lo atacó y le mordió una o dos veces. Tras ser examinado por un médico, no le dio mayor importancia al incidente… hasta el siguiente mes, cuando vio la luna llena a través de las ventanas con cristales en forma de diamante en una casa de campo inglesa donde había sido invitado.

Se había enamorado de la hija del propietario de la casa e intentaba pedirle matrimonio en secreto. Pero después de que la primera luna llena le abriera lo ojos en cuanto a en qué se había convertido, supo que se le había acabado aquella vida. Era un asesino, aunque involuntario. Antes de que llegara la siguiente lima llena convenció a la mujer de que le prometiera que, si algo le pasaba a él, bueno, su deseo es que lo enterraran en el mausoleo, en las tierras del padre de ella. «Te lo prometo», le dijo ella solemnemente, aunque no entendió ni la propia promesa ni la solemnidad con la que la pronunció.

Lawrence Talbot quería saber que seguiría cerca de aquella mujer hasta su muerte. Pero jamás imaginó que también podría oír su voz, y las voces de otras personas, aunque desafortunadamente no era capaz de responder.

—¿No se supone que tenemos que sacarle el corazón ahora? —preguntó uno de los hombres de la partida de caza.

(Bueno, ¿y qué si lo hacen? Él la amaba con todas las partes de su cuerpo y podría seguir sintiendo la presencia de aquella mujer durante las frecuentes visitas que ella sin duda haría al mausoleo).

—No, no tiene nada que ver con el corazón -dice otro-. Creo que tenemos que quemarlo todo inmediatamente y luego esparcir las cenizas.

—Sí, eso es cierto -añade el hombre alto-, ¿Pero qué dice usted? -pregunta a la mujer.

Ella sigue llorando.

—No lo sé, no lo sé. ¿Qué importa ya?

(¡No, sí importa! ¡La promesa, la promesa!)

Algunos de los hombres se quejan de lo difícil que resulta encender una madera en un bosque donde ha llovido tanto en otoño. Todas las hojas, todas las ramas que encuentran parecen estar resbaladizas y húmedas, como si hubieran sido impregnadas por las babas pegajosas de alguna clase de bestia.

LÍDERES

LA INTOLERABLE LECCIÓN DEL FANTASMA DE LA ÓPERA

El fantasma de la ópera es un genio. Antes de ser el fantasma de la ópera era un compositor de talento mediocre, un talento del cual se aprovechó un avaro estafador que robó su música al joven compositor. Este intentó vengarse del villano y en el proceso su rostro resultó gravemente desfigurado por alguna clase de sustancia química que vertieron sobre él y que hizo que se prendiera fuego. Después se trasladó a las cloacas, directamente debajo del edificio de la ópera, y él también se convirtió en un genio.

En mitad de la temporada de ópera, el fantasma rapta a una soprano bastante mediocre y dedica muchas semanas a entrenar la voz de la joven en las resonantes cavernas del sistema de alcantarillado de París. Le pide que cante desde el corazón, golpeándose el pecho una o dos veces para que la joven sea consciente de que también está cantando desde el corazón de él y, tal vez, del de otras personas. Este es el mensaje básico de su instrucción, aunque también exaspera a su estudiante con horas y horas de escalas, entrenamiento auditivo y demás.

Un día ella se harta de todo el sufrimiento que aquel hombre le está haciendo pasar, y por desesperación, y en parte por curiosidad, le arranca la máscara que oculta su nauseabundo rostro. Ella grita y se desmaya. Mientras está inconsciente, el fantasma aprovecha la oportunidad para llevarla de vuelta al mundo que se abre sobre la superficie del edificio de la ópera. Porque, lo sepa o no, ella ahora es una gran cantante.

Cuando la joven recobra el conocimiento tras la terrible conmoción experimentada, sus días junto al fantasma de la ópera ya no le parecen más que un vago sueño. Más tarde, esa temporada, protagoniza una ópera y ofrece una actuación brillante, la cual es observada por el fantasma desde un palco vacío cerca del escenario. Una y otra vez, él se golpea el pecho con satisfacción y con una tristeza tan privada y profunda que resulta incompresible a todos excepto a sí mismo.

Cuando ya ha acabado la ópera y la estrella está haciendo las reverencias al público, el fantasma advierte que una de las pesadas pasarelas sobre el escenario se ha soltado y está a punto de desplomarse justo encima de la cabeza de su adorada estudiante. El fantasma salta sobre el escenario, la aparta de un empujón y él mismo termina aplastado por la tramoya descolgada.

El fantasma de la ópera sangra abundantemente y sus ojos se empañan tras la máscara.

—¿Quién es? —pregunta alguien a la joven a la que el fantasma enseñó a cantar de forma tan prodigiosa.

—¡Estoy segura de que no lo conozco! —responde mientras su extraño y atormentado profesor muere.

Pero las palabras de la joven no contienen ni un ápice de la inexplicable emoción que siente. Solo ahora será capaz de cantar desde el corazón. Pero se da cuenta de que no existe música en la tierra que merezca su voz, y más tarde, esa misma noche, su corazón monstruosamente pesado se la lleva al fondo del Sena.

El fantasma de la ópera es un genio.

EL INEXPLICABLE RENACIMIENTO DEL FANTASMA DEL MUSEO DE CERA

El fantasma del museo de cera camina por la calle con su nueva novia. Aunque lleva un rostro benignamente atractivo, que él mismo ha diseñado, hay aún algo repelente y siniestro en su apariencia.

—Ninguna chica decente saldría con él -susurra una anciana cuando la pareja pasa de largo.

El fantasma del museo de cera fue en el pasado un artista gentil y sensible que trabajaba duramente dando forma a representaciones realistas de figuras de la historia y de los tiempos modernos. Un artesano próspero, pero con poca cabeza para las finanzas, que fue engañado por su socio, quien lo dejó por muerto en un estudio en llamas, donde sus obras maestras de cera se derritieron una tras otra hasta quedar en nada.

Él, sin embargo, logró escapar vivo, aunque gravemente desfigurado, y desde ese día en adelante quedó mentalmente trastornado, un artista demoníaco y sádico que de vez en cuando sumergía a jóvenes mujeres en cubas de cera hirviendo para luego exponerlas a cambio de un beneficio económico a los clientes desprevenidos de su museo. «¡Un genio!», exclamaba el público.

El fantasma del museo de cera está a punto de apretar el botón que hará que su nueva novia, en estos momentos inconsciente, se sumerja en una de esas famosas cubas burbujeantes. Pero, inesperadamente, unos cuantos policías vestidos de paisano irrumpen en la habitación y lo detienen. Rescatan a la joven y acorralan al que iba a ser su asesino en lo alto de las escaleras, justo encima de la cuba que bullía furiosamente.

De repente, en ese momento de gran tensión, el fantasma del museo de cera ve un rostro gentil y sensible en su mente. Ahora recuerda, recuerda quién fue hace mucho tiempo. De hecho, recuerda muy poco más. ¿Qué estaba haciendo y quiénes eran esas personas allí arriba de esas escaleras?

—Les pido disculpas —comienza a decir a los detectives—, ¿podrían decirme…?

Pero el detective más joven dispara el arma demasiado rápido y el maligno fantasma del museo de cera cae por la barandilla y desaparece bajo la cremosa superficie de la cuba que hervía rabiosamente.

Uno de los detectives de más edad observa la bulliciosa cuba de cera y en un momento de reflexión poco frecuente, dice:

Si hay algo de justicia en esta vida, ese monstruo hervirá ahí para la eternidad. ¡Mató al menos a cinco adorables mujeres!

Pero en el momento de su muerte, el afortunado fantasma del museo de cera pudo recordar a una sola joven: a su bella María Antonieta, que había acabado hacía tan solo unas horas, o eso le parecía a él, y que ahora sabía que jamás volvería a ver.

HEROÍNAS GÓTICAS

LA PELIGROSA HERENCIA DE EMILY ST. AUBERT, HEREDERA DE UDOLFO

Emily St. Aubert ha tenido una vida muy difícil. Cuando era tan solo una adolescente, presencia la muerte de ambos padres: su madre, de la cual Emily descubre que no es su verdadera madre, y su sabio padre, a quien Emily adoraba. «Oh, Emily, oh, Emily», llora su novio Valancourt cuando el amenazador Montoni se la lleva al castillo un tanto deteriorado, pero aun así imponente, llamado Udolfo.

En Udolfo hay multitud de secretos: pasajes secretos, escaleras secretas, motivos secretos, asesinatos secretos, restos de sangre de personas secretas, gemidos procedentes de habitaciones secretas y de pesadillas secretas, secretos italianos, amor italiano, venganza y odio italianos.

En cierto momento Emily ve la réplica en cera de un cadáver con el rostro carcomido por los gusanos, que ella toma por real. Y bien podría haberlo sido. Finalmente, Emily es rescatada por Valancourt y huye de Udolfo, y poco tiempo después la pareja contrae matrimonio. Pero surgen complicaciones.

Emily y Valancourt parecen estar hechos el uno para el otro. Ambos han padecido mucho, pero ninguno está amargado por sus penas, por sus sufrimientos o por los meses que pasaron en el corazón del vicio. Sus naturalezas sencillas y cotidianas permanecen ilesas y sin mácula.

Sin embargo, por la noche Valancourt está echado en la cama despierto, escuchando las cosas que Emily susurra dormida: cosas secretas. Tras unas cuantas semanas así, Valancourt parece muy demacrado. En cuestión de unos meses se ha vuelto irremediablemente loco y un día huye corriendo a algún lugar desconocido.

Emily ahora pasa sola la mayor parte del tiempo. Para entretenerse, escribe poemas, como siempre hizo, pequeñas composiciones atmosféricas

tituladas como “A la melancolía”, “Al murciélago”, “A los vientos” y “Canción de la tarde”.

En ocasiones no puede evitar preguntarse si no se equivocó desde un principio con las virtudes de Valancourt. Caramba, no estaba en mejores condiciones que aquel destartalado y viejo castillo de Montoni. Ese lugar terrible y espantoso.

¿Cómo decías que se llamaba? Ah, sí… Udolfo.

LA IRREPROCHABLE DECLARACIÓN DE LA INSTITUTRIZ SOBRE EL CASO DE BLY

La institutriz está escribiendo una declaración sobre sus experiencias en Bly, donde estuvo a cargo de dos niños huérfanos llamados Flora y Miles. Fue contratada por el tío de los niños tras una entrevista un tanto superficial en su oficina de Harley Street. A pesar de la brevedad y formalidad del encuentro, la institutriz se enamoró profundamente de su empleador. O eso le pareció a la señora Grose, la ama de llaves de Bly, cuando la institutriz le habló sobre aquella entrevista.

Entre otras cosas, la institutriz escribe sorprendida sobre los dos hermosos niños y su determinación de dedicarse en cuerpo y alma a su educación, con la esperanza de que algún día su devoción sea apreciada por el hombre de Harley Street. Al menos, esto es lo que nos hacen creer.

La institutriz escribe ahora sobre los terrores en Bly. Estos son terribles sucesos en los que están involucrados los fantasmas de dos antiguos sirvientes, la señorita Jessel y Peter Quint, de quienes la institutriz sospecha que están intentando poseer las almas de los niños y perpetuar a través de ellos la sacrílega y romántica alianza que mantuvieron en vida. Sin embargo, esta situación no es expresada con tantas palabras. Debido a su estilo de prosa sutil e indirecto, con frecuencia es difícil saber qué afirma la institutriz.

Durante su estancia en Bly, escribe la institutriz, vio las diabólicas figuras de Quint y Jessel de pie asomadas a las ventanas y sobre altas repisas, acechando en las sombras a los pies de una escalera o apostados inmóviles sobre las serenas aguas de un estanque de la extensa finca. Pero ella logra vencer su terror ante estas apariciones, dice, porque debe proteger a toda costa a los niños. Después de todo, ellos son inocentes. No importan los actos depravados que les hubieran inducido a cometer, dice la institutriz, aun así, debían ser salvados y, bajo su supervisión siempre vigilante, ser traídos de vuelta a su estado de inocencia. Con este fin, hace que Flora recoja sus cosas y se marche a Londres, porque, tal como afirma la institutriz: «Bly ya no le sienta bien». Ahora solo le queda enfrentarse a Miles en relación a un terrible secreto. Sin embargo, los muertos son muy tenaces y no se privan fácilmente del placer de aparecer inesperadamente en las ventanas y evitar que se cuenten los secretos.

Un día nublado, la institutriz se enfrenta a Miles y comienza a interrogarle. ¿Qué maldad ha cometido, se pregunta, si es que ha cometido alguna? Observándoles a través de los cristales de un par de puertas francesas acristaladas está Quint con aviesa mirada. La institutriz corre para defender a Miles de ser totalmente poseído por aquella aparición demoníaca.

Ambos parecen estar intentando pujar por el alma del chico, por lo que puede entreverse en la vaga narración de esta tensa escena. Trágicamente, el corazón de Miles deja de latir durante la consiguiente lucha, sea cual sea su naturaleza exacta, y cae muerto en los brazos de la joven mujer.

Y así concluye el recuento de la institutriz de los terribles incidentes que ella jura que ocurrieron en Bly. Solo queda una cosa por contar, otra vuelta de tuerca, por decirlo de alguna manera, para ajustar un elemento suelto de la historia. Es decir, a pesar del catastrófico resultado de su primer trabajo en su carrera de institutriz, sin embargo, consigue empleo en otro lugar. Se hace difícil saber cómo fue capaz de continuar con ese oficio, teniendo en cuenta el trauma que sin duda padeció al principio de su carrera. Casi parece que se guarda para sí la mayor parte de lo que sucedió y deja que los lectores imaginen lo que realmente pasó. ¿Y por qué no?

Porque algunos hechos son simplemente demasiado repugnantes y degenerados para ser contados sin ambigüedad, si no con total prevaricación. Aquellos involucrados en la investigación de la muerte de Miles apenas podían encontrar sentido en el testimonio de la institutriz, lo cual probablemente contribuyó a que la exculparan de cualquier fechoría en el caso. Aunque contó hasta cierto punto, jamás podría describir toda la maldad en la que se había visto inmersa. Como mínimo, una revelación de esa clase podría haberle impedido encontrar otro puesto como el que tuvo en Bly, donde demostró ser un miembro leal a la casa y aparecía ante todo el mundo como una persona decente en general… una persona mental y moralmente en sus cabales, de la cual era imposible imaginar que fuera alguien capaz de tramar algo que pudiera resultar en la muerte de un niño. Pensar lo contrario habría sido demasiado para los buenos ciudadanos que investigaban el caso. Por muy seductora que se presentara la institutriz, no era… NO, no había nada… CÓMO podría haberlo… como si tal cosa… Y eso fue todo. Como testificó la señora Grose durante el juicio del caso de Bly: «Una joven y recta dama, sin duda lo era. Y tan *atenta* con los niños…»

SOLITARIOS

LA PERSECUCIÓN SOBRENATURAL DEL SEÑOR JACOB J. POR UN VAMPIRO

Un joven profesor, que escribe poesía en sus ratos libres, regresa a su vivienda en una pensión donde se aloja en la planta superior. Una joven pelirroja, una de sus alumnas, corre hacia él justo cuando está a punto de subir las viejas escaleras de la pensión.

—¿Ha oído lo del vampiro, señor Jacob? —le preguntó, entrecerrando los ojos deslumbrada por el brillante sol de la tarde. La joven entonces comienza a describir al vampiro y sus actividades tal como a su vez le han sido relatadas a ella.

—Por supuesto, sé todo eso —responde el señor Jacob—. Bueno, la veo mañana —dice al tiempo que aplasta el cigarrillo con un zapato (no le gusta que sus estudiantes le vean fumando si puede evitarlo).

Esa noche el señor Jacob no puede dormir. Sabe que todo ese asunto del vampiro no es más que una tontería, pero en mitad de la noche uno puede enervarse por ciertas cosas a las que jamás prestaría la menor atención en una situación normal. Sale a rastras de la cama y abre la única ventana de su cuarto. Qué silencio reina en todas partes a esa hora. En cierto modo, parecía que acababa de darse cuenta de ello por primera vez.

Al día siguiente, las informaciones sobre el vampiro son verificadas por varias personas honestas y de confianza. Hay testimonios de algunos testigos que aseguran haber visto una figura flotante de cuya boca goteaba sangre. Además, se había encontrado el cuerpo de un forastero esa mañana en su habitación de hotel… totalmente desangrado. El señor Jacob, junto a muchos otros, se muestra de acuerdo en que sintió que algo extraño pasaba durante los últimos días… algo, bueno, algo que no podía identificar exactamente.

Esta noche, el señor Jacob no quiere dejar ningún cabo suelto. Se sienta junto a la única ventana de su habitación, hora tras hora, con un crucifijo enorme sobre el regazo. De vez en cuando se olvida de sí mismo y se

adormila, pero en cada ocasión logra poner su mente de nuevo en alerta con el simple pensamiento del vampiro.

A medida que pasan los días, la situación empeora. Se encuentran numerosos cadáveres desangrados. El señor Jacob no ha podido disfrutar de un descanso decente desde que comenzó aquella terrible temporada de muerte. Durante toda la noche se queda sentado mirando fijamente a la oscuridad al otro lado de aquella estúpida y pequeña ventana. Y está fumando demasiado. Un día tose sangre en la mano… ¡justo en medio de una de sus clases de gramática!

Debido a los límites inherentes de la voluntad humana, el señor Jacob cae profundamente dormido una noche junto a la ventana. Quizás solo está soñando cuando oye unos leves golpecitos en el cristal, pero parecen tan reales… *«No»*, grita al tiempo que se levanta de un salto de la silla y tira el crucifijo al suelo. Ahora tiembla violentamente, como si un viento gélido se hubiera colado en la habitación y le penetrara por el cuerpo. Pero no hay viento. Al otro lado de la ventana todo se ve inmóvil y muerto.

Al día siguiente llegan buenas noticias. El vampiro se ha ido y todos están a salvo una vez más. Una mañana radiante de principios de primavera, el señor Jacob abre la ventana por primera vez desde hace semanas. Los niños cantan de alegría por las calles. De repente, cierra la ventana y se vuelve hacia su pequeña estancia.

Porque el señor Jacob sabe que todos están siendo víctimas de una falsa sensación de seguridad. Él permanece alerta. Noche tras noche, espera junto a la ventana, pensando que algún día el vampiro regresará… Pero, por algún motivo, jamás regresa.

A finales de verano nadie en la ciudad se sorprende al descubrir que una noche el señor Jacob perdió el equilibrio y cayó sobre la calle desde gran altura. Había comenzado a beber en exceso, pobre hombre. Un desafortunado accidente… ¡y justo cuando el semestre de otoño estaba a punto de empezar!

EL MAGNÍFICO COMPAÑERO DE ANDRÉ DE V., ANTIPIGMALIÓN

Esta noche, de pie, fumando un cigarrillo y mirando por la ventana hacia una brumosa avenida, M. André de V. ha logrado realizar la suprema hazaña del soñador romántico. A partir de la fugaz experiencia con una mujer real (Mlle. LeMieux, y perseverar en esa relación hubiera sido una inutilidad), había creado un ideal con su propia imaginación.

Ella está sentada en un rincón de la habitación: sabia, bella y satisfecha, es el complemento perfecto para el temperamento de su creador y la encarnación perfecta de los requisitos indescriptiblemente complejos de este. Él le sonríe y ella le devuelve la sonrisa, reflejando a la perfección tanto la clase como el grado de sentimientos de la sonrisa original. Últimamente, este y otros experimentos similares han ayudado a M. André de V. a pasar una gran parte de su tiempo.

Más tarde, esa misma noche, entregan una carta en la habitación de M. André de V. Este se sirve un brandy, enciende su último cigarrillo (olvidó comprar esa tarde) y abre el sobre con un abrecartas de plata afilado. *Querido André* (comienza la carta):

> *Se han producido unas noticias muy tristes esta noche. Mlle. LeMieux por fin ha sucumbido a la enfermedad que padecía (¿era usted consciente de que estaba enferma?) Como ella estaba en nuestro círculo de amistades, pensé que querría conocer los hechos.*
>
> *P.D.: ¿Qué tal le va a su obra?*

M. André de V. lee la carta una docena de veces, hasta que por fin comprende totalmente el mensaje. Entonces, aun sujetando la carta en la mano, regresa a su posición junto a la ventana. Sin volverse hacia el fantasma en el rincón, le dice:

¡Márchate! Por favor, márchate. Ya no sirve de nada.

Pero el bello espectro no desaparece tal como le ordenan. Tras haber sentido el deseo silencioso de su hacedor, coge el afilado abrecartas del lugar donde él lo dejó sobre la mesa y lo hunde profundamente en su suave nuca.

CONFINADOS

LOS GUARDIANES SIEMPRE VIGILANTES DE LOS ESTADOS AISLADOS

Un joven con bigote ralo está sentado en un sillón grande en la sala más interior de su gran mansión, donde ha pasado toda su vida en una majestuosa soledad a costa de la fortuna amasada por sus antepasados. Para él, vagar simplemente de una habitación a otra entre medias luces de ensueño ocupa la mayor parte de cualquiera de sus días.

Sin embargo, esta noche se siente perturbado por ciertas imágenes mentales que no está acostumbrado a experimentar: lugares brillantemente iluminados, gentío y risas suaves.

—Vaya, ¿qué te parece? —dice en voz alta.

Ahora un viejo sirviente entra en la estancia y el joven le observa mientras sirve una bebida en un vaso de cristal finamente tallado. El joven no ha solicitado ese refrigerio, pero da unos cuantos sorbos a la bebida de todas formas, un gesto de pura cortesía con el atento anciano sirviente.

El sirviente permanece de pie a un lado y el joven mantiene la mirada en él. Cuando el sirviente se inclina para recoger el vaso vacío, el joven detecta un ligero olor agrio. Y, por algún motivo, siente horror al contemplar el rostro demacrado del sirviente.

—Creo que saldré esta noche —dice el joven al tiempo que se pone de pie con un movimiento deliberadamente impulsivo.

—¿Y adónde irá? pregunta el sirviente en voz baja.

—No es asunto suyo, ¿no cree? responde el joven.

—¿Adónde irá? —repite el sirviente con el semblante totalmente carente de expresión.

«Viejo idiota e insolente», piensa el joven al tiempo que entra en la habitación contigua. Pero la habitación contigua es exactamente como la que acaba de abandonar. Y sentado en un sillón frente a él hay un joven con bigote ralo y un sirviente a su lado. Ambas figuras le observan, como si lo

vieran por primera vez. Luego regresa al otro cuarto y entonces recuerda, aunque tan solo durante un breve instante de lucidez, que, de hecho, él ha pedido al sirviente que le traiga el vaso de veneno que lo envió a este infierno de medias luces de ensueño.

EL GRITO: DESDE 1800 HASTA EL PRESENTE

A finales del siglo dieciocho, William B. está llegando a su destino: un salón en el paseo marítimo de Boston. Cuando pasa por un estrecho callejón, alguien le asalta por la espalda y le rodea el cuello con una cuerda delgada pero fuerte.

Mientras es estrangulado mortalmente, mira hacia arriba y ve la luna sobre los altos edificios de tiendas y casas a ambos lados del callejón. Sabe que va a morir y no termina de creer la injusticia que supone en todos los aspectos: que vaya a morir tan joven, que vaya a morir antes de haber tomado una copa esa noche, que vaya a morir sin haber realizado ni uno solo de los sueños maravillosos en los que había basado su existencia desde el principio.

En sus últimos momentos, se habría conformado con la pequeña satisfacción de proferir un grito para aliviar de alguna manera la angustia puramente física de ser estrangulado hasta morir. Pero su asesino, un asesino experto, tira de la cuerda ciñéndola demasiado, y de la garganta de William B. no puede escapar ni un solo sonido. Más tarde, esa misma noche, una jauría de ratas mordisquea el cuerpo antes de que sea descubierto por unas prostitutas locales.

Los espíritus de las víctimas de asesinato son sorprendentemente vengativos. Son bien conocidos por permanecer en el mundo de los humanos y «pasearse por la tierra» en busca de sus asesinos. Sin embargo, supongamos que el espíritu no tiene ni idea de cuál es el aspecto de su asesino. El espíritu podría acechar por la escena de violencia y tal vez las zonas cercanas, esperando oír algún rumor, alguna pista al azar, pero más allá de esto no puede hacer mucho más.

El espíritu ha planeado una venganza tan maravillosa: liberar su terrible grito, ahora un instrumento de fiereza y terror sobrenaturales. en la cara de su asesino, y así matarlo de una de las peores maneras imaginables. Pero nunca encuentra al estrangulador Finalmente, los años pasan excediendo la máxima esperanza de vida humana. El asesino sin duda lleva muerto un tiempo. ¡Y cuántos años le quedan todavía por delante al espíritu, atormentado por su sed de venganza no saciada!

El espíritu se instala en una casa apartada, pero de apariencia muy agradable, donde sin ser molestado y sin molestar observa el paso de las generaciones. Pero el espíritu siente constantemente el grito reprimido que

lleva dentro y la desesperanza de no encontrar jamás a alguien para quien ese grito significara algo.

El espíritu tiene mucho tiempo para pensar y preguntarse por qué nunca ha conocido a otros en un estado similar al suyo. Eso aliviaría algo su situación. Pero la idea, como las generaciones sucesivas, va y viene y no se dedica a ella con mucha diligencia. Su mente no ha estado nada despejada desde aquellos últimos momentos de su muerte.

Hacia finales del siglo veinte el espíritu comienza a visitar a medianoche a una bella joven aparentemente solitaria que vive en la casa apartada pero bien conservada. Parece que se ha enamorado de la aparición que la acompaña durante las oscuras horas de su soledad.

El espíritu ahora agradece su sino, al darse cuenta de que es ese grito angustiado y cautivo lo que posibilita su presencia. Mientras posea el grito en su interior puede permanecer en la tierra y ser visto. Ahora lo atesora como algo extremadamente valioso.

Una noche el espíritu se presenta a su cita junto a la cama de la joven cuando ve que todo ha sido un error: la mujer no está sola ni enamorada de él, aunque se la ve más bella que nunca. Y otra persona yace junto a ella en la cama.

Esto es a un mismo tiempo un tormento y un alivio para el espíritu. Por fin, tiene un motivo para dejar escapar su terrible grito, por fin significará algo. Aniquilaría a los dos mientras duermen.

—¿Has oído algo? —pregunta el hombre adormilado a la mujer.

—Apenas algo —responde ella con los ojos aún cerrados.

—Vuelve a dormirte —susurra el hombre-. Probablemente no sea nada.

Y no era nada. Y es que el espíritu asiste horrorizado en ese momento a la revelación de que, tras tantos años, el grito había muerto por sí mismo y lo había dejado no solo completamente solo, sino también completamente imperceptible tras su muro privado de eternidad.

ANTOLOGÍA DE POE

EL ALIAS TRANSPARENTE DE WILLIAM WILSON, DEPORTISTA Y CANALLA

William Wilson tiene un tocayo que se parece exactamente a él, anda como él y posee su misma habilidad en cualquier juego de ingenio. Se conocieron en la escuela del Dr. Bransby para chicos, en Inglaterra. Allí el tocayo de Wilson se dedica a frustrar sus proyectos, cuestionando su estatus de superioridad sobre sus compañeros y, en general, poniéndole las cosas difíciles. Acosado hasta extremos humanamente insoportables, una noche William Wilson abandona la escuela, interrumpiendo así su carrera académica, pero, al menos, desembarazándose de su odioso gemelo.

Sin embargo, más adelante el tocayo de Wilson se entromete en su vida en los momentos más inoportunos: aguándole sus fiestas libertinas al recordarle que beber en exceso y trasnochar es malo para el alma, exponiendo sus trampas con los naipes en Oxford y, en general, inmiscuyéndose en sus turbios asuntos en la mayoría de las principales ciudades de Europa (incluyendo, de entre todos los lugares, Moscú).

Finalmente se produce un duelo con espadas entre los dos William Wilson; y William Wilson, el original, vence. Antes de morir, el ensangrentado tocayo realiza la asombrosa afirmación de que William Wilson solo se ha matado a sí mismo, por no mencionar todas las esperanzas de llegar a ser algún día un individuo sensato y decente. Por supuesto, Wilson se da cuenta de que su gemelo ha estado en lo cierto desde el principio, y pronto, tras este lamentable duelo, se sienta para escribir la trágica historia de su vida a modo de disculpa y, tal vez, de advertencia para otros.

Mientras está escribiendo, alguien llama a la puerta. Al principio, Wilson no se molesta en abrir *(escribe, Wilson, escribe),* pero los golpes son tan persistentes que finalmente acude a abrir. De pie en la entrada, empapado por la tormenta que retumba allá afuera y de repente iluminado por un relámpago, se encuentra el tocayo de William Wilson, que ha vuelto de entre los muertos.

—¿Le importa si entro? —pregunta. Wilson se aparta atónito y permite que el gemelo ensangrentado entre. Tiene algunos problemas en encontrar un asiento para su invitado (le habían alquilado la casa por poco dinero y no había mucho mobiliario), aunque por fin encuentra un pequeño taburete sin barnizar que el otro Wilson inspecciona en busca de astillas antes de sentarse.

—He descubierto unas cuantas cosas desde la última vez que nos vimos —comienza el tocayo de Wilson—. Recordará que siempre le advertía de que cambiara sus hábitos, y esto y aquello… Bueno, ahora sé que mis esfuerzos en realidad fueron bastante inútiles. No había nada que yo pudiera hacer o que usted pudiera hacer o que nadie pudiera hacer.

—No —protesta Wilson—. Fue mi propia voluntad —insiste—, solo eso me condenó.

Me temo que se equivoca, se equivoca tanto —continúa el exasperado tocayo de Wilson, sacudiendo la cabeza ensangrentada—. No es usted, es todo el mundo. Usted solo es un pez pequeño, mi amigo. Piensa que *usted* iba a lograrlo, piensa que *usted* era perverso. No quiero ser alarmista, pero he estado en ciertos lugares y he visto ciertas cosas, y créame, no hay nada más que perversidad. La maquinaria de este lugar opera totalmente por el principio de fricción, amigo mío.

—He perdido toda esperanza de alcanzar el ciclo —le interrumpe William Wilson.

—El ciclo, olvide el ciclo replica el tocayo—. El ciclo llegará cuando el enorme y descerebrado William Wilson haya destrozado todo tan irremediablemente que tendrá que absorber todo el lío que forme y comenzar de nuevo. Lo que quiero hacerle entender es que es ahora cuando sabemos a lo que nos enfrentamos, tal vez podamos hacer las paces y tal vez podamos reconfortarnos el uno al otro. Esta es una oportunidad única. Quizás…

Pero William Wilson no quiere escuchar nada más de esta locura. Ya ha sufrido lo suficiente a manos de su gemelo. Tras desenvainar la espada, Wilson ataca al espectro y lo trincha salvajemente en pequeños trocitos («¡Estas son las paces que hago contigo!», grita). Luego va por ahí repartiendo los trozos de carne a los perros del vecindario, admirado todo el tiempo por el hambre de las ávidas fieras.

Poco después William Wilson muere de hambre, porque cuando regresa a su hogar descubre que la idea de lo que ha hecho no le permite parar de reír el tiempo suficiente para ingerir alimento alguno, ni beber tan siquiera un sorbo de agua.

EL DIGNO RECLUSO DEL TESTAMENTO DE LA DAMA LIGEIA

La dama Ligeia es una mujer de enorme belleza (cabello oscuro, frente ancha, ojos cautivadores) y también de gran cultura. Su esposo, un hombre de aspecto y logros mediocres, participa en los estudios de ella sobre el conocimiento oculto y en ocasiones tiene la impresión de que su esposa y él bordean los límites del saber prohibido.

Desde el principio hubo quizás algo extraordinario en su pacto matrimonial (por ejemplo, Ligeia ocultó su apellido a su compañero y él jamás la presionó, jamás cuestionó esta decisión). Cuando la dama Ligeia está muriendo de un trastorno desconocido, su esposo sigue sin entender qué es lo que ve ella en él. Se siente indigno de su amor, que es incompresiblemente intenso; siente que no es merecedor en absoluto.

Cuando aún vivía, la dama Ligeia hablaba con frecuencia de su voluntad de vencer a la muerte, su voluntad de sobrevivir a la terrible y aparentemente inevitable victoria de esta. El esposo de Ligeia siempre mostraba su acuerdo con los sentimientos de ella, a pesar de que apenas los entendía. Siendo un hombre con impulsos sensuales similares a la media, tras la muerte de su mujer comienza una nueva vida con Lady Rowena Trevanion, de Tremaine, una mujer rubia y de ojos azules de una distinguida familia inglesa. Sin embargo, poco después de iniciar su segundo matrimonio, se encierra en una apartada estancia de singular decoración: colores de pesadilla, mobiliario estridente y extraños e inquietantes tapices. Allí dentro el hombre pone en peligro imprudentemente su equilibrio mental con drogas y sueños extraños. Su bienestar físico no soporta ningún daño grave (está tan en forma como siempre), pero la salud de su segunda esposa, como la de la anterior, de repente y de forma inexplicable parece estar empeorando.

Ve que Lady Rowena sufre una serie de recaídas y recuperaciones, hasta que ante sus ojos, por fin se ha consumido del todo y muere en aquella estancia retirada y sorprendentemente redecorada. La figura inerme de ella yace ante él, pero él tan solo es capaz de pensar en su primera esposa, su amor perdido, Ligeia.

Por su decoración, aquella extraña habitación que se construyó para sí mismo es perfecta para soñar, y ahora sueña hasta la extenuación, sueña con cada onza de su voluntad con su primera esposa, la dama Ligeia. También consume cantidades ingentes de opio para propiciar sus visiones. Al mismo

tiempo, el cadáver de su segunda esposa, Lady Rowena, parece mostrar increíbles signos de estar reviviendo (rubor en el rostro, pulso débil en el corazón), que a continuación desaparecen, pero solo para reaparecer tras un breve intervalo. Esto ocurre en varias ocasiones a lo largo de la noche y culmina con la resurrección sobrenatural no solo de Lady Rowena, sino también de la dama Ligeia, a quien el viudo de ambas damas había soñado traer de vuelta a la vida, empleando el cuerpo de su segunda esposa para alojar a la primera.

Pero la resurrección es solo una ilusión. Lady Rowena, de hecho, no está muerta, ni tampoco está viva la dama Ligeia. Después de tantos esfuerzos, el marido de ambas mujeres no había soñado con ellas en ningún lugar, sino que había logrado soñarse a sí mismo saliendo de un mundo para entrar en otro. A través de este ejercicio de voluntad por fin se había hecho merecedor del amor de la mujer oscura cuyo cabello azabache ahora se despliega de las sombras de su mortaja. La voluntad de él le llevó a los dominios de ella, de los que nadie escapa jamás y que son el mismísimo origen de la propia voluntad.

Y ahora ambos están encerrados para siempre en la informe fantasmagoría de la que emanan innumerables ecos de cada latido sangriento y apasionado del Divino Corazón. Y lo mejor de todo es que Ligeia ha recuperado a su esposo.

—Oh, Rowena, Rowena —grita él.

Pero nadie, no digamos ya la viuda rubia de ojos azules, puede oírle ya.

La interminable estancia de los amigos de la Casa Usher

Un hombre de altura media y rasgos comunes logra escapar de la Casa Usher tan solo unos segundos antes de que esta se derrumbe con gran estruendo y se hunda profundamente en las turbias aguas del pequeño lago de montaña junto a esta. El hombre corre a refugiarse bajo un árbol cercano de la violenta tormenta que se desató y culminó el desastre de la noche. Sin embargo, una vez allí mira hacia arriba y advierte que el árbol no tiene ninguna hoja (sus ramas desnudas se balancean libremente al viento, e incluso las raíces, desenterradas, se agitan de un lado a otro).

El hombre de altura media y rasgos comunes estaba pasando unos días en la Casa Usher invitado por un amigo y antiguo compañero de clase, Roderick, quien, junto a su hermana gemela Madeline, es propietario de la casa y de una extensa porción de la finca que la rodea, incluyendo el cementerio.

Su amigo de niñez advirtió de inmediato que Roderick era un hombre muy enfermo. Solo los sonidos más leves, la luz más tenue y una rutina de prolongada inmovilidad eran tolerados tanto por sus sentidos enfermizamente agudizados como por su sistema nervioso.

Sin embargo, ambos amigos lograban mantenerse entretenidos leyendo libros extraños de tradiciones ocultas, y en ocasiones Roderick tocaba suavemente melodías extrañas con la guitarra. Roderick también intenta explicar algunas teorías insólitas que últimamente han obsesionado su mente supersutil, teorías sobre su relación con la casa y con su hermana gemela. Pero en esos momentos el amigo de Roderick no entiende realmente nada de esto.

Al visitante de la Casa Usher al principio le aterra el desolado campo, la apariencia malsana del lago de montaña y el impactante, e incluso peligroso, estado de la propia casa. Pero un poco más tarde, estas sorprendentes anomalías dejaron de afectarle como al principio.

Cuando Roderick anuncia que Madeline ha muerto, ayuda al afligido hermano a enterrar a la gemela fallecida sin hacerle ninguna pregunta (¡la joven tenía un rubor rosado en su rostro!) La vida en la Casa Usher continúa como de costumbre por los dos residentes que aún quedan.

Esta situación comienza a decaer cuando una noche llega una tormenta que turba a Roderick hasta el punto de llevarlo a la histeria. Su compañero de casa intenta calmarlo leyéndole un libro de relatos. Pero no logra consolar a Roderick, que ahora afirma que Madeline seguía viva cuando la encerraron en la cripta familiar. Su amigo se inquieta por este estallido. No tenía ni idea de que las cosas estaban tan mal. ¡Era una locura!

Aún peor, se constata que Roderick está diciendo la verdad cuando su hermana entra tambaleante en la habitación, cae sobre su hermano gemelo y ambos acaban sin vida y hechos un ovillo en el suelo. El hombre de altura media y rasgos comunes a duras penas logra salir de la casa antes de que se derrumbe. Observa el terreno vacío donde solía erguirse la Casa Usher y luego da media vuelta para buscar un refugio lejos del lugar de aquel terrible calvario.

Pero antes de dar un solo paso, se da cuenta de que no tiene adonde ir, ya nadie lo acogerá. Oh, los libros, las sombras y el horrible enterramiento de aquella pobre chica. ¡Cómo pudo acabar involucrado en todo aquello! Mientras que los Usher eran conducidos dócilmente hacia su final por las rarezas hereditarias y debilidades de su familia, él había llegado a la casa y se había quedado, por voluntad propia, y por esa misma voluntad, sin hacer ni una sola pregunta, también él ahora debía ser consumido por el lago de montaña cuyas aguas putrefactas esperan su abrazo.

OBRA Y MUERTE DE H. P. LOVECRAFT

LA INCREÍBLE ALIENACIÓN DEL FORASTERO, SIN DOMICILIO FIJO

El forastero levanta su mirada ojerosa y observa el mohoso habitáculo donde, por lo que sabe, siempre ha vivido. No recuerda quién es o cómo llegó a vivir tan lejos y separado de otros de su especie que, razona él, sin duda alguna deben existir, quizás en ese mundo allá arriba que tan vívidamente recuerda, aunque tan solo lo vio fugazmente en una ocasión y hace ya mucho tiempo.

Una noche el forastero emerge de su reino subterráneo y, guiado tan solo por el resplandor de la luna que jamás ha visto antes, camina tambaleante por una calle oscura, buscando luces y, así lo espera, rostros amigos.

Por fin encuentra una casa grande y alegremente iluminada. Al principio echa un tímido vistazo por las ventanas y observa a los celebrantes en el interior, pero pronto su insoportable deseo de estar en compañía de otros, junto a su apenas desarrollado sentido de la etiqueta y buenas costumbres, le llevan a irrumpir en medio de la celebración.

En el interior de la casa (un edificio de espléndido estilo georgiano) todos gritan y huyen al ver al forastero. Tras unos segundos de reconocimiento y compañía, este ser ermitaño por naturaleza se queda de nuevo con su única compañía. Es decir, lo han dejado en compañía del intempestivo horror que en un principio provocó que todas aquellas personas alegres y atractivas salieran corriendo de forma tan indecorosa. «¿Qué era?», se pregunta, planteándose la cuestión una y otra vez en una repetición aparentemente infinita antes de recomponerse para mirar de reojo a un lado. «¿Qué era?», se pregunta por centésima vez, más o menos. «Eras tú», le responde el espejo. «Eras tú».

Ahora es el turno del forastero de escapar de aquel nauseabundo cadáver viviente que le resultaba impía y malsanamente familiar, aquella cosa que se había descompuesto irregularmente en su lecho de no-muerte bajo tierra.

Busca refugio en un mundo de sueño caótico donde nadie realmente advierte la presencia de los muertos y nadie vuelve la mirada hacia los nauseabundos.

Sin embargo, finalmente se cansa de esa enajenada, aunque inofensiva dimensión de alienación. Con el corazón más pulverizado que simplemente roto, decide regresar al envoltorio bajo la capa de humus del que jamás debería haber salido, para reclamar su patrimonio de indolencia, amnesia y oscuridad. Pasa un periodo de tiempo, indefinido para el forastero, aunque decisivo para el equilibrio de la población mundial.

Por razones desconocidas, el forastero una vez más arrastra su corpulenta osamenta a la tierra. Tras llegar exhausto al reino exterior, se encuentra de pie, maltrecho, envuelto no por la oscuridad ni la luz del día, sino por alguna enfermiza fase de tránsito entre ambos. Un sol senil alumbra con una luz tenue y mortal, y todo ser vivo sobre la faz de la tierra ha muerto ahogado por la desolación y por una penumbra ambigua que ya ha perdurado quizás milenios, si no más. El forastero, un ser de entre los muertos, ha logrado sobrevivir a todos aquellos otros a los que, o bien por locura o por simple pérdida de memoria, estaría más que deseoso de buscar para salir de ese vacío personal que parece haber existido antes que la astronomía.

Esta posibilidad ahora, por supuesto, está tan muerta como el propio planeta. Con toda la biología hecha jirones, el forastero jamás oirá los jadeos reconfortantes de aquellos que lo rechazaron y en cuyos ojos y corazones alcanzó una cierta identidad tangible, aunque esta fuera repugnante. Sin los otros simplemente continuaría siendo él mismo (El Forastero), porque ya no hay nadie más hiera de él. En poco tiempo se siente abrumado por esta atroz paradoja del destino.

En medio de esta revelación, una sensación se despierta en el forastero, una tristeza incalculable en lo más hondo de su corazón. Desde el mismo centro de su ser (que es ahora el centro de todos los seres aún vivos) convoca un estallido suicida de dolor cuya fuerza rompe su putrefacto cuerpo en innumerables fragmentos. Catastróficamente, este vestigio, destinado a concluir el genocidio universal, irradia tal energía que el distante sol revive por una transfusión de calor y luz.

Y los fragmentos del forastero, esparcidos por toda la tierra, ahora absorben el calor y captan la luz, reflejando la vida y las fiestas futuras de una raza resucitada de seres vivos: unos seres que permanecerán ignorantes para siempre de sus orígenes, pero a quienes la sola visión de una superficie de frío y rígido cristal siempre les infundirá un profundo e inexplicable terror.

La blasfema revelación del profesor Francis Wayland Thurston de Boston, Providence, y la especie humana

A finales de la década de 1920, el profesor Thurston está dando los últimos toques a un manuscrito que no está destinado a que alguien pose sus ojos sobre él, para que nadie más sufra innecesariamente de la misma manera que él ha sufrido durante el último año aproximadamente. Cuando lo termina, simplemente se queda sentado en silencio durante unos instantes en la biblioteca de su casa de Boston (el sol del verano se pasea por encima de las paredes de roble) y luego se rompe y llora como un alma perdida durante la mayor parte del día, al llegar la noche cesa su llanto.

El profesor Thurston es el sobrino de George Gammell Angell, también profesor (en la Universidad Brown, Providence, Rhode Island), cuyos hallazgos arqueológicos y antropológicos le llevaron, y tras su muerte también llevaron a su sobrino, a alcanzar ciertas perturbadoras conclusiones sobre la naturaleza y el destino de la existencia humana, con implicaciones universales incluso en sus aspectos menos sorprendentes.

Los dos profesores descubrieron de forma incontrovertible que a lo largo y ancho del mundo existen cultos salvajes que practican extraños ritos: esquimales degenerados en el Ártico, caucásicos degenerados en las ciudades portuarias de Nueva Inglaterra y los indios y mulatos degenerados de los pantanos de Luisiana, no muy lejos de la Universidad de Tulane, Nueva Orleans. También descubrieron que el principal objetivo de estos cultos es esperar y recibir con júbilo el retorno de las monstruosidades anteriores a la prehistoria que desbancarán a la especie humana, invadirán la tierra y, en general, impondrán su voluntad en nuestro mundo.

Estos seres son tan detestablemente inhumanos como humanamente se pueda imaginar, aunque no más. Desde el punto de vista de un individuo común, son de una naturaleza de suprema maldad y locura, a pesar de que las propias criaturas se muestran indiferentes, si no totalmente ignorantes, a tales categorías mundanas.

Desde el principio de los tiempos, han sentido cierta atracción por las personas interesadas en llevar una existencia de caos y destrucción totales; es decir, una vida de completa liberación a todos los niveles concebibles.

Tras descubrir los planes que estos seres tienen para nuestro planeta, el profesor Thurston simplemente asume que será asesinado para cerrarle la boca sobre el tema, al igual que fueron asesinados su tío y otros (¡y pensar que, en cierto punto de su investigación, planeaba publicar sus descubrimientos en el Diario de la Sociedad Arqueológica Norteamericana!). Lo único que puede hacer ahora es esperar.

Sin embargo, por algún motivo, los seguidores de los Grandes Antiguos (como son denominadas las entidades extraterrestres) no vuelven a aparecer y el profesor Thurston parece escapar del asesinato, al menos durante un periodo indefinido de tiempo. Pero esto es de poco consuelo, porque sabiendo lo que sabe, el profesor Thurston se siente el ser más desgraciado del mundo. Se lamenta por su perdido sueño vital, e incluso los cielos primaverales y las flores del verano son horrores ante sus ojos. No hace falta decir que ahora hasta la tarea diaria más simple le resulta un triste requisito para su supervivencia, y nada más.

Tras meses de aburrimiento y de ruina personal peor que lo que pudiera ser cualquier apocalipsis mundial, decide regresar a su antiguo trabajo en la universidad. No es que crea ya en las vanas conclusiones de la antropología que en otro tiempo amó, pero al menos le aportará una forma de mantenerse ocupado, de entretenerse. Sin embargo, continúa estando profundamente abatido y su apariencia ha degenerado más allá del comentario educado.

—¿Qué le ocurre, profesor Thurston? —le pregunta un día una estudiante al terminar la clase. El profesor mira a la chica. Tras la más fugaz de las miradas a los ojos de ella, comprueba que realmente ella se preocupa por él. «Asombroso», piensa. Por supuesto, es imposible que pueda decirle qué le ocurre en realidad, pero hablan durante un rato y más tarde van a pasear por el campus una tarde de otoño despejada. Comienzan a verse en secreto fuera del campus y, pasado el día de graduación, finalmente se casan en una ceremonia solemne y discreta.

La pareja pasa su luna de miel en un pintoresco pueblito en la cosa de Massachusetts. Aparentemente, pasan varios días sublimes sin un solo atisbo de tristeza. Un día, mientras él y su esposa contemplan cómo el sol desciende en un océano en calma total, el profesor Thurston logra racionalizar aquel terrible conocimiento, hasta casi hacerlo desaparecer. Después de todo, se dice, todavía existen valiosos sentimientos y belleza (por ejemplo, el pintoresco pueblo) creada por el hombre. Estas cosas han estado permanentemente bajo la amenaza del desorden y el olvido. De todas formas,

todo ello estaba destinado a acabar de alguna manera, en algún momento. ¿Qué importaría cuando el mundo hubiera acabado, y a quién?

Pero el profesor Thurston no es capaz de sostener estas ideas de consuelo durante mucho tiempo. En el curso de la luna de miel hace fotos de su esposa sonriente. La ama profundamente, pero su inocencia le desgarra. ¿Cuánto tiempo podrá ocultar aquellas cosas terribles que sabe sobre el mundo? ¡Incluso después de tomar una fotografía, aquella joven maravillosa continúa sonriéndole! ¿Cuánto tiempo podrá vivir con este nuevo dolor?

El problema continúa obsesionándole (en detrimento futuro, teme, de su matrimonio). Entonces, la última noche de la luna de miel, todo se resuelve.

Se despierta en la oscuridad de un extraño sueño que no es capaz de recordar. Fuera, al otro lado de la ventana del dormitorio, suena como si todo el pueblo estuviera montando un escándalo embarullado: voces histéricas que funden la fiesta y la catástrofe. Y se ven luces de extraños colores parpadeando sobre la pared del dormitorio. La esposa del profesor Thurston también está despierta, y dice a su esposo:

—Los nuevos amos han llegado de noche a la ciudad elegida. ¿Has soñado con ellos?

Transcurre un momento de silencio. Entonces, por fin, el profesor Thurston responde a su esposa con el largo y desgarrado aullido de un demente o una bestia, porque también él ha soñado el nuevo sueño y, sin consentimiento consciente, ha abrazado el nuevo mundo.

Y ahora nada puede herirle como fue cruelmente herido en el pasado. Nada jamás le provocará ese dolor que sufrió durante tanto tiempo, una agonía intolerable de la cual jamás podría haberse liberado de ninguna otra manera.

LA MUERTE PREMATURA DE H. P. LOVECRAFT, EL HOMBRE MÁS VIEJO DE NUEVA INGLATERRA

H. P. Lovecraft, el último gran escritor de narraciones sobrenaturales de terror, acaba de morir de cáncer de estómago a los cuarenta y seis años en un hospital de Providence, Rhode Island. Murió solo y sin ninguna expresión concreta en el rostro. Sobre la mesilla junto a su cama hay unos cuantos libros y muchas páginas manuscritas en las que Lovecraft describe las sensaciones de su muerte (estas notas más tarde se perderán para consternación de sus estudiosos).

Dos enfermeras entran para atender al caballero en la habitación privada y son las primeras en descubrir que, como ya se esperaba, había muerto. Ya han visto muchas veces la muerte a lo largo de sus carreras de enfermeras, a pesar de ser bastante jóvenes, y ninguna de las dos se alarma. Saben que no hay nada que puedan hacer por el hombre muerto. Una de ellas dice:

—Abre la ventana, el aire está cargado aquí dentro.

—Sí lo está —responde la otra.

Una fresca brisa de mediados de marzo despeja la habitación.

—Bueno, no hay nada más que podamos hacer por él -comenta la primera enfermera. Luego pregunta—: ¿Recuerdas si tenía esposa o alguien que le visitara?

La otra enfermera niega con la cabeza y luego añade:

—¡Estás de broma! No es del tipo de hombres que se casa. Quiero decir, mira *esa cara.*

La primera enfermera asiente con la cabeza. Hace un comentario jocoso sobre el fallecido y luego ambas enfermeras salen del cuarto sonriendo.

Pero, aparentemente, ninguna de ellas ha advertido la fantástica y aterradora cosa que ocurrió delante de sus propios ojos: H. P. Lovecraft, durante tan solo el lapso más corto de tiempo, levemente les devolvió la sonrisa.

F I N

Esta edición de
Canciones de un soñador muerto
de Thomas Ligotti
se acabó de editar
en el mes de julio
del año 2022

Notas

[1] THE FROLIC <<

[2] LES FLEURS <<

[3] ALICE'S LAST ADVENTURE <<

[4] DREAM OF A MANIKIN

<<

[5] THE NYCTALOPS TRILOGY / I. THE CHYMIST

<<

[6] BS: *Bullshit* (gilipolleces) es el significado que se infiere que le otorga la joven a las siglas BS. listas siglas coinciden con las de la licenciatura en Ciencias, en inglés *Bachelor in Science* (B.S.), de ahí el juego de palabras que emplea el personaje al reprender a la joven (N de la T.) <<

[7] En español en el original (N. de la T.) <<

[8] THE NYCTALOPS TRILOGY / II. DRINK TO ME ONLY WITH LABYRINTHINE EYES <<

[9] THE NYCTALOPS TRILOGY / III EYE OF THE LYNX <<

[10] NOTES ON THE WRITING OF HORROR: A STORY <<

[11] THE CRISTMAS EVES OF AUNT ELISE / A TALE OF POSSESSION IN OLD GROSSEPOINTE <<

[12] THE LOST ART OF TWILIGHT <<

[13] THE TROUBLES OF DR. THOSS <<

[14] MASQUERADE OF A DEAD SWORD: A TRAGEDIE <<

[15] DR. VOKE AND MR, VEECH <<

[16] PROFESSOR NOBODY’S LITTE LECTURES ON SUPERNATURAL HORROR <<

[17] DR. LOCRIAN'S ASYLUM <<

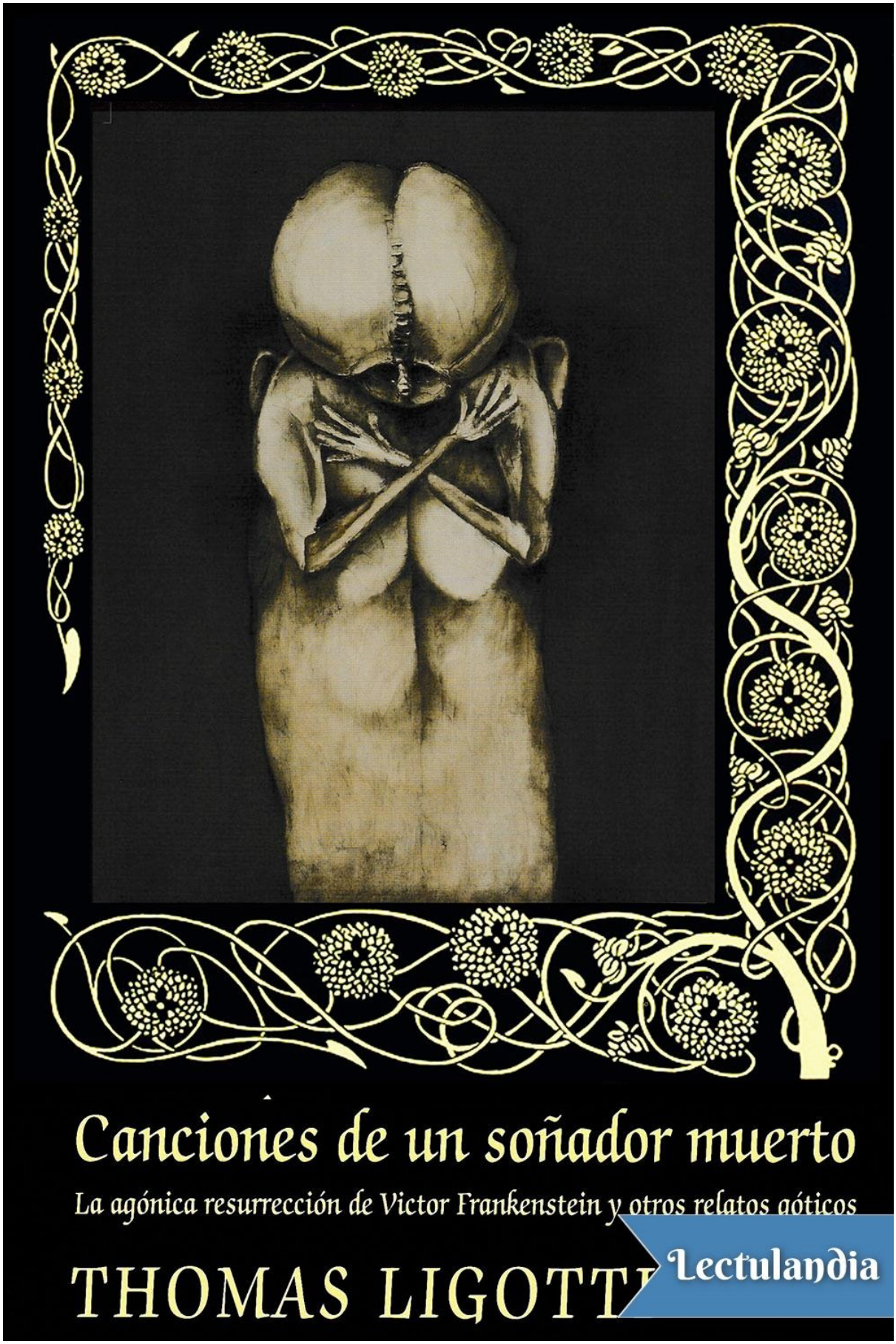
[18] THE SECT OF THE IDIOT <<

[19] THE GREATER FESTIVAL OF MASKS <<

[20] THE MUSIC OF THE MOON <<

[21] THE JOURNAL OF J. P. DRAPEAU <<

[22] VASTARIEN <<


Canciones de un soñador muerto
La agónica resurrección de Victor Frankenstein y otros relatos góticos
THOMAS LIGOTTI
Lectulandia